
LA ROSA DE DUNMORE
KATE BRISTOL

La Rosa de Dunmore

Kate Bristol

ÍNDICE

PRÓLOGO

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

EPÍLOGO

Recomendaciones

Primera edición en formato digital: Octubre, 2025

Título Original: La Rosa de Dunmore

© **Kate Bristol**, 2025

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

PRÓLOGO

Los tambores sonaban a muerte cuando el manto oscuro de la noche dio paso al violeta del amanecer. La niebla, que empezaba a cubrir las tierras bajas, serpenteaba entre los árboles y atrapaba Dunmore Castle con sus dedos largos y sinuosos, como los de la novia del Diablo.

Todos en la fortaleza estaban despiertos, guardando un silencio sepulcral. Damas, caballeros, criadas y siervos, unos con los rostros demudados por el terror, otros impertérritos. Algunas mujeres con las mejillas cubiertas en llanto mientras sus hijos somnolientos y asustados se escondían tras sus faldas.

Solo el viento se atrevía a aullar, agitando los rasgados estandartes de la casa Stewart que aún no habían sido arrancados de las oscuras almenas de Dunmore Castle.

¿Cómo podía cambiar una vida entera en lo que dura un suspiro?

La pasada noche, Ethan Stewart, con doce años asistió por primera vez a una reunión importante. La sorpresiva visita de lord Beaumont, un pariente lejano de su padre, los sorprendió por la tarde y el laird Stewart los recibió y alojó en su hogar, sin ninguna sospecha. Se celebró un gran banquete, se asaron corderos y corrió el *uisce beatha*, agua de vida, entre halagos y risas.

Hasta que algo salió mal.

Y las espadas bañadas en sangre brillaron bajo la luz de las teas.

Esa misma noche, lord Beaumont tomó el castillo, asesinando a los hombres de Stewart.

Salía el sol y Ethan vio a su padre, el hombre más honorable que había conocido, a punto de ser ejecutado.

Ethan tenía la mirada clavada en él. Un gran guerrero, a quien siempre creyó invencible, se alzaba con dignidad frente a sus captores. No temblaba, sus ojos azules, de hielo, no expresaban miedo, ni rabia, no mostraban emoción alguna. Únicamente honor y porte.

Ethan sí tenía miedo. Pero superior era su rabia.

Su buen padre estaba a punto de ser ejecutado por el cruel sobrino de Beaumont y él no podría impedirlo.

Charles Beaumont era un hombre oscuro, de mirada fría, incapaz de sentir compasión. Con veinte años lo que mejor se le daba era matar y disfrutaba con ello. Alto, fornido, ojos negros como pozos que jamás se iluminaban, ni con una sonrisa. Sí lo hacían ante la crueldad y la injusticia.

Era el favorito de lord Beaumont, destinado a casarse con su prima, la pequeña Isolda, que aguardaba, junto a su padre, sentada en el palco, a presenciar la ejecución.

Ethan la miró unos largos instantes. Solo era una niña de siete años. No debería estar allí. A pesar de sus pensamientos, no sintió compasión por ella, pero sí asco ante el hecho de que un hombre obligara a una niña tan pequeña a presenciar algo tan horrible e injusto.

Los ojos verdes de Isolda se posaron en él, compasivos, y Ethan apartó la mirada para regresarla a su padre.

Ethan solo tenía doce años, pero ya era todo un hombre. Sabía que él sería el siguiente, Beaumont no dejaría con vida al heredero de la casa Stewart, sería un estúpido si lo hiciera y era lo suficientemente maduro como para entender eso. No tenía escapatoria, pero al menos podría darle a su padre el consuelo de sus ojos, de su mirada.

Sería lo último que viera y eso le daría algo de paz.

—No te equivoques, Beaumont —dijo Stewart, con voz firme y mirada llena de dignidad mientras esperaba a la muerte—. Mientras haya un solo corazón en estas tierras que se niegue a arrodillarse, no habrá acero ni soga que pueda detenerlo.

Después de aquellas últimas palabras, lord Beaumont pareció que fuera a decir algo, pero solo miró al que había sido su amigo, solemne, y asintió.

Fue en ese instante que Charles alzó su espada mientras el laird Stewart cosía su mirada a la de su hijo.

La hoja brilló con los primeros rayos de sol, justo antes de caer hasta segar de un solo tajo el cuello de Stewart.

La cabeza rodó hasta los pies del hijo.

Su padre ya no estaba. Los ojos azules y amorosos, llenos de honor y sabiduría, habían perdido el brillo de la vida.

Sin saber el motivo, Ethan volvió a mirar a la pequeña Isolda. Creyó escuchar el latir de su corazón en aquellos ojos, vio la expresión contrita de la niña que lo miraba como si parte de su inocencia hubiera desaparecido ante el horror de la injusta ejecución. Entre el caos de sentimientos, la visión de aquella niña le

dio algo de paz. Apaciguó su corazón y las ansias de matar se volvieron tristeza.

Una ráfaga de viento agitó sus largos y rubios cabellos y la compasión de su mirada verde acarició el corazón del muchacho, a pesar de ser la hija del enemigo.

Algún día… se juró. Si sobrevivía, le quitaría a ese hombre lo mismo que a él le había sido arrebatado.

Llegaría el momento en que le robaría lo que más amaba.

Recuperaría su honor y le haría pagar todo el dolor que estaba sintiendo.

Miró el cuerpo inerte de su padre, la sangre desplazándose por los tablones de madera y la boca de Ethan se cerró para no soltar gemido alguno. Cuando sus dientes se apretaron con fuerza, apartó la mirada de su padre y la clavó en Beaumont, se juró que dedicaría su vida a la venganza si conseguía salir de allí.

Un movimiento captó su atención y al mirar a la niña, esta le devolvió la mirada. Sus ojos debieron expresar un odio profundo, pues Isolda comprendió enseguida que aquella mirada no era ya la de un niño inocente. Ese odio que veía en el muchacho, tardaría más de media vida en desaparecer.

Ethan parpadeó.

Algo lo hizo volver en sí.

Giró su cabeza para mirar sobre su hombro. Se alzó una revuelta. Las mujeres empezaron a gritar, otras a llorar desconsoladas. Los niños se aferraban a las faldas de sus madres, y cuando escuchó los gritos de los hombres, furiosos por la injusticia que acababan de presenciar, Ethan supo que habría más derramamiento de sangre.

Miró de un lado a otro, sin saber qué pasaba. Se vio rodeado por una masa de gente, que trepó al cadalso y lo rodearon. Entonces, en mitad de la reyerta, los soldados de Beaumont se olvidaron de él.

Se agachó, no por terror, sino porque así era más fácil avanzar a gatas entre las piernas de la gente.

Echó un último vistazo al palco, vio a lord Beaumont ordenar que protegieran a su hija. Siguió avanzando entre fornidos hombres luchando por sus vidas.

Abajo, en el patio, pudo ver a Charles Beaumont, el verdugo de su padre, buscando algo.

Buscándole a él, como un perro de caza husmea el rastro del zorro.

De repente, unas manos se posaron sobre sus hombros y después le rodearon el cuello para levantarlo. Lo arrastraron hacia el saliente sostenido por vigas que rodeaba el patio de armas.

Ethan intentó revolverse, pero el hombre que lo retenía era mucho más fuerte que él.

—No gritéis. No hagáis nada.

Alguien le cubrió la cabeza con un saco, lo alzó en volandas y todo se volvió oscuridad.

Poco a poco, las voces y los gritos fueron tornándose más lejanos, hasta que desaparecieron y solo pudo escuchar los pasos de su captor, pisando las hojas secas, y el canto de los pájaros en lo más alto le hizo entender que ya no se encontraba entre los muros de Dunmore, sino en el bosque.

Después de unos minutos de incertidumbre y con el cuerpo dolorido, se vio con los pies en el suelo.

Temblando de pánico, escuchó una conversación, eran los susurros ininteligibles de dos hombres que parecían estar discutiendo algo importante. Tal vez planeaban matarlo allí mismo…

Cuando alguien le quitó el saco de la cabeza, Ethan tardó unos segundos en acostumbrarse a la luz del sol. Se llevó las manos

a la cara y achicó los ojos, hasta que poco a poco fue descubriendo un rostro conocido.

—Tío Marcus… —dijo.

El cuerpo fuerte y estilizado del sacerdote, de porte austero y mirada bondadosa, se fue formando poco a poco en los ojos de Ethan.

Vestía una túnica sencilla, y pendiendo del cuello una humilde cruz de madera.

—Hijo… —Lo abrazó con fuerza—. Pensé que no lo lograríamos.

—Pero… —Ethan se separó de él, mirando a su alrededor—. ¿Dónde estamos? ¿Y madre?

Marcus cerró los ojos unos momentos y Ethan pudo ver el dolor reflejado en su rostro, siempre piadoso.

—Hijo, lo siento tanto…

—¡Regresemos a por ella! —exclamó, inconforme—. ¡No podemos abandonarla! ¡No abandonaré a mi madre!

Marcus negó con la cabeza, después miró alrededor, esperando que nadie los hubiese seguido.

—Te matarán. —Centró de nuevo la atención en el chiquillo—. Dunmore te necesita vivo.

—No dejaré a madre… no lo haré.

El rostro de Ethan, por primera vez en aquel día, se llenó de lágrimas.

—Regresarás, te lo prometo. —Posó las manos en sus hombros, y se los apretó—. Pero no hoy. Has de tener paciencia, hijo.

De pronto, tras el padre Marcus se asomó un hombre delgado y espigado, que lo saludó con un movimiento de cabeza.

—Debéis apresuraros —le dijo su tío—. Los Beaumont no tardarán en salir en vuestra busca, si no lo han hecho ya. Esta vez, si os encuentran, no tendréis escapatoria.

—Pero… —Ethan miró al monje, nervioso—, ¿quién es ese hombre?

—Soy el padre Lias —se presentó el hombre, con un marcado acento escocés—, te llevaré con los McDonald.

—¿Qué? —Ethan miró a su tío nuevamente—. ¡No! ¡No quiero irme!

Marcus lo tomó por el rostro, obligándole a mirarle a los ojos.

—Debes ir con Lias. Él te llevará a las islas del norte. Los McDonald son parientes lejanos de tu padre. Te acogerán. Te protegerán. Y podrás regresar cuando estés preparado.

Ethan tragó saliva. No era estúpido, sabía que su tío tenía razón. Aun así, seguía resistiéndose.

—Pero ¿qué será de ti? Ven con nosotros.

—Me las arreglaré.

—Te matarán…

—Beaumont es despiadado, pero es temeroso de Dios, y del Santo Padre. No ejecutará a un sacerdote amigo de Roma.

—Eso no lo sabes…

—Lo sé —dijo, con convicción—. Y ahora, márchate.

El padre Lias dio varios pasos adelante, nervioso. Aún portaba en las manos las riendas de un caballo. Se acercó al muchacho y lo miró con preocupación.

—Debemos apresurarnos, hijo —le instó—. No deben dar con nosotros, o la casa Stewart desaparecerá contigo.

Ethan abrazó con fuerza a su tío Marcus.

—Por favor, protege a mi madre.

Marcus le devolvió el abrazo, con fuerza.

—No te preocupes por mí. No me sucederá nada. Lo prometo.

—En cuanto puedas, escríbeme —pidió Ethan, tras subir al caballo.

—Si todo va según lo previsto y no hay temporal en Skye, tardarás menos de un mes en llegar a tierras McDonald —le aseguró su tío—. Aguarda con paciencia un tiempo y te llegará algo que reconocerás de inmediato. Nada de cartas que puedan ser interceptadas. Solo la pluma de un cuervo.

—De acuerdo —asintió.

—¡Marchad ya!

Lias volvió grupas y Ethan miró sobre su hombro en dirección a Marcus.

—¡Volveré! —prometió—. Cuida de madre.

Ethan jamás olvidaría la imagen de la cabeza de su padre colgando del muro que daba al foso y el cuerpo, desmembrado, al otro lado de la fortaleza, mientras cabalgaba rumbo al norte. Tampoco olvidaría las noticias terribles que le llegaron meses después, su madre había sido asesinada de la forma más cruel que podía existir.

Era una clara advertencia: Nadie osaría provocar al nuevo rey David.

Sin embargo, dicha advertencia no disuadió a Ethan de sus planes de venganza. Las amenazas y escarmientos que el nuevo rey

de Escocia repartió entre los que se habían opuesto a su poder, no funcionó con el Cuervo Errante.

Ethan entendía que su padre se posicionó en el bando perdedor y que su pariente lejano Beaumont lo hizo en el ganador. ¿Pero se merecía semejante traición? No. Y por eso no tendría piedad.

Durante los años que permaneció junto a los McDonald, juró venganza. Planeó todos y cada uno de los pasos que daría para recuperar lo que jamás debió serle arrebatado.

Juró recuperar Dunmore y…

Una vez conquistara sus muros, haría sufrir a lord Beaumont cien veces más de lo que él había sufrido.

Capítulo 1

Quince años después

Lady Isolda apoyaba con elegante descuido la cadera contra la gran mesa de roble, que presidía el salón del archivo de Dunmore. En los brazos sostenía un voluminoso libro de cuentas, la mayoría de sus páginas estaban arrugadas y amarillentas por el paso de los años y del uso. Rodeada de altas estanterías repletas de códices, cartularios y algún que otro breviario que el obispo estaría echando en falta, revisaba el registro de ingresos y gastos del feudo, al tiempo que los rayos de sol del atardecer lamían su larga y ondulada melena, que caía tras la espalda como una cascada de oro, con brillos anaranjados.

No era propio de un señor feudal, y mucho más impropio lo era en una dama, conocer las letras y los números, ese era el trabajo de los escribanos. Pero lord Beaumont, con buen juicio, siempre quiso controlar sus asuntos e Isolda, como su única hija,

había tomado su ejemplo y desde muy pequeña le permitió aprender a leer y a escribir.

Podría ser considerada toda una erudita en ciencias y matemáticas, si no hubiese nacido en una época en la que el saber era patrimonio exclusivo de los monasterios y privilegio de unos pocos nobles con ansias de saber. Sin embargo, lejos de conformarse con las labores que se esperaban de una mujer de su rango, como el bordado, la música, e incluso el canto, encontraba un especial deleite entre las cifras, proporciones y teoremas.

Únicamente sus más allegados, incluido el padre Marcus, conocían sus inquietudes. El sacerdote era precisamente quien le había mostrado todos esos secretos, pasando por alto el hecho de que era una mujer. Seguramente porque tampoco estaba en posición de enemistarse con su señor, pues llevaba allí desde tiempos de los Stewart, y su situación siempre fue delicada. De sobras era conocido su parentesco con el anterior señor de la fortaleza, y si algo le había salvado del destierro o la ejecución había sido su carácter afable, pero, sobre todo, sus buenas relaciones con Roma.

El entrecejo de la dama se arrugó ligeramente cuando alguien le hizo notar su presencia y fue precisamente el padre Marcus quien apareció bajo el gran arco de la entrada.

—Buenas tardes, *milady* —dijo, sin esa sonrisa que siempre acompañaba el tono amable que tanto lo caracterizaba.

Hacía unos días que parecía más nervioso de lo habitual e Isolda estaba a punto de averiguar el motivo.

Apartó los ojos del libro y cuando el hombre se acercó a ella, lo depositó cuidadosamente sobre la mesa, sobre desordenados libros de registros, censos y tributos.

—¿Qué se le ofrece, padre?

El sacerdote dio un paso al frente.

—Ha llegado una carta de vuestro primo, Charles Beaumont.

—Que, por descontado, no habrá escrito él, cuya simplicidad natural rivalizaba, sin ningún esfuerzo, con la de un cazo —respondió ella, logrando que el padre Marcus arqueara ligeramente los labios hacia arriba, para dibujar una sonrisa.

Isolda cogió el sobre tendido para después romper el sello, sin demasiado cuidado.

Al leer el contenido de la misiva, bufó molesta, y tiró de malos modos el papel sobre la mesa después de arrugarlo.

—Ese, bueno, para nada no descansará hasta hacerme perder la paciencia, que no es poca.

El padre Marcus asintió, consciente de a qué se refería su señora.

Charles siempre había codiciado Dunmore, y llevaba años pidiendo a lord Beaumont la mano de Isolda. Por supuesto, ella jamás accedería y todos en la fortaleza, incluido su padre, la apoyaban en su decisión.

Por descontado, ese rufián tampoco era conocedor de lo que realmente sucedía entre los muros de Dunmore.

Desde hacía un año, lord Beaumont había caído enfermo. Físicamente estaba sano como una manzana, era su mente la que había ido menguando hasta convertirse en la de un niño.

Isolda que, a pesar de su delicado aspecto, era una mujer fuerte y decidida, no dudó en tomar las riendas del feudo, con la inestimable ayuda de Marcus, *sir* Talbot y la viuda Gwyneth, que la ayudaba con todo lo relacionado a la casa y al servicio. En la fortaleza todos eran conscientes de la situación delicada de lord Beaumont, pero amaban tanto a su hija que lo mantenían en secreto, por su seguridad.

Pero tarde o temprano, todo saldría a la luz e Isolda era perfectamente consciente de estar caminando sobre brasas candentes.

—Mi señora —dijo Marcus—, deberíais valorar la idea del matrimonio. He hablado con *sir* Talbot y…

—Oh, ni penséis que Charles sea una opción. —Al pronunciar el nombre de su primo, dibujó una mueca de disgusto.

Ese hombre era malvado.

Desde muy niños, había intentado martirizarla, pero Isolda, sagaz como una raposa, jamás cayó en sus trampas. Porque, además de cruel, Charles Beaumont tenía el cerebro de una nuez.

—No es digno de vos, en eso coincidimos todos —la tranquilizó—. Sin embargo…

—Sin embargo —le cortó, Isolda—, soy consciente de que mi situación y la de Dunmore es delicada.

—Exactamente, pende de un hilo.

—Lo sé, lo sé… —Se pinzó el puente de la nariz y cerró los ojos—. Necesito tiempo y espacio para pensar una solución.

—Mi señora, no os queda demasiado —le dijo con desánimo —. Deberíais permitir que lord Talbot y *lady* Gwyneth os aconsejen.

—¿Eso pensáis?

Él hombre asintió.

—Hay casas importantes interesadas en vuestra mano. Un esposo fuerte y poderoso, sería la solución a todos vuestros

problemas.

La dama empezó a caminar por la estancia y sus largos cabellos atraparon por un momento un chorro de luz solar que se colaba por la ventana.

En ese momento, los pasos apresurados de otra persona se escucharon desde el corredor e, instantes después, la voz nerviosa de su doncella rebotó en las paredes de la enorme estancia.

—*Milady*, *sir* Talbot solicita vuestra presencia de inmediato.

Isolda centró toda su atención en ella y pudo ver la preocupación en sus grandes y expresivos ojos azules.

—Emma, ¿qué sucede?

—Yo… —La muchacha miró al padre Marcus y luego regresó sus ojos a Isolda.

—No… no lo sé —confesó, con voz temblorosa—. Pero es importante, seguro.

La dama alzó la ceja izquierda.

Emma era una muchacha muy dulce, llevaba en la casa desde siempre y se criaron juntas. Su madre, una doncella de las cocinas, murió cuando era muy pequeña, dejándola sola y sin parientes. La tenía en alta estima, aunque a veces era… demasiado intensa en sus emociones. Emma era extremadamente chismosa, no había secreto

o cotilleo que escapase de sus oídos y el tiempo que tardaba en brotar de sus labios solía ser muy breve. Si no se lo decía en ese momento, era porque no confiaba del todo en el padre Marcus, pues era pariente de los anteriores señores de Dunmore, los Stewart.

No podía culparla, aunque Isolda sí confiaba en él, el resto de sus siervos iban con pies de plomo. No creía que ningún simpatizante de los Stewart hubiera olvidado la forma en que se tomó el castillo y cómo fue ejecutado el antiguo señor. Isolda tampoco lo olvidaría, aún no entendía por qué había sido obligada a presenciar la ejecución. ¿Había empezado entonces el declive mental de su padre?

Tragó saliva y la visión de un joven muchacho hizo que agitara la cabeza.

No, no quería pensar en aquel día.

Se aclaró la garganta.

—En unos minutos me reuniré con él. Gracias, Emma.

La muchacha hizo una sutil reverencia y se retiró con fingida calma. Hasta que llegó al corredor, donde reinició la apresurada carrera.

—Como ve, debo marchar, padre.

El hombre hizo una profunda inclinación de cabeza e Isolda se puso en movimiento.

Salió del salón de archivo y fue al encuentro de *sir* Talbot.

Subió las escaleras de caracol de la torre este, que conducían directamente a las almenas, y al llegar arriba, se detuvo a tomar aire, antes de que los últimos rayos del astro rey besaran su figura. Hacía calor para ser principios de primavera, y la suave brisa la refrescó.

Empezó a caminar por las almenas al encuentro del caballero mientras observaba a su alrededor.

Reinaba la paz, y los guardias la saludaban a su paso con un movimiento de cabeza, respetuosos. Tras el foso que rodeaba la parte norte podía verse una enorme extensión de tierra labrada y, más allá, el frondoso y extenso bosque de Dunmore que lindaba con el principado de Cumbria, tierra amada y poseída por el que era el actual rey. David se había alzado victorioso, había amado a los Stewart y la influencia que los normandos tuvieron sobre él era bien conocida, pero el anterior señor se había posicionado en contra de su expansión. David soñaba con una reforma que haría su tierra próspera. Tenía contactos e influencia entre los ingleses que le habían ayudado a ser el rey que era. Su padre también lo había

hecho, pensó Isolda, pero sospechaba que David se había sentido muy dolido, no solo por la traición de los Stewart, sino también por la muerte de su caudillo.

Isolda suspiró, contemplando la belleza que se extendía ante ella.

Parpadeó, recordando de nuevo la visión que había tenido instantes antes y que acudía de nuevo a su mente. El joven Ethan Stewart, con esos ojos azules cargados de dolor y rabia, clavados en los suyos.

Se estremeció.

Siempre que subía a las murallas y divisaba desde allí el patio de armas, revivía lo sucedido. Pero últimamente pensaba demasiado en el muchacho. Su padre juró y perjuró que no lo había matado.

Ha huido, le había dicho. Y ella lo creyó. ¿Por qué entonces su fantasma se le aparecía en su mente?

Tragó saliva, al recordar su rostro, lleno de miedo y al mismo tiempo, sediento de venganza. Ni una sola mueca había esbozado el día en que Charles decapitó al laird Stewart, pero Isolda sí había podido leer en sus ojos todas esas emociones.

Entrecerró los párpados al ver un brillo delator entre la maleza del bosque y se apoyó, cuidadosa, en el grueso muro,

fundiéndose con la piedra gris.

De nuevo, ese brillo se dejó ver.

Alguien lo suficientemente estúpido había desenvainado su espada para que el destello pudiese verse desde las almenas.

O… lo suficientemente listo como para enviar un mensaje a alguien… que únicamente podría verlo desde ese punto en concreto.

—Lo habéis percibido, ¿verdad?

La voz de *sir* Talbot la instó a darse la vuelta y ponerse una mano en el pecho.

—Me habéis asustado, *sir*.

—Permitidme que lo dude.

Sir Arthur Talbot era un hombre de unos cincuenta inviernos y un fiel amigo de su padre y el rey David. Inglés del sur, se había adaptado bien a esas tierras. Su porte y rostro eran una mezcla de nobleza adquirida y cicatrices de guerra. De complexión robusta, forjada por años de combate, aún conservaba el andar firme y la postura erguida de un indomable guerrero y su faz portaba la huella del tiempo con dignidad y lucía curtido por el sol de los torneos y el fragor de las campañas militares. Llevaba una barba cuidadosamente recortada y algo nevada en los bordes, dándole una serena gravedad a un rostro que siempre se volvía tierno en presencia de Isolda. No

era un hombre de muchas palabras, pero ella lo conocía tan bien que era capaz de leerlas todas en sus ojos azules, sabios y profundos.

Le era fiel, había jurado lealtad a su padre e Isolda no confiaba en nadie tanto como en él.

—¿Hombres de Charles? —preguntó, sin apartar la mirada de aquel funesto destello. La dama fue al grano, pues acababa de comprender el motivo por el que su caballero la había llamado—. ¿Creéis que mi primo se atrevería…?

—Es una posibilidad, pero débil.

Isolda se impacientó.

—Hablad claro, *sir* —dijo, ansiosa.

Talbot regresó la vista al horizonte y su rictus se tornó severo y preocupado.

—Vuestro primo habría anunciado su llegada a los cuatro vientos, pero cabe la posibilidad, aunque remota, de que haya enviado vigilancia para espiar vuestros movimientos.

Isolda arrugó la nariz, un gesto que parecía el de una niña pequeña, pero que solía hacer cuando no estaba de acuerdo.

—No es tan inteligente —valoró—. También pienso que de ser él, se habría hecho notar con un gran séquito de hombres a cuál de

ellos más estúpido y no enviando señales luminosas desde el bosque con el brillo de una espada, o metal bruñido. Porque, ¿quién en este lugar se aliaría con él? Todos le detestamos, sin excepción.

—Aunque no sea inteligente, es astuto. No lo subestiméis.

—No lo haré —asintió, aceptando el sabio consejo de su caballero—. Pero decirme, *sir*, ¿quién creéis que podría ser si no? O más bien… ¿quién podría ser más peligroso que Charles?

No pareció pensarlo demasiado.

—Oh, *milady*, esa persona existe, creedme.

—¿Quién, entonces?

Talbot arrugó el entrecejo y su rostro le dejó claro a Isolda que estaba a punto de comunicarle algo de relevancia.

—Corren rumores de que el Cuervo Errante ha estado reuniendo hombres que apoyan su causa durante los últimos meses.

Isolda dejó de mirar el bosque y su cabeza se volvió como un latigazo para ver la expresión de su interlocutor.

—¿Ethan Stewart? —Parpadeó, incrédula.

Su corazón se aceleró.

Sin ser consciente se llevó una mano a la garganta.

¿Era posible que esas visiones o vívidos pensamientos que evocaban a ese fantasma, no eran más que avisos para que se

pusiera en guardia?

Si Ethan estaba vivo… debía odiarla.

Debía odiarlos a todos.

Pero no. Negó con la cabeza y respiró hondo para calmarse. No tenía poder para hacerles daño.

—¿Quién querría guerrear con un noble caído en desgracia, sin riquezas ni propiedades? —dijo altiva, con un desprecio que no sentía.

—Tenemos espías en todas las tabernas de aquí a Edimburgo. Y sabéis, tan bien como yo, que siempre existió esa posibilidad.

—Yo no sé nada —dijo molesta volviendo a mirar al bosque—. Solo que estaba vivo.

—Y que es, o era el hombre de confianza de uno de los lairds más poderosos de las islas.

Isolda tragó saliva.

—Era enemigo del rey y…

—Ya no, al parecer su buena conducta y la simpatía que el rey David siente por el laird Lachlam McDonald, ha hecho de Ethan Stewart, no solo un hombre perdonado por el monarca, sino también muy peligroso.

Isolda se quedó quieta, apenas podía respirar mientras en su mente se abría paso la posibilidad de que un día él regresara para vengarse de los suyos.

—Durante estos años, ha amasado una fortuna. —Ella lo escuchó sin moverse—. Si no tiene hombres fieles por lealtad, lo serán por dinero.

—¿Tan rico es?

—Y diestro en la lucha. Mucho —sentenció Talbot.

Se estremeció de la cabeza a los pies.

—Y no es casualidad que, ahora que mi padre está enfermo…

—Eso sí es casualidad —aclaró Talbot—, pues dudo que El Cuervo lo sepa. La única persona que podría habérselo dicho es el padre Marcus, por su parentesco, pero, con sinceridad, no lo creo capaz.

Ella tampoco lo creía probable.

—Os ama, como todos aquí —la voz de Talbot se volvió más suave. Le habló como un amoroso padre hablaría a su hija—, aunque muchos desconfíen de él.

—Desconfían porque es un Stewart.

Talbot asintió.

Isolda volvió a perder la vista en el bosque. El sol se acababa de ocultar tras besar la línea del horizonte, pero aún quedaban resquicios de su luz.

—Marcus es un buen hombre y desde que Dunmore fue tomado por mi padre, nos ha sido leal. —Isolda suspiró—. Pero no debemos olvidar que, a veces, la traición llega de quienes menos lo esperamos.

—Así es. No obstante, sigo decantándome por la casualidad. Enviaré a varios hombres para explorar el bosque, puede que… no sea nada.

Isolda frunció el ceño.

—O puede que sea todo. Quizás un asedio está en puertas.

La dama frunció el ceño. Talbot la miró, expectante. Conocía esa expresión.

—Tengo una idea.

Su hombre de confianza no lo dudaba.

—¿Sí?

—No enviéis a nadie.

Isolda era inteligente, no la contradijo y esperó a que le explicara los motivos, al ver que seguía escudriñando el bosque, habló.

—¿Y eso por qué, mi señora?

—Porque no es necesario. Sé que está ahí. —Se lo decían sus vísceras—. Está en el bosque, no necesitamos confirmarlo. Es mejor que crean que no le damos importancia, o que finjamos no haberlo visto. Por el momento.

—¿Entonces no queréis hacer nada?

—Enviaremos un mensajero a Nottingham.

—¿A Nottingham?

Ella asintió.

—Que sea discreto y salga esta misma noche con el caballo más veloz. La casa Harris siempre fue aliada de mi padre. Que estén sobre aviso.

Talbot asintió convencido de que era una gran idea.

—Así se hará, *milady*.

Isolda se quedó un tiempo más en las almenas, hasta que el frío la hizo retroceder a sus aposentos.

Desde el bosque de Dunmore, quince años después, Isolda no se equivocaba. Ethan Stewart observaba los muros lejanos de la fortaleza que otrora perteneció a su familia.

Parpadeó lentamente, reviviendo la salvaje imagen de la cabeza de su padre clavada en una pica, profanada.

No lloró por el recuerdo.

Al contrario.

Sonrió como el diablo en que se había convertido.

Había llegado el momento.

Todo cuanto veían sus ojos, todo cuanto pisaban sus pies, sería suyo de nuevo.

Capítulo 2

Ethan dejó a su caballo atado a un árbol y se adentró a pie en el frondoso bosque.

Sus hombres estaban acampados no muy lejos de allí, en las antiguas cuevas de Ivar, donde hacía más de doscientos años, el Deshuesado y su ejército se asentó para preparar la conquista de York.

Sonrió satisfecho. Había logrado reunir un pequeño ejército de unos ochocientos soldados. Les había prometido botín y la restauración de tierras a unos señores locales, oportunistas y rivales del actual ocupante, pero estos eran los menos numerosos. Los McDonald y los McLeod, señores de Skye, con los que convivió toda su vida adulta, le habían proporcionado más de la mitad de los guerreros con los que contaba, entre ellos, un pequeño grupo de daneses, fieros y valientes.

Sí, sabía bien a quién debería esa futura victoria, y ese no era otro que Lachlam McDonald, su amigo y señor, quien durante años

fue como un hermano para él. El padre de Lachlam, quien lo acogió tras su destierro forzado y hasta su muerte, lo trató como a un hijo. A cambio, Ethan guerreó junto a ellos en innumerables batallas y Lachlam ahora le devolvía el favor.

Sonrió de nuevo al recordarle. De pie en el muelle, viéndolo partir, con un brazo protector sobre los hombros de su esposa, Ayla.

—Ve, y reclama lo que es tuyo.

Él había asentido y Ayla lo había mirado con afecto. Ella también se había convertido en una hermana para él. ¿Habría pareja más noble que aquellos dos? Desde luego Lachlam era un gran guerrero y señor, y Ayla, la hija del laird McLeod y de una poderosa curandera danesa, Ingrid. Habría sido un honor compartir su vida con ellos, pero el destino y la venganza lo llamaban.

Y ahora estaba allí, a punto de reclamar lo que era suyo por derecho.

El rey David no se opondría, le debía demasiados favores a los señores de las islas. Ethan había jurado lealtad a David y aunque era un requisito indispensable para volver a ser el señor de Dunmore, lo que le aseguraba la no intervención de la corona en aquel asunto, es que se sabía que el sobrino del actual señor estaba

preparando un ejército para arrebatarle a su tío la plaza. Charles Beaumont preparaba su jugada, ajeno a que él iba a adelantarse.

Ethan avanzó pensativo por el bosque. La pasada noche lograron interceptar a un emisario que se dirigía a Nottingham, a la casa Harris, lo que significaba que en Dunmore estaban nerviosos. Había ordenado a Ross Archivald, su hombre de confianza, que le sonsacara toda la información posible.

Sonrió al darse cuenta de que sería toda una sorpresa para ellos que el ejército que estaba a sus puertas, fuese el suyo, y no el de Charles, el inmundo que blandió la espada contra su padre, y que deseaba casarse con Isolda para legitimar su dominio sobre la plaza.

Sin duda, su ataque les llegaría por sorpresa.

Ethan se conocía el bosque como la palma de su mano, podría recorrerlo con los ojos vendados, no en vano, durante toda su infancia había correteado a diario por aquellas lindes. En apariencia, pocas cosas en ese lugar mágico habían cambiado y los recuerdos agridulces no tardaron en asaetearle el corazón.

La calma que siempre le producía la naturaleza dio paso al odio y a la furia, que se hicieron más intensos a medida que avanzaba y se encontraba con rincones conocidos.

Observó el viejo castaño donde infinidad de veces había practicado con el arco, las antiguas ruinas, donde su madre lo llevaba de pequeño a recoger bayas. La gran zarza que rodeaba una de las pocas columnas que seguían en pie, repleta de sus frutos tardíos, a causa del calor que aún hacía en primavera. Cogió uno y al degustarlo, la nostalgia lo asoló.

Avanzó un poco más siguiendo el antiguo sendero que acompañaba el riachuelo, hasta que llegó a una poza escondida, donde se formaba un pequeño lago con una cascada, oculta entre los matorrales y árboles de gruesos troncos que se alzaban, como queriendo alcanzar el cielo.

Se detuvo frente a una piedra blanca y lisa y recordó cómo tiempo atrás, había disfrutado de la pesca con el tío Marcus. En ese hermoso lugar, la luz dorada de la mañana se colaba entre las hojas de distintas tonalidades verdosas y el suave susurro del arroyo murmuraba secretos a la pequeña playa pedregosa que formaba el meandro.

El bosque estaba en silencio, solo el canto de un ruiseñor lo rompía de vez en cuando, intentando captar la atención de su pareja, o avisando a otros galanes que aquel era su lugar de apareamiento.

De pronto, se tensó.

Escuchó un sutil chapoteo a su izquierda.

Con silenciosos pasos, se ocultó tras unos arbustos.

Barrió con la mirada el lugar y descubrió, colgando de una rama, una tela marrón, sencilla y remendada. Justo debajo, unos zapatos de mujer, algo gastados por largas caminatas.

Parpadeó sorprendido y sin querer una sonrisa tiró de sus labios.

Se acercó con sigilo, y al poco pudo ver cómo de las aguas cristalinas emergía la figura de un hada.

Había visto el cuerpo de muchas mujeres desnudas a lo largo de su vida, pero el de ese ser le pareció mágico, etéreo e inverosímil.

Se le secó la boca ante esa visión.

Se hallaba de espaldas, podía ver las delicadas curvas de sus hombros y la nuca despejada cuando tomó su cabellera y la alzó por encima de la cabeza, para después con un gesto grácil dejarla caer, azotando su espalda.

Era más bien menuda, y sus delicadas curvas eran un pecado venial.

La piel blanca como la luz de la luna, resplandecía bajo los rayos del sol, que se colaban entre las hojas de los árboles, dibujando luces y sombras en ella. Sus cabellos dorados brillaban con la humedad y se pegaban a su espalda y a los delicados costados, casi rozando las redondeadas nalgas, semicubiertas por las aguas transparentes.

La vio volver a alzar los brazos y con las manos separarse el cabello de la húmeda piel. Se lo escurrió para después agacharse y zambullirse en el agua.

Aturdido, la observó nadar con la soltura de una nutria y la indolencia de quien cree estar en absoluta soledad.

Con total seguridad, esa mujer conocía muy bien ese lugar y sabía que estaba alejado de la vista de todos.

Pero no de la suya.

Ethan había pasado allí su infancia. Y, todo indicaba que ella también, ¿cómo si no sabría de ese lugar escondido?

El agua jugaba con sus largos mechones, haciéndolos bailar, flotando tras ella y la luz del astro rey dibujaba destellos en las ondas que provocaba al bracear.

Bajo el árbol y aún con su sonrisa indolente en los labios, Ethan se puso en cuclillas, observando a la ninfa. Pasó un tiempo

hasta que barajó la posibilidad de hacerse notar, más por decencia que por prudencia, aunque eso significara privarse del espectáculo.

Todas sus buenas intenciones cayeron en saco roto, porque fue ella quien lo descubrió, al darse la vuelta de repente.

La muchacha ahogó un grito, sobresaltada. La boca de Ethan se entreabrió ante el espléndido espectáculo de sus pechos desnudos. La muchacha se abrazó a sí misma para ocultar la desnudez que el agua que llegaba a su cintura, no tapaba.

Al segundo se hundió, dejando solo su cabeza y los hombros expuestos al aire.

—¿Quién demonios sois? —preguntó Isolda con tal indignación que hizo reír al caballero.

Lo fulminó con la mirada.

Ethan se puso en pie y avanzó un par de pasos hacia la orilla. Lo vio acercarse, iba vestido de negro, cuero y lana de calidad. Botas altas y una almilla que le cubría desde los hombros a la cintura. Parecían ropas de buena calidad, por lo que no era un siervo de esas tierras. ¿Quizás uno de sus soldados? Imposible. Los conocía a todos.

Eso le hizo pensar en las señales luminosas, en invasores, en un hombre de Charles.

Apretó los labios, furiosa.

Ethan la observaba con atención.

Cuando la muchacha vio que no respondía a su pregunta, volvió a preguntar.

—¿Cómo os atrevéis a espiarme? —espetó, con tono menos seguro de lo que habría pretendido.

Burlón, Ethan se señaló. Inocente.

—¿Os referís a mí? —Se hizo el sorprendido y se señaló con el dedo pulgar.

—No veo a nadie más —respondió envarándose.

Ethan no pudo parar de sonreír. *Vaya, vaya*. El hada estaba ofendida.

Otro paso del guerrero y ella se agachó hasta que el agua le rozó la barbilla.

Los largos cabellos rodearon su cuerpo, protegiéndola de su mirada, y a Ethan le pareció que era una flor dorada en el agua.

Pudo ver también la indignación y el valor en ese armonioso rostro.

Parpadeó sorprendido al darse cuenta de que no había rastro de miedo o vergüenza en su cara. Solo la indignación de una reina.

—Sois una mujer… muy hermosa.

Ella bufó.

—Y vos un patán maleducado. ¡Daos la vuelta!

Volvió a resoplar al ver que él soltaba una carcajada y seguía mirándola a los ojos.

—Valiente —susurró Ethan—. Sí, muy valiente, teniendo en cuenta la situación en la que os encontráis.

Ella sonrió, sarcástica.

—Una situación que, si fuerais un hombre decente, habríais evitado a toda costa.

Sí, era osada. Algo que agradó a Ethan.

—¿Acaso el bosque es vuestro? Yo solo paseaba por aquí.

Ella entrecerró los párpados.

—Me estoy bañando, mío o no, deberíais haber buscado otro lugar en el que aparecer.

En el rostro del guerrero se dibujó una mueca de disgusto. Sí, se sintió molesto al entender que ningún hombre hubiera hecho lo que ella decía. Los más decentes se hubieran quedado a mirar, y los más malvados… Apretó los dientes y al pensar en el peligro que corría por su negligencia se enfureció.

—No sois consciente de vuestra imprudencia.

Con sorpresa, ella siguió mirándolo con los ojos entornados.

—No sé qué decís.

—De haberos descubierto alguien con menos decencia, podría haberos hecho un daño irreparable.

Por ejemplo, los hombres del estúpido de Charles, pensó Ethan.

Ella resopló como si le quitara importancia a su advertencia. Algo que no le gustó nada a Ethan.

—Os halláis indefensa en un lugar solitario y… desnuda. —Arqueó una ceja, juzgándola—. ¿Y si en lugar de un caballero, yo fuera un rufián, dispuesto a abusar de vos?

Ella, que había ladeado la cabeza para calcular cuánto tardaría en recoger sus pertenencias y huir con su caballo, volvió a mirarlo al instante al escuchar aquellas palabras.

—Os arriesgaríais a morir en el intento…

La vio desaparecer en el agua, y cuando volvió a salir, sacó la mano a la superficie, sosteniendo una gran piedra del fondo del lago. Dio un par de pasos hacia él.

El nivel del agua iba descendiendo a medida que la belleza de cabellos dorados se acercaba a la orilla. Seguía sosteniendo la piedra, amenazante, y con la otra mano y el brazo se cubría los pechos que iban quedando al descubierto.

Como hipnotizado por la visión, Ethan tragó saliva e inconscientemente retrocedió un paso. Se paró cuando el agua rozó el bajo vientre y sus largos cabellos rodearon su cuerpo, como los pétalos de una rosa dorada.

Al ver que ella detenía su avance, el hechizo se rompió.

Sin perder la sonrisa, preguntó:

—¿En verdad creéis que una simple piedra podría detenerme?

—No me conocéis, ni sabéis de qué soy capaz.

—Qué suerte la mía, por no ser un ladrón de enaguas —se mofó, cruzándose de brazos—. Y que mis intenciones sean más puras que el agua en la que os bañáis con tanta falta de pudor.

Bajó la vista al agua cristalina, intentando echar un vistazo a lo que esta ocultaba.

—¡Sois un insolente! —jadeó ella, mientras sus mejillas se iban encendiendo por momentos. Una reacción que Ethan paladeó con inmenso placer, pues no había visto un rostro más hermoso en toda su vida.

A pesar de la distancia, verificó su perfección. Con forma de corazón, la nariz era pequeña y respingona. Los labios eran carnosos, como frutas maduras, y de un intenso color que le recordaban al de una rosa perfecta.

No era una belleza fría y distante, a pesar de su aspecto delicado y su menudo tamaño. Era evidente que se trataba de una mujer fuerte e inteligente, y ardiente.

¿Quién habría pasado por alto el fogoso temperamento de la muchacha?

La miró a los ojos, de un verde profundo, como las praderas tras una tormenta, grandes, almendrados, brillantes y expresivos, con una mirada difícil de ignorar.

No pudo evitar preguntarse cómo serían sus pechos y si sus aureolas tendrían el mismo color que sus labios.

—¡Os prohíbo que me miréis así! —soltó Isolda, intuyendo el camino que empezaban a recorrer los pensamientos de ese descarado.

Sí, se dijo Ethan. Los pensamientos que lo asaltaban habían sido demasiado obvios.

Ethan se encogió de hombros y resopló. Luego, en un gesto que era intencionalmente despreocupado, desenvainó su espada. Sin dejar de mirarla, era muy consciente de dónde estaban tiradas las prendas de la muchacha.

—¿Qué demonios estáis haciendo?

Él silbó, sorprendido por su lenguaje.

—Mi señora —se mofó—, esa lengua.

Agitó la piedra en la mano, retándolo a que tocara sus pertenencias.

Juguetón, Ethan tocó su ropa interior con la punta de metal.

—¡Basta! —gritó, indignada.

Ignorándola, alzó su ropa interior que por el ángulo en que ascendía el arma, fue resbalando por el filo de su espada con suavidad. Su sencillo vestido de sirvienta había quedado a los pies del caballero.

Él rio sin dejar de mirar de reojo las encantadoras reacciones de ese ser angelical.

La muchacha se sonrojó aún más y sus labios gruesos como fresas temblaron, al fin, de algo muy parecido al miedo. Sin duda pensando en cómo volvería a casa sin prenda alguna.

No podía consentirlo.

—¡Si no os marcháis inmediatamente, me veré en la obligación de lanzaros…! ¡Aaaah!

De pronto, ella soltó la piedra, mirando al agua como si algún ser malvado la hubiera rozado. Alzó los brazos por encima del nivel del agua y a Ethan se le cayó la espada al ver sus perfectos pechos altos, expuestos al aire.

Los pezones estaban duros por la caricia de la brisa y mientras ella seguía chapoteando y gritando, él permaneció con la boca abierta. El súbito deseo lo inflamó y carraspeó confundido al pensar el tiempo que llevaba sin estar con una mujer.

Se esforzó por recuperar la compostura.

Cuando por fin se quedó quieta, lo miró, dándose cuenta de su desnudez. Volvió a abrazarse y su piel tomó el tono de una fresa madura.

Ella tragó saliva, y no hubo insulto hiriente que saliera de sus labios cuando Ethan, enarcando una ceja, se dio cuenta de lo que sucedía.

—¿Una rana? —Sonrió.

La muchacha guardó silencio, confundida de cómo él había adivinado tan rápido la causa de su sobresalto.

Ethan le señaló la cabeza.

Un enorme batracio verde y viscoso se acababa de posar sobre esta.

—La tenéis sobre…

La comprensión de lo que él le decía, hizo que su rostro se tornara blanco como la sal, para después volverse amarillo.

—¡Auxilio! —exclamó horrorizada, aunque sin atreverse a mover ni un solo músculo.

Ethan abrió mucho los ojos.

—¿No teméis que un hombre os descubra bañándoos sola en el río y sí morís de terror por una insignificante rana?

—¡Dios bendito, qué asco! —dijo, con un agudo hilo de voz—. ¡Quitadme esto de encima!

Los labios de Ethan se curvaron en una sonrisa socarrona.

—¿Cómo, si estáis desnuda y no es decoroso que me acerque a vos?

—¡Callad y ayudadme, por amor de Dios!

Instantes después, la rana, despavorida, dio un salto y se zambulló en el agua.

Ethan alzó la ceja izquierda cuando la joven fingió recomponerse, aunque por su agitada respiración y sus mejillas, que habían recobrado el color, supo que no lo estaba en absoluto.

—Sois… un desconsiderado —gimoteó, mirando en derredor, por si el viscoso animalillo volvía a aparecer.

—¿Entiendo que ya no debo acudir en vuestro auxilio? —se mofó, y ella lo miró con cara de pocos amigos.

—¡Dejadme salir del agua, está llena de… esos bichos!

—¿Acaso no lo sabíais antes de introduciros en el río?

—¡Callad e idos para que pueda salir de aquí sin que me miréis!

No, no iba a marcharse, se quedaría a disfrutar de la batalla de voluntades que ella le ofrecía y, con suerte, de su hermoso cuerpo, que emergería tarde o temprano ante el cruel asalto de los anfibios.

Así que envainó su espada y se cruzó de brazos ante la escandalizada mirada de la joven, que era incapaz de entender cómo alguien podía ser tan poco caballeroso.

—Veo que os asustan más las ranas que los caballeros errantes. Lo que me hace pensar que estoy a punto de disfrutar de las hermosas vistas que podéis ofrecerme.

Ella gimió, frustrada.

—Si en verdad fuerais un caballero, os marcharíais.

—Y si vos fuerais una mujer sensata, no os bañaríais desn…

—¿¡Cómo os atrevéis a llamarme imprudente!? Estas son m… —calló a tiempo, porque era aún menos sensato revelar quién era.

—¿Estas son…?

—Idos al infierno. No sois un caballero.

Al ver asomar la angustia en el rostro de la muchacha, Ethan se apiadó un poquito. Y también porque él sí era un caballero y deseaba llevarle la contraria.

—Está bien, podéis salir tranquila —cedió, dándose la vuelta —. Pero me quedaré aquí hasta que os hayáis vestido. No vaya a ser que aparezca otro hombre con más malas intenciones que yo. O necesitéis ayuda con otra rana.

La escuchó bufar y se tragó una carcajada.

—No necesito vuestra protección. —Y con sus palabras, escuchó también un chapoteo, indicando que estaba saliendo del agua.

Tuvo la tentación de darse la vuelta. Esa mujer desnuda era una visión divina. Pero mantuvo su palabra y se quedó quieto en el sitio.

Aunque no la libró de sus burlas.

—¿Y si, al contrario de mí, que soy un caballero de moral intachable, os hubieseis topado con un oso… o peor aún, con un ejército de ranas?

—No os burléis de mí.

—Vos os burláis de la fortuna, siendo tan temeraria.

—Y vos sois un atrevido, espiando a las mujeres que se bañan en el río.

—No lo he hecho a propósito, si eso es lo que pensáis.

—¿Cómo, si solo yo conozco este lugar?

—Pues al parecer, ya no.

La oyó refunfuñar.

—Alejaos de mis ropas, deseo vestirme con tranquilidad.

—¿Aún seguís desnuda? —Rio.

Se escuchó el rechinar de dientes y algo parecido a una blasfemia y varios improperios. Finalmente dijo:

—Os lo ruego —gimió ella. Pero él negó con la cabeza.

—No me alejaré más, debo seguir velando por vuestra seguridad. Las ranas siguen al acecho.

Rezongando, Isolda estiró el brazo y cogió su vestido, que se encontraba a pocos metros a la izquierda del caballero. Se vistió con rapidez y después de calzarse, puso los brazos en jarra.

—Ya os podéis marchar.

Pero eso no pasó.

El caballero se volteó y ambos quedaron a dos zancadas de distancia, mirándose a los ojos.

Isolda tragó saliva al verlo de cerca.

Jamás pensó que, en aquel lugar, se toparía con un desconocido. Era imposible que supiera de su existencia, por lo que seguramente habría sido pura casualidad que la hubiera encontrado. El objetivo de Isolda había sido escabullirse por el bosque y observar qué se preparaba en su interior. Había esperado encontrarse con algunos hombres de Charles, algunos que hubiera mandado de avanzadilla para saber cuán inexpugnable seguía siendo la fortaleza. No había visto ninguno, por lo que suponía que se habían refugiado en lo profundo del bosque. Decepcionada por no haber visto a nadie, se había retirado a su lugar favorito para tomar un baño. Jamás pensó que no se encontraría sola.

Así que… sí. El presunto caballero tenía razón, se había comportado de forma muy imprudente. Demasiado confiada, había ido al bosque, vestida de sirvienta, buscando el rastro de la persona que había estado enviando las señales luminosas. Era más que obvio que había calculado mal en cuanto a su seguridad se refería.

Si *sir* Talbot se enteraba…

—¿Qué estáis mirando? —preguntó él, al ver que ella lo observaba con descaro.

Isolda no respondió.

¿Era uno de los hombres de Charles o, por el contrario, se trataba de un espía de Stewart?

Oh, un hombre del Cuervo Errante. Era sin duda una posibilidad que no podía pasar por alto.

Soldado o siervo de uno u de otro, lo que estaba claro era que ese hombre era escocés, pues su acento norteño lo delataba.

Su identidad aún estaba por resolver, pero lo que no admitía ninguna duda era su apostura. Era el hombre más distinguido que había visto jamás. Tanto, que se le secó la boca al observarle, muy a su pesar.

Aunque sus ropas no eran excesivamente lujosas, era la perfecta imagen del héroe que susurrarían los bardos en las más atrevidas canciones.

Alto, fuerte, y de porte principesco. Su sola presencia habría arrancado los suspiros de más de una fémina, de eso estaba segura. Incluso los suyos, si no se esforzara tanto en no soltarlos y ponerle cara de pocos amigos.

Difícil, sin duda, pues sus cabellos ligeramente rubios brillaban con el sol, y estaban siendo agitados suavemente por la brisa, que se afanaba en despeinarlo con coquetería. No lo llevaba demasiado largo, pero tampoco corto, sí desigual. La mandíbula era

fuerte, cubierta por una incipiente barba dorada y bien cuidada. Los ojos, rodeados de largas pestañas, eran de un azul celeste y parecían reflejar el cielo del verano. Sin embargo, había algo en su mirar que combinaba varias cosas, nobleza, pillería y… oscuridad. Al igual que su sonrisa, que era de esas que halagan y doblan voluntades, también lucía una expresión… ¿peligrosa?

Achicó los ojos, con desconfianza y curiosidad, a partes iguales.

Había algo en él que… le resultaba tan familiar. ¿Dónde lo había visto antes? Empezaba a estar segura de conocerle… y era imposible, lo recordaría, sin duda.

—No me quitáis los ojos de encima —interrumpió sus cavilaciones, con una sonrisa lobuna—, ¿acaso os gusta lo que veis?

—No seáis tan presuntuoso. —Volvió en sí—. Solo os estudio para averiguar si sois peligroso.

—Creedme, si para vos lo fuera, ya lo habríais comprobado.

—¿Estáis diciendo que lo sois para otras personas?

Ethan suspiró.

Aunque le encantaría seguir discutiendo con esa beldad rubia, tenía cosas que hacer, como averiguar quién era y qué estaba haciendo en aquel lugar.

—¿Vais a regresar sola a…?

—Sí —lo cortó, dando un pequeño paso hacia atrás, para agacharse a coger un pequeño cestillo que había permanecido oculto entre los matorrales hasta el momento.

—Dejad que os acompañe. Este bosque es peligroso y…

—Sí, sí, las ranas… —lo cortó, sabiendo que iba a burlarse de nuevo de ella—. Conozco bien este lugar. —Isolda se mordió el labio inferior, de forma encantadora—. Y no puede ser más peligroso que vos.

—No os falta razón, pero os aseguro que, a mi lado, no tenéis nada que temer.

—Igualmente, regresaré sola, gracias. —Hizo ademán de rebasarlo, pero él se interpuso en su camino, con delicadeza, sí, pero concluyente.

—¿Quién sois? —inquirió, borrando la sonrisa que hasta el momento había lucido en el rostro.

—Nadie importante —respondió, apretando el asa del cestillo, de pronto inquieta por su cercanía—. Y ahora, permitidme el paso. Tengo tareas por hacer, y ya me he ausentado por demasiado tiempo de mi casa.

—¿Vivís en la fortaleza? —Alzó la ceja, expectante, y su pregunta pareció alterarla.

—Yo… —Volvió a morderse el grueso y jugoso labio y Ethan supo que lo hacía cuando mentía, o sentía inseguridad—. Sí, en las cocinas. He venido a recolectar… nueces.

Ethan frunció el ceño y miró el cesto, en el cual no había ni una sola nuez, pero sí algunas hierbas medicinales.

—¿Sois una hechicera? —Levantó una ceja.

—¡Por supuesto que no! —se indignó ella.

—¿Solo recolectáis hierbas?

—Para dar sabor a los guisos.

—Me gustaría probarlos —dijo, y la sonrisa regresó, dejándola sin aliento. ¿Por qué tenía que ser tan apuesto? ¡Maldito fuera!

Instantes después, la frente de la muchacha se arrugó ligeramente.

—Pues pedidle a vuestra madre que cocine para vos, yo no soy vuestra criada. He de marchar ya.

Un ligero brillo de dolor apareció en los ojos de ese hombre e Isolda supo que había hablado de más. Lo que ella no podía saber era que su propio padre había ordenado la ejecución de sus

progenitores. De haber conocido Ethan ese detalle, era posible que no la hubiese dejado marchar.

Al ver que el hombre no la detenía, sus pasos se detuvieron y lo miró de nuevo.

—Y vos, ¿qué hacéis aquí? —indagó Isolda, y la sonrisa regresó al rostro masculino, aunque esta vez no logró iluminar sus bonitos ojos azules.

—Solo soy un caballero desorientado, ya os lo he explicado.

Quien alzó la ceja esta vez, fue ella.

—No parece que alguien como vos se desoriente con facilidad.

Si ese hombre había pensado por un momento que era tonta, estaba muy equivocado.

Isolda era consciente de que el Cuervo Errante acechaba y, aunque era menos probable, también cabía la posibilidad que los hombres de su primo estuviesen merodeando.

—¿Quién es vuestro señor? —preguntó ella con curiosidad.

Ethan alzó una ceja por la sorpresa.

—¿Mi señor?

—No sois de por aquí —carraspeó ella—. Sois… del norte.

Eso le hizo sonreír y se acercó un poco más a ella, hasta que la tuvo lo suficientemente cerca para oler la fragancia de las hierbas que portaba en el cesto. Lavanda y campanillas blancas.

La vio tragar saliva por su proximidad, pero no se apartó.

Muchacha, valiente.

Sonrió.

—¿Cómo sabes que soy del norte?

—Vuestro acento.

—No tengo acento escocés —dijo él, convencido.

No, ahora ya no lo tenía, pensó Isolda, pero…

—Hay un deje extraño en la pronunciación de vuestras erres. Puede que no seáis escocés, pero habéis pasado mucho tiempo en las tierras altas.

—En las islas.

Ella entrecerró los ojos y él se dio cuenta que había hablado demasiado.

—Sea como sea —tragó saliva—, se hace extraño.

—¿No os gusta? —preguntó, acercándose un poco más a su rostro.

Isolda sintió cómo un inesperado calor le recorría el cuerpo. Intentó darse la vuelta, pero él se lo impidió.

La tomó de ambos brazos, pero con suavidad.

Isolda debería haber sentido pánico, era un hombre alto y fuerte… muy fuerte. Sin embargo, se quedó mirando su fornido pecho y después sus increíbles ojos que le recordaban a un mar embravecido.

—Tengo… tengo que irme.

Él asintió.

No obstante, ella se quedó allí, pensando en que debía averiguar quién era y si había llegado con los invasores. ¿Invasores? ¿Del norte? Tenía acento norteño, no obstante, lo que la hacía dudar era su aspecto, nada que ver, en apariencia, con la rudeza y el salvajismo con que describían los ingleses a los highlanders.

De cualquier forma, su presencia en esas tierras no podía ser casual.

Y…

Y si era un espía… tal vez pudiera usarlo a su favor.

Una idea imprudente empezó a revolotear por su cabeza.

—Trabajo en las cocinas de Dunmore —mintió sin haber tenido tiempo para pensar su plan.

—Ya veo. —El cálido aliento rozó la mejilla de Isolda.

Era agradable, y no se apartó.

—¿Estaréis por aquí? —Quiso saber.

Hipnotizado por su mirada, Ethan reveló más de lo que quería.

—Es muy probable.

—¿Habéis venido solo?

Ethan sonrió, sin responder.

—Es posible que regrese mañana con algo apetecible para vos —dijo, haciendo que los ojos de ese hombre brillasen de interés y cierta desconfianza, pues había vuelto a morderse el labio inferior —. ¿Traigo algo para vuestros amigos?

—No será necesario.

Ella asintió lentamente.

—¿Queréis algo dulce para vos?

No fue lo que dijo, sino la forma en que lo hizo, lo que provocó que el corazón de Ethan se acelerase.

—Os lo agradecería mucho.

La forma de responderle, con una cadencia suave y delicada, también le aceleró el corazón a ella, de forma que jamás le había sucedido antes en presencia de un caballero.

Tomó aire para calmarse y quiso apartarse, dispuesta a marcharse.

Pero él aún no había dado por zanjado el encuentro.

—Muchacha —le acarició la mejilla con el pulgar, lo que la obligó a tragar saliva—, ¿cómo os llamáis?

Isolda se quedó parada el tiempo suficiente para que su mente encontrase la respuesta adecuada.

Y la encontró.

—Claire. —No era una mentira, su segundo nombre era Claire, como el de su madre.

Pero se mordió el labio inferior de nuevo, haciendo que Ethan entendiese que estaba mintiendo otra vez.

Así mismo, él cerró los ojos y paladeó, en sus propios labios y garganta, el sonido de la mentira que era ese nombre.

—Claire… —Desplegó los párpados y la miró con fijeza—. Un nombre precioso, mi señora.

—No… no es necesario que me habléis con tanta formalidad, solo soy una simple doncella —le tembló la voz al hablar y Ethan sonrió como solo él sabía hacer.

¿Una doncella? Sí, la había escuchado blasfemar, pero no. No era una doncella, ni una sierva. Debía ser alguien de la fortaleza. Quizás una dama de compañía.

Cerró la boca y apretó los labios. Quizás la dama de compañía de quien le había arrebatado el sitio a su madre.

Suspiró para quitarse de encima la rabia.

—Permitidme que lo dude. No sois simple, en absoluto.

La manera en que se lo dijo y por cómo la miró, provocó en la muchacha una risa nerviosa.

—Os equivocáis, *sir*. Soy tan poco sofisticada como el mecanismo de un odre de vino. —En eso, Isolda no mentía del todo. Siempre había sido más práctica que artificial.

—Claire —Ethan paladeó ese nombre, una vez más—. Es un nombre apropiado para vos. Significa brillante, luminosa y… sincera. —Obviamente, el último adjetivo era una ironía, pues no sabía en qué, pero ella, claramente, mentía—. Como las aguas que has honrado con tu hermoso cuerpo desn…

—Os aconsejo que no sigáis diciendo tonterías, u os quedaréis sin postre —lo interrumpió.

Al ver su sonrojo, y sus labios entreabiertos, se sintió tentado a estrecharla en sus brazos y… besarla, hasta quedar saciado de ella.

Le dedicó una sonrisa devastadora.

Mentirosa o no, había algo en esa mujer que lo atraía como la miel al oso.

Pero no hizo tal cosa. Lo último que quería era espantarla. Y tampoco había mentido al decir que era un hombre con honor.

—Tenéis mi palabra, dulce y hermosa Claire —de nuevo, había regresado el galante caballero. Retrocedió un paso—. Os prometo que no volveré a decir nada que pueda molestaros.

Isolda tomó aire y asintió.

Debía marcharse cuanto antes, o acabaría… embrujada por ese hombre.

—Hasta mañana, ¿*sir*…?

—Murdock.

—¿*Sir* Murdock? —preguntó, intentando recordar si alguna vez había escuchado ese nombre. Hizo un sutil movimiento de cabeza, antes de añadir—: Gracias por… respetar mi integridad.

Respondió con otra sutil reverencia, pero cuando se dio la vuelta para marcharse, volvió a sentir la necesidad de seguir hablando con ella.

—Claire —pidió, haciendo que se girara de nuevo.

Cuando las miradas de ambos se cosieron unos instantes más, él tragó saliva.

—¿Sí?

—Ha sido un placer conoceros. Hasta mañana.

Isolda sonrió, pero no respondió.

Se alzó las faldas del vestido con una mano, mientras apoyaba el cesto de flores y hierbas con la otra. Tras darse la vuelta, desapareció entre la espesura del bosque, como si jamás hubiese estado allí.

Ethan la vio marcharse por el antiguo sendero que, sabía, conducía directamente a las murallas que rodeaban Dunmore Castle.

Aunque ya tenía un informante en el interior de la fortaleza y era perfectamente consciente de cuantos hombres afines a Beaumont había en su interior, así como también quienes eran fieles a la causa Stewart, no estaría de más ganarse los favores de una hermosa doncella. Puede que incluso la tomase como esposa y la convirtiera en la señora de Dunmore Castle.

Con una sonrisa bailando en sus labios, regresó al encuentro de sus hombres.

Ethan Stewart no albergó la más mínima sospecha de quién era ella.

Y *lady* Isolda, señora de aquellas tierras y quien realmente gobernaba el feudo, tampoco sospechó que el guerrero que ese día le había acelerado el corazón era, en realidad, su peor enemigo.

El juego de poder no había hecho más que empezar.

Capítulo 3

Cuando Isolda entró en la alcoba de su padre, le hizo un gesto con la cabeza a la mujer que lo atendía para indicarle que podía marchar a descansar. Por fortuna, contaba con un servicio muy leal y los pocos que sabían lo que ocurría, jamás la traicionarían.

Hacía tiempo que lord Beaumont no podía quedarse a solas. Su mente se había ido transformando poco a poco en la de un niño y sus actos cada día eran más imprevisibles. Isolda había ordenado al servicio que siempre estuviese vigilado, y más de noche. Por ello, uno de los hombres de confianza de *sir* Talbot custodiaba la alcoba, apostado en el corredor, frente a la gran puerta de madera.

Después de que la doncella cerrara la puerta tras de sí con un chirrido de bisagras mal engrasadas, Isolda sintió cómo la piedra fría de la habitación de su padre le producía una enorme desazón. Cada vez que entraba allí, el corazón se le encogía. En ese mismo lugar… había muerto cruelmente asesinada la antigua señora de Dunmore, *lady* Stewart, y no eran pocos quienes aseguraban que su fantasma

atormentado merodeaba por el castillo, especialmente en las noches de luna llena. Isolda no creía en supercherías, pero sí era cierto que, en ocasiones, sucedían cosas extrañas y se escuchaban pasos acelerados por los corredores.

Miró en derredor, turbada, antes de acercarse al lecho de su padre. A pesar de que ya estaba muy entrada la primavera y durante el día reinaba el calor, las gruesas paredes de la fortaleza mantenían el frío y la humedad, por lo que las chimeneas de las habitaciones solían estar siempre encendidas.

El silencio reinaba allí dentro y únicamente lo rompía el crepitar del fuego. Las llamas iluminaban los viejos tapices con escenas de caza así como los pocos muebles de madera oscura que ocupaban la estancia, también los cortinajes de terciopelo granate.

Se acercó lentamente hacia el lecho y observó el rostro de su padre. Algunas sombras procedentes de la vela que había junto a la mesilla lateral se proyectaban sobre él.

Estaba dormido y su respiración no era agitada.

Lo arropó, justo antes de sentarse en una silla para velar su sueño unos instantes.

Entrelazó los dedos, y se los retorció, nerviosa.

La situación en la que se encontraba su casa, ahora que su padre había enfermado, era difícil. Sin el apoyo de *lady* Gwyneth y *sir* Talbot, se sentiría del todo perdida.

Gwyneth era su más fiel aliada en la casa. Era una joven dama viuda que su padre había acogido por la amistad que guardaba con su familia. Siempre se había sentido muy agradecida por vivir en Dunmore y ahora que tenían que guardar el secreto de la enfermedad de su padre, era de una ayuda inestimable.

Observó a su padre con cariño y lástima.

Había dejado de ser el hombre de antaño, un guerrero imponente, cuyo rostro estaba curtido por la dureza del acero de innumerables batallas y el alma llena de cicatrices por las crueles decisiones que hubo de tomar estando cuerdo. Ahora, todo eso ya no existía y yacía indefenso en su lecho.

Su mente poco a poco había ido perdiendo el juicio, a pesar de que su cuerpo continuaba siendo vigoroso.

No la recordaba y eso le causaba un gran dolor. A pesar de la dureza de sus decisiones, siempre sintió debilidad hacia su hija. Le dio una buena educación, permitió que aprendiera las letras y los números y siempre alentó su inteligencia y sí, en cierta forma, la consintió.

A pesar de sus innumerables errores y de su crueldad, que había demostrado contra sus enemigos, especialmente contra los Stewart, Isolda era una mujer segura de sí misma y fuerte, gracias a él.

Sí, puede que fuera un despiadado guerrero, pero había sido un buen padre, cariñoso y dedicado a su felicidad.

Ahora… ahora ya nada volvería a ser como antes. Los había olvidado a todos, aunque… a veces le asombraba la nitidez con que recordaba el pasado.

No había olvidado a los Stewart. Al menos no en sus pesadillas.

En ocasiones, la luz de la cordura parecía asomar en sus ojos claros. Se marchaba tan pronto como aparecía, pero allí estaba, atrapada en ese cuerpo que se iba deteriorando con el tiempo.

De pronto, su rostro se arrugó, y sus párpados se abrieron, clavando su mirada en la de su hija.

Isolda se inclinó hacia delante y despegó los labios para hablarle, pero él lo hizo primero.

—Mi amada Claire… —dijo lord Beaumont, estirando una mano.

Isolda sintió una profunda decepción al ver que su padre seguía sin reconocerla.

Claire era su madre. Falleció en el parto de su hermano, que también murió, cuando Isolda era una niña. Apenas podía recordarla, pero sabía lo que decían de ella, que fue una esposa muy amada y una madre cariñosa.

Estuvo tentada de decirle que no era ella, sino Isolda, su hija, pero la intuición la obligó a no sacarlo de dudas.

—Decidme, esposo. —Se tragó las lágrimas e intentó sonreír.

—Estoy preocupado, Claire —dijo su padre—. Nuestra hija aún no se ha desposado, nadie la protegerá cuando ya no esté.

—Shh, no temáis. —Apretó la mano de su padre—. Isolda es fuerte y logrará salir adelante con la ayuda de *sir* Talbot y *lady* Gwyneth. Además, os tiene a vos.

—Es una mujer sola en un mundo de hombres y yo me estoy muriendo.

—No digáis eso. Aún viviréis por muchos años.

De pronto, sus ojos se agitaron y sus dedos se retorcieron contra las sábanas.

—¿Recuerdas lo que hice, querida? —dijo, con voz temblorosa.

Isolda ladeó ligeramente la cabeza, como un pajarillo dispuesto a escuchar.

—¿A qué os referís?

—A aquella hermosa dama, *lady* Stewart.

Isolda tomó aire, y lo mantuvo en el pecho unos segundos hasta que lo expulsó con lentitud.

De haber sido su esposa, tampoco habría podido saber qué hizo tras su muerte… Pobre padre.

—No, querido —mintió, con dolor—. No lo recuerdo. Pero no penséis en nada que os inquiete y descansad.

Todos sabían que *lady* Stewart falleció asesinada tras la llegada del nuevo señor, pero lo que dijo su padre a continuación la confundió.

—No murió, Claire.

Los ojos de Isolda se agrandaron al entender aquellas palabras.

—¿Cómo…?

—¡Está viva! —Su padre se agitó, alzando la cabeza de la almohada y la miró con fijeza, de tal forma, que Isolda sintió fuertes escalofríos recorriéndola.

—*Lady* Stewart está muerta.

Su padre permaneció inmóvil unos instantes. Su mente divagaba. Aun así, sus ojos parecían estar tan seguros de lo que decía.

—No hagáis caso de habladurías —dijo Isolda—. El fantas…

—Sé lo que me vas a decir, que he perdido el juicio, pero la he visto —aseguró—. ¡La he visto, esta misma mañana, junto a la chimenea!

Tomó su mano y le dio varias palmaditas.

—No, no. Sería alguna doncella, que ha venido a atenderos.

—¡Era *lady* Stewart! ¡No era ninguna doncella, ni ningún fantasma!

—No debéis escuchar los chismes que se cuentan de las apariciones en Dunmore Castle.

El hombre la miró sin estar convencido.

—Sé lo que vi —le dijo con firmeza.

Isolda suspiró y de nuevo le acarició la mano.

—Papá… —Se tragó un sollozo cuando su padre la miró y pareció reconocerla.

—Isolda —dijo su nombre y ella dejó rodar una lágrima por su mejilla—. Mi querida niña. Sé lo que vi —repitió—. No hablo de fantasmas, sino de *lady* Stewart.

—Papá, *lady* Stewart está muerta.

Él negó, ahora, con los ojos llenos de miedo.

—Está aquí. ¡Está aquí! —asintió vivazmente, como si hubiera recuperado parte de la energía perdida—. Un día me matará. Claire… Claire… —Su mirada se perdió en la chimenea y cuando Isolda le apretó la mano, él volvió a mirarla, volviendo a verla como su difunta esposa—. Me matará, y a nuestra hija también. ¡Cuida de Isolda! ¡No confíes en nadie, Claire! Ella está en peligro.

—Ssssh, ssssh —le chistó tranquilizadora—. Eso no pasar…

—No me importa expiar mis pecados, pero nuestra hija es inocente. ¡Por eso debe casarse pronto y abandonar este endemoniado lugar! ¡Está maldito! ¡Maldito!

—Ella sabe cuidarse —intentó tranquilizarle, arropándolo de nuevo—. Tiene el amor de *lady* Gwyneth y la lealtad de *sir* Talbot. No está sola.

Su padre negó con la cabeza, enérgicamente, y se destapó de nuevo.

—Nada podrán hacer por ella cuando llegue el Cuervo, y reclame lo que le pertenece.

Isolda guardó silencio, por un instante fue su mente quien abrazó el pensamiento lejano de Ethan Stewart. Sintió un nudo en el

pecho. Fue un destino muy cruel el de esa familia, pero lo hecho, hecho estaba.

—Dunmore Castle ya no pertenece a los Stewart, ahora es nuestro —aseguró—. Y lo vamos a defender con el hierro de nuestras espadas, aunque tengamos que derramar nuestra propia sangre.

—No, no, no. —Lord Beaumont se revolvía en el lecho—. No funcionará… no funcionará.

—Sí, lograremos defender Dunmore, tened fe.

—¡No! —gritó, lord Beaumont—. Encuentra un buen esposo para Isolda, no importa si es príncipe o noble de baja cuna, solo que la ame tanto como yo te amo a ti, y que se la lleve lejos. ¡Lejos de este lugar maldito! ¿Harás esto por mí, Claire? ¿Me lo prometes?

Las lágrimas asomaron de entre los párpados de Isolda. Le emocionaba ver el inmenso amor que le profesaba su padre, y le dolía que hubiese abandonado por completo la realidad. El destino de los Beaumont era incierto, pero ella lucharía por su apellido, fuera como fuera.

—Isolda no se irá —zanjó—. Ella os protegerá con su vida y salvará a vuestra gente del Cuervo Errante.

—El demonio Stewart no es el único peligro que acecha Dunmore. —Clavó los ojos en ella, tenía las pupilas dilatadas—. Esa serpiente, ese… estúpido de Charles. La quiere como esposa y no lo voy a permitir. ¡No lo permitiré!

Isolda abrió la boca para hablar, pero él la interrumpió.

—Se acerca, puedo sentirlo. ¡Se acerca! ¡Se acerca! ¡Ya está aquí!

Lord Beaumont se incorporó con violencia. Isolda intentó contenerlo, pero no pudo evitar que saliera de la cama y se precipitara contra el suelo.

—¡Padre!

En ese momento, la puerta de la alcoba se abrió y apareció *sir* Talbot quien, junto con el guardia que siempre custodiaba la entrada a la alcoba, lograron reducirlo.

***

Isolda entró en su alcoba, cerró la puerta tras de sí y, después de apoyar la espalda contra la madera, cerró los ojos para soltar todo el aire contenido.

Cuando los abrió, se llevó las manos a la boca para ahogar un grito.

La mujer, que se encargaba de mantener vivo el fuego del hogar, se puso en pie y se disculpó.

—Mi señora, os ruego que me perdonéis, yo…

—No te disculpes, Lora —respondió, llevándose una mano al corazón, que aún seguía agitado—. Ha sido culpa mía, he entrado tan distraída que no te he visto.

Lora era una mujer madura. Vivía en el castillo desde antes de la caída de Stewart, como muchos otros sirvientes que juraron lealtad al nuevo señor y se quedaron en sus antiguas ocupaciones.

Las cicatrices no incomodaban a Isolda, pues desde pequeña se había acostumbrado a su presencia, primero escondida en las cocinas, regalándole algún dulce, después en pequeñas labores, ir a recoger agua, ocuparse de las flores, ayudar en la cocina… Siempre se mantenía discreta. Dudaba de que algunos la hubieran llegado a ver nunca. Lora sabía la repulsión que causaba en algunos su aspecto, por eso siempre se escondía y era sumamente discreta. Un día, cuando su padre aún tenía la mente clara, le preguntó por la historia de Lora, él no supo de quién le hablaba.

Isolda jamás se atrevió a preguntarle directamente a ella el motivo por el cual tenía medio rostro quemado, ni por su cojera. Lo más probable es que hubiera resultado herida durante la toma de la fortaleza, cuando se incendió parte de la cocina.

Lora era una constante en su vida, que le proporcionaba paz, con sus buenos consejos y su tono dulce. Había querido hacerla su doncella, pero a Lora le horrorizó la mera idea de tener que estar tan expuesta frente a todos, con un cargo tan importante. Así que se quedó como ayudante para todo. Era muy trabajadora, la primera en levantarse y la última en irse a descansar.

—Esta noche ha refrescado, *milady* —dijo, con la dulce voz de siempre—. Por eso he venido a comprobar que el fuego seguía encendido.

—Siempre tan atenta, Lora —le agradeció Isolda.

—También os he traído una tisana. Está sobre la mesilla de noche.

Le sonrió, e Isolda vio ese brillo especial en unos ojos de un azul profundo. A pesar de la quemadura y lo inquietante de su presencia, era hermosa.

Isolda sonrió, agradecida, y se acercó a ella.

—Muchas gracias, Lora. Estoy algo… nerviosa.

—Entonces os vendrá bien la infusión. ¿Deseáis que os ayude a desvestiros? Emma no tardará en llegar, pero si puedo ayudaros yo…

—No será necesario, pero gracias. Y dile a Emma que no hace falta que venga. Es tarde, y estará cansada.

—Entonces, me retiro. Que descanséis, mi señora.

La mujer hizo una sutil reverencia antes de encaminarse hacia la puerta.

Cuando Isolda se quedó a solas, caminó hacia la cama y al ver el humeante tazón, sonrió.

Lora era discreta y una mujer de pocas palabras. Había cuidado de ella desde que llegó con su padre a Dunmore. No podría sustituir jamás a su madre, pero era la única figura maternal que había conocido. Siempre atenta, siempre cariñosa, incluso le contaba cuentos antes de ir a dormir durante las noches de tormenta, cuando era una niña asustada que no podía arrancarse de la mente la cabeza rodante de Stewart.

Nunca hablaba de sí misma, pero daba buenos consejos y a pesar de ser una criada de bajo rango, conocía las letras.

Tomó la tisana y sintió el líquido cálido recorrer su garganta.

¿Qué haría sin Lora, y sin todos los siervos que tanto la mimaban? A veces, las personas más sencillas y discretas, las que parecen más insignificantes, eran las más presentes.

Se desvistió y se puso la camisola y una bata de fina lana. Caminó hacia el tocador y se sentó frente al espejo pulido de plata, mirando sin mirar su reflejo distorsionado, mientras se peinaba los largos y dorados mechones con un cepillo de crin de jabalí.

Se quedó absorta, sumergida en un trance mientras su brazo seguía el monótono gesto de cepillarse el cabello. Una nítida imagen acudió a su mente y la hizo sonreír como una tonta.

La imagen del caballero que se había encontrado en el bosque acudió a su mente y su pecho se calentó. Parecía mentira que con todos los sobresaltos que estaban viviendo en la fortaleza, su cabeza se centrara en un hombre que no había visto nunca.

No pudo evitar curvar los labios hacia arriba. Era tan apuesto… Y su sonrisa, tan espléndida.

Parpadeó confusa y su sonrisa se congeló en la cara.

Fue curioso cómo su mente enlazó una visión con otra. Su noble guerrero se parecía tanto a…

Soltó el peine como si quemara. Aún frente al espejo, negó con la cabeza.

—No, no… estás loca, Isolda. La demencia de tu padre te ha atrapado a ti también.

Se levantó de golpe y se acercó a la cama. Con un manotazo apartó las mantas. Necesitaba dormir, no estar dándole vueltas a algo que no sabía cómo descifrar.

Se metió en la cama y no tardó en abrazar el sueño a pesar de su nerviosismo. No dudaba de que había sido gracias a la tisana reparadora de Lora.

En sueños, su mente continuó activa.

Se vio a sí misma recorriendo el bosque, era solo una niña jugando y saltando. Alguien la perseguía, un niño corría a su espalda. Lo reconoció y lo llamó para que se apresurara.

—Ya estás a salvo —le decía Isolda, mientras llegaban a su lugar favorito.

Se quitó el vestido y tan solo con la camisola, saltó al agua desde la roca más alta. El niño, sin miedo, fue tras ella con una sonrisa triste.

Está triste, se dijo Isolda, *porque mi papá ha matado al suyo.*

Cuando Isolda sacó la cabeza del agua, ya no era una niña. El agua fresca acariciaba su piel desnuda y cuando se dio la vuelta, se encontró con el apuesto guerrero del norte.

Le sonreía desde la orilla.

La miró con sus profundos ojos azules. Los cabellos claros se movían con la suave brisa.

De pronto, su sonrisa se apagó y esos ojos se ensombrecieron, cargados de dolor y rabia.

Isolda tragó saliva, abrumada por la comprensión de que eran enemigos.

Parpadeó y ya no estaba en el lago, sino sobre un palco. Volvía a ser una niña y se vio obligada a observar el patio de armas de Dunmore. Estaba ahí, junto a su padre, mientras Charles blandía la espada contra el cuello del laird Stewart, quien mantenía apoyada la cabeza sobre un tocón con las manos atadas a la espalda.

Apretó los párpados y gimió.

No quería mirar.

Era horrible.

—Mira, Isolda —escuchó la voz del guerrero que había conocido en el río—. Mira cómo asesinan a mi padre.

No quería, pero miró. Tenía que hacerlo.

¡Mira!

Debía demostrarle a su padre, a todos sus siervos, que era una niña valiente, capaz de soportar cualquier cosa, incluso de

presenciar la muerte de un traidor a la corona. Por horrible que fuera, ese era su deber. Madurar, volverse fuerte, porque el mundo era un nido de víboras que no tendrían piedad con una dama débil.

Mira, Isolda.

Sí, tenía que seguir observando el horror.

Sin embargo, algo captó su atención, justo en el instante en que Charles alzaba su espada y esta brillaba, amenazante, sobre el condenado. Era la misma mirada, impregnada de miedo, dolor y venganza. Sus cabellos, rubios y resplandecientes, ondeaban con la brisa, despeinándolo.

Eran los ojos de…

Ethan Stewart.

Los ojos del hombre que había conocido en el bosque. Sus labios se entreabrieron para hablarle directamente.

Mira, Isolda. Le sonrió malévolamente. *Mira cómo tú y yo nos volvemos enemigos.*

Isolda gritó y se incorporó de súbito, presa de temblores y un sudor frío que ya le bañaba todo el cuerpo.

Por unos instantes, quedó confusa. Observó a su alrededor. Estaba en su cama y había sufrido una pesadilla.

¿Una pesadilla? ¿Solo eso?

Negó con la cabeza.

—No es posible —jadeó llevándose una mano al corazón, el mismo que amenazaba con desbocarse—. No… No puede ser.

Pero sí podía. Lo supo en ese preciso instante.

Ese caballero era el Cuervo Errante.

El mismísimo Ethan Stewart.

—No… ¡No!

El miedo la poseyó.

El Cuervo Errante estaba allí, y eso significaba muerte. Porque si ese diablo recuperaba Dunmore, ni ella ni su padre saldrían de allí con vida.

Capítulo 4

Ethan observó cómo Dunmore Castle se alzaba majestuoso sobre una elevación del terreno. Rodeado por la bruma del amanecer, emergía su silueta, recortada contra el cielo grisáceo, como un gigante oscuro brotado de la misma roca, como si tuviera alma propia.

La imagen aciaga le trajo recuerdos que le mordieron el corazón, era la sombra del pasado, pesándole como una losa.

Los momentos alegres que allí vivió en su infancia se diluían para dar paso al rencor. En esos instantes, solo podía recordar el cuerpo inerte de su padre, desmadejado en el cadalso y su cabeza clavada en una pica, sobre la muralla, manchando la piedra de escarlata con el goteo de su sangre.

También hubo un momento para pensar en su madre, en la forma tan cruel en la que fue asesinada, sin piedad, sin honor.

Apretó los puños y cerró los ojos para evitar esas emociones, no debía dejarse llevar por ellas si quería pensar con claridad.

El asedio era inminente, y debía encontrar el punto débil.

La pared que daba al bosque no era la mejor opción: se elevaba recta, uniendo el acantilado con la muralla de forma vertical, como si la naturaleza y la mano del hombre se hubiesen puesto de acuerdo. El lado sur asomaba sobre una pequeña elevación de terreno, rodeada por un foso. Ese lugar era interesante, si alguien desde dentro pudiera abrir los grandes portones y soltar el puente levadizo... De esa forma, se evitaría el asedio. Y es que este sería lento, podría durar semanas e incluso meses, durante los cuales sus hombres deberían mantenerse abastecidos. El coste en vidas y en recursos eran demasiado altos, y Dunmore estaba precisamente diseñado para resistirlos. Bien lo sabía él, pues los Beaumont solo pudieron tomarlo con traición.

Pero Ethan no tenía tiempo para intrigas, necesitaba encontrar una forma más rápida de entrar.

Preferiría la rendición, ya fuera por medio de una negociación, el soborno, o incluso la intimidación. O… alguien fiel a su causa, que le abriera las puertas.

Por eso le envió la pasada noche un mensaje a la única persona de aquel lugar en quien podía confiar, pero no las tenía

todas consigo en cuanto a si aceptaría ayudarle. Habían pasado muchos años.

Ya se estaba impacientando cuando escuchó unos pasos acercándose.

Respiró con calma al distinguir entre los árboles la silueta enjuta del padre Marcus.

—Ethan —lo saludó, quitándose la capucha para descubrir su rostro bondadoso, dedicándole una sonrisa.

El corazón de Ethan se llenó de buenos recuerdos y recibió al padre Marcus con un abrazo muy sentido. Ese hombre, además de ser su tío carnal, había sido su maestro en las letras y los números.

—Han pasado muchos años —dijo—, pero parece que el tiempo no ha hecho mella en vos, padre Marcus.

—No puedo decir lo mismo, querido Ethan. —Le apretó los hombros con cariño y se dio cuenta de que tuvo que extenderlos hacia arriba, era un gigante. Mirándolo sin disimular su emoción, le sonrió con profundo afecto—. Ya no eres el muchacho delgado y sucio que entregué al padre Lias, aunque lo que no han cambiado son tus ojos, llenos de valentía y también…

Marcus calló, apartó la mirada y Ethan habló por él.

—Podéis decirlo, padre. Odio. —Le sonrió como si en lugar de atormentarle, ese hecho lo enorgulleciera—. Inquina, rabia y rencor —añadió—. Eso no ha cambiado desde la última vez que estuve en Dunmore, y no lo hará, hasta que vea a los Beaumont reducidos a cenizas.

Marcus suspiró, y entrelazó los dedos.

—Ethan…

El caballero se envaró, y regresó la mirada a la fortaleza.

—No puedes…

—¿Reducirlo a cenizas? No, por supuesto —se respondió a sí mismo—, por eso me ayudaréis a que se rindan o encontraréis una manera con la que pueda tomar el castillo sin mandar todas las almas que habitan ahí, al Creador.

Reinó el silencio un largo instante. Finalmente, el padre Marcus dijo:

—Tienes ventaja sobre mí, me cuesta negarte nada.

—Bien. Entonces decidme…

—Tiene que haber alguna manera de llegar a términos favorables —lo interrumpió al ver su mirada decidida. Si no conseguía rendir la plaza habría un derramamiento de sangre—. Tal

vez, si logro convencer a… Beaumont, de rendirse sin necesidad de lucha…

Ethan tenía otros planes y frunció el ceño ante las palabras del padre Marcus.

—Sí, os deseo suerte en eso. —Su expresión burlona le dio a entender que sabía que lord Beaufort no iba a rendirse—. Si no… el puente es el punto más débil. Lord Beaumont lo tendrá bien protegido.

—No me gusta lo que pretendes hacer, hijo —dijo el hombre de Dios, buscando una redención que no tendría si accedía a lo que, sabía, Ethan estaba a punto de pedirle.

—Juraste lealtad a mi padre.

—Pero primero mi lealtad es con Dios, hijo.

Ethan lo miró con desaprobación.

—No seré clemente. Ese hombre merece morir. Él, y toda su estirpe.

Los ojos de Marcus se agrandaron por la sorpresa y el horror al entender qué quería decirle.

—¡Dios bendito, ruego que Dios te perdone!

Ethan bufó, después de poner los ojos en blanco.

—No será la primera batalla que presencies.

—Con su estirpe, os referís a su hija. *Lady* Isolda es un ángel, no merece lo que piensas hacer con ella. No merece la muerte.

—¿Acaso merecía morir mi madre, ultrajada y después quemada viva, a manos de esos cerdos ingleses? —escupió las últimas palabras—. ¡Era tu hermana, por amor de Dios! ¡Eres un Archibald!

El padre Marcus era su tío, el hermano de su madre. Había tomado los votos muy joven y tras el asalto de Beaumont, fue quien le salvó la vida. Aun así, por algún motivo que Ethan no comprendía, la venganza no estaba presente en su corazón, podía verlo en sus ojos.

—Sé clemente, Ethan. No permitas que el diablo guíe tus acciones.

—¡Justicia, padre Marcus! —siseó—. ¡Solo reclamo eso! ¡Nada tiene que ver el diablo en eso!

—No debes confundir justicia con venganza. Y cuidado con el Maligno. También se oculta en las causas que creemos nobles.

Ethan lo miró con desdén.

—¿Estás aquí para darme información de utilidad, o lanzarme el sermón?

—Estoy aquí, primero, para disuadirte de cualquier tipo de acción que sea deshonrosa y, segundo, por si no te hago entrar en razón, pedir clemencia para *lady* Isolda.

Por supuesto, ni se le ocurrió mentar a lord Beaumont ni nada referente a su enfermedad.

Alterado, Ethan regresó la vista al castillo.

—Esa plaza será mía, y si tengo que pasar a cuchillo a todos sus habitantes, empezaré por la hija de mi enemigo, y lo haré ante los ojos de su padre.

—Por amor de Dios… Ethan.

—Deseo que ese cerdo sufra todo lo que yo tuve que padecer, que se retuerza, viendo cómo será ejecutada sin piedad, viendo cómo la vida escapa de su rostro.

—No. —Marcus negó con la cabeza—. No eres tú quien habla, sino tu ego. No le escuches, tú tienes honor. No te salvé la vida para esto. Recupera Dunmore con honor, y serás respetado.

Ethan cerró los ojos y apretó los puños. Marcus sabía poner el dedo en la llaga.

—Dicen que es una dama inteligente. —No iba a permitir que la piedad lo confundiese—. Es posible que intente escapar. Apenas la

recuerdo, solo… su mirada… no recuerdo el color de sus ojos, pero sí su brillo.

Sí, esos ojos fueron lo único hermoso y sincero que vio ese día.

Pero seguía siendo la hija de un monstruo.

Marcus aprovechó ese instante de dudas, para ensalzar la figura de la que ahora era su señora.

—Es de apariencia delicada, voz dulce y corazón compasivo. Pero si crees que te vas a encontrar con una pusilánime…

—Una rosa inglesa —Ethan escupió la última palabra, mofándose—. Y como todas las rosas, tendrá espinas. Las suyas serán difíciles de romper.

—Si consigues ganar la plaza…

—La ganaré.

—Podrías… desposarla.

Ethan miró a su tío con sorpresa. ¿A qué venía eso?

—¿Y permitir que mis descendientes lleven la sangre de mi enemigo? Has perdido la cabeza.

—Pocos son los que te recuerdan.

—Los suficientes —espetó Ethan.

—Si asaltas el castillo, no puedes matar a Isolda.

Ethan alzó una ceja ante la seguridad que demostraba Marcus.

—¿No?

—Nadie te respetaría. Serías un monstruo.

Ethan se encogió de hombros.

—Olvidarán —dijo burlón—. ¿No quemaron viva a mi madre y la olvidaron? ¿No sirvieron con alegría al nuevo señor?

—No —dijo Marcus, tajante—. No lo hicieron. Que muchos no hayan olvidado es el motivo por el cual hoy te encuentras aquí, porque hay quienes quieren volver a verte como su señor.

Ethan apretó los labios y después chasqueó la lengua. ¿Qué podía decir contra eso? Su madre era una dama buena y generosa, era imposible que después de haberla asesinado sus más fieles sirvientes la hubieran olvidado.

—Casándote con *lady* Isolda vas a legitimar tu puesto, como hijo del antiguo señor…

—El verdadero señor —le corrigió, y Marcus asintió con la cabeza.

—Como hijo del señor y esposo de la persona más amada de la plaza.

Ethan gruñó, pensativo.

—Dime que vas a contemplar la posibilidad —insistió—. No es una mala idea, hijo —intentó convencerle con sus dotes de persuasión—. Una alianza con los ingleses, tan cerca de la frontera, protegería tu descendencia. El rey David lo vería con muy buenos ojos.

—Porque le evitaría futuros quebraderos de cabeza —bufó Ethan, pensando que Charles querría recuperar su derecho sobre la propiedad, y seguramente lo intentaría en breve.

—No te enemistes con el rey ahora que te ha dado el visto bueno para tus acciones. ¿Qué crees que pasará cuando se entere de que has pasado a cuchillo a Beaumont?

—He jurado acabar con todos ellos y soy un hombre de palabra. Charles no va a escaparse.

—Debes ser inteligente, y no permitir que la rabia te nuble el juicio. Una cosa es matar a Charles y a lord Beaumont, que Dios me perdone —se santiguó porque sabía que a lo largo de los años el nuevo señor había demostrado piedad y buenos pensamientos—, y otra pasar a cuchillo a *lady* Isolda. No puedes hacerlo.

A pesar de que le resultaba incómodo y lo llenaba de rencor, Ethan valoró esa posibilidad.

—Legitimaría mi nueva posición —pensó en voz alta.

Que sus descendientes portasen la sangre de Beaumont le provocaba náuseas, aunque… Podía hallar venganza también de esa forma. Humillándola.

—Mmmm… —Se le iluminaron los ojos—. Tal vez no sea tan mala idea.

Marcus vio de nuevo la duda en él, y la aprovechó en favor de su argumento.

—Te ayudaré, Ethan. Haré que entres en la fortaleza, evitando el asedio, pero…

Ethan suspiró, molesto.

—Siempre hay un pero.

—No ejecutarás a Isolda.

Ethan entrelazó las manos a la espalda y miró al padre Marcus con benevolencia.

—De acuerdo.

Pero la sonrisa que dibujó en su cara fue la de un diablo que sabe que va a ganar la partida, de una forma u otra.

Si Isolda no moría por su mano, se marchitaría bajo su yugo.

Sería implacable con ella, pero… con lord Beaumont no tendría piedad.

Capítulo 5

Isolda detuvo sus pasos y se colocó a un lado del sendero, a escasos metros del pequeño lago que formaba el riachuelo en un tramo de su trayecto.

Allí estaba Ethan Stewart, justo en el mismo lugar en donde se despidieron. Si había venido a caballo, el animal no se encontraba a la vista.

Se hallaba de espaldas, erguido, con una capa corta sobre los hombros y la espada al cinto. La tela parda ondeaba a su alrededor, como una bandera silenciosa. Miraba hacia el riachuelo, que seguía su camino sereno, serpenteando entre los árboles, cuyas hojas se doraban bajo la luz del atardecer. El sol acariciaba su melena, haciéndola brillar con destellos anaranjados. Había en su postura un deje de melancolía, como un peso invisible que Isolda podía percibir desde la distancia.

Tomó aire con lentitud y apretó con fuerza el asa de la cesta. Ahora que sabía quién era ese hombre, ahora que estaba segura de

su verdadera identidad, se le agitó el corazón con desconfianza y miedo, unas sensaciones totalmente nuevas para ella, pues siempre se había sentido protegida por su padre, y a resguardo, entre los gruesos muros de Dunmore.

Ahora, tenía ante sí a su mayor enemigo. Y, sin embargo, no le temía.

¡No sientas lástima por tu enemigo! Se escuchó el grito en su mente. Pero no podía evitarlo.

¿Y si descubría quién era ella? ¿La mataría? Había presenciado la horrible ejecución del anterior señor, y había visto también el dolor en los ojos del joven Ethan cuando la cabeza del laird Stewart, su padre, rodó por el patio de armas.

Más adelante supo de la terrible suerte que corrió su madre y algo así era imborrable en el corazón de un niño.

Isolda podía imaginarse cómo se sentiría ella de estar en su lugar. Le odiaría, aunque no tuviese culpa alguna de los pecados de su padre. Así funcionaba el mundo y el pulsar de los corazones de quienes lo habitaban.

Se armó de valor y avanzó varios pasos hacia él, haciendo notar su presencia y esas emociones se diluyeron cuando lo vio darse la vuelta hacia ella.

Su hermosa sonrisa la alumbró y calentó su vientre.

Carraspeó y apartó la mirada azorada.

—Claire —la saludó, avanzando hacia ella—. Pensé que ya no vendrías.

Isolda forzó una sonrisa y rezó para que él no pudiera leerle el pensamiento.

De igual forma, se sintió una mentirosa. Estaba allí, sí, pero no para tener una agradable charla amorosa.

Había ido para algo muy concreto.

Él era su enemigo y debía tenerlo muy claro. Ethan Stewart iba a atacarles y lo haría pronto. Destruiría todo lo que había conocido y mataría a los que amaba.

Apartó los dientes y rezó para tener fuerzas suficientes y fingir.

—Suelo cumplir mi palabra —respondió, acercándose también a él con más cautela de la que habría querido demostrar.

Si Ethan se había dado cuenta de su inquietud, se esforzaba para no hacérselo notar, pensó Isolda. Puede que hasta pensara que era lógico que una mujer sola acudiendo a una cita con un desconocido en el bosque, le provocara cierto nerviosismo. Respiró hondo. Tampoco es que no hubiese tomado medidas,

disimuladamente se tocó la daga oculta que llevaba atada en el muslo. Por si acaso las cosas se torcían.

—Espero que no te hayas encontrado una rana por el camino.

Isolda no pudo evitar sonreír ante la broma.

¿Por qué tenía que ser tan encantador? Lo hacía todo más complicado.

—No tengo nada en contra de las ranas, son criaturas de Dios, aunque no sean santo de mi devoción.

—Yo solo puedo decir que me alegra no ser una rana, ya que no os gustan.

Isolda no pudo evitar soltar una suave carcajada que suavizó su expresión.

—Aún no tengo claro si me gustáis vos. —Respiró y escuchó el sonido de su corazón. Se clavó las uñas en las palmas de las manos, porque sí, se había percatado de que estaba mintiendo, porque acababa de darse cuenta de que le gustaba.

Aunque no debiera. Aunque él la odiaría si supiese quién era en realidad. Y no tardaría en hacerlo.

—Qué extraño —se llevó una mano al corazón, exageradamente—, las damas me adoran.

—¿Quién ha dicho que yo sea una dama?

Ethan ladeó la cabeza y achicó los ojos.

—Es algo que puede verse con claridad.

Isolda tragó saliva. ¿La habría descubierto? Por Dios, que no fuera así…

—Solo soy una simple criada de Dunmore que ayuda de vez en cuando a la cocinera —se apresuró a aclarar.

Ethan asintió, y se preguntó si la señora Woods aún seguiría al mando de las cocinas. Muchos señores mantenían a los antiguos sirvientes si demostraban ser valiosos, y Emily Woods preparaba unos guisos estupendos. El olor de lo que contenía el cestillo de Claire le despertó buenos recuerdos y le hizo rugir el estómago.

—¿Y eso lo has preparado tú, o la cocinera? —preguntó, inclinándose sobre ella con las manos a la espalda, mirando con interés el paño humeante que ocultaba lo que, por el aroma que le llegaba a las fosas nasales eran, sin lugar a duda, pastelillos de manzana recién horneados.

—Bueno —pareció dudar, la muchacha—, la señora Woods me ha ayudado.

La sonrisa de Ethan se amplió, así como su satisfacción.

—Me muero por probarlo.

—Oh, claro. —Isolda tragó saliva, ahora que había llegado el momento, no sabía si sería capaz.

Miró la cesta, los panecillos y el queso.

Tragó saliva de nuevo.

Las viandas no eran peligrosas a excepción del vino.

Miró a Ethan, inclinado sobre ella y sus labios se apretaron con fuerza. Apartó la mirada cuando una visión acudió a su mente: ese pobre niño que había presenciado el horror de ver decapitado a su padre. ¿Acaso podía culparlo por buscar venganza? No, y sin embargo… Ella debía cuidar del suyo, proteger a su familia y a todos los habitantes de Dunmore.

—Os habéis puesto pálida.

Ella no respondió y sus manos empezaron a temblar cuando sacó uno de los panecillos que él olió con deleite. Cuando le tendió un trozo de queso su sonrisa era amplia, e inocente.

Estaba sentado a su lado, sobre la capa que había extendido en el suelo para que ella se sentara. Apoyado sobre su codo, sus piernas estaban dobladas en una postura relajada. Lo vio masticar mientras miraba al lago y acto seguido a ella.

—¿No coméis?

Isolda asintió con rapidez.

Sus movimientos se detuvieron de inmediato cuando él tomó uno de los vasos de arcilla cocida y la llenó de vino.

Isolda dejó de respirar.

Lo vio mirarla a los ojos, con esa sonrisa pícara. Sintió algo cálido extendiéndose por sus entrañas y cómo después le llegaba directamente al corazón. No fue consciente de que sus ojos se llenaron de lágrimas hasta que la visión se puso borrosa.

Ethan detuvo el movimiento de su brazo cuando iba a posar en sus labios el rústico vaso.

La sonrisa desapareció y la preocupación se hizo visible en el rostro del guerrero.

En un rápido movimiento Isolda se abalanzó sobre él y empujó el vaso repleto de vino con veneno.

No podía.

No podía matarle.

¿Acaso él no era una víctima de todos los juegos políticos que sucedieron antaño? Huérfano, sin familia, sin tierras, sin esperanza. ¿Podía culparle de querer recuperar lo que un día fue suyo?

El vaso salió despedido y el vino se derramó sobre la hierba.

Isolda estaba sobre él, con ambas manos apoyadas sobre su pecho. Los ojos grandes y hechiceros la miraron con magna

sorpresa, pero al cabo de unos segundos, sonrió.

—¿Qué hacéis? —dijo en un susurro.

—Nada. —Nerviosa, Isolda se puso uno de sus largos mechones tras la oreja e intentó alejarse de él, pero Ethan no se lo permitió.

—¿Tantas ganas teníais de robarme un beso?

Isolda abrió los ojos como platos. Sus palmas se calentaron contra el pecho de él, y entonces fue consciente de su postura, sus caderas sobre las de él, el calor de su cuerpo atravesando la tela de su vestido.

Abrió la boca para disculparse, pero entonces, dos grandes manos la agarraron de la cintura. No pudo moverse y mucho menos respirar cuando estas se deslizaron hacia abajo hasta abarcar su trasero.

Jadeó sorprendida por la osadía del hombre.

—¿Qué hacéis?

Él rio y, antes de poder entender qué sucedía, Ethan la besó.

Fue un beso fugaz, tan solo el chocar de sus bocas. Un beso juguetón que hizo que abriera la boca en un gesto entre la sorpresa y la indignación.

—¿Cómo os atrevéis?

Él apretó más su trasero y ella sintió contra su cadera… sintió…

Su piel se tiñó de un color carmesí al darse cuenta de dónde estaba parada.

Cuando lo miró a los ojos, él dejó de sonreír y su cabeza se alzó para ir en su busca.

Iba a volver a besarla. Ella…

Iba a recibir su primer beso, porque… ese choque de labios no había sido un beso de verdad. Pero ahora… sí, él iba…

Tragó saliva y fue incapaz de moverse, esperando ese beso.

Maldito fuera, ella estaba encandilada con su enemigo, un enemigo al que había estado a punto de matar y por el cual se moría por recibir un beso.

Vio cómo Ethan entreabría los labios y desasía su trasero para abrazarla contra su pecho.

Fue en ese instante cuando una flecha voló sobre su cabeza, hasta clavarse en la hierba.

Capítulo 6

Todo sucedió muy rápido.

Ethan la hizo rodar, protegiéndola con su cuerpo mientas asía la espada. La desenvainó con rapidez, rasgando el metal con un silbido agudo y limpio.

—¡¡Ve a los árboles!!

Estupefacta, ella miró a su alrededor.

¡Los atacaban!

Gateó hasta ponerse en pie y huir hacia donde él le había indicado. Miró sobre su espalda y Ethan la seguía, también para resguardarse.

Les habían lanzado una flecha, fuera quien fuese, el enemigo no estaba demasiado lejos. No podían quedarse en la orilla del lago, a cielo abierto, sin la protección del bosque.

No pudieron esconderse.

Antes de huir el caos se personó a su alrededor.

Vio a dos guerreros precipitarse contra ellos, Ethan se plantó frente a ella, protegiéndola y sin poder dejar de mirar escuchó el entrechocar de sus espadas con violencia.

En ese momento, fue perfectamente consciente de la habilidad de Stewart. Se movía con la agilidad de un gato y la fuerza de un león. Uno de ellos le hizo un corte en el costado e Isolda pudo escuchar a Ethan sisear, pero enseguida tomó ventaja. Mientras esquivaba el ataque del otro, consiguió hundir la espada en el vientre de su enemigo. Isolda soltó un grito al verle caer como si de una muñeca de trapo se tratara. Estaba muerto.

El adversario que quedaba en pie era corpulento y muy hábil, pero Ethan tardó menos de diez segundos en derribarlo, con un tajo certero en la garganta.

Isolda observó, espantada, cómo la vida se escapaba de los ojos de ese hombre, mientras su sangre, roja y brillante, salía a borbotones del cuello, salpicando el rostro de Stewart.

Se recostó contra el tronco de un viejo roble, rezando para que las rodillas la sostuvieran, mientras Ethan limpiaba la hoja de su acero con la tela de la capa, para después envainar la espada con un brillo asesino en sus ojos azules. Su rostro ensangrentado, por unos

instantes fue aterrador, como si fuera el del mismísimo ángel caído, bello y luminoso, y extremadamente cruel.

Pero cuando la miró, esa expresión desapareció y se tornó de preocupación.

—Claire. —Caminó hacia ella y colocó ambas manos sobre sus hombros—. ¿Estás bien? —preguntó, palpándola y recorriéndola con los ojos.

—No me ha herido —respondió, en un jadeo—. Pero… sí a vos.

Ethan bajó la mirada hacia su costado y vio cómo la sangre brotaba, extendiéndose como una rosa por la tela de su camisa.

—Oh, no es nada que…

Isolda lo tomó de la mano y lo condujo hacia el riachuelo.

—Quitaos la ropa —ordenó, y él sonrió como el diablo que era.

—¿Tan rápido vais a desnudarme? —se jactó—, si acabamos de conocernos.

La mirada que le soltó la joven lo obligó a morderse el interior de las mejillas para no soltar una carcajada.

—No os burléis y haced lo que os ordeno —fue tajante.

Él asintió.

—De acuerdo. —Mostró las palmas en señal de rendición, fascinado porque de repente mostrara tanta autoridad. La miró meditabundo, no se comportaba como una simple ayudante de cocina.

Ethan empezó a desvestirse y fue muy consciente de los ojos de la muchacha sobre él.

—No te impresiones.

—He visto muchas heridas —contestó ella, mojando en el agua limpia los paños que habían cubierto momentos antes los bollos recién hechos.

—No me refería a la sangre —se mofó, para después sacarse la camisa con coquetería—. La sola visión de mi cuerpo desnudo, podría provocaros un desmayo.

Isolda sopló hacia arriba, moviendo un suave mechón de su frente.

—¿Siempre sois tan vanidoso?

—Solo cuando la ocasión lo requiere.

—Creedme que no me seducís, más bien me hace gracia que seáis tan petulante.

Él la miró con tal intensidad, que la hizo dudar de sus propias palabras.

—Tengo de qué presumir, muchacha.

—Eso lo decidiré yo.

Él fue muy consciente de que Isolda contuvo el aliento al ver su torso desnudo. Era un hombre joven y rebosante de salud, a pesar de la fea herida de su costado. Tragó saliva al observar con atención su formidable pecho. Había creído erróneamente que la dureza que habían palpado sus manos se debía al grueso jubón, pero… se equivocaba. Ese hombre era de acero.

Sus ojos se desplazaron sobre las suaves ondas de su vientre y cuando la carne desapareció bajo la tela de sus pantalones, se sintió acalorada.

—Sí que os habéis impresionado.

Isolda despertó como de un sueño y puso los ojos en blanco mientras volvía a ponerse en movimiento. Escurrió los paños para limpiar la herida con menos delicadeza de la que tenía prevista.

—¿Sabíais que la soberbia es el último refugio de quienes no conocen más virtudes que la apariencia? —refunfuñó ella.

Colocó el paño húmedo sobre la herida, con manos temblorosas y dando gracias al Señor de que solo fuera un simple rasguño.

Si lo pensaba bien, ese hombre tenía motivos suficientes para ser un altanero. Y desde luego, era perfectamente consciente de sus virtudes.

Si vestido resultaba impresionante, con el torso desnudo era la perfecta definición del pecado carnal. La piel, ligeramente dorada por el sol, era suave al tacto, a pesar de estar llena de cicatrices. Los hombros eran anchos y poderosos, sus bíceps marcados y el pecho fuerte y definido. Isolda tragó saliva al darse cuenta de que sus ojos, traidores, acariciaban el perfecto cuerpo masculino para encaminarse hacia sus abdominales, bien marcadas por un contorno sutil, que trazaba una línea de vello rubio que se desplegaba hacia más abajo, donde...

Oh, sí, ese rufián tenía razón. Si no se desmayaba, era porque tenía suficiente autocontrol como para no seguir mirando.

Al sentir calor en las mejillas, cerró los ojos y carraspeó.

Y cuando levantó de nuevo la mirada hacia él, vio en su rostro una expresión que decía algo que Isolda no había visto jamás.

—No me miréis así —lo regañó, pero el reproche iba dirigido a sí misma.

Sin embargo, él no varió ni un ápice su talante.

—Te aseguro, muchacha, que si me lo permites, encontrarás en mí mucho más que soberbia.

La voz rasgada y sensual del caballero la obligó a apartar la mirada y a aclararse la voz.

No respondió. No habría sabido qué decir. De no haber tenido conciencia, se habría puesto en pie y se habría marchado, para huir de él. En lugar de eso, sacó del cesto un tarro de miel y le untó un poco en la herida. Después, con manos temblorosas, se rasgó el delantal y le rodeó la cintura con él.

Mientras hacía eso, podía notar la respiración de ese hombre muy cerca suya, sentir su piel cálida en las yemas de los dedos y el tacto de sus duros músculos calentaron aún más su pecho, llegando a cortarle la respiración.

Ethan, absolutamente consciente de las sensaciones que provocaba en la inocente muchacha, sonrió cuando ella le limpió del rostro los restos de sangre, pero tampoco dijo nada, solo disfrutó del momento.

—Terminé —dijo, al fin—. Me temo que no puedo hacer más por vos. Solo recomendaros que, cuando regreséis a… casa —carraspeó—, os limpiéis bien la herida y os cambiéis el vendaje.

Ethan seguía acariciándola con los ojos. Había algo en ella que lo atraía como la flor a la abeja. Tal vez fueran sus ojos verdes como el musgo, o la delicadeza de sus manos, puede que la suavidad en su voz y la inocencia de sus actos. Pero de algo estaba seguro, jamás había conocido a una mujer tan dulce.

—Gracias —dijo, al fin.

Isolda tomó aire y se tensó.

—Soy yo quien debo dároslas. Acabáis de salvarme la vida. —Miró a lo lejos, bajo el árbol, a los dos hombres inertes.

Ya en pie, Isolda se acarició los hombros, de pronto recordando el frío que le había provocado el pánico.

Ethan frunció el ceño, se puso en pie y caminó hacia uno de los hombres caídos. Le dio la vuelta con la bota e Isolda apartó la mirada.

—¿Lo habías visto alguna vez?

Ella se obligó a mirarlo y rápidamente negó con la cabeza.

—No es de Dunmore.

Ethan achicó los ojos.

Isolda se puso en pie.

Ambos se miraron por unos instantes, con intensidad.

—Si no os hubiera recostado contra el suelo para besaros, esa flecha se os habría clavado en el cuello —dijo Ethan sin emoción en la voz, exponiendo un hecho—. A no ser que fuera muy mal arquero, no tengo dudas de quién era el objetivo.

Isolda lo miró horrorizada.

Lo decía en serio. ¿Creía que ella era el objetivo de esa flecha? ¿Alguien pretendía matarla? No, no. Eso era imposible. Ella no tenía enemigos. Charles no quería matarla, solo casarse con ella para poseerla junto a sus tierras.

—¿Quién querría atacar a una doncella? —Tragó saliva y nerviosa, se acarició la nuca.

—Sí, ¿quién querría acabar con la vida de una sirvienta? Sería diferente si fuerais una dama. —No dijo que sospechaba que lo fuera. Una dama de noble cuna. La miró, pero al ver que ella prefería permanecer en silencio, no dijo nada más y solo la observó.

Era extraño que un guerrero desconocido hubiese aparecido de la nada. La flecha, sin duda, iba dirigida a ella, eso era algo que Ethan tenía claro. ¿El motivo? Se le escapaba, por el momento. Pero no tardaría en averiguarlo, se juró.

—Puede que fuera un bandido —dijo Isolda.

Ethan sabía que eso no era posible, pues los asaltadores de caminos no solían llevar espada ni ir tan bien equipados.

—Debería regresar cuanto antes.

Él se acercó peligrosamente, le apartó un mechón del rostro e Isolda tembló, sin saber si era de emoción o temor.

—Te llevaré a Dunmore.

—No es nec…

—No te dejaré sola, Claire —la interrumpió, con dureza, dejándole claro que no iba a ceder—. No, después de lo que acaba de pasar aquí.

Isolda quedó hechizada por la mirada de Ethan, intensa, azul, con la tonalidad de un océano insondable, cuyo brillo parecía un faro distante, que la atraía con fuerza.

No debía olvidar que ese hombre era su enemigo, alguien que no dudaría en decapitarla si supiese que era la hija del asesino de sus padres.

Pero no lo sabía, y si así era, fingía muy bien. Porque en esos momentos la miraba como si en el mundo solo existieran ellos dos, con un resplandor furtivo que no podía ser otra cosa que…

—No temas —su voz la sacó de sus pensamientos—, no voy a hacerte daño. Siempre, ¿me oyes? Siempre estarás segura a mi lado.

Oh, no… eso no podía ser cierto. En cuanto supiera…

Pero su mente cambió de rumbo.

Jamás se había sentido igual, notaba en su pecho la apremiante invitación a adentrarse en…

De súbito, unos matorrales a su izquierda se agitaron e Isolda se sobresaltó. Sin pensarlo demasiado, se abalanzó sobre él y se pegó a su torso, como si fuera su única tabla de salvación.

Sin dudar, la rodeó con sus fuertes brazos y ella empezó a notar cómo el pecho masculino golpeaba suavemente su mejilla, con cada respiración.

De pronto, avergonzada, escuchó cómo de su garganta emergía una sonora carcajada. Se separó de él y al mirar sobre su hombro, se dio cuenta de que lo que había emergido de entre esos matorrales, no era más que un corcel negro, como la noche.

—¿También te asustan los caballos? —Isolda refunfuñó, pero él se acercó a ella y buscó sus ojos con los suyos—. Responde.

—Los caballos no me dan miedo, pero vos… sí.

—No lo parecía hace un momento, cuando te abalanzaste sobre mí.

Ella tragó saliva.

—Pensé que alguien os atacaba de nuevo y…

—¿Acaso me estabas protegiendo?

Isolda se cruzó de brazos, y lo miró con decisión.

—No lo sé, fue solo un impulso.

Él sonrió de medio lado y se acercó al caballo.

—Es mío, se llama Ares, y nos llevará a casa.

¿Ares? Qué nombre tan apropiado para el corcel del Cuervo Errante, pensó Isolda.

Cuando Ethan puso el pie en el estribo, Isolda recogió sus cosas. Se agachó para recoger el cesto con panecillos y queso, disimuladamente miró por encima del hombro y quitó el tapón de la botella. Vertió su contenido en el suelo y dejó la botella vacía. Su corazón latía desbocado y su conciencia… su conciencia clamaba lo ruin que era. ¿Cómo había podido intentar matar a… *¿A quién, Isolda? ¿A tu enemigo? Él irá a por ti cuando sepa quién eres, y lo sabes.*

Se recompuso como pudo y forzó una sonrisa al ir a su lado.

Cuando acabó, él aguardaba y la miraba desde lo alto con una sonrisa enigmática que la dejó desconcertada un instante.

Carraspeó con fuerza.

—Si vais a llevarme a Dunmore Castle, hacedlo ya —dijo, desviando la mirada—. No deseo permanecer con vos en este

bosque cuando caiga la noche.

—Pues no se hable más.

Hizo avanzar a su montura hacia ella, la asió por la cintura y de pronto se vio volando por los aires.

—¡Aaaah!

Después de acomodarla frente a él, apretó los flancos de Ares y este comenzó a trotar.

Isolda se olvidó de respirar, jamás había estado más avergonzada. El brazo derecho de Ethan dirigía las riendas mientras el izquierdo rodeaba su cintura, con la mano apoyada en su vientre, casi rozándole el pecho con el pulgar. *¡Descarado!*

Los movimientos rítmicos del corcel hacían que su espalda chocase contra el duro cuerpo masculino, por lo que él la apretó más hacia sí, haciendo que toda su piel ardiera.

Ese hombre era un hábil seductor, podía notar su aliento cálido en el cuello y sus dedos largos y fuertes, acariciándola con sutileza. Isolda fue perfectamente consciente de su sonrisa de satisfacción, aunque no pudiera verla.

—Deja de temblar, muchacha —le susurró al oído, haciéndola estremecer—. Aunque Ares es muy brioso, no dejaré que te caigas.

—Sé mantener el equilibrio sobre un caballo —bufó—, por lo que no es necesario que me apretéis así.

—Lo lamento, pero eso no es negociable.

—No es decoroso. —Se revolvió sin éxito, pues Ethan la inmovilizó aún más.

—Lo sería menos si te devolviera herida a tu padre. Entonces, me vería en la obligación de rendirle cuentas.

Cielo santo, si supiese de quién estaba hablando.

Avanzaron en silencio, hasta que llegaron al linde del bosque.

El castillo de Dunmore se alzaba, amenazante, ante ambos. Los dos lo observaron, Isolda con cierta aprensión, y Ethan con la misma posesión con la que seguía abrazándola.

—Podéis dejarme aquí —dijo al fin.

No supo el por qué, pero no quería dejarla marchar.

¿Y si volvía grupas y la llevaba consigo a las cuevas de Ivar? Sus hombres la protegerían y ella no se vería atrapada entre el fuego de la inminente batalla. La sola idea de pensar en que podría resultar herida, lo martirizaba.

—No tengo problema en llevarte hasta el puente —dijo, para ganar tiempo.

—¡Yo sí! —se quejó Isolda— ¿Qué sería de mi reputación, si me vieran regresar del bosque con un desconocido?

Maldición… tenía que dejarla marchar. Además, tampoco con sus hombres estaría a salvo. Muchos de ellos eran mercenarios.

—De acuerdo, tú ganas esta vez.

Ethan desmontó.

—¿Esta vez? —Ella lo miró desde lo alto con encono.

Después de sonreírle, extendió los brazos para ayudarla a bajar. La asió por la cintura y ella se inclinó. Pero la mala suerte hizo que, antes de tocar con los pies en el suelo, perdiera el equilibrio y chocara contra él. Otra vez.

Ethan aprovechó la situación para rodearla con los brazos y atraerla nuevamente.

Isolda intentó separarse, pero Ethan no se lo permitió.

—¿Qué haces?

No pudo más que alzar la mirada y al encontrarse con sus ojos, ahogó un suspiro.

—Voy a besarte —dijo, complacido—. Esta vez no nos interrumpirán.

No le dio tiempo a protestar.

Los labios de ese hombre se posaron en los suyos, con suavidad, dejándola desconcertada y haciéndola temblar de arriba abajo. Poco después, se entreabrieron para conquistarla, con una urgencia contenida.

El corazón de Isolda se aceleró, traidor, cuando la lengua cálida y húmeda se abrió paso para acariciar la suya, mientras las encallecidas manos acariciaban su cintura para atraerla más contra sí.

En un primer momento, apoyó las palmas en su pecho para empujarlo y así apartarlo de ella, pero cejó en su empeño al tornarse el beso más apremiante y posesivo.

No pudo resistirse. Fue incapaz.

Isolda puso las palmas abiertas de sus manos en movimiento. Acarició la tela áspera del jubón negro y ascendió por sus pectorales hasta llegar a las clavículas. Con un jadeo entrecortado se abrazó a su cuello sintiendo la ingravidez de su cuerpo cuando él la alzó del suelo para abrazarla con fuerza contra su pecho.

Sintió el calor que la envolvía, y sabía que era imposible que él no sintiera lo mismo. Era delicioso perderse en ese abrazo, en ese beso que la encendía como una tea.

Su primer beso. ¡Oh, Señor! Eso sí era un beso de verdad, no el leve choque de labios que le había ofrecido antes de… antes de ser atacados.

Ethan notó el cambio y separó sus labios de ella, jadeante. Pero no la soltó.

—¿Estás bien?

—Deberías soltarme.

Él asintió con un suspiro, pero todavía no estaba preparado.

Volvió a poseer su boca.

Isolda gimió, creyó que sería una protesta, pero un fuego desconocido le nació del pecho y se expandió por todo el cuerpo, hasta acabar asentado en su vientre, donde se estableció una desconocida necesidad.

Jadeó contra su boca y cuando él se separó unos segundos para tomar aire, ella lo buscó de nuevo, esta vez agarrándolo por la melena y atrayéndolo hacia sí.

Ethan era un pecado.

Como la manzana que ofreció la serpiente a Eva, quien no pudo resistirse a probar. Aun sabiendo que la llevaría a la perdición.

Sus labios sabían a menta fresca, su aliento cálido la abrasaba y sus manos seguras y de precisas caricias, le provocaban suspiros

incontrolables. Su aroma era embriagador, olía a aceite de sándalo y…

Oh, santo cielo, había perdido por completo la razón.

Por fortuna, esta regresó al recordar quién era ese hombre y por qué estaba en aquel lugar. Finalmente, sus brazos respondieron a las órdenes de su mente y logró empujarlo.

—Suéltame.

Él la miró con lujuria, pero asintió.

Cuando sus pies tocaron de nuevo el suelo, tomó aire. Agradecida de saber cómo respirar se apartó un paso, uno tambaleante que casi la hizo caer de bruces.

Ethan extendió el brazo y la agarró del codo.

—Gracias —susurró ella apenas en modo audible. No se atrevía a mirarlo, pero sabía que él estaba sonriendo.

Cuando tuvo valor, lo miró con los ojos empañados a causa de una pasión desconocida y con el pecho subiendo y bajando con cada respiración.

Ethan no era capaz de apartar la vista de sus labios hinchados a causa de los besos compartidos. Los ojos verdes, de expresión inocente, eran tan hermosos que si miraba bien en sus iris podría

llegar a ver todas las estrellas del firmamento. El delicado rostro y los largos cabellos, tan suaves al tacto… eran una visión.

Pero su sabor… Oh, y la forma tan apasionada de besarle. Los dulces sonidos cargados de ingenuidad que habían escapado de sus labios… Era, sin lugar a duda, la mujer más excitante que había visto. Apenas la conocía y se sentía tan unido a ella, que la sola idea de separarse le resultaba dolorosa. Era la primera vez que le pasaba algo así y resultaba desconcertante.

No pudo más que preguntarse cómo sería hacerla suya, sentirla desnuda bajo su cuerpo y amarla sin ninguna traba.

—Yo… —apenas le salió la voz, al ser consciente de cómo la miraba—. Debo regresar.

Ethan asintió y dio un paso atrás.

Fue incapaz de pronunciar palabra cuando la vio alejarse de él, saliendo a campo abierto, para correr hacia la fortaleza.

Pero algo lo animó a llamarla.

—¡Claire!

Ella se dio la vuelta y lo miró, expectante.

No regreses, quédate aquí, conmigo. Si te vas, no sé si lograré protegerte cuando…

Ethan abrió la boca, pero no pronunció esas palabras. Solo asintió y sonrió, al tiempo que alzaba la mano, a modo de despedida.

Ella también lo hizo y sintió cómo le daba un vuelco el corazón.

La vio correr de nuevo, en la dirección contraria a él. Vio cómo su silueta, cada vez más pequeña, iba acercándose a la gran mole de piedra que era Dunmore, hasta que el castillo se la tragó.

Su corazón empezó a redoblar como un tambor que anuncia la batalla, al pensar en el ataque que estaba a punto de iniciar.

Aquella noche, Isolda fue incapaz de dormir. El beso de su enemigo, su lengua, cálida, suave y erótica, se le había quedado marcado a fuego en la piel.

A partir de ese beso, hubo un antes y un después en su vida y que Dios la perdonara, porque lo que más deseaba era volver a sentir en su boca los labios de su adversario.

La guerra no había hecho más que comenzar.

Capítulo 7

Dos semanas después

—Mi señora, cada vez hay más salvajes apostados frente a las murallas. El ruido que hacen es… ¡insoportable!

El tono agudo de Emma sacó a Isolda de su encierro mental, devolviendo a sus oídos el estruendo de los tambores de asedio, como un cruel recordatorio de la peor de las amenazas. La miró por encima del hombro y pronto volvió el rostro hacia la ventana que daba al exterior. Su corazón latía al ritmo de los tambores y tragó saliva antes de decir:

—No te preocupes, todo irá bien.

Pero nada iba bien.

Absolutamente nada.

Mucho menos su paz. No dejaba de pensar en Ethan Stewart, y su cuerpo, al recordar sus malditos besos y caricias, tampoco estaba de su parte.

Tomó aire despacio, intentando relajarse, para pensar con claridad.

La imagen que proyectaba en el espejo era la de una jovencita menuda, indefensa y débil, con ojos de cervatillo asustado, a punto de enfrentarse al mayor reto de su vida: salvar a las personas que estaban a su cargo y que confiaban plenamente en ella.

Maldita tonta, si hubieras acabado con su vida… Cerró los ojos y vio el vino derramado en la hierba.

Si hubiera sido valiente… pero fue cobarde, compasiva con el enemigo y ahora estaba pagando su error. Ahora Ethan amenazaba su supervivencia, y estaba dispuesto a hacer todo lo posible con tal de recuperar lo que le había sido arrebatado de manera cruel en el pasado.

Ethan Stewart, el Cuervo Errante, había logrado reunir un ejército. Y ya estaban a las puertas de Dunmore.

Isolda llevaba varias noches sin apenas dormir, presintiéndolo, y su cansancio era tal que temía no estar a la altura. Los nervios la consumían. No pensaba con claridad, su visión estaba borrosa por el cansancio acumulado y unos surcos violetas se dejaban ver bajo sus ojos, destacando sobre su pálido rostro.

Apretó las manos con fuerza, frente a su pecho. El cuerpo le temblaba sin control, estaba aterrada, pero era valiente y su voluntad era férrea. No cedería la plaza sin luchar. Haría cuanto estuviese en su mano para salvar las vidas de todos los habitantes de Dunmore.

—Oh, Ethan…

Iba a odiarle, tenía que hacerlo, aunque desease sus manos sobre la piel.

Mortificada, cerró los ojos y se tambaleó ligeramente. Escuchó unos pasos apresurados a su espalda y unas manos reconfortantes apretando sus hombros para sostenerla.

—Isolda —pronunció la recién llegada, con preocupación.

La aludida abrió los ojos y *lady* Gwyneth la miró con la calma que la caracterizaba.

—Estoy bien.

Pero no lo estaba.

Gwyneth le sonrió con cariño.

—Lo estarás —le aseguró su amiga.

—¿Hay novedades? —Quiso saber Isolda.

—*Sir* Talbot ha reunido a los hombres en el patio, os espera en las almenas —anunció, en tono solemne—. Os está esperando,

milady.

Isolda expulsó el aire contenido y se dio la vuelta, para mirar hacia la puerta. Emma le sonrió, como si quisiera infundirle ánimos.

—Enseguida iré —dijo cansada—. Solo necesito unos instantes para poner en claro mis ideas y…

Y tranquilizarme, por amor de Dios.

Lady Gwyneth suspiró y se acercó a su señora, mientras Emma entrelazaba las manos y movía los labios, rezando en silencio.

—Querida, ¿en verdad vais a presentar batalla? —La miró con preocupación.

Isolda se había vestido como uno de sus soldados. Se había trenzado el cabello y la cota de malla de su padre le venía grande y le rozaba las rodillas.

—Eso haré —dijo con convicción.

—Si apenas tenéis fuerzas para sosteneros en pie, mucho menos para alzar una espada.

Isolda alzó la barbilla, orgullosa.

—Soy diestra con el arco.

—Isolda… —Los hombros de Gwyneth se hundieron ante su cabezonería.

—Los muros de Dunmore resistirán, como nuestra voluntad.

—Pero… ¿no habéis pensado en negociar?

—¿Con ese salvaje? —Salvaje era un adjetivo que no le hacía justicia—. No, Stewart no está dispuesto a escuchar —aseguró Isolda.

—Eso no lo sabéis.

—Créeme, lo sé.

Sí que lo sabía, lo vio en su mirada cuando acabó con la vida de aquellos dos hombres. Era un asesino despiadado. Meneó la cabeza con rabia. No importaba la delicadeza con que la había tratado. No importaba nada. Él tenía un objetivo, obtener Dunmore, y no pararía porque ella se lo pidiera o suplicara. No le importaría acabar con su vida y la de los suyos para ser el amo y señor del castillo.

Isolda se dio la vuelta nuevamente y Emma se apresuró a colocarse a su espalda para ajustar un cinto de cuero sobre la cota de malla que previamente le había puesto sobre el gambesón.

—Con esto estaréis protegida, *milady* —le dijo, sin poder ocultar la angustia en su voz.

—Será insuficiente, si ese desalmado logra traspasar los muros de Dunmore —alegó Gwyneth—. Deberías enviar un negociador. *Sir* Talbot tiene experiencia.

Isolda resopló, ignorando a la dama.

Cuando tomaba una decisión, la sellaba con fuego en el corazón.

—Apenas puedo moverme —se quejó, estirando los brazos—. Pero las calzas son cómodas.

—¡Cielo santo! —gimió Gwyneth, mirándola de arriba abajo—. Jamás pensé que viviría para ver esto.

Isolda la miró sobre su hombro.

—Llevo toda la vida preparándome. —No lo dijo, pero en el fondo jamás pensó que Ethan estaría vivo y regresaría a su hogar. Pero sí tenía claro que Charles iba a ir a por ella. En realidad, era contra su primo con quien siempre se había preparado.

Estaba lista.

Ningún hombre le arrebataría su hogar, fuera Charles o Ethan.

—Mi padre le presentaría batalla, pero no puede y ahora toda esa responsabilidad recae sobre mí. Si algo me enseñó es que, rendirse es de cobardes, y eso es algo que no quiero ser.

—Sé que sois valiente —le dijo Gwyneth—, pero no tenéis experiencia, lord Beaumont está enfermo y…

—No sé luchar, pero sé usar la cabeza, Gwyneth. En cuanto me reúna con *sir* Talbot y me informe de la situación, veré qué

estrategias podemos seguir.

—Que Dios os bendiga, querida.

—Que Dios os bendiga también a vosotras.

Miró a Emma, que tenía los ojos empañados en lágrimas y acababa de coger una capa corta, la cual colocó sobre los hombros de su señora. Emma tenía un aspecto frágil y delicado, era la hija de una sirvienta que murió cuando era pequeña, por suerte lord Beaumont decidió que su hija necesitaba una dama de compañía y desde muy jóvenes se habían apoyado la una a la otra.

Antes de salir de la alcoba y encaminarse hacia las almenas, abrazó a Gwyneth y besó a Emma en la frente.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que estéis a salvo. Lo prometo.

Isolda subió corriendo las escaleras de la torre este y al llegar a lo alto del muro, se enfundó la capucha para protegerse del viento.

A unos veinte pasos de distancia, vio la figura robusta de *sir* Talbot, oteando el horizonte. Tomó aire para tranquilizarse y caminó hasta él. A medida que se acercaba, iba siendo más consciente de la expresión preocupada del caballero.

No era buena señal.

Apenas había amanecido y las nubes grises cubrían el cielo como un sudario. A lo lejos, en la dirección que miraba *sir* Talbot, una fila de luminarias serpenteaba por la colina que circundaba el bosque, uniéndose al grueso del ejército que había reunido Stewart, apostado ya a menos de doscientos pasos de la muralla. El viento que soplaba a favor traía consigo el sonido de los tambores, alterándole el pulso. Su corazón latía tan rápido que parecía querer escapar de su pecho. La ansiedad se volvía a cada punto más insoportable y se esforzó en no dejarse dominar por ella.

Cerró los ojos unos segundos, antes de situarse a la izquierda del caballero.

Apoyó las manos en las almenas y arrugó el fino entrecejo, observando en la misma dirección que él.

Talbot la miró desconcertado al ver su atuendo.

—No vais a luchar, no lo permitiré. —La reprendió con voz dulce, al ver sus ropajes de guerrero.

Ni siquiera lo miró al responder.

—Lo haré, os guste o no —dijo firme—. Porque no me queda más remedio. Así que decidme, ¿qué opináis de la situación?

—Que no podría ser peor.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuántos son?

—Más de cien, eso seguro.

—Entonces no son demasiados.

Pero la esperanza murió enseguida.

—Podrían ser quinientos. —Se escuchó el gemido de Isolda ante las noticias—. Nos superan en número, mi señora.

—¿Qué posibilidades tenemos de resistir un asedio?

—Los muros son fuertes, y si intentan escalarlos, que lo harán, les presentaremos batalla. Lo que me preocupa es otra cosa.

Isolda lo miró sin parpadear, atenta a sus palabras.

—Si el asedio se alarga, quizás muramos lentamente.

Todo el cuerpo de Isolda se tensó.

—Tenemos comida suficiente para más allá del invierno y…

—Tengo motivos para creer que alguien de dentro le es fiel a los Stewart y que pueden envenenar el pozo.

Los ojos de Isolda casi se le salen de las órbitas.

—No.

—Mucho me temo que sí.

A *sir* Talbot no le gustó poner a su señora con los pies en el suelo, pero tenía que saber que, durante aquellos años, había gente, su gente, que había permanecido en silencio por miedo a hablar, por miedo a mostrar su simpatía por los Stewart. Al fin y al cabo, el

antiguo señor había sido un buen hombre, un fiero guerrero que lo había dado todo por ellos hasta que su cabeza quedó clavada en una pica.

La ansiedad volvió a golpear con fuerza el pecho de Isolda, pero la ignoró nuevamente.

¿Qué pasaría cuando Ethan la reconociera?

No quería ni pensarlo.

—¿Y el emisario que salió a pedir ayuda hace unas semanas? —preguntó, centrada.

—Teniendo en cuenta que se tarda menos de dos días en llegar a Nottingham, seguramente haya sido interceptado. De lo contrario, ya habríamos recibido refuerzos, lord Harris es un buen aliado y no nos dejaría en la estacada.

Isolda no dudó de aquella posibilidad. Ella mejor que nadie sabía que Ethan hacía un mes que estaba en el bosque, vigilando quién entraba y salía.

¡Qué negligente había sido!

No había alertado a *sir* Talbot de la presencia de los Stewart y aunque sabían que había alguien acechando, siempre pensó que sería Charles. Y con Charles sí se podía negociar. Solo debería haberse comprometido con él, y retrasado el matrimonio. Hubiera

podido manipularle. Pero no fue Charles Beaumont quien estaba oculto en el bosque, y… ¿quién podía manipular a Ethan?

Nadie.

—Encontremos la forma de enviar otro a otro emisario.

—Morirá, nos tienen rodeados.

—Entonces, no queda otra que resistir lo que se pueda. Y después…

—Después, solo quedará rezar —sentenció *sir* Talbot—. Stewart lleva años planeando recuperar Dunmore, y no cejará en su empeño hasta que lo logre. Fui un estúpido al pensar que este día no llegaría tan pronto.

Isolda miró a su mano derecha, así que él sí sabía desde hacía mucho que Ethan estaba vivo y que planeaba recuperar lo que consideraba suyo.

—No importa ahora, solo sé que no vamos a rendir la plaza.

Isolda observó las hileras de antorchas en el bosque, y también la explanada frente al castillo, a una distancia lo suficientemente lejana como para que ninguna arma los alcanzara. Allí, los hombres de Ethan habían sembrado la tierra de tiendas cuyos estandartes con un cuervo rampante bajo un fondo rojo sangre, ondeaban con violencia. Era el antiguo blasón de los

Stewart. Se le agitó aún más el corazón al saber que Ethan dirigía ese ejército. Se llevó una mano a la cabeza ante el súbito mareo y su cuerpo se estremeció al no ser capaz de recordar otra cosa más que el apasionado beso que compartieron semanas atrás. ¿Qué pensaría al verla? Con total seguridad, estallaría de rabia al saber que lo había engañado. Al saber que no era una criada, sino la hija de su enemigo.

Movió la cabeza de un lado a otro, para desechar esos pensamientos tan poco productivos.

—¿Cómo creéis que ha logrado reunir a tantos hombres? —preguntó—. Tenía entendido que los clanes salvajes están en constantes disputas, jamás pensé que lucharan unidos por una insignificante plaza, que se perdió hace quince años.

—No es una simple plaza, Isolda. Estamos en la frontera pero mucho me temo que este ataque ha sido con conocimiento del rey. Dudo que por muchos aliados que Ethan Stewart tenga en el norte, haya cometido la osadía de asediar el castillo sin el consentimiento del monarca.

Isolda estaba boquiabierta.

—No puede ser posible.

—Sí, lo es. Si el rey David piensa que Ethan es mejor aliado que Charles, quien en muy pocos meses estaba claro que reclamaría esta plaza, entonces sí.

—Pero eso significaría que aunque nos resistamos al asedio…

—Mucho me temo que pronto llegarán instrucciones del rey para liberar la plaza.

—¡No! —estalló Isolda—. No puede ser.

Sir Talbot suspiró.

—Quizás la enfermedad de vuestro padre se haya hecho mucho más conocida de lo que todos pensábamos.

Isolda lo miró con expresión desolada.

—Papá —gimió.

Pensó en que lo que decía *sir* Talbot tenía mucho sentido. Tenía a Charles respirándoles en la nuca, Ethan debía saberlo, y simplemente se había adelantado.

—¿Qué podemos hacer? —susurró más para sí que para su hombre de confianza.

No hubo una respuesta inmediata e Isolda tuvo tiempo de pensar en su padre, postrado en la cama y con su mente muy lejos de los acontecimientos que ahí se vivían.

—El rey David nos ha traicionado —se escuchó diciendo.

—El juego de poder está siempre en movimiento, Isolda. Y las lealtades son como el humo, se disuelven ante el menor soplo de brisa.

—Ethan Stewart… —al pronunciar su nombre en voz alta, su pecho se agitó y, sin poder evitarlo, sus mejillas se encendieron—. ¿Dónde habrá estado todos estos años?

Ambos conocían la respuesta, aunque *sir* Talbot tenía más detalles.

—Después de huir de lord Beaumont, el joven Stewart fue acogido por el laird McDonald, en Skye. Luchó con los clanes del norte y estaba muy bien relacionado con los McLeod, sus señores. —Isolda alzó el rostro hacia el hombre y frunció el ceño al escuchar hablar de Ethan como si de un formidable guerrero se tratara—. También combatió como mercenario, navegó con los daneses y se ganó fama de sanguinario.

—¿Con los daneses?

Eso no lo sabía. ¿Cómo era posible que un hombre con semejante palabrería, capaz de seducir a una piedra, hubiera guerreado con los daneses?

—Se dice de él que es un hombre justo, pero también cruel y despiadado… pero… nunca su fama se había relacionado tanto con

la falta de clemencia. Recuperará la plaza a como dé lugar. Ahora es la venganza la que guía sus pasos.

Talbot miró a su señora con cariño. Lord Beaumont ya estaba condenado por la enfermedad, pero Isolda… ella pagaría por los pecados de su padre, si Stewart así lo decidía. Por eso Talbot había decidido luchar hasta la muerte si no había otra solución.

Pero precisamente en otra solución es en lo que estaba pensando Isolda.

¿La habría?

Durante aquellos dos días en los que pudo conocerle, él se mostró amable, cortés, incluso encantador en su manera de reír y en el trato. Pero el tablero del juego había cambiado, volviéndose peligroso. No podía confiar en él, ni esperar que mostrase piedad por ella y mucho menos con su padre. Esa máscara de perfecto caballero podía ocultar el rostro de un carnicero.

Cuando el ejército enemigo empezó de nuevo a tocar los tambores, lo vio como una burla. Había risas entre los gritos y las arengas.

Isolda apretó los puños.

—Su venganza nace de una herida aún sangrante: traición, humillación e injusticia. Yo misma presencié la ejecución de su padre

y no vi miedo en sus ojos, solo odio y rencor. —A Talbot le entristeció que ella se acordara de aquel día. Fue difícil de contemplar para un guerrero como él, pues a pesar de estar del lado de los Beaumont, lamentó que se apagara la llama de la vida de un hombre tan formidable como lord Stewart—. Cuando un hombre actúa impulsado por esas emociones, es capaz de enfrentarse a cualquier obstáculo, por infranqueable que sea, y cometer las peores brutalidades.

—No tendrá piedad, si a eso os referís.

—Me refiero a que está luchando por lo que cree justo —dijo, recordando su mirada, protectora, leal y oscura, al mismo tiempo—. Pero esa percepción de la justicia está alterada por el odio que no nos favorece. Un odio que ha estado alimentando durante años. No se detendrá. No negociará. Y será un milagro si le perdona la vida a mi padre, o… a mí.

Isolda giró la cabeza y miró a *sir* Talbot a los ojos.

Estaba aterrada, y sería una tonta si no temiera a Stewart, pero también había una gran determinación en su interior.

—Debemos intentar resistir todo lo que podamos. Nuestros aliados vendrán, el rey… el rey debe tomar partido. No dejará morir a mi padre de esta forma cuando le ha servido de forma tan leal.

Pero *sir* Talbot sabía de lo traidores que podían ser los propios reyes. Cerró los ojos y respiró hondo mientras el asedio estaba ante sus ojos.

—Si al menos tuviésemos algo con qué negociar…

—Me temo que lo hay. —Isolda lo miró, pero el buen hombre permaneció con la mirada puesta en el prado.

—¿Qué es?

Ahora sí la miró.

—Vos.

Capítulo 8

—¿Qué estáis diciendo?

Talbot se encogió de hombros.

—No será la primera vez ni la última que un señor legitima su plaza desposándose con la hija del antiguo señor.

—Eso… eso… —Isolda balbuceó— se hace cuando el señor ha muerto sin descendencia de varón y…

—No habría derramamiento de sangre si él se casara con vos y recuperara Dunmore.

—No me casaré con él.

Sir Talbot alzó una ceja.

—Lo sé, pero de querer sacrificaros…

—No penséis que él me aceptaría.

La imagen de la muerte de su padre se lo impediría. ¿Casarse con la hija de su enemigo? ¡Jamás!

—Dudo que tenga piedad con vos, mi señora. Lo único que podéis hacer es escapar. Quizás, si os hacéis pasar por sierva…

Isolda dirigió la rabia hacia su hombre de confianza.

—No abandonaré a mi gente, ni renegaré de mi rango —lo interrumpió, alzando la barbilla con dignidad—. Si he de morir por ellos, no dudaré en colocar mi cabeza sobre el bloque de ejecución y aguardar la caída de su espada.

—¡No lo permitiré! —exclamó el caballero con dolor en la mirada.

Isolda sonrió y acarició su antebrazo.

—Gracias, *sir* Talbot. Sé que lo decís de buena fe y que me tenéis en alta estima. Pero no temo al destino y si este me depara la muerte, la acogeré, serena.

Suspiró, y supo que se estaba mintiendo a sí misma. El miedo seguía recorriendo sus venas, impulsado por los latidos de su corazón. Tenía miedo a morir. ¿Quién no?

Entonces, *sir* Talbot la cogió por ambas manos y se las besó con devoción.

—Juro solemnemente protegeros hasta mi último aliento, *milady*. No moriréis bajo la espada de ese traidor, os doy mi palabra.

De pronto, las voces de los asaltantes estallaron como si fueran un solo grito, en el momento en que un jinete sobre un

caballo negro como la noche rompía filas y se acercaba peligrosamente al muro.

Isolda apoyó ambas manos en el murete y se inclinó hacia delante.

Acompañado por el rugido de sus hombres, Stewart cabalgaba al paso, observando en derredor, como un león reclamando su reino. Su melena rubia brillaba, iluminada por los sutiles rayos de sol que, momentáneamente, se filtraban entre las nubes.

—¡Beaumont! —gritó, desenvainando su espada, haciendo que su caballo cabeceara y arañara el suelo con la pata derecha—. ¡Claudica, y te recompensaré con una muerte rápida!

—Es él —musitó Isolda—. Es Ethan Stewart.

Ver su expresión, cargada de animadversión, tan dispar a la que había conocido, hizo que sus rodillas flaquearan.

Recorría la distancia frente a la muralla, pero lo suficientemente lejos como para que sus arqueros no pudieran darle alcance. Desde donde estaba llegaban sus gritos, e Isolda se dio cuenta de que era probable que hubiera confundido a *sir* Talbot con su padre. Al fin y al cabo, hacía casi media vida que no se habían visto.

—Si no sigues mi consejo —volvió a decir, Ethan—, te despellejaré y te desmembraré. Te mantendré vivo durante días y semanas… Hasta hacer enloquecer con tus alaridos a los habitantes de Dunmore.

Los hombres de Beaumont, apostados en las almenas, tensaron las cuerdas de sus arcos, dispuestos a ensartar al invasor, mientras los escoceses secundaban a Stewart con gritos y mofas.

Isolda sintió un golpe de rabia, pero logró reprimirla y extendió el brazo, ordenando así a sus hombres que no dispararan.

Ese gesto no pasó desapercibido para Ethan y la miró desde la distancia, preguntándose quién sería ese caballero menudo y encapuchado, que había logrado retener a sus hombres. No podía ser Beaumont. Y por lo que él sabía, no había tenido hijos varones.

Sir Talbot tomó aire, muy consciente de la situación. Stewart buscaba la provocación, pero lord Beaumont no haría acto de presencia, y eso solo lo enfurecería más.

Por su parte, Isolda podía entender las motivaciones de Ethan y el odio que sentía hacia su padre. De haber nacido varón y de haber sufrido semejante humillación, se hallaría en la misma situación que él. Pero también sabía que eran enemigos y que la suerte no estaba a su favor.

—¡Ríndete, Beaumont! ¡Solo así salvarás a tu gente!

Isolda apretó los labios.

—Está muy cerca del muro —dijo Talbot, con los dientes apretados—. Se arriesga a que lo ensartemos con una lanza. O es muy valiente o es un temerario.

—Es ambas cosas —respondió Isolda, como si lo conociera bien.

En ese momento, tomó una decisión.

—Hablaré con él.

—¡No! —respondió Talbot, girando su cabeza hacia ella como un latigazo—. Eso nos pondrá en clara desventaja. Verá la debilidad en vos y alentará a su gente.

—¿Porque soy una mujer? —le recriminó Isolda.

—Porque no sois vuestro padre.

—Cierto, no lo soy.

Ignorando los consejos de su caballero, Isolda se descubrió la cabeza. Temblaba, pero sabía que, desde esa distancia, él no la reconocería.

—¡Mi padre no se rebajará a hablar con un traidor! —le gritó, y de repente, sintió la fuerza del liderazgo tras percibir la sorpresa de Stewart.

Ethan abrió mucho los ojos. No podía creer lo que estaba oyendo, ni viendo. ¡El soldado menudo era una mujer!

—*Lady* Isolda… —masculló.

Momentos después, una sonora carcajada nació de su pecho y resonó en los oídos de todos los presentes.

Así que esas tenemos… Maldito.

—¿Acaso vuestro padre es tan cobarde que envía a su hija para enfrentarse a mí? —En ese momento se dio cuenta que el hombre que estaba a su lado no era lord Beaumont, quizás uno de sus fieles guerreros, el protector de su hija. Ethan apretó la mandíbula y su ira aumentó. *Menudo cobarde.*

Esta vez fue Isolda quien rio, empoderada.

—A las ratas no se les enfrenta, se las envenena y se las olvida. Marchaos por donde habéis venido, Stewart. Lord Beaumont no hablará con vos, pues no sois digno de él.

Maldita zorra…

—¿Y vos sí lo sois? ¿Una mujer?

—No creáis que por ser mujer tengo el estómago tan delicado.

Esta vez fueron sus hombres quienes secundaron a *lady* Isolda con sonoras carcajadas, haciendo enfurecer a Stewart.

Bien, había logrado su objetivo. Podía notarlo en la rigidez de sus hombros, en la violencia con que espoleaba a su montura y en la sombra creciente que le oscurecía el rostro.

—Deberíais estar bordando tapices en el salón, *milady*, y no jugando a la guerra con los hombres en las almenas.

—Gracias por el consejo, Stewart, pero los tapices no se me dan tan bien como presentar batalla a un traidor a la corona —respondió, con voz que fingía cortesía—. Por eso no malgastaré ni un instante más en esta inútil charla. Pero antes, permitidme daros uno a vos. —La burla se esfumó de su voz, y lo que quedó fue puro acero—. Dunmore sabe cómo defenderse. Y que Dios os ampare, porque si no os retiráis a tiempo, yo no tendré su misericordia.

Ethan escupió en el suelo.

—Maldita mujer… —La miró, enfurecido—. ¡Os mataré, *lady* Isolda, y lo haré frente a los ojos del cobarde de vuestro padre!

La dama achicó los ojos, acto seguido volteó la cabeza y extendió el brazo hacia uno de sus guardias, apostado a su izquierda, haciéndole una señal para que le entregara su arco.

Devolvió la mirada a Stewart, tensó la cuerda y disparó una flecha, que voló por el aire y pasó tan cerca que le movió el cabello, para clavarse después a escasos metros de él.

—Marchaos, si apreciáis vuestra vida —insistió, con una sonrisa—. De lo contrario, os juro que, la próxima vez, no fallaré.

Ethan no movió ni un solo músculo. Clavó los ojos en Isolda y se prometió a sí mismo que le haría pagar, una por una, todas y cada una de sus palabras.

Debía cuidarse del veneno de esa víbora.

Le acababa de quedar bien claro que esa mujer no era como el cobarde de lord Beaumont, quien no solo no se había presentado en el muro, sino que tampoco tuvo el valor de alzar la espada contra su padre, años atrás. Ella era valiente. Y lista. No cometería el error de subestimarla.

Al verlo volver grupas, Isolda tomó aire y alzó el arco en señal de victoria.

—¡La Rosa de Dunmore jamás se rinde! —gritó, secundada por sus hombres, que estallaron en vítores.

—¡Viva la Rosa de Dunmore! ¡Que viva!

Capítulo 9

Durante los días siguientes, el ejército de Stewart se dedicó a reducir a cenizas las casas y granjas que estaban a extramuros. El aire se impregnó de un humo denso y el constante retumbar de los tambores de guerra era un cruel recordatorio de que Dunmore estaba condenado y de que su caída era cuestión de horas; dos torres de asedio que se alzaban en el horizonte, no dejaban lugar a dudas. La comida no empezaba a escasear, pero el agua… *sir* Talbot había tenido razón. Alguien había envenenado el agua del pozo y aunque todos los calderos se habían puesto a funcionar, la mitad de sus habitantes habían sucumbido a la debilidad después de pasarse aquellos días postrados e indispuestos.

¿Cómo era posible que no hubiera detectado a los traidores a su alrededor? Eso a Isolda le dolía más que nada.

El desasosiego y el temor se extendía entre los habitantes del castillo, cuyo ánimo se iba desmoronando a marchas forzadas. La

cosa empeoró cuando fuera de las murallas se preparó un ataque directo.

Había caído el sol del séptimo día cuando Isolda fue en busca de Talbot. Desde las almenas contemplaron el espectáculo de los cientos de hombres preparándose para la batalla. No solo tenían un ariete, sino que además poseían largas escaleras con las que escalar las murallas.

—Ya está, ya ha llegado el día.

—Entrarán, si Dios no obra un milagro —informó Talbot sin más preámbulos, mientras ella se asomaba para observar con preocupación lo que estaba sucediendo.

Empezó a caminar nerviosa al borde de las almenas, intentando pensar cuando el silbido de una flecha hizo que se volviera con la mirada fija a los hombres que había a sus pies.

Empezaron a correr enfurecidos contra la fortaleza. El estruendo fue ensordecedor e Isolda se quedó quieta mientras sus ojos se movían nerviosos sobre la oleada de guerreros que atacaba su hogar. Talbot gritaba órdenes y sus soldados se movían a su alrededor entre los silbidos de las flechas, el estrépito de los arietes y el clamor de los soldados.

Vio cómo los arqueros intentaban detener el embate de los asaltantes. Disparaban desde las almenas y las torres, apuntando a los escaladores. Los arrojadores lanzaban todo lo que tenían, cal viva y aceite hirviendo desde los matacanes. Aun así, las bajas enemigas eran pocas y los suyos estaban al borde del colapso.

Horas antes, Isolda ayudó al padre Marcus a reunir a las mujeres, a los ancianos y a los niños, y en esos momentos se encontraban en la capilla, rezando. Dada la ferocidad del ataque, empezó a temer por sus vidas.

—¿Cómo va la defensa del portón? —solicitó, al ver cómo los enemigos lo golpeaban con un ariete.

—De momento resiste, pero estamos a punto de quedarnos sin aceite.

—¿Podemos hervir agua?

—No hay tiempo, ni hombres disponibles, pues están en el muro intentando contener a los que quieren acceder por el sur.

Isolda vio a lo lejos cómo Stewart dirigía a sus soldados y cómo estos estaban bien protegidos ante el fuego defensivo. En un momento dado, sus miradas se cruzaron desde la distancia, e Isolda sintió cómo se le estrujaba el corazón.

—Ese hombre es inagotable.

La cota de malla que portaba pesaba sobre ella, así como sus párpados, cansados por la falta de sueño. Si Ethan también estaba cansado, no lo parecía.

Tomó aire y lo expulsó lentamente, sin apartar los ojos de los suyos unos momentos. ¿Cuántas bajas habían presenciado sus ojos aquella tarde? No podía decir que sus soldados no lucharan con ahínco, pero Stewart… era un guerrero formidable.

Habían repelido sus ataques, impidiendo que escalaran las murallas, pero el portón no resistiría y ahora que habían vuelto a intentar subir y se les había terminado el aceite… Se escucharon gritos por doquier. Había hombres de Stewart en las almenas, y se dio cuenta de que el propio Ethan Stewart había desenvainado para unirse a sus hombres.

Isolda gimió, su cabeza dio un latigazo buscando a Talbot, quien cosió su mirada a la de ella.

Se deshizo de uno de sus enemigos que había logrado escalar el muro con un fuerte golpe de espada y logró llegar hasta ella.

—*Sir* Talbot.

El hombre asintió, entendiendo que había llegado la hora. Sus hombres estaban demasiado débiles como para poder enfrentarse a los asaltantes.

—¿Estáis segura de lo que estáis a punto de hacer? —preguntó, sabiendo muy bien qué estaba pasando por su cabeza.

Ella asintió y sin darle una respuesta, buscó con la mirada a su enemigo.

No hizo falta captar su atención. Ethan Stewart la miraba avanzando hacia el portón con su caballo. Iba a su encuentro sabiendo que no tardaría en vencer.

Isolda tragó salvia y sacó un paño blanco. Con lágrimas en los ojos lo agitó con fuerza.

Al verlo, los pasos del caballo de Ethan se ralentizaron, su sonrisa se ensanchó y su fuerte brazo se elevó sobre su cabeza, exigiendo la atención de sus hombres con un grito desgarrador.

—¡Deteneos!

Sus hombres lo hicieron, soltando un rugido de triunfo y mirando con desprecio a sus oponentes.

Los soldados de Isolda vieron a su señora con el paño blanco en señal de rendición. Habían perdido y en la mirada anegada de lágrimas de Isolda podía verse cuán impotente y furiosa se sentía.

Los hombres en el patio y las almenas aguardaron las palabras de sus señores.

Ethan avanzó hacia ella. Se colocó a una distancia prudencial, aunque lo suficientemente cerca como para mantener una conversación en voz alta. Ninguno de sus soldados sería tan cobarde como para matarlo con una flecha. Si eso ocurría, sus hombres no tendrían compasión alguna.

—¿Habéis decidido entrar en razón, *lady* Isolda? —gritó—. ¿O es que el estrépito de la guerra os impide bordar?

No contenía su sonrisa, sabiéndose por encima de todo juicio. Era un insolente. Sus mercenarios también rieron para humillarla aún más.

—Qué miserables palabras, aunque no puedo decir que me sorprendan de la boca de un traidor.

Su respuesta no le gustó, porque su rostro esbozó una mueca de disgusto.

—¡Basta de conversaciones inútiles! Sed generosa y compasiva, impedid que mueran más hombres y abrid las puertas de mi casa. Solo así, seré clemente.

Ella achicó los ojos.

¿Su casa?

Además de ser un altanero, era un mentiroso, no le creía lo más mínimo.

—No resistiremos por mucho tiempo, mi señora —dijo Talbot en voz baja, inclinándose sobre ella para derramar las palabras en su oído—. Tampoco confío en él, aunque no es mala idea intentar negociar una justa rendición.

Isolda era consciente de que estaban en las últimas y su opinión era la misma que la de su fiel caballero, no confiaba en Ethan. Pero tenía que intentar llegar a un acuerdo. Poner a salvo a su gente era su prioridad.

—¿Por qué debería fiarme de vos? —le gritó a Stewart.

Ethan arqueó ambas cejas, sarcástico.

—Porque, a diferencia de vuestro padre, yo tengo palabra. —Luego pareció masticar las siguientes palabras—: Y honor.

Apretó los puños ante el insulto hacia su padre. Alzó el mentón.

—Disculpadme si sigo sin confiar en un hombre que amenaza mi vida y la de mis siervos.

La insolente sonrisa de Ethan la exasperó.

—No os queda más remedio que tener fe, *milady*.

Isolda cerró los ojos unos instantes.

Buscar un acuerdo sin saber si la palabra de Stewart era digna de confianza era un juego peligroso. Pero ya no le quedaban

más recursos.

—¿Qué podéis ofrecerme, que valga la pena ser escuchado?

—Ya lo he hecho, el perdón de vuestra vida, y la de vuestros siervos.

—No basta con que se nos perdone la vida, exijo también honra y dignidad. Para todos.

—Eso va incluido en el acuerdo, *milady*.

—Demasiado fácil. —Lo miró con fijeza. Si él era un traidor sin alma, rendir la plaza y ser perdonados sería un regalo para ellos. Así pues, el Cuervo Errante debía mentir—. ¿Qué más queréis? —preguntó suspicaz.

—¿He de decirlo, cuando es obvio?

La máscara del diablo cubrió el apuesto rostro de Stewart, haciéndola estremecer.

—No tengo la mente para acertijos. ¡Hablad con claridad!

—Deseo que la cabeza de lord Beaumont sea separada de su cuerpo —dijo, cambiando su expresión sin mostrar misericordia alguna—, deseo que ruede por la fría piedra y su cuerpo desmembrado acabe colgado de las almenas hasta que los cuervos le separen la carne del hueso, *milady*.

Pronunció aquellas palabras con una frialdad tan serena y una sonrisa tan hermosa, que a Isolda se le erizó el vello de la nuca.

—Entonces, mientras mi cuerpo resista, y mis pies sigan pisando estas murallas, Dunmore no se rendirá.

Isolda se dio la vuelta, dispuesta a marcharse, cuando oyó el grito de Stewart.

—¡Vuestra mano! —gritó, haciendo que se detuviera en seco.

Isolda dio media vuelta y lo miró con una expresión de incredulidad.

¿Qué había dicho?

Lo miró como si no comprendiera.

Stewart soltó una carcajada que poco tenía que ver con el humor.

—Vuestra mano —repitió, con parsimonia.

Los ojos de Isolda se abrieron como si ese hombre acabara de ascender del mismísimo infierno.

¿Cómo se atrevía a proponerle semejante absurdo? ¿Acaso la tomaba por estúpida?

—¿Qué os lleva a suponer que valoraría una propuesta tan humillante?

Se congratuló de que su voz saliera firme, aunque más que darle una respuesta, solo quería gritar.

No pudo verlo desde esa distancia, pero un brillo de rabia y asco nació en los ojos de Ethan, haciendo que esas emociones se extendieran por todo su ser, con la rapidez con que un incendio se extiende alentado por el viento.

—La humillación, señora, sería toda mía —dijo en un tono calmo pero lo suficientemente alto como para que todos lo escucharan—. El solo hecho de pensar que mis vástagos puedan llevar la sangre de Beaumont… me retuerce las tripas.

Isolda, lejos de mostrar lo ofendida que se sentía, enarcó una ceja.

—¿Por qué lo proponéis, entonces?

—No soy un asesino de mujeres y de no casarme con vos, me obligaríais a mataros.

Las manos de Isolda empezaron a temblar. ¿Tendría una oportunidad para salvar la vida de su padre? Ethan lo odiaba con todo su ser y sin duda su principal objetivo era acabar con él y recuperar las tierras que un día fueron de su familia.

Respiró hondo y al final se decidió.

—Solo me casaré con vos, si perdonáis la vida de mi padre.

—¡Eso jamás! —gritó Ethan.

Isolda achicó los ojos.

—Entonces, abrazaré la muerte con sumo gusto.

Iba a volverse de nuevo, cuando las palabras de Ethan la detuvieron.

—¿Y las de vuestros hombres y mujeres también? —Se miraron con fijeza a los ojos—. Si me obligáis, los mataré, a todos. Nadie se interpondrá entre mi persona y lo que quiero.

—Sois un maldito miserable —rugió Isolda. Pero estaba más que dispuesta a ignorarle.

Se dio de nuevo la vuelta, pero esta vez fue otra voz quien la frenó. El padre Marcus la sorprendió, colocándose a su izquierda.

—Isolda, recapacitad —dijo, con voz queda—. No es un mal acuerdo.

Lo miró sorprendida.

—Es el peor acuerdo posible.

Para contradecirla, el padre Marcus negó con la cabeza.

—Aceptad su propuesta, yo mismo oficiaré el casamiento y me aseguraré de que no os haga ningún daño.

—¡Padre Marcus! —jadeó, incrédula—. No confío en él. Matará a mi padre y después me matará a mí.

—Eso no lo sabéis —intervino Talbot, que parecía estar de acuerdo con el sacerdote.

Con la boca abierta a causa de la incredulidad que le producía el hecho de que Talbot estuviera de acuerdo, Isolda los miró a los dos sin poder pensar con claridad.

—¿Lo estáis diciendo en serio?

—Cumplirá su palabra.

—No podéis asegurarlo.

—Yo sí —aseguró el padre Marcus—. Y es lo único a lo que os podéis aferrar en este preciso instante.

—Pero… ¿Cómo soportaré ser la esposa del asesino de mi padre? —gimió, mientras las lágrimas amenazaban con derramarse, al tiempo que paseaba la mirada sobre ellos dos.

—De la misma forma que él tendrá que soportar casarse con la hija de quien ejecutó al suyo —dijo Talbot.

Isolda lo miró con rabia, como si la hubiera traicionado.

—¿De qué parte estáis vos?

—De la vuestra, mi señora. Siempre de la vuestra, pero… aceptad.

—¿Tanto teméis morir?

Talbot la miró con cariño.

—No es mi vida por la que temo.

La ira de Isolda pareció menguar.

—Debéis aceptar —insistió el hombre de Dios—. Os protegeremos. Vuestra gente os ama, nadie permitirá que Stewart traicione su palabra.

—No, no… —Movió la cabeza de un lado a otro—. ¡Esto es una pesadilla!

—Pensad en las mujeres y los niños inocentes. —El padre Marcus señaló la capilla—. Salvadlos.

Isolda no pudo ocultar su mirada de reproche, aunque estuviera tratando con un sacerdote.

—Me decís que confíe en su palabra. La palabra de un hombre a quien vos también teméis que sea capaz de asesinar a mujeres y niños.

Marcus pareció meditarlo. En realidad, no pensaba que Stewart hiciera daño a sus gentes. Muchos eran personas que lo habían visto crecer. No obstante, que ella lo creyera era la única baza que tenían a su favor. Debía creer que su sacrificio merecería la pena.

—Os necesitan para salvar sus vidas. Vuestro padre está enfermo, es… lamentablemente, el precio que debéis pagar.

Isolda era consciente de que debía sacrificarse por el bien de todos ellos. Pero entregar a su padre…

Miró hacia abajo. Sobre su montura, Ethan Stewart alzó la barbilla, esperando su respuesta. Una respuesta que el malnacido ya sabía cuál sería.

Tras unos momentos, finalmente tomó su decisión.

Habló, mirándolo con intensidad.

Ethan le devolvió la mirada, sus ojos estaban cargados de fiereza. Podía verlo a pesar de la distancia.

Isolda se estremeció, y notó de repente todo el peso del mundo sobre sus hombros. Ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando. Debía claudicar.

—Abrid las puertas.

Hubo un largo silencio en el que nadie se movió cuando finalmente Isolda pronunció las palabras.

—¡Abrid las puertas! —capituló—. Lord Stewart, os cedo la plaza, a cambio de mi mano y la vida de *todos* los habitantes de Dunmore —recalcó la palabra todos, para que no quedara la menor duda de que ella también incluía a su padre.

La batalla de miradas duró varios segundos más, hasta que Ethan asintió.

—¡Que así sea!

—Quiero vuestra palabra.

Tras unos segundos de incertidumbre, Ethan respondió:

—Tenéis mi palabra.

En ese momento, Isolda asintió. Y cuando iba a darse la vuelta para marcharse, sus rodillas fallaron. Perdió el conocimiento antes de que su pecho se abriera, demostrando la honda tristeza y humillación que sentía. Había perdido Dunmore, había perdido su libertad. La gravedad la llamó hacia el suelo, pero los fuertes brazos de *sir* Talbot la sostuvieron, impidiendo que golpeara el suelo con fuerza.

Capítulo 10

Después de rendir la plaza y perder el conocimiento, Isolda había despertado en su lecho. No había pasado mucho tiempo, quizás una hora cuando *lady* Gwyneth le sostuvo la mano.

—Mi señora… —le dijo su amiga, sabiendo lo que estaba padeciendo.

Aunque Isolda acabara de despertar, se llevó las manos a sus mejillas y las encontró húmedas.

—¿Qué ha pasado, Gwyneth?

—Habéis estado llorando dormida. —Tragó saliva para explicar los últimos acontecimientos—. Ethan Stewart ha entrado en la fortaleza con sus hombres, ahora la mayoría de ellos beben en el patio, pero él con sus hombres de confianza esperan en el salón junto al padre Marcus.

Isolda se incorporó.

—¿Las mujeres y los niños…?

—Se ha respetado el acuerdo, están a salvo. No habrá represalias. Pero el padre Marcus ha venido a ver cómo estabais, quiere que os apresuréis para hablar de los términos de la rendición.

Furiosa, se levantó de golpe y se obligó a mantener viva la rabia que sentía. No iba a seguir llorando. Debía acudir a la llamada de ese miserable y plantarle cara.

Debía conseguir que su padre sobreviviera.

Se dio la vuelta con rapidez y miró a Gwyneth.

—Mi padre…

—Sigue en su alcoba —dijo, con esperanza—. Creo que el padre Marcus tiene más influencia en Ethan Stewart de la que creyéramos posible.

Isolda parpadeó sin decidirse a permitir que la esperanza floreciera en su interior.

—Debemos prepararos, mi señora. —Quien habló fue Emma, que se acercó a la cama con un vestido entre sus brazos. Era lujoso y no había duda de que deseaban que estuviera lo mejor posible para su venta. Terciopelo negro y cinturón de oro.

Resopló furiosa y se quitó la cota de malla y las prendas manchadas de polvo y hollín. Se lavó lo mejor que pudo con la ayuda de Emma y se cambió la ropa. Aun así, su rostro seguía

demacrado por el cansancio y la preocupación que le generaba la incertidumbre.

El vestido de terciopelo negro era hermoso, pero sobrio, ancho en las mangas, ajustado en el busto y abierto en campana desde la cintura hasta arrastrar una cola de casi dos codos. El cabello suelto y dorado caía tras su espalda, flotando a cada paso que daba hacia lo desconocido.

Era la viva imagen de una gran dama, caminando hacia un destino incierto, pero jamás rendida.

—Lord Stewart ha decidido que os esperará en el patio de armas —la voz de Gwyneth sonó temblorosa.

Isolda no dijo nada, solo la miró un instante y asintió.

Antes de bajar los peldaños, Gwyneth le apretó el brazo para darle fuerzas y Emma le sonrió, instándola a bajar los escalones que la llevarían al gran salón, donde su… prometido, la esperaba.

No estaba sola, se dijo. Al pie de la escalera, *sir* Talbot la esperaba con un rictus severo en los labios. Se le unieron cuatro de sus guerreros más fieros, que la rodearon al llegar al patio de armas.

Toda su gente la siguió hasta allí, dándole su apoyo, dispuestos a defender y a morir por su señora si las cosas se torcían.

Estaba asustada, aterrada, más bien. Sentía su propio cuerpo temblar como una hoja azotada por un cruel temporal, con todo, permanecía quieta, impertérrita, con la barbilla alzada y el orgullo intacto.

Había hecho todo cuanto había estado en su mano para conservar Dunmore. No tuvo éxito, pero seguía dispuesta a hacer lo que fuera, para mantener a sus siervos y vasallos a salvo. Incluyendo a su padre.

Inmóvil, paseó los ojos en derredor y la desesperación la asoló al ver a los hombres de Stewart ocupando su casa, en formación. Eran fieros, estaban ensangrentados, algunos heridos, pero con el orgullo de la victoria impregnada en sus rostros. Ya no se escuchaba el entrechocar del acero, ni el sonido del ariete, pero sí el gemir de los heridos, el asustado murmullo de las mujeres y el crepitar del fuego, retumbando en su cabeza.

A pesar del miedo que sentían todos, con sus miradas juraban protegerla con sus vidas. Agradeció enormemente ese sostén, que le daba fuerzas de donde pensó que no las habría para enfrentarse al Cuervo Errante.

Buscó a Stewart con la mirada, no lo encontró en un primer momento. Hasta que uno de los enemigos se adelantó, mostrándose

en todo su esplendor.

Era él, sin duda. Su cuerpo se movía con la seguridad de un felino y su rostro, manchado de hollín, hacía resaltar sus ojos azules, casi grises, como los de un depredador hambriento buscando a su presa.

Y la encontró.

Entonces, *sir* Talbot y sus guerreros se adelantaron, resguardándola.

Ethan siguió avanzando, con la mano derecha muy cerca de la empuñadura de su espada.

Isolda podía ver, con el corazón suspendido entre el miedo y la incertidumbre, cómo ese hombre caminaba furioso hacia ella, con la mirada cargada de un odio que la sacudió en lo más hondo. Habría jurado que en sus iris aún se reflejaba el fragor de la batalla. Sus botas resonaban sobre la piedra como un tambor de guerra.

Sin embargo, al detenerse frente a ella, sus cejas se alzaron y la sorpresa se le dibujó en el rostro. Después, apareció la confusión y acto seguido la necesidad de entender qué estaba pasando.

—¿Vos? —fue su única palabra.

Y ella supo exactamente a qué se refería.

No la esperaba a ella. Sin lugar a duda, esperaba a *lady* Isolda y no a Claire, la dulce muchacha de las cocinas.

—Sí, yo soy *lady* Isolda.

Alzó el mentón mientras lo vio apretar los dientes.

Durante la refriega y antes de esta cuando ella aguardaba en las almenas a ver cómo se iban desarrollando los acontecimientos, había mantenido su cabeza bajo una capucha. Incluso cuando no la había llevado, su rostro quedaba a demasiada distancia como para que él pudiera reconocerla.

El cerebro de Ethan procesaba la información de lo que estaba viendo. En el pecho sintió alivio al saber que Claire estaba sana y salva. Pero por otro lado…

—Maldita seas —gruñó entre dientes, e Isolda estuvo a punto de retroceder un paso. Solo la presencia de sus hombres rodeándola le dio la seguridad suficiente de permanecer con la cabeza bien alta.

Ethan la miró de arriba abajo, para asegurarse de que no había resultado herida. *¿Cómo es posible que te preocupes por ella cuando es la mismísima hija del demonio?* Molesto por sus sentimientos, la miró con rabia.

Debía olvidarse de sus sentimientos.

Esa mujer no era Claire.

No obstante, su ira no iba dirigida a ella, sino a sí mismo, al saberse engañado y también preocupado por esa mujer.

Después, el vacío.

Porque allí, de pie, entre el desorden y el caos que los rodeaba, se alzaba con fuerza y dignidad *lady* Isolda de Beaumont. Sus ojos verdes, inteligentes, seguían cosidos a los suyos. Ya no existía ni un ápice de la inocencia y la dulzura que había visto en ellos durante sus encuentros en el bosque. Esa era una mujer altiva, orgullosa, y…

—Embustera, digna hija de tu padre —escupió, con sumo desprecio.

Ante la afrenta verbal, *sir* Talbot se adelantó, desenvainando su espada. Fue un error, el nuevo señor no iba a permitir ninguna insolencia en su propia casa.

Los hombres de Ethan redujeron con facilidad a los de Isolda y ella los miró horrorizada al darse cuenta de que estaban a punto de perder la vida.

—¡Basta! —dijo, al ver que el propio Ethan había desarmado a *sir* Talbot y amenazaba con darle un severo tajo en el cuello.

Se miraron a los ojos, en silencio, ambos notando cómo sus corazones empezaban a latir cada vez más rápido, más fuerte.

Ethan sintió la pasión golpeándole el pecho. Además de hermosa, Isolda tenía agallas y Ethan debía reconocérselo.

No solo había soportado el asedio con estoicismo y sin desfallecer, sino que seguía irradiando bravura. En estos momentos sus ojos verdes como el musgo brillaban, amenazantes, sin un atisbo de temor. Seguía dispuesta a luchar. Eso le hizo sonreír.

Ethan retrocedió un paso e hizo un gesto a sus guerreros para que liberaran a los de Isolda, no obstante, los desarmó previamente.

La miró con fijeza y se acercó aún más a ella.

Notó el dulce aroma que emanaba su cuerpo. Sin duda se había lavado antes de ponerse el sobrio vestido que no deslucía lo más mínimo su hermosura.

Esa mujer lo había engañado, pero mentirosa o no, su cuerpo reaccionaba al suyo. No era Claire, pero era Isolda, quien se convertiría de inmediato en su esposa.

Lo estaba mirando con tanta fijeza como él a ella. Sonrió. ¿Qué expresaría su mirada cuando la tuviese bajo su cuerpo, y la hiciera gritar de placer?

Pronto la haría suya.

Soltó un leve gruñido cuando se dio cuenta de que aquella idea le fascinaba mucho más que le repelía. Era una mujer hermosa, sin duda, pero no debía olvidar jamás que también era su enemiga y una embustera.

Domínate, Ethan. Es una Beaumont. ¿O acaso esperabas que fuera justa y honesta?

Ella lo vio sonreír, pero esa expresión no iluminó sus ojos, al contrario, los ensombreció hasta volverlos diabólicos.

—Qué grata sorpresa encontrarte sana y salva, Claire —se mofó, adornando con veneno cada sílaba del engaño que era ese nombre.

Miró la expresión de desconcierto de los guerreros que los rodeaban.

Tragó saliva y sintió el impulso de excusarse.

—No fue premed…

—¡Silencio! —tronó Ethan, interrumpiéndola, y su rugido rebotó en los muros del patio de armas como un trueno contenido.

Si pensó que eso bastaría para acallarla, se equivocó. Isolda ni tan siquiera pestañeó, y alzó aún más el mentón, digna.

—No fue premeditado —sentenció, esta vez con claridad, a pesar de que su voz sonó baja—. Y si soy una embustera… vos… vos

también me mentisteis.

Ante el claro reproche, un espeso silencio reinó entre ambos durante unos segundos, aunque sus miradas, la de él furiosa y la de ella con la nobleza herida, se gritaban con furia.

—Nada de eso importa ahora. Vengo a reclamar lo que es mío.

Por un instante, Ethan alzó la mirada y buscó tras Isolda la figura de un hombre que suponía viejo y decrépito. Demasiado viejo como para no haber estado en las almenas dirigiendo a sus hombres.

Frunció el ceño.

Lord Beaumont no estaba allí.

¿Por qué?

—¿Dónde está vuestro padre?

Isolda se tensó. Esta vez la mirada fija de Ethan sobre ella la puso nerviosa.

—Mi padre… —Se mordió el labio y apartó la mirada. No respondió.

—Así que no solo habéis liderado la defensa de Dunmore, sino que ahora salís a recibir a vuestro nuevo señor, sola. ¿Qué más

sorpresas agradables me deparará esta noche de victoria, mi dulce y sincera Claire? —ironizó, con una sonrisa malvada.

—Como podéis ver —miró a su gente—, no estoy sola y jamás lo estaré.

Ethan achicó los ojos, escudriñándola.

—No busquéis consuelo en ellos —le dijo, acercándose tanto que los labios de él casi tocaron la frente baja de Isolda—. Una vez fueron mis súbditos. Súbditos leales que no han olvidado quién es su señor.

Algunos gritaron e Isolda abrió los ojos horrorizada, al darse cuenta de que no eran pocos.

—Pero…

Entonces recordó que alguien había envenenado el agua y que algunos no se resistieron al ataque. Apretó los dientes y se negó a llorar.

—No me distraigáis —escuchó que decía Ethan entre dientes y sin apartarse un solo paso. Notó su calor y el aroma no del todo desagradable a sudor y a cuero—. ¿Dónde está el puerco de vuestro padre? —inquirió.

Isolda no respondió.

Por primera vez, Ethan vio un latigazo de miedo en su rostro. Algo estaba sucediendo. Algo que pronto averiguaría, por las buenas o por las malas.

—¿No se encuentra en Dunmore?

Ella cerró los ojos unos instantes, pero los abrió de golpe cuando él gritó.

—¡Responde!

—Lord Beaumont no… —Isolda tomó aire y lo expulsó lentamente, antes de acabar confesando la verdad—. Mi padre está enfermo.

Habría sido absurdo mentir. Él lo habría averiguado de una forma u otra.

Aguardó su reacción, sintiendo cómo la ansiedad le explotaba en el pecho.

—Mientes —masculló.

—Digo la verdad.

—¿Ha huido, como el cobarde que siempre fue, no es así?

—Mi padre jamás haría tal cosa.

—Dime dónde está, Claire. —Se aproximó demasiado, hasta agarrar con una mano el mentón de la dama. Lo alzó y pudo notar el aliento en su rostro.

A su alrededor los hombres de Isolda se tensaron, pero poco podían hacer.

—Mi nombre es Isolda, no Claire. Y no os diré dónde está mi padre hasta que me juréis que no sufrirá daño alguno.

—¡Prendedla! —ordenó, furioso a sus hombres, perdida ya toda paciencia. La empujó sin miramientos y los ojos de ella se abrieron sorprendidos por la brusquedad.

Hasta el momento él parecía haber mantenido a raya su fría ira, pero ya no. El odio hacia su padre era profundo y si lo desafiaba, puede que hasta a ella le costara salir con vida de allí.

—¡Buscad a ese animal! —rugió Ethan con todas sus fuerzas —. Y cuando lo encontréis, traedlo ante mí.

Al ver que Talbot y sus guerreros se replegaban alrededor de su señora, Isolda habló, al tiempo que estiraba el brazo derecho para impedir que interviniesen.

—No los provoquéis, estáis desarmados.

Vio en la mirada de Talbot lo duro que le resultaba aquel hecho, no porque significara una rendición sin condiciones, sino porque no podría protegerla si las cosas se ponían peor.

—Mi padre está enfermo, lord Stewart. —Miró a Ethan con dolor—. Sufre de demencia y no es capaz de reconocer a nadie, ni

siquiera a su propia hija. No es una amenaza para vos, ni para nadie, así que os suplico que cumpláis vuestra palabra y le perdonéis la vida.

El rostro de Ethan se contrajo en una mueca de rabia y frustración, a partes iguales.

Si Isolda decía la verdad, su venganza no se llevaría a cabo jamás. Llevaba años planeando arrebatarle a ese hombre todo cuanto tenía. Y… ya no sería posible si no recordaba quién era ni el daño que había causado a la casa Stewart.

Finalmente concluyó que no podía confiar en *lady* Isolda.

—¿Por qué iba a creeros? Ya me habéis demostrado que sois una embustera. —Si lo había engañado una vez, podría estar haciéndolo de nuevo—. No te creo.

—Es cierto, Stewart —insistió Isolda. Y había verdad en su mirada.

Tomó aire lentamente, cerrando los ojos para pensar. Cuando los abrió, la dama retrocedió un paso, aterrorizada al ver el odio que proyectaban.

—Te juro, Claire, que encontraré a ese cabrón y lo despellejaré vivo.

—¿Acaso no tenéis palabra? —gimió, desconsolada.

Ethan tuvo que apartar la vista de ella, o cedería.

—Haced que os lleve hasta lord Beaumont —ordenó a sus guerreros, ignorándola nuevamente, mientras dos de ellos la agarraban por los hombros—. Ese puerco morirá ejecutado, ya pensaré qué hacer con su hija después.

—Por favor —suplicó Isolda, mientras la arrastraban hacia el salón de la fortaleza—. Ethan, no le hagáis daño, es solo un anciano enfermo.

En ese momento, alguien alzó la voz entre el gentío y todas las cabezas se giraron hacia esa persona.

—¡Ethan Stewart, detened esto!

Fue el padre Marcus quien habló. Todos se lo quedaron mirando, mientras se abría camino entre los allí reunidos, con paso firme y expresión digna y bondadosa.

Capítulo 11

Ethan miró a su tío avanzar hacia él. Había ido a la capilla para supervisar a quienes ahora estaban allí dentro, pues era adonde habían llevado a los heridos.

Al verlo acercarse, los dientes de Ethan se apretaron hasta producir un sonido rechinante.

—Ya es suficiente, Ethan —rugió molesto al detenerse junto a su sobrino.

—Cállate, Marcus —le exigió al sacerdote.

Isolda los miró con toda la esperanza en el padre Marcus.

—En nombre de Dios, exijo que cumplas tu palabra. O…

—¿O qué?

—O la ira del Altísimo recaerá sobre ti, y las llamas del infierno te abrasarán por siempre.

Ethan puso los ojos en blanco.

—No me dé el sermón, padre —se mofó, poniendo los ojos en blanco para luego negar con la cabeza con una sonrisa sarcástica.

Iba a retirarse, cuando el padre Marcus se volteó para dirigirse esta vez a los hombres de Stewart.

—¡Soltad a *lady* Isolda ahora mismo, o vosotros también sufriréis la ira del Señor!

Cuando los guerreros, temerosos de Dios, miraron a Ethan, este suspiró.

Sus hombres obedecieron al sacerdote y *lady* Isolda quedó libre.

El padre Marcus avanzó hasta colocarse junto a Isolda. Le rodeó los hombros con un brazo a modo de protección y Ethan entrecerró los ojos.

—¿La vais a proteger de mí?

—Por supuesto.

El nuevo señor bufó.

—Podéis intentarlo, pero ya sabéis que no me detendré hasta recuperar lo que es mío.

—Ya tienes la plaza.

—¿Y mi venganza? —dijo, ahora en un tono fiero y sin humor.

Isolda se estremeció bajo el brazo del sacerdote. Miró a Marcus y la expresión de ella se volvió agradecida cuando el buen

padre le prometió con los ojos que nada malo iba a sucederle, ni a ella ni a lord Beaumont.

—*Lady* Isolda no miente —clamó—. Beaumont está enfermo y no recuerda absolutamente nada de su pasado, tampoco es capaz de reconocer a nadie. Tu absurda venganza jamás se llevará a cabo.

—¿Absurda? —Ethan lo miró dolido. Podría haber mostrado su furia, pero que el hermano de su madre le dijera que su venganza era absurda…—. Asesinó a vuestra hermana. ¡La quemó viva!

—¡Mientes! —gritó Isolda—. Mi padre no haría…

—¿No? —La fulminó con la mirada—. ¿No quemaría viva a mi madre? Supongo que tampoco entraría en nuestra casa como un amigo y luego decapitaría a mi padre con su hijo delante para que supiera que sería el siguiente.

Ella tragó saliva y ya no pudo contener más las lágrimas.

Si su padre había hecho eso, que Dios lo perdonara.

—Sí, él… pero no a vuestra madre. Se quemó las cocinas, fue un accidente. Yo…

—¡Ya basta! No quiero escucharos más —rugió Ethan.

Miró a su tío con rencor y el hombre tuvo la decencia de mostrarse compungido.

—Dios tenga a tus padres en su gloria, pero es momento de pasar página.

No estaba de acuerdo y así iba a hacérselo saber, a él, a Isolda… ¡A todos!

—Hijo —empezó de nuevo el padre Marcus—. Por favor, cumple tu palabra. Desposa a Isolda y perdona la vida de su padre. Está enfermo y según lo mires su muerte para él quizás supondría una liberación más que un castigo. —Antes de que Ethan pudiera replicarle, añadió—: Solo así lograrás que tu corazón sane.

Ethan mantuvo una calma tensa, después de mirar a Isolda y ver cómo la mujer temblaba, finalmente respondió:

—Os equivocáis, padre Marcus. Mi corazón no sanará nunca y jamás prometí perdonar la vida de Beaumont.

—¡Eso no es cierto! —Isolda se inclinó hacia delante, pero el padre Marcus la retuvo por los hombros.

Lo último que quería es que se enfrentara a Ethan. Estaba demasiado herido, y no atendería a razones. La sujetó con firmeza deseando que su sobrino no se desquitara con ella.

—No, no mentí. Juré hacerlo pagar por todo el daño que nos causó. No obstante, tomaré a… —La miró con desprecio—. Tomaré a

esta mujer como esposa, esa promesa sí la cumpliré, por mucho que me desagrade.

La miró con desprecio, y ahora fue él quien se inclinó sobre ella.

Isolda tragó saliva cuando los ojos del Cuervo recorrieron su cuerpo, con codicia. Pensó que no porque la deseara, sino para atormentarla. ¿Cómo él iba a desear a la hija de su enemigo?

—Pero antes de desposarte —dijo, clavando sus ojos en los de ella, color musgo—, me diréis dónde está escondido vuestro padre y nadie más que yo decidirá si es un demente o solo un cobarde que se esconde tras las faldas de su hija.

Isolda tuvo el buen tino de mantenerse en silencio, y así rezó para que la misericordia tocara el corazón del Cuervo Errante.

***

Cuando Ethan entró en la alcoba, que antes había pertenecido a su padre, la desolación regresó al saber que allí habían profanado y apaleado a su madre, para semanas después quemarla viva. Eso le había dicho su tío Marcus en una de sus

cartas. Ciertas o no las circunstancias de su muerte, el hecho es que se había convertido en cenizas, y Beaumont era el único culpable.

Paseó los ojos en derredor. Las paredes oscuras que se veían tras los tapices tenían manchas de humedad y las ventanas estaban cerradas a cal y canto, por lo que el ambiente se notaba cargado. La chimenea estaba apagada y únicamente la luz de una tea colgada junto a la puerta iluminaba la estancia.

Con una mueca de repulsión, empezó a caminar por el lugar y se dio cuenta enseguida de que todo había cambiado. Ya no quedaba nada allí que le recordara a su anterior vida. Ni el gran tocador de su madre, con sus ungüentos y perfumes, ni los hermosos tapices que había tejido con tanto amor, ni el enorme arcón con el blasón de los Stewart, donde su padre guardaba armas y escudos.

Solo una cama sin dosel presidía la estancia, un pequeño escritorio enfrente y dos sillas, una junto a la chimenea y la otra a la izquierda del camastro. Dirigió sus ojos a ese lugar y lo que vio lo enfureció.

Isolda no había mentido, Beaumont yacía tendido, débil y enfermo.

Pero estaba despierto y su mirada era… inocua, carente de toda cordura. Su labio inferior temblaba.

—Beaumont —masculló y el anciano giró la cabeza en su dirección.

—¿¡Quién eres tú!? —preguntó, abriendo mucho los ojos, mientras se tapaba con la manta hasta la barbilla.

El hombre parecía realmente asustado y sus palabras salían sin fuerza, y se masticaban espesas en la boca.

—No te conozco —gimió—. ¡Márchate! ¡Márchate, he dicho!

Ethan no lo hizo.

Sonrió y se acercó un poco más a la cama.

—¿Acaso no reconoces al hijo del hombre que asesinaste?

—¿Quién? —El anciano se agitó, intentando encontrar algo en su mente—. ¡No! ¡Yo no he matado a nadie! —Y a pesar de sus palabras, el hombre pareció meditarlo un instante. Buscando en su mente confusa si él habría sido capaz de matar a alguien.

—Mi nombre es Ethan Stewart. —El nombre sobresaltó a Beaumont—. He venido a haceros pagar todo el mal que le causasteis a mi familia.

Nada, no hubo ni un ápice de razón ni reconocimiento en ese rostro arrugado y sudoroso, solo curiosidad y después, terror.

—No, no… ¿Dónde está mi esposa? —preguntó lord Beaumont, mirando a través de él—. ¿Claire? ¿Dónde estás? ¡Claire! ¡Claire!

En ese momento, Isolda entró en la alcoba seguida del padre Marcus, que fue obligado a quedarse junto a la puerta por los hombres de Ethan.

Pasó por su lado sin mirarle hasta que llegó al lecho donde yacía su padre.

—Padre —dijo, tomándole las manos para besárselas con amor.

—Oh, mi Claire, esposa querida.

Isolda notó cómo las lágrimas le nublaban la vista, pero no pestañeó para contenerlas y así no inquietar ni confundir más a su padre.

—Soy Isolda, vuestra hija, ¿no me reconocéis?

—¿Hija? ¡No tengo hijas! —La miró, nervioso, y luego dirigió sus ojos a Stewart—. ¿Y quién es ese hombre? ¿Dónde está mi esposa? ¡Claire! ¡Claaire!

Isolda miró a Ethan por encima de su hombro con dolor y él se dio la vuelta, evitando sus ojos llorosos.

Mientras ella tranquilizaba a su padre con caricias y palabras amables, empezó a caminar por la estancia, apretando los puños.

En efecto, Beaumont había perdido por completo el juicio. Era como un niño de pañales que no reconocía ni a su propia hija. Era imposible que estuviese fingiendo.

Se detuvo y gritó de frustración, mirando al techo.

—Por favor, no hagáis eso —pidió Isolda, mientras su padre se revolvía con espanto.

—¡Maldita sea! —gritó Ethan, dándose la vuelta, cargando toda su rabia en Isolda.

Ella se incorporó y caminó hacia él, pero, prudente, se detuvo a varios pasos de distancia.

Ese hombre estaba fuera de sí.

—Mi padre no recuerda nada —susurró—. Si lo ejecutáis, será una crueldad innecesaria.

—¡Cállate! —bramó.

—No, no me callaré. —Dio un paso más, acercándose.

Ethan, al ver sus ojos llenos de lágrimas y el padecimiento en su rostro, se le ablandó el corazón.

Isolda se dio cuenta y lo aprovechó.

—Os suplico que le perdonéis la vida, milord. Mi padre ya no es de este mundo, no sabe quién sois vos, ni lo que os hizo. Tampoco me reconoce, como habréis podido comprobar.

Ethan sentía todos los músculos de su cuerpo agarrotados por la tensión. Mantenía los puños apretados y su rabia era a duras penas incontenible. Luchaba consigo mismo. No era un monstruo insensible, como ella creía, su corazón era duro, sí, porque estaba hecho pedazos, pero no era inmune al sufrimiento ajeno. No era como Beaumont. Aun así… no iba a perdonar a ese anciano decrépito, como tampoco perdonaría al miserable de Charles por ser el brazo ejecutor.

Pero en una cosa, sí que ella tenía razón, matarlo no serviría de nada.

Él quería que el asesino de sus padres sufriera, pero no lo haría si lo llevaba al cadalso y él mismo le separaba la cabeza del cuerpo. Quien sufriría sería Isolda y…

Tragó saliva. No se le olvidaba la mirada compasiva de aquella niña que fue obligada a presenciar la ejecución.

Cerró los ojos para dejar de ver a Beaumont y a Isolda.

Matarlo, ni siquiera le haría sentirse mejor.

Cerró los ojos y finalmente tomó una decisión.

No lo mataría, pero se desharía de él.

Con dos grandes zancadas agarró las mantas que cubrían al hombre y las arrojó al suelo.

—¡Piedad, por favor!

Isolda gritó cuando Ethan agarró a su padre por el brazo y lo puso en pie, o eso pretendía. El hombre cayó de bruces al suelo e Isolda se vio impedida a la hora de ayudarle, pues dos hombres de Stewart la agarraban para mantenerla apartada.

Llorando, vio cómo otros dos levantaban a su padre y lo sacaban de la habitación en mangas de camisa.

—Aunque sea un viejo inútil, no lo quiero aquí.

—¡Por favor! Dejad que me despida.

—¡Silencio! —gritó a Isolda, que retrocedió, asustada.

Ante el alboroto, el padre Marcus entró en la habitación, y no lo hizo solo, Ross Archibald, el hombre de confianza de Ethan, entró con él. Al ver a su amigo fuera de sí, frunció el ceño.

Era extraño que Ethan gritara y diera rienda suelta a sus emociones, pero aún lo era más que gritara a una mujer.

—Mi señor. —Ross Archibald lo miró.

Ethan chasqueó la lengua, molesto. Entendía que después de aquel arrebato su amigo le daría una charla sobre cómo tratar con

delicadeza a su futura esposa. Pero ahora no estaba de humor.

—¿Dónde se lo llevan? —preguntó el padre Marcus.

—Tranquilo —respondió Ethan entre dientes—. No va al cadalso, pero sí a los calabozos. ¿Crees que pasará sus últimos días cómodamente en una cama?

—¡No! —gimió Isolda—. Está enfermo. No sobrevivirá.

—Cuanto mejor.

Pasó por su lado, pero ella se deshizo de los guardias, interponiéndose en su camino, acercándose tanto que hizo que su corazón se agitara.

—Os lo suplico, no le hagáis eso. —Las lágrimas ya resbalaban por su rostro y Ethan reprimió la tentación de estirar la mano y secárselas—. Mi padre necesita cuidados. Os ruego que…

—Por mucho que supliques, no conseguirás nada de mí —la interrumpió, cruel—. ¡Sacad a este viejo de aquí, fuera de mi vista! —gritó, ante el terror de Isolda—. Y limpiad este lugar. Huele a podredumbre.

—¡No! —Ella corrió junto a su padre por el corredor, pero unas manos fuertes la agarraron de nuevo.

—¡No! —gritaba Isolda—. ¡Por favor!

No pudo hacer nada, solo ser testigo de cómo se llevaban a su padre, únicamente cubierto con la túnica de dormir. Sus ojos eran como una ventana hacia un cuarto vacío, buscando algo que no estaba allí, un nombre, un rostro conocido, un lugar seguro.

Ethan la sujetó hasta que su padre desapareció por el corredor, balbuceando y mirando a los guardias como si no comprendiera qué estaba pasando. Con una mirada a Ross hizo que este se llevara a su tío Marcus. Lo último que necesitaba era un sermón.

Ethan le soltó el brazo y la volteó hacia él.

—¿Entendéis lo generoso que he sido este día?

Lo miró como si fuera a escupirle a la cara. Al ver sus intenciones, él la zarandeó.

—¿Lo entendéis? —repitió, con los ojos clavados en los suyos.

—¡Quitad vuestras sucias manos de mí!

Isolda se sacudió hasta librarse de él, pero de nuevo Ethan no estaba dispuesto a dejarla marchar. La agarró, esta vez por los hombros.

—No, Claire —pronunció ese nombre con sarcasmo, echándole en cara sus mentiras—, no me apartaré de ti.

—¡Suéltame!

—Jamás. —Le sonrió con maldad.

El labio inferior de Isolda tembló, y enseguida apretó los dientes porque no quería mostrarse débil ante él.

—Sois cruel.

—No más de lo que lo fue el malnacido de tu padre. —Acercó peligrosamente los labios a su oído, haciéndola estremecer—. Y mañana, cuando salga el sol, te casarás conmigo, si no quieres que le rebane el pescuezo como a un cerdo.

—Sois un monstruo —jadeó, horrorizada.

—Puede que lo sea, pero jamás seré peor que esa cáscara vacía, ruin vestigio de otro tiempo.

Las lágrimas seguían manando traidoras, de entre los párpados de Isolda. Pero lo que salió de sus hermosos labios fue veneno y su rostro dibujó una sonrisa cargada de inquina.

—Llegasteis hasta aquí tras recorrer un largo camino, solo para descubrir que mi padre ya no recuerda lo que os hizo. —Rio, con los ojos muy abiertos, como si de pronto ella también hubiese perdido la cordura—. Qué ironía, ¿verdad, Stewart? Dios, en su juicio perfecto e inmensa sabiduría, os ha castigado: ¡Os ha negado vuestra venganza, lo matéis o no!

—Cállate.

—Decidme, Stewart, ¿qué se siente al saber que Dios os ha condenado a no cumplir vuestra venganza? —Sonó como una maldición elegante y trágicamente injusta—. Os habéis consumido todo este tiempo en el deseo de revancha y ahora acabáis de daros cuenta de que jamás lograréis alcanzarla.

—¡Basta!

Pero Isolda no calló, porque acababa de encontrar la llaga en el costado de Ethan. Y hurgaría en su interior hasta desangrarlo.

—No estés tan segura.

—¿Vais a ejecutar a un hombre que ya no puede comprender por qué le odiáis tanto? ¿Qué placer os puede causar eso?

Ethan tembló de rabia.

La arpía tenía razón. Pero…

—No puedo atormentar a ese monstruo mucho más de lo que ya está. Incluso dejarlo vivir es mejor venganza que darle una muerte rápida. Pero, oh, querida… —Se inclinó sobre ella y el cálido aliento rozó su cuello—. Puedo desquitarme con otra persona. —Fingió pensarlo detenidamente—. Puede que mi venganza sea mucho más dulce de lo que podría haber imaginado.

—Alejaos de mí —dijo ella, al comprender qué quería decirle con sus palabras.

Intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—Tú pagarás por sus pecados —empezó a decir, cruel—. Mañana se celebrará nuestra boda, serás mi esposa y te haré pagar todos los pecados de tu padre.

Isolda empezó a temblar, y Ethan no se había dado cuenta de que la tenía entre sus brazos hasta que sintió el rítmico movimiento incontrolado.

La soltó como si quemara. Acto seguido, la empujó sin miramientos dentro de la habitación que había sido de su padre. Cayó de bruces e Isolda lo miró con lágrimas surcando sus mejillas. Intentó ponerse en pie, pero antes de poder hacerlo, Ethan cerró dando un portazo para después echar la llave a la puerta.

—¡Maldito seas! —se escuchó gritar a Isolda.

Sus gritos lo persiguieron hasta girar en el corredor y apoyarse en la pared de piedra para tomar aire.

Si fuera justo, reconocería que Isolda no era culpable. No era tan estúpido como para no saber que era otra víctima de Beaumont. Pero el odio hacia su familia era demasiado intenso como para ignorarlo.

Ojalá las cosas entre ambos hubiesen sido de otra manera, ojalá no la hubiese conocido en otras circunstancias… ojalá fuera

solo Claire, la ayudante de cocina.

Se dejó caer contra la pared hasta deslizarse hasta el suelo, abatido.

Se escucharon los sollozos de una mujer, una puerta cercana al cerrarse. Ethan alzó la mirada, buscando de dónde procedía tanta tristeza.

No era de Isolda, al otro lado del largo corredor.

Los gemidos se ahogaron en el silencio de aquel lugar. Ethan se puso en pie, escuchando los conmovedores susurros, pero por más que se esforzara, ya no escuchó nada más.

Quizás había conmovido al fantasma de Dunmore, aquel que acechaba tras cada esquina. Puede que estuviera atento a todos y cada uno de sus movimientos. Y muy atento también al pulsar de su alma rota.

Capítulo 12

Después de varios minutos aporreando la puerta y tras darse cuenta de que nadie la sacaría de allí, Isolda se dio la vuelta y apoyó la espalda en la fría y húmeda pared.

Miró en derredor, angustiada, y se abrazó a sí misma para calmarse.

Jamás le había gustado ese lugar. Siempre hubo algo allí que la… inquietaba.

Aunque era pragmática, la idea de que el fantasma de Dunmore podría estar observándola, la puso nerviosa.

En ese lugar, se decía que *lady* Stewart había muerto quemada. Las historias que se contaban entre susurros por los siervos más antiguos de la fortaleza, eran espeluznantes. Isolda pensaba que solo eran habladurías con el único fin de alimentar la leyenda del fantasma, y que lo más probable era que la madre de Ethan hubiese fallecido en el incendio que se desató en las cocinas tras la toma de Dunmore por los Beaumont.

Nunca creyó, ni tampoco lo creía ahora, que su padre hubiera sido tan cruel. Pero Ethan sí lo creía.

Resopló, y movió la cabeza con fuerza para quitarse esos pensamientos de la mente.

Miró nerviosa en derredor, y se supo atrapada. No saldría de allí por sus propios medios, a menos que ocurriese un milagro.

Hacía un año que *sir* Talbot había transformado esos aposentos en una celda de la cual era imposible salir, cuando su padre empezó a ser peligroso para sí mismo, con sus escapadas nocturnas y el peligro de saltar desde las almenas.

Las ventanas estaban enrejadas para que no se lanzara al vacío y no había objetos con los que forzar la puerta. Caminó hasta una de ellas y abrió la contraventana.

Observó por unos instantes lo que sucedía allá abajo.

Los hombres de Stewart estaban sacando los cuerpos de algunos guerreros fallecidos a la zona de la capilla. Se escuchaban los llantos de las mujeres que habían perdido a sus padres, hijos y esposos en el asedio, y se le encogió el alma al ver cómo algunas de ellas se enfrentaban a los vencedores para rogarles estar junto a sus seres queridos. Ethan se dejó ver y ordenó que las dejaran en paz.

Lo vio alzar la cabeza en su dirección y sus miradas se cosieron unos segundos.

No fue capaz de sostenerle la mirada y se alejó de la ventana.

Regresó a la puerta y la palpó, buscando la manera de abrirla. Cejó en su empeño: Era imposible salir, a menos que alguien le abriese desde fuera.

La impotencia la dominó y acto seguido, la acusó el cansancio. Exhausta, apoyó la espalda contra la puerta y se deslizó hasta quedar sentada en el suelo. Después, hundió la cabeza en sus rodillas y dejó escapar toda la tensión acumulada en desesperados sollozos.

Isolda lloró amargamente por la suerte de su padre y por la suya propia.

Hasta que algo captó su atención. Un murmullo, que la obligó a callar.

—Mi señora.

Isolda alzó la cabeza en la dirección que había sonado la voz, pero en un principio no logró ver a nadie.

Poco después, tras un tapiz que ocultaba una pequeña biblioteca vacía, apareció una silueta encapuchada. Enseguida la reconoció, era la sirvienta que se encargaba de mantener vivo el

fuego del hogar y realizar las tareas de limpieza, cuando no estaba ayudando en la cocina.

—¡Lora! —Sorbió por la nariz, se secó las lágrimas y se puso en pie.

La mujer, después de mirar a un lado y a otro, con temor, caminó hasta ella y le tendió los brazos.

—¡Oh, Lora! —Isolda se abalanzó hacia ella y lloró amargamente mientras se apretaba contra su pecho, como un náufrago se aferra a una tabla en alta mar.

—Mi señora Isolda, tranquilizaos, todo irá bien.

Sus palabras dulces y sus caricias la reconfortaron.

—¿Cómo has logrado entrar? —preguntó, con la esperanza de que la sirvienta conociera la salida.

No fue así.

—Ya estaba aquí cuando llegó… Ethan Stewart —dijo, con un brillo extraño en sus ojos—. Me escondí en la pequeña biblioteca, donde guardo la ropa de cama, y nadie se percató de mi presencia. Hasta ahora.

Isolda tragó saliva y asintió.

—Claro… Pero entonces, ¿no hay salida?

—No, estamos atrapadas —aseguró—. Pero cuidaré de vos, os lo prometo. Nada malo os sucederá.

—Puede que a mí no, pero sí a mi padre… —Las lágrimas amenazaron con derramarse de nuevo, pero las contuvo—. Ese maldito Stewart… —pronunció su nombre, colérica—. Temo que el odio que siente hacia los Beaumont le obligue a hacer una atrocidad.

Cuando Isolda rompió en llanto, Lora la abrazó unos minutos más hasta que se calmó.

—No creo que lo haga.

—¿Cómo? —preguntó, con una mezcla de sorpresa y esperanza.

—No… no parece un mal hombre. —Le sonrió con timidez y a Isolda le pareció hermosa a pesar de las cicatrices.

—Lo es —dijo Isolda convencida.

Lora seguía dudando.

—Es solo que… su corazón sangra. Creo que no hará nada que os haga sufrir, lo he visto en sus ojos.

—Su mirada está llena de odio…

—Pero ese odio no va dirigido a vos. Sino… más bien hacia sí mismo.

Isolda negó con la cabeza. Esa mujer no sabía lo que estaba diciendo, o ella no atinaba a entender sus palabras.

—No lo comprendo.

—Es cruel cuando ha de serlo y su fama lo precede —dijo, apartando la mirada como si estuviera pensando en ello—. Pero también es un hombre justo.

Isolda la escuchó con detenimiento y por la forma en que hablaba de Ethan, cualquiera diría que lo había conocido. Calculó la edad de la mujer, y sí, era mayor que ella. Quizás Lora ya estuviera aquí cuando su padre asaltó el castillo.

—No encontraría placer al matar a un hombre indefenso ni en dañar a su inocente hija que, además, ha demostrado un gran valor defendiendo a sus siervos durante todos estos días.

Isolda negó con la cabeza.

—¿Tú crees, Lora? —La esperanza brilló, tímida, en el corazón de Isolda—. ¿Crees que respetará la vida de mi padre?

La mirada de esa mujer no daba lugar a dudas.

—Lo creo, mi señora —aseguró—. Pero ahora, deberíais descansar. Traje sábanas y mantas limpias. Después de adecentar la cama de vuestro padre, encenderé el fuego para que no paséis frío.

Luego, intentad dormir, mañana será un nuevo día y puede que, tras un sueño reparador, veáis las cosas de forma distinta.

—No sé si podré…

—Estáis agotada —la acompañó hasta el lecho—, podréis.

—Está bien.

Cuando Lora hubo hecho su trabajo, Isolda se echó sobre la cama y no tardó en caer rendida al sueño.

Lora cuidó de ella, como lo habría hecho su propia madre.

***

Esa misma noche, Ethan se reunió con sus hombres en el salón principal para celebrar su victoria.

Una victoria que fue incapaz de saborear.

La enorme sala seguía impregnada del humo de la batalla y el olor a sudor de los soldados que festejaban resultaba desagradable a los sirvientes, que se afanaban en atenderlos. Los blasones con el escudo de la casa Stewart pendían de nuevo en las paredes tras la reconquista de Dunmore.

El nuevo señor permanecía sentado justo en el centro de una larga mesa de roble macizo, que se encontraba sobre una tarima de

madera, en una posición más elevada del resto. Si alguna vez fue lustrada con esmero, ahora estaba sucia y cubierta de copas de hierro, tablas en desorden y restos de un apresurado festín.

Llevaba puesto aún el peto y sobre los hombros el manto verde, con una fíbula de bronce labrada con la imagen de un cuervo con las alas extendidas.

El sudor seco mezclado con el hollín y el barro de la contienda le oscurecían el rostro, ya sombrío de por sí. Permanecía serio, con la mirada hacia ninguna parte, aunque en algunos momentos soltaba una risa seca, sin alegría, mientras alzaba la copa por la reconquista de la plaza.

Ya era el señor de Dunmore.

Al fin, después de tantos años, de superar múltiples desafíos, luchar incansablemente para ganar fama y fortuna… Tras lograr todos y cada uno de los retos marcados y que le habían llevado hasta allí, ahora…

Ahora, el sabor de la victoria se le antojaba… agrio.

Ross Archibald, su hombre de confianza, que presumía en su rostro de una cicatriz que ni siquiera tenía el don de afearlo, se sentaba a su izquierda.

Era un Archibald, un primo lejano de su madre y del tío Marcus. No tenía riquezas ni propiedades, solo era un caballero en busca de fortuna, que pasó su infancia con el enemigo.

Permanecía silencioso mientras su amigo y ahora señor, fingía beber para contentar a sus hombres.

Lo conocía bien.

Ethan no se emborracharía en un momento tan importante. Puede que ni siquiera lo hubiese visto ebrio jamás. Estaba obsesionado con mantener siempre el control y jamás hacía o tomaba nada que le redujera los sentidos. La vida le había enseñado a estar en constante alerta. Eso no le impedía ser alegre y mujeriego, cuando las circunstancias lo requerían, pero no era ese el momento.

A pesar de haber ganado la batalla de su vida, y haber cumplido la misión que se marcó desde que asesinaron a su familia, no parecía contento, aunque sonreía por momentos.

—¿Qué te preocupa, Ethan?

El señor de Dunmore depositó con cuidado la copa sobre la mesa, mientras mantenía la mirada fija sobre sus hombres.

De pronto, uno de ellos le dijo algo obsceno a la muchacha que acababa de servirle una jarra de cerveza, y Ethan dio un golpe

sobre la mesa con el puño, haciendo que la copa se tumbara y se derramara el vino sobre la madera. No hizo falta hablar para que el hombre comprendiera que no estaba dispuesto a permitir comportamientos inadecuados.

—No es preocupación —respondió al fin—, sino decepción.

No podía ser que estuviera hablando del castillo. Así que se aventuró:

—¿No te agrada tu prometida? —preguntó para animarle, pero solo consiguió que su amigo pusiese cara de disgusto.

—No.

Ross soltó una carcajada que rebotó en las paredes del salón, confundiéndose con la algarabía de los hombres.

—No te creo. Es una belleza.

—Es una serpiente, cuyas escamas brillan al enroscarse.

Ross parpadeó, confuso. Realmente había dado en el clavo. ¿No le gustaba la mujer?

—Pero, pensé que apreciarías su valía. Con la única ayuda de *sir* Talbot, ha logrado resistir durante días. Tiene agallas. Te gustan las mujeres con agallas —le recordó.

Ethan lo miró de reojo.

—Sí, pero esta es un reptil. Uno astuto y venenoso.

Ross lo miró, con el ceño fruncido esta vez.

—¿Ha sucedido algo que no me hayas contado? —Ethan no respondió, y Ross continuó hablando, aceptando su silencio—. En mi opinión, es una gran dama, valiente e inteligente. Aunque sea hija de su padre.

—Sigue siendo una serpiente.

—Yo diría que es una leona. Una que podrás domar a placer, en tu noche de bodas.

Ethan se revolvió en su asiento.

Ross tenía razón en algo, sí le agradaba la idea de hacerla suya, aunque no lo haría por la fuerza, él no era así. Y había algo más. No podía evitar pensar en… en su lado inocente y encantador, en ese aspecto de su carácter que era una mentira y que tenía nombre propio: Claire.

Negó con la cabeza. No podía dejarse ablandar así.

—Antes, debo decidir qué hacer con su padre.

Ross alzó una ceja, mientras tomaba un trago de cerveza.

—¿No lo has decidido ya?, ¿vas a ejecutarlo?

Gruñó con disgusto.

—Creo que… no.

—No hay quien te entienda, Ethan. —Ross alzó ambas cejas y dio un sorbo de cerveza mientras ponía cara de circunstancias—. ¿Qué harás con él, entonces?

—Dejar que se consuma, lentamente, sin que vea jamás la luz del sol, hasta que la muerte se lo lleve. Y espero que eso sea pasado muchos años. En su estado, es el castigo más cruel que puedo darle.

—Cierto. Matarlo, sería más compasivo —opinó Ross, sonriendo.

Pero Ethan no le devolvió la sonrisa, sus ojos se ensombrecieron hasta transformarse en la boca del lobo.

—Lo sé.

Pensó de nuevo en Isolda, y los sentimientos contradictorios que sentía hacia esa mujer lo obligaron a revolverse de nuevo en el asiento. Su corazón se encabritaba cuando pensaba en ella y su piel se encendía como las brasas. En su mente, esos labios rojos y sedosos se abrían camino por el odio, hasta transformarlo en un violento deseo.

—¿Qué harás realmente con *lady* Isolda? —preguntó Ross, sin rodeos, mientras una muchacha le servía otra jarra de cerveza.

Ethan giró lentamente la suya entre los dedos y achicó ligeramente los ojos, mirando hacia ninguna parte.

—Lo que se le hace a una dama que ha perdido su plaza.

Ross resopló y apuró la jarra de cerveza.

—No eres tan cruel, aunque intentes aparentarlo.

—Es lo que debería hacer. Acabar con ella y con toda su estirpe. Pero que cumpliré mi palabra dada y la desposaré.

—¿De veras crees que Beaumont está loco? Puede que esté fingiendo.

Ethan evaluó el significado de esas palabras, y rápidamente llegó a una conclusión.

—No creo que pueda fingirse algo así.

Recordó el rostro angustiado de *lady* Isolda y constató que ella no mentía. Era imposible que lo hiciese tan bien.

—Coincido, pero es una posibilidad a tener en cuenta.

Dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco y miró a su amigo.

—No hay nada que lamente más que el hecho de que Beaumont esté demente. Llámame tonto, pero no ejecutaré a un hombre que no se puede defender.

De sobras era conocido el alto sentido del honor de Ethan Stewart. Incluso superaba su sed de venganza.

Cuando las puertas del salón se abrieron, acompañadas con un sonido áspero de bisagras, todos guardaron silencio, para después estallar en un tono más grosero que Ethan acalló con una cruel mirada hacia todos ellos.

Luego, se inclinó hacia delante, y la silla de madera y cuero protestó bajo su peso. Por un momento anheló que fuera Isolda, pero la decepción llegó al comprobar que no era ella.

—¿Quién demonios es esa mujer? —le preguntó a Ross, o más bien a sí mismo, mientras la dama hacía acto de presencia en el salón.

—No tengo la menor idea —escupió Archivald y, de pronto, sus ojos brillaron de odio—, pero seguro que es otra serpiente… y de las más venenosas.

—¿La conoces?

Ross no contestó. Se quedó mirando a la dama, fijamente, mientras ella lo ignoraba después de mirarlo con altivez.

—Puede.

Capítulo 13

Ethan alzó una ceja, suspicaz, ante el comportamiento de Ross.

En el fondo, la actitud de su amigo no presagiaba nada bueno, si alguien como él desdeñaba a una dama, tendría sus motivos. Esa actitud, tenía que significar algo.

Aunque ninguno de los dos podía negar que era una mujer hermosa, que emanaba una delicada elegancia, entendían que había algo oculto en ella.

La dama, morena, de ojos grises y rostro tan pálido como la faz de la luna, comenzó a andar hacia Stewart.

Parecía flotar sobre el suelo, con un vestido de brocado oscuro que aún conservaba su distinción, a pesar de llevar los bajos manchados de barro y hollín.

Avanzaba con las manos cruzadas en el regazo. En el dedo corazón de la mano izquierda lucía un anillo con una piedra oscura,

que por un momento captó su atención. Era de alta cuna, ese ópalo lo decía, como también el hecho de que dos sirvientas la escoltaran.

Al llegar a la mesa, que se encontraba en un lugar más elevado, hizo una leve reverencia.

Ross cerró los ojos por un momento, y tomó aire.

—Mi señor, vengo a presentaros mis respetos. —Su voz sonó suave, y al mismo tiempo, cargada de autoridad.

—¿Y vos sois? —preguntó, con marcado desdén.

—*Lady* Gwyneth de Langford, mi señor.

—*Lady* Gwyneth de Langford —repitió Ethan, mirando de reojo a su amigo.

Por fin comprendió el motivo de su malestar. Pero ya hablarían de ello en otro momento.

—¿Y qué os trae por aquí, *lady* Langford? ¿Acaso deseáis uniros a la celebración?

Habló, mientras Ross cerraba los ojos para contenerse y no abandonar el salón, pues eso habría revelado lo dolido que se sentía, y lo mucho que la odiaba.

Al ver que el nuevo señor de Dunmore no la miraba a ella, sino que estaba pendiente del caballero que estaba a su lado, ella misma le prestó atención.

Los ojos grises de Gwyneth se agrandaron como platos.

—¿Y bien? —insistió Ethan.

Ella parpadeó confusa, forzándose a dejar de mirar a Ross Archibald.

—¿Perdón?

—¿Os unís a nosotros?

Lo miró ofendida al comprender sus palabras.

—Por supuesto que no, mi señor —respondió, veloz.

—Una lástima. Pues decidme, *milady*, a qué habéis venido.

Gwyneth tragó saliva, cuando de repente, sus ojos se cruzaron con los de Ross Archibald. Carraspeó, y regresó la mirada a su nuevo señor.

—Lamento tener que deciros esto, pero no encuentro motivos de celebración —dijo, serena y al mismo tiempo retándolo con su gris mirada.

Vaya, vaya, otra serpiente temeraria entre los muros de Dunmore.

—¿Qué queréis, en realidad?

—Os pido, de todo corazón, que liberéis a *lady* Isolda. Es solo una niña, estará asustada y…

Ethan sonrió de oreja a oreja, sin atisbo de humor. Se inclinó hacia delante, logrando que ella diera un paso atrás, asustada.

—Esa «niña» ha mantenido la compostura durante más de dos semanas, logrando que la mitad de mis hombres resultaran heridos o muertos. No es tan indefensa como decís, ni tan inocente como pretendéis que crea.

Gwyneth tragó saliva antes de responder.

—Es una muchacha valiente, eso es verdad. Pero no merece ser tratada con tan poco respeto. Es una dama, mi señor.

—Una dama que mañana será mi esposa y a la que no le vendrá mal estar encerrada esta noche para hacerse a la idea.

—Pero…

—No querría que se le ocurriese la brillante idea de intentar liberar a su padre. De ser así, tendría que ejecutarla y, aunque no lo creáis, nada me gustaría menos.

Lady Gwyneth asintió.

—Al menos, permitidme atender a lord Beaumont.

Los ojos de Ethan se agrandaron ante tal petición.

—¿Por qué habría de permitir eso?

—Es un demente, mi señor. Podría hacerse daño a sí mismo.

—Ese no es mi problema —dijo en voz calma, pero cargada de odio—. Dad gracias que he decidido mantenerlo con vida. De momento.

Pero la mujer insistió, sin perder la compostura ni mostrar un ápice del miedo que en verdad sentía.

—Lamento verme en la obligación de contradeciros, mi señor, pero si muere, será un problema.

—Ilústrame —se mofó, recostándose en la silla.

—¿Creéis que Isolda os perdonaría si algo llegase a sucederle a su padre? Si en verdad queréis que vuestro matrimonio sea fructífero, no deberíais poneros un palo más en la rueda.

—Me sorprende que afirméis con tanta seguridad que quiera llevarme bien con mi nueva esposa. Quizás solo desee someterla y que haga mi voluntad. No obstante, ya tomé la decisión y no ejecutaré a ese cerdo, pero permanecerá encerrado de por vida y no se hable más.

—Entiendo —dijo Gwyneth—. ¿Puedo al menos ofrecerle una tisana para tranquilizarlo? No deja de gritar y…

—¿Os resulta molesto? —intervino Ross, con un tono tan cortante como el filo de un cuchillo.

Ethan enarcó una ceja ante el súbito mal humor de su amigo y confirmó lo que sospechaba. Los dos se conocían y seguro que no habían vivido muy buenas experiencias juntos.

Carraspeó y observó a ambos sin pasar por alto ningún detalle de sus reacciones.

La voz de Ross la intranquilizó, haciéndola temblar. No obstante, guardó silencio con el mentón alzado. Parpadeó y desplegó los labios para responder. Finalmente bajó la mirada y suspiró, hondamente.

Ross, enfadado, miró a Ethan, esperando una respuesta que no tardó en producirse.

—De acuerdo —cedió el señor, pensando que no iba a ser el único que no se divirtiera esa noche.

—¿Cómo? —Las cejas de su amigo se juntaron.

Ethan lo ignoró y miró con fijeza a Gwyneth.

—Id —concedió—, pero Archivald os acompañará.

La pareja se miró y Ethan no supo decir cuál de los dos estaba más sorprendido, o… molesto.

—Pero, señor…

—No quiero que ese demente se escape y no me fío de vos, *milady*.

Su amigo abrió mucho los ojos, e iba a protestar enérgicamente cuando *lady* Langford asintió.

—De acuerdo. Gracias, mi señor. —Hizo una sutil reverencia, para después añadir—: Que Dios recompense vuestra piedad.

—No estoy siendo piadoso —bufó Ethan—. Y ahora, retiraos.

—Con vuestro permiso, milord.

Tras otra reverencia, la dama miró a Ross y le sonrió con nerviosismo, luego se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida del gran salón. Las dos doncellas fueron tras ella, mucho más alteradas que su señora.

Ethan achicó los ojos mientras las veía alejarse.

Lady Gwyneth era exquisita, pero había algo en ella que le producía… escalofríos.

Ross la conocía, pues acababa de recordar que fue en la casa Langford donde pasó su infancia.

—Una Langford —suspiró Ethan.

Ross hizo sonar su lengua con disgusto y se puso en pie de inmediato.

—Voy a vigilar de cerca a esa serpiente.

***

Isolda despertó a la mañana siguiente, sobresaltada, justo en el momento en que la puerta se abrió de súbito.

Sin embargo, al ver que quien entraba en la alcoba era Gwyneth, seguida por Emma, suspiró aliviada.

—¿Gwyneth?, ¿Emma? —Algo confusa, miró a su alrededor al darse cuenta de que Lora no estaba.

Parpadeó, observando la habitación. ¿Acaso le había mentido y sí había escapatoria?, ¿o es que la puerta hacía tiempo que se había abierto, mientras ella dormía?

Al volver a centrarse en Gwyneth, el rictus preocupado y serio de la dama, con el entrecejo arrugado, y las manos temblorosas y entrelazadas, la alertó.

Había sucedido algo.

Emma caminaba tras ella, con cara de cervatillo asustado.

—Oh, gracias a Dios que sois vosotras… —Se levantó de la cama y caminó rápidamente hacia ellas, sin preocuparse por su cabello revuelto ni por el vestido arrugado, el mismo que llevaba puesto desde la pasada noche.

—¿Ya se me permite salir? —preguntó Isolda, estirando el cuello hacia la puerta, con temor de que apareciera Stewart.

—Así es… —Pero Gwyneth acompañó sus palabras con un gesto de dolor en el rostro. Sabía cuánto sufriría Isolda cuando le comunicase la noticia que jamás habría querido darle…

—¿Qué sucede? —preocupada, miró a Emma y luego a Gwyneth. Esos rostros eran los que cualquiera mostraría al ser portador de malas noticias—. Ha pasado algo, lo sé. —Pensó en qué podría ser, y se le heló la sangre—. ¿Se encuentra bien mi padre?

Isolda aguantó la respiración hasta que la dama le confirmó con los ojos sus mayores temores.

—Veréis… Lord Beaumont...

Isolda tragó saliva e intentó no desmayarse mientras Gwyneth seguía hablando.

—Lo lamento, pero… se está muriendo.

Alterada, dio un paso hacia su amiga.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha sido Stewart? —preguntó, llena de temor y resentimiento.

—No lo sé. Yo… —Gwyneth agachó la cabeza, no soportaba ver a su amiga pasar por momentos tan aciagos—. No parece que podamos hacer nada por él.

—¿Lo están atendiendo? —gritó Isolda.

—Un curandero lo está atendiendo —le aseguró Emma. Esta, juiciosa, se acercó a su señora, por si necesitaba apoyarse en ella. No se equivocó. Le fallaron las rodillas y la muchacha impidió que cayera redonda al suelo, para después acompañarla hasta una silla cercana, donde ella y Gwyneth la ayudaron a sentarse.

Transcurrieron unos instantes, y cuando creyó que podía respirar sin que el aire la quemase por dentro, logró preguntar.

—¿Qué… qué le pasa?

—Ha sido envenenado —aseguró Emma.

Gwyneth la miró con reprobación.

—No lo sabemos con certeza.

Isolda abrió mucho los ojos, y las lágrimas amenazaron con derramarse.

—¿Cómo… cómo es posible? —Su mirada se tornó de odio—. Ha sido Ethan, ¿verdad?

—Aún no lo sabemos, pero…

—¡Deseo ir a verle de inmediato! —Se levantó de súbito, pero Gwyneth tenía sus dudas, por lo que no se movió del sitio, impidiéndole el paso, de forma sutil.

—¡Apártate! —gritó.

—No será agradable…

—¡Es mi padre, y si es cierto que se está muriendo, me necesita! —sollozó, sintiendo las caricias de Emma en su espalda.

—No os reconoce, Isolda. De nada servirá que paséis tan mal trago.

Los ojos de la dama se llenaron de fuego y sus lágrimas parecieron brasas cayendo por su rostro.

—No me reconoce, pero sí es capaz de percibir el amor que siento por él. No abandonaré a mi padre en sus últimos momentos. —Miró a Gwyneth como si por primera vez su amiga la hubiera decepcionado—. Déjame pasar.

Le dio un pequeño empujón y Emma salió tras su señora.

Gwyneth suspiró. No había podido hacer nada por detenerla.

Isolda corrió al encuentro de su padre.

Capítulo 14

Ethan estaba junto a las rejas del calabozo, mientras Beaumont se retorcía de dolor en un destartalado catre. El sanador lo atendía, pero no daba con el problema, pues eran las heridas de guerra lo que estaba acostumbrado a tratar, y apenas conocía remedios contra una intoxicación como esa.

—¿Veneno? —preguntó Ethan.

—Si lo es, no actúa con la celeridad de los eficaces.

Ethan gruñó.

Ya lo veía. Sabía de venenos que mataban a un hombre de inmediato, otros le producían vómitos y convulsiones y acababan con su vida en minutos, pero al parecer a Beaumont le habían envenenado hacía horas. Ya se sentía indispuesto al anochecer, según el guardia.

Stewart estaba preocupado y caminaba de un lado a otro, sin saber qué hacer. No sentía ninguna lástima por ese malnacido, pero

acababa de descubrir que no sería agradable comunicarle su muerte a *lady* Isolda. Era muy probable que lo culpara.

Por eso, cuando ella entró en los corredores que daban a las celdas, seguida por el padre Marcus, respiró hondo entendiendo qué se avecinaba.

Ethan ya había abierto la boca para reprender a su tío, por permitir que la dama saliera de su alcoba, cuando ella, como una tormenta, se abalanzó hacia él.

—¿¡Qué le habéis hecho a mi padre!? —le gritó.

Ethan parpadeó confuso, pero solo por un instante. Se recuperó de la sorpresa con facilidad y la tomó por los hombros. Al sacudirla, ella intentó clavarle las uñas en el cuello, pero con otra sacudida le dio a entender que no era una buena idea.

—No le he hecho nada.

—¡Mentira! —gritó ella—. Le odiáis, ¡bais a…

—Iba a hacerle lo que se merecía. Eso era separarle la cabeza del cuerpo, pero recuerdo haber cambiado de opinión.

—Sí —le dijo con odio mientras lloraba—. En lugar de decapitarle, habéis decidido envenenarle.

—Ya basta —dijo Ethan, perdiendo la paciencia.

La empujó y ella, débil, cayó contra los barrotes. Por suerte pudo agarrarse a ellos y no terminó en el suelo. Los párpados de Isolda derramaron más lágrimas, pero esta vez fueron de rabia y odio hacia ese hombre. Si no le esperase el infierno, no le habría importado asesinarle, después de arrancarle de las cuencas con sus propios dedos, esos ojos tan hermosos como crueles. ¡Maldito fuera!

—Os detesto, Ethan Stewart —masculló—. Más de lo que vos detestáis a mi padre.

Dolió oír esas palabras de una boca que seguía deseando, pero ni por todo el oro del mundo se lo demostraría.

—Eso lo dudo —respondió cruel, pero sincero.

Miró a su padre, dispuesta a ignorar a su enemigo.

Isolda intentó entrar en la celda, pero uno de los guardias se lo impidió. Bloqueó la entrada con su cuerpo y miró a su señor en busca de consentimiento.

Furiosa, ella también lo miró, encarándose con él.

—¡Os ordeno que me permitáis estar con mi padre en sus últimos momentos!

No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo.

Ethan suspiró y finalmente hizo una señal al guardia, quien le permitió la entrada al calabozo.

Isolda corrió hasta el lecho de su padre y el hombre que lo atendía se apartó.

—Padre… —susurró, tomándolo de la mano—. ¿Quién os ha hecho esto?

—Una… una estrella tan negra, como el pelaje de un cuervo.

Isolda miró a Ethan con un odio tal, que le provocó una fuerte sacudida en el pecho.

—¡Vos! —jadeó, apenas sin aire—. ¡Vos le habéis hecho esto a mi padre!

Lord Stewart negó con la cabeza.

—No, *milady*, de no haber cumplido mi palabra, no habría sido esta muerte la escogida para el traidor que asesinó a mi padre.

—¡No mintáis! ¡Sois un asesino y un embustero!

—Isolda… —Regresó la mirada a su padre, olvidándose por el momento de Ethan—. Ha sido… Ese espectro, que lleva atormentándome desde que… desde que llegamos.

Ella frunció el ceño. No era posible. Su padre deliraba.

—¿Quién? —jadeó—. No os comprendo.

—Ella… el fantasma.

—¿Os referís al fantasma de Dunmore?

—Ella llegó con su poción, me habló con palabras dulces. Dijo que era la hora.

El hombre cerró los ojos y empezó a convulsionar.

Isolda negó con la cabeza.

—¡Padre! —Isolda estaba horrorizada—. ¡Padre!

Cuando el hombre se calmó unos momentos, suavizó el tono de su voz.

—Padre, ¿recordáis qué pasó? Es importante. Decidme qué pasó, os lo ruego.

Lord Beaumont tragó saliva. Su cuerpo temblaba con violencia. Su tez lucía amarillenta y sus ojos parecían querer salirse de las cuencas. Puso una mano sobre su frente y la sintió arder.

—Oh, sí, querida mía, lo recuerdo… —su voz apenas era audible—. El fantasma, con su capa negra, me ha otorgado, al fin, el privilegio de la muerte. No deseo seguir viviendo así. La culpa me consume.

—No —gimió, sorbiendo por la nariz—, no digáis eso. Os pondréis bien.

—No… Isolda. —La miró a los ojos, reconociéndola, al fin—. Ahora que ha llegado mi hora y sé que me aguardan las llamas del

infierno por todos los pecados que he cometido, quiero decirte que todo está bien. Que no me importa, pues es lo que merezco.

—No… si os arrepentís, iréis al cielo, padre.

Ethan cerró los ojos y les dio la espalda. No podía ver esa escena en la que ella sufría y en la que él alcanzaba su venganza, pero ¿a qué precio?

—No será suficiente, Isolda —siguió diciendo su padre—. Es lo que merezco. Perdóname.

—No… no —Negó con la cabeza, violentamente, mientras las lágrimas recorrían sus mejillas para despeñarse por la fina barbilla—. El padre Marcus os perdonará en nombre de Dios y os dará la extremaunción.

—No la quiero, hija. Ese… ese fantasma… El que vaga por Dunmore… ya me ha dado su perdón.

—Los fantasmas no existen —dijo Isolda—. Quien os ha hecho esto es una persona de carne y hueso. Decidme quién ha sido, padre y después recibid el perdón de Dios.

—Llevaba… una capa negra y... sus ojos eran como dos zafiros.

Poco a poco, la voz de lord Beaumont se fue apagando y sus ojos se cerraron para siempre.

—Padre… padre, no.

Rompió en llanto, mientras asía desesperadamente las manos aún calientes de lord Beaumont. Las lágrimas gotearon sobre su rostro ceniciento, ya exento de toda vida.

Isolda lloró amargamente sobre el cadáver de su padre, mientras Ethan observaba la escena con el corazón encogido.

Jamás pensó que le dolería tanto presenciar la muerte de ese hombre. Ver sufrir a su inocente hija… no era plato de buen gusto.

Hasta que ella alzó la mirada hacia él, para clavársela con violencia.

—Tú lo has matado —lo acusó, poniéndose en pie, con la rabia de una loba herida.

—No —respondió Ethan, con seguridad—. Aunque me habría encantado hacerlo, no he sido yo.

Isolda atravesó la estancia y salió del calabozo, hasta llegar hasta él.

—Maldito embustero. —Alzó la mano para golpearle, o arañarle, o lo que pudiera hacerle, pero él la interceptó, agarrándola por la muñeca.

—Si algo no soy, es un mentiroso, Isolda. Yo no he ordenado matar a lord Beaumont y vas a tener que creerme.

—¿Por qué? ¡Sois el único que deseaba su muerte!

—¿El único? —se mofó él—. No podéis decirlo en serio. ¿De veras crees que tu padre era bien querido?

—¡Sí! —Se revolvió, logrando deshacerse de su agarre.

Con la violencia del movimiento, varios mechones le taparon el rostro y Ethan sintió la acuciante necesidad de apartárselos y después… acariciarla.

Pero no era posible.

—Eso no lo sabéis —alegó—. Alguien como él, tenía más enemigos aparte de mí.

Isolda caminó unos pasos hacia atrás, con el rostro demudado, y los surcos de las lágrimas dibujando pequeños ríos que se despeñaban por su mentón.

—¡Lo sé perfectamente! —gritó, apretando los puños—. Mi padre lleva enfermo años y qué casualidad que haya muerto al día siguiente de vuestra ocupación.

—Este es mi legítimo hogar, Isolda, no es una ocupación —advirtió.

Pero ella no se acobardó y, de nuevo, se acercó a él, como si con su mirada pudiese atravesarle el corazón.

—Sois un desalmado, y la peor persona que he conocido jamás. Vos habéis matado a mi padre, y para colmo tenéis la indecencia de negarlo ante su cuerpo presente.

—No he matado a ese cerdo —masculló, clavando los ojos en los suyos.

—Lo habéis matado y os odiaré por ello, hasta el resto de mis días. —La promesa brotó de la garganta de Isolda como un flujo de bilis que impregnó el aire de una maldad palpable.

Ethan supo que jamás sería perdonado.

—Pues al igual que yo, tendréis que vivir con ese odio el resto de vuestra vida. Os deseo suerte.

—¡Sí, lo haré! ¡Porque os detesto! ¡Os desprecio y os odio con toda mi alma!

—Deberéis aprender a soportarlo, *milady*. Porque mañana mismo nos casaremos y permaneceremos unidos para siempre.

—O hasta que la muerte nos separe —respondió, con una crueldad que le heló el alma, haciendo que lord Stewart se estremeciera hasta lo más hondo de su ser.

Capítulo 15

El fatídico día en que Isolda de Beaumont se convertiría en *lady* Stewart, al fin había llegado.

Mientras descendía los peldaños que la llevarían hasta su mano, sentía el corazón suspendido entre el miedo, la incertidumbre y… algo que no sabía distinguir. No podía saber si se trataba de odio o… deseo.

Oh, sí. Lo sabía.

Era absurdo, incongruente, un absoluto sinsentido y lo peor de todo, una traición a sí misma y a su familia. Pero no había verdad más absoluta que sus propios labios, empecinados en recordar la calidez del roce de la lengua de Ethan y, de forma irremediable, su cuerpo reaccionando a todas esas sensaciones.

Acto seguido, aparecía el dolor por la muerte de su querido padre. Y el odio hacia ese hombre la dominaba.

Ethan era el responsable, no tenía dudas sobre eso. Estaba a punto de casarse con él, y no solo su juventud estaba sentenciada,

también el resto de su vida.

¿Por qué, entonces, recordaba ese beso? Sus manos, la forma en que sus dedos le acariciaron el rostro, cómo su sonrisa le iluminó el corazón aquel día.

Era posible que su mente le estuviese jugando una mala pasada. Puede que todo lo sucedido, cómo había sido alterada su existencia en poco menos de un mes, le hiciera perder la perspectiva de qué era correcto sentir.

Cuando llegó a la capilla, se sintió turbada. Estaba abarrotada de gente. Los hombres, todos de Stewart, con las botas todavía manchadas de barro y la sangre seca bajo los ropajes con la insignia de su señor, ocupaban la parte posterior, cubriendo la salida. Como si ella tuviese la más mínima oportunidad de escapar. No eran nobles, sino soldados que festejaban el trofeo de su amo. Ella era el símbolo de su conquista.

Cuando se posicionó en el pasillo que formaba la gente y que la conduciría hasta el altar, se le ofreció un brazo amigo.

Giró el rostro hacia *sir* Talbot y este le apretó la mano, dándole ánimos, antes de iniciar el camino hacia un destino tan terrible como incierto.

—Temía por vos —dijo Isolda intentando contener la emoción.

—Ethan Stewart ha sido bastante generoso, no lo dudéis.

Ella apretó los labios y miró hacia delante.

—Sí, menos en matar a mi padre.

—¿No creéis que de haber sido él, lo habría hecho sin contemplaciones y a plena luz del día?

Isolda volvió a mirarle y por primera vez tuvo dudas. Si lo pensaba, Ethan no tenía por qué mentir. Había ganado. Podría hacer con todos lo que quisiera.

Su barbilla tembló, pero inspiró con fuerza y se juró no llorar hasta que toda esa agonía hubiera terminado.

Observó de nuevo el pasillo y los dos peldaños que subían al altar, y por último, el hombre que ahí la aguardaba. Ethan Stewart.

Avanzó hacia él mientras sus ojos azules y brillantes la acariciaban. Estaba serio, erguido, con el rostro en alto. Lucía el pelo limpio, con destellos dorados, como la melena de un león.

El camino se le hizo eterno y al llegar hasta él no pudo menos que aceptar la mano que él le ofrecía. Dudó unos instantes, por supuesto, pero finalmente la aceptó.

En ese momento, Ethan la sujetó con la fuerza justa, como quien sostiene un delicado pajarillo, lo suficientemente firme como para que no escape y delicado, para no ahogarlo.

Las miradas quedaron atrapadas la una en la otra unos instantes y, de los ojos de Isolda manó una lágrima traidora. Fue en ese instante cuando el rostro de Ethan cambió, un deje de culpabilidad cruzó su mirada, pero después se diluyó como el humo de una hoguera sobre la que soplara el viento.

La voz del padre Marcus hizo que dejara de mirar a su futuro esposo y le prestara atención.

—Queridos hermanos. Aquí, en presencia de Dios Todopoderoso, y por el poder que me otorga, uniré en sagrado matrimonio a mi señor, Ethan Stewart y a la dama, *lady* Isolda de Beaumont.

Sintió la mano de Ethan apretar ligeramente la suya, tras oír esas palabras.

Hubo un pequeño discurso del padre Marcus, sobre el perdón y el amor de Dios. Isolda lo escuchó a medias, pero pudo ver, al echar una mirada a quien iba a ser su inminente esposo, que este sí escuchaba. El discurso del perdón lo enfureció, y ella sabía que no tenía ni la más mínima intención de perdonar a su padre. Y posiblemente, a ella tampoco.

El padre Marcus continuó, esta vez dirigiéndose a él.

—Por lo tanto, lord Stewart, ¿aceptáis tomar a esta mujer, como vuestra legítima esposa, y prometéis amarla, honrarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que la muerte os separe?

—Acepto y prometo —dijo Ethan, para después mirar a Isolda.

Ella seguía con la vista clavada en el padre Marcus, que continuó, pero en un tono más suave y caluroso.

—Y vos, mi noble señora Isolda de Beaumont, ¿prometéis aceptar a este hombre como esposo, someteros a él en obediencia según la ley de Dios, honrarlo y serle fiel, en la salud y en la enfermedad, de este día y para siempre?

Tragó saliva antes de contestar.

¿Acaso podía decir que no? ¿Había escapatoria?

Miró en derredor. Gwyneth la miraba con lástima a su espalda, junto a Emma, que lloraba amargamente. *Sir* Talbot permanecía estoico y aunque era un gran guerrero, estaba desarmado, al igual que todos sus hombres.

Aceptaría.

Tenía que aceptar.

Tardó más de la cuenta. Sintió la mano de Ethan apretarla esta vez con fuerza y oyó los murmullos de los asistentes.

—Acepto —pronunció, finalmente, como una sentencia.

—Entonces, ante Dios ordeno que nadie interfiera en este matrimonio, pues es la voluntad del Señor que os convirtáis en una sola alma y en una sola carne. Por el poder que me ha sido otorgado, os declaro, marido y mujer.

En ese momento, Isolda pareció no estar en aquel lugar. No escuchó a los hombres vitorear, ni el aplauso que sugirió cuando su ya esposo, Ethan Stewart, la acercó hacia él y la besó.

Cerró los ojos y solo pudo sentir los labios de ese hombre sobre los suyos.

Y de nuevo, el deseo la traicionó.

***

La petición de Isolda de no celebrar un banquete de bodas, por la reciente muerte de su padre, del que ni siquiera fue un funeral público, no fue escuchada. Ethan quería celebrar su victoria junto con sus hombres y ella no pudo más que aceptarlo. Tampoco tuvo fuerzas para protestar.

Permanecía en silencio, sentada en la gran mesa del gran salón, junto a su esposo, viendo con dolor cómo los Stewart profanaban cada rincón con sus risas estridentes y sus cánticos y bailes. Corrían las jarras de cerveza y el vino y se asaron tres corderos, pero Isolda no probó bocado.

Ethan reía las bromas de sus hombres, pero la alegría no le iluminaba el rostro. Jamás, en toda su vida, había sentido tanta preocupación por alguien. Si era sincero consigo mismo, reconocía el daño que le estaba causando y temía que este fuese irreparable.

Puede que, en su corazón, hubiese habido en algún momento un atisbo de esperanza en la felicidad de ese matrimonio, pero este se esfumó cuando lord Beumont murió. No podía sentir más odio por ese hombre al saber que hasta desde la tumba era capaz de hacer daño a los demás.

Isolda se negaba a mirarle y lo que era más preocupante, a comer. Solo tomó un sorbo de vino, durante el brindis. Hasta que él perdió la paciencia y le acercó el plato, con delicadeza.

—Deberías comer algo —le dijo, intentando ser amable—. De lo contrario, la noche se os hará larga.

—Como el resto de las noches que me esperan a vuestro lado, esposo.

Ethan suspiró.

Asegurarle una vez más que él no había tenido nada que ver en la muerte de lord Beumont, era perder el tiempo. Ella jamás le creería. Pero no podía permitir que enfermara.

—Hagamos esto más llevadero, esposa.

—Podéis empezar por no dirigirme la palabra.

Ethan dio un golpe con el puño, provocando que Isolda diera un respingo. Sin embargo, siguió negándose a mirarle.

A su alrededor, los hombres y mujeres más cercanos lo miraron. Ocultó lo molesto que se sentía, al menos a una preocupada *lady* Gwyneth, aunque estaba convencido de que Ross lo conocía demasiado bien como para creerse que se sentía feliz en ese día.

—No elegí esto, Isolda —le dijo, tras tomar aire y cuando los murmullos a su alrededor volvieron a ser voces alegres y brindis por su unión—. No elegí que vuestro padre tomase Dunmore, ni que ejecutase al mío. Tampoco os habría desposado, de haber otro camino.

—Sí elegisteis incumplir vuestra palabra.

Ethan movió la cabeza de un lado a otro, con la vista fija en ella.

—Me niego a confesar un crimen que no he cometido.

—Pues yo siempre me negaré a creeros.

Ethan apretó los párpados, suplicando paciencia al Altísimo. Cuando los abrió, se encontró con los de ella, mirándolo fijamente.

—Isolda, yo… Tienes que creerme. No…

—Prefiero vuestro silencio a más mentiras o excusas absurdas —lo interrumpió—Y ahora, con vuestro permiso, me gustaría retirarme. He de prepararme para… —hizo una breve pausa, durante la cual el corazón de su esposo se aceleró— la peor noche de toda mi vida.

Si algo le dolió más a Ethan Stewart, aparte de la muerte de sus padres, fueron esas palabras.

Salió del salón acompañada por la mirada compasiva de algunas mujeres y las bromas soeces de algunos hombres.

Gwyneth no se hizo de rogar, no bien había abandonado el salón, se le unió, junto con Emma que la tomó de la mano para infundirle valor.

—Hay que prepararla, mi señora —dijo Emma.

Isolda solo tuvo fuerzas para suspirar mientras enfilaban los peldaños de piedra hacia sus aposentos. Aquellos que compartiría con su esposo.

—Que Dios me ayude.

Cuando Emma abrió la puerta, Isolda parpadeó. Pensó que el nuevo señor ocuparía la alcoba principal. Era un buen castillo, pero no podía decirse que las habitaciones fueran numerosas. No obstante, el señor había decidido que la alcoba principal, casi del mismo tamaño que la de su padre, sería la suya.

—¿Esta es mi alcoba?

—Vuestra alcoba de siempre, será la alcoba principal —le comunicó Emma—. Órdenes del señor.

Por supuesto.

El señor ya empezaba a dar órdenes. ¿Y quién era ella para rechistar?

Las mujeres entraron y una pequeña cubeta de agua caliente y pétalos de rosa flotando en su superficie, la esperaba para su aseo.

La desvistieron y en silencio compartieron el ritual de su baño. Cuando Emma dejó caer una camisola de finos bordados sobre sus hombros, Isolda supo que no faltaba mucho para que empezara el tormento.

Minutos después, Emma permanecía en pie, tras su señora, muy seria.

No había pronunciado palabra durante el baño, algo de extrañar, pues era muy dada al parloteo innecesario. Incluso durante los días del asedio, cuando todas sus vidas peligraron, era su voz la que se escuchaba por todas partes. La fiel doncella, la había seguido como si fuese su sombra, cuidando de ella, atendiéndola. La pobre, tampoco había pegado ojo en días.

Isolda, que la conocía bien, sabía que se comportaba así cuando estaba triste.

La muchacha tenía los párpados enrojecidos, pero si lloraba lo hacía a escondidas, con especial cuidado de no hacerlo delante de ella. Llevaban juntas toda la vida e Isolda la quería como a una hermana. Miró a Gwyneth, no podía decir que a ella la quisiera menos, aunque la dama era mucho menos dada a expresar sus emociones.

En esos momentos mientras Gwyneth le dedicaba palabras amables, Emma le cepillaba los cabellos con cuidado y reverencia, como si fueran su mayor tesoro.

—Emma, para. —Isolda levantó una mano para que ella detuviera el movimiento de cepillarle el pelo.

Isolda enseguida se arrepintió por el tono severo. La miró a través del espejo de plata pulida, se giró un instante para ver que,

efectivamente, su barbilla temblaba.

Miró su rostro y se apiadó de ella.

—Lo lamento, no he sido muy considerada hablándote así.

La muchacha movió la cabeza en negación, apretando los párpados, de los que escaparon finalmente las lágrimas

—No, *milady*, habéis hecho bien. No me estoy comportando como es debido. Os ruego perdón.

Isolda la tomó por las manos, mirándola con todo el cariño que sentía por ella.

—Sé qué se espera de mí y lo acepto, porque es mi obligación como señora y esposa.

—Pero no debería ser así —se quejó Emma, entre sollozos—. ¡No es justo!

Era evidente que el corazón de la muchacha lloraba por lo que iba a estar a punto de sucederle a su señora. Al parecer, Emma era muy inocente, y había escuchado historias terribles de invasores ultrajando a mujeres.

—Pocas cosas son justas en este mundo. —Isolda le palmeó la mano—. No lo es que mi padre haya muerto de la forma en que lo ha hecho, pero tampoco lo fue que el anterior lord Stewart fuera ejecutado por el mío, ni que su esposa fuera asesinada vilmente.

—Vos no sois responsable de nada de eso, ni tampoco tenéis elección ahora mismo.

—Cierto, debo entregarme a mi esposo, sin amarlo. Es injusto, pero sí lo hago con consentimiento.

—No es verdad. Os obliga a ello.

—Así como tú has nacido con el fin de servirme, mi obligación es protegerte. Si lo piensas bien, es mejor aceptarlo que morir bajo su espada. Podré seguir viviendo aquí, seguiré siendo la señora de Dunmore y estar a tu lado, y junto a toda mi gente. Me debo a vosotros, Emma, ¿comprendes eso?

Emma sorbió por la nariz y asintió. Gwyneth se quedó en silencio, con la cabeza gacha, sin dar opinión alguna.

—Sois muy buena y todos nosotros estaremos siempre de vuestro lado. También os protegeremos con nuestras vidas. Que no se le ocurra a ese cruel usurpador haceros daño porque…

—Ya, ya… —la consoló Isolda—. No me hará daño.

—Eso espero.

Ya más calmada, Emma ayudó a Isolda a lavarse y a perfumarse. Gwyneth observaba la escena, aunque su mente parecía muy lejos de ahí, quizás en la visión que había tenido en el

salón. ¿Qué hacía Ross Archibald allí? ¿Iba a quedarse para siempre? Y si era así, ¿ella debería huir?

—Te veo distraída, Gwyneth.

La belleza morena negó con la cabeza.

—Lo lamento, no es nada. Solo que han sucedido demasiadas cosas —carraspeó—. Desearía poder ser de más ayuda.

Isolda la tomó de la mano y se la apretó como había hecho antes con Emma.

—Todo irá bien.

Aunque Gwyneth asintió, no estaba muy segura de ello.

Unos minutos después, mientras Emma terminaba de engalanar a su señora, el ambiente pareció relajarse. La doncella recuperó las ganas de hablar y les contó algunos chismes de las cocinas que la hicieron sonreír.

Después de ayudarla a vestirse con un hermoso camisón nupcial que había pertenecido a su madre, Isolda llenó su copa de vino y la compartió con sus amigas.

—Gwyneth… —carraspeó algo insegura, mientras tomaba otro sorbo de vino—. Ya que no tengo el consejo de una madre o de una hermana mayor, he pensado que, al ser viuda, podrías ayudarme explicándome qué se espera de mí en el lecho nupcial.

Gwyneth se tensó.

Era cierto que tenía experiencia, pero prefería no decir lo traumático que era entregarse a un marido.

—Entiendo. —Al instante, sonrió—. Ven, siéntate conmigo —la tranquilizó la dama.

Se sentaron una al lado de la otra, al borde de la cama, ambas iluminadas por la luz que desprendían las velas y las llamas que consumían los troncos de la chimenea.

Isolda tenía las mejillas encendidas y aunque se esforzaba en mostrarse serena, sus ojos decían lo contrario.

Gwyneth le acarició el rostro, apartando un dorado mechón para colocarlo tras su oreja.

—Querida mía —empezó a decir, con voz serena—. Esta noche es una de las más importantes en la vida de una dama. Hoy, dejarás de ser una niña para convertirte en una mujer.

Al ver que pasaban los segundos sin que Gwyneth continuara, Isolda la animó a hablar.

—Lo sé. Pero… Reconozco que tengo miedo. No sé exactamente qué se espera de mí.

Y era cierto. Isolda jamás mostró interés en esos asuntos. Cierto que había oído cosas, sobre todo de Emma, que era una

chismosa, pero nunca le había prestado demasiada atención. Ahora se arrepentía. Le hubiera gustado saber lo que su esposo esperaba de ella.

Gwyneth suspiró, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Es normal que lo tengas, pero no debes preocuparte. Todas las mujeres, en algún momento de nuestras vidas, debemos pasar por esto. Es nuestra razón de ser, así como tener hijos.

Un deje de dolor y rabia se dejó ver en los ojos de Gwyneth. Isolda lo atribuyó a que jamás pudo tener uno.

—Escúchame bien, cuando él venga a ti, debes someterte —asintió con convicción—. Lo mejor es pensar en otra cosa. Por lo general, no suele durar mucho. Si te quedas quieta o haces lo que él dice, todo acabará enseguida.

—¿Y…?

—Y sí, dolerá —dijo, adivinando cuál era su temor—, pero pasará.

—¿Y…?

—Y después puede que hasta deje de ser desagradable y te acostumbres.

—¿Tú te acostumbraste?

Gwyneth permaneció con la boca cerrada, la miró como si reviviera algún momento de su vida matrimonial.

—No —dijo, finalmente—. Pero mi marido nada tiene que ver con lord Stewart.

Isolda se puso nerviosa.

No, era probable que nada tuvieran que ver, desconocía cómo había sido el marido de Gwyneth, pero Ethan era su enemigo. Entregarse a él… Cerró los ojos con fuerza cuando lo recordó sonriente, amable, esperando con alegría volver a verla cuando pensó que era Claire, la sirvienta.

—Espero que sea gentil cuando… ya sabéis.

Isolda la miró, como para asegurarle que no sabía.

Hizo una mueca cuando Gwyneth le contó con exactitud qué sucedería físicamente entre ella y su esposo. Lejos de tranquilizarla, la puso más nerviosa.

—Gracias —dijo, cuando la dama acabó con su explicación.

—No tienes por qué darlas. Las mujeres tenemos que apoyarnos. Siempre estaré a tu lado. Y cuando lo necesites, acude a mí, ¿de acuerdo? Te ayudaré y resolveré tus dudas siempre que pueda.

Isolda asintió y Gwyneth se puso en pie y besó su frente.

—Me marcho. Nos veremos mañana —lo dijo como si tuviera la esperanza de que esa noche pasara pronto.

Dicho esto, *lady* Gwyneth y Emma abandonaron la estancia, dejándola sola.

Capítulo 16

Isolda esperó, y esperó, inquietándose por momentos.

Recorría la habitación cuando los nervios no la dejaban estar sentada. Contempló arder los troncos de la chimenea y siguió haciéndolo hasta que quedaron solo ascuas. Era bien entrada la madrugada y desde el otro lado de la puerta, los sonidos de la fiesta seguían llegando desde la planta inferior.

Escuchó un ruido en el corredor y esperó sin que nada sucediera. Agitada, volvió a ponerse en pie y a caminar, en círculos, intentando concentrarse en su propia respiración.

Fue imposible.

La incertidumbre y la espera eran peores que enfrentarse a su esposo.

Su esposo, la palabra amarga se le atragantaba.

Pensó en las cosas íntimas que le había explicado Gwyneth, en qué sucedería entre ambos esa misma noche. Gimió por el rechazo que sentía, no porque creyera que sería un acto depravado

y horrible. Al contrario, sentía rechazo ante la idea de desear a su enemigo.

Ethan era un hombre muy apuesto, en el bosque, sus caricias habían sido suaves y su beso, excitante. Su risa, franca y alegre. Estaba convencida de que muchas damas se habían arrojado a sus pies. Pero ella no quería ser una más. Y no lo sería, pues se había convertido en su esposa.

Se sentó en la cama y acarició las pieles que la cubrían. El acto que allí se consumaría… no podía ser tan malo como creía Emma ni tan desagradable como aseguraba Gwyneth.

No con él.

Cuando cerraba los ojos y lo imaginaba desnudo, no sentía temor, sino… deseo.

Era una depravada, ¿cómo podía desear al hombre que había matado a su padre?

Él no lo hizo, dijo una voz en su mente, y el corazón se le encogió al comprender que le creía. A pesar de querer odiarle, su corazón le decía que Ethan sería devastadoramente sincero con ella. Podría haberle dicho, *sí, maté a tu padre*. Podría haberla destrozado con aquellas palabras. No obstante, se había dedicado a negar tal acción.

No lo he matado, de haberlo querido muerto, simplemente hubiera separado la cabeza de su cuerpo, como él hizo con mi padre.

A pesar de que empezaba a creer que quizás Ethan decía la verdad, por momentos se odiaba a sí misma, porque su propio cuerpo la traicionaba.

Más ruidos llegaban del salón. Gritos y canciones, música y bailes. Los vencedores se lo pasaban bien. Pero… ¿y los vencidos? ¿Y ella?

Tragó saliva mientras apretaba las manos sobre su regazo, nerviosa.

¿Y si no era delicado, ni paciente con ella? ¿Y si parte de su venganza consistía en hacerle daño?

Hiciera lo que hiciera, se prometió no mostrar ninguna emoción. No saldría de sus labios una sola queja.

Otro ruido y esta vez los gritos avanzaron por el corredor.

Se puso de pie de un salto y miró la puerta abrirse y una marabunta de hombres tropezó, empujándose para entrar en la habitación.

Isolda retrocedió hasta que su espalda tocó la pared de piedra.

Algunos habían caído sobre otros, los más ebrios tenían verdaderos problemas para volver a levantarse. Y entre todos ellos, Ethan.

Su esposo estaba en pie, quizás con los ojos vidriosos por el alcohol, pero muy capaz de consumar su matrimonio.

—¿Qué estáis haciendo? —su pregunta se lanzó con una voz aguda.

Algunos hombres rieron nerviosos al ver que la señora se había convertido en una valkiria.

—Le traemos a su esposo —dijo un hombre barbudo que más que un normando parecía un vikingo. Oh quizás lo fuera, pensó Isolda. ¿Acaso el laird del norte, amigo de Ethan, no era uno de sus aliados?

Abrió la boca sin saber qué decir, pero al ver que volvían a empujar a Ethan, con risotadas y murmullos obscenos, Isolda dio un nuevo paso al frente.

—Largaos, nada tenéis que hacer aquí.

—Cierto, *milady* —dijo Ross Archivald, agarrando por el brazo a Ethan—. Nosotros nos vamos. Ocupaos de vuestro marido.

Sin dejar de sonreír, empujó a Ethan hacia ella con tan mala suerte que tropezó y tuvo que abrazarla para no caerse al suelo.

El impacto hizo que Isolda retrocediera sin poder evitarlo hasta chocar contra la pared.

—Buenas noches. —Fue la voz de Ross quien se escuchó en último lugar antes de que la puerta se cerrara y los dejaran a solas.

Ethan sostenía a Isolda, o ella a él, aún no lo tenía claro.

El cuerpo del hombre estaba apoyado sobre el de ella, y el de Isolda atrapado entre el musculoso pecho de su esposo y la pared de piedra.

Las delicadas manos se apretaron contra la espalda de él y se cerraron en un puño hasta agarrar su camisa, quiso jurar que era para tirar de él y lanzarlo lejos, pero no hizo nada de eso.

Ethan respiraba pausadamente, cerró los ojos cuando el perfume de ella invadió sus fosas nasales. Gruñó imperceptiblemente y una de sus manos cobró vida para acariciar la cabellera rubia que se desparramaba sobre los hombros y la espalda de su mujer.

Parpadeó, confuso.

Su esposa.

Isolda era su esposa. O lo sería después de aquella noche.

—Pensé que ya estarías dormida —dijo Ethan en un murmullo sin apartarse ni siquiera un poco.

Isolda tragó saliva, antes de responder.

—Os estaba esperando, esposo —respondió, temblorosa.

Se humedeció los labios y le lanzaba miradas furtivas mientras él parecía fascinado con su cabello.

La respiración se le entrecortó ante el tacto de esas hebras de oro.

—¿Esposo…? —empezó a decir Isolda.

El escuchar la palabra *esposo*, Ethan cambió la expresión de su rostro. Algo cruzó por sus ojos, ¿un brillo de deseo, quizás…?

De cualquier forma, le pareció tan apuesto, que a Isolda le dio rabia. Apretó los dientes y bajó la cabeza para esquivar su mirada. Pero él se lo impidió.

Antes de decir nada, con una mano la tomó del mentón y observó su rostro hasta perderse en sus ojos.

—Color musgo —susurró.

Las cejas de Isolda se elevaron sin comprender, y sus pensamientos se perdieron cuando él se inclinó un poco más y le acarició las cejas con las puntas de los dedos.

Había soltado su mentón, pero Isolda fue consciente de que si agachaba la cabeza, su frente golpearía el rostro de su esposo, así de cerca estaban.

—No tengas miedo.

Ella lo miró de nuevo, con fijeza. Quería dejarle claro que no le temía. Quería mostrarse valiente, pero al observar mejor al hombre que la tenía atrapada entre sus brazos, solo pudo tragar saliva y rezar para que no la destrozara.

No temía por su cuerpo, sino por su corazón.

Alto, de porte regio, era un león que no necesita anunciar su presencia, llenaba con su poder aquella habitación. Los cabellos rubios y largos hasta los hombros, formaban anchos bucles y la luz del fuego de las velas sin consumir, danzaban sobre ellos, como si fueran los reflejos del oro viejo. Los ojos azules del invasor expresaban tranquilidad y fiereza, al mismo tiempo. La miraban con intensidad, con posesión.

Sí, ella iba a ser suya.

Era suya.

Soltó la tela áspera del jubón y lo soltó. No había sido consciente de que era ella quien lo retenía, aunque él no hizo ademán de moverse.

Cuando volvió a acariciarle el cabello, Isolda puso las palmas de sus manos sobre el pecho de Ethan, no lo empujó, simplemente las dejó descansar ahí, esperando a que él le dijera qué hacer.

Contempló la tela negra de su vestimenta, pues el pecho le quedaba a la altura de sus ojos. Tragó saliva. Era grande.

Se estremeció cuando se quitó la prenda y sin decir nada volvió a colocar las manos de Isolda sobre su camisa de lino blanco, medio abierta en el pecho, dejando ver su piel tostada e intuyendo la poderosa figura de su torso, de hombros anchos y estrecha cintura.

Él permanecía en silencio.

Si ella supiera que lo que le arrebataba el habla era su hermosa vulnerabilidad…

Había alargado la velada con sus hombres para que su esposa pudiese descansar, o permitir que se hiciese la dormida, para… no tener que obligarla a hacer algo que no quisiera hacer. Oh, pero había subestimado la memoria de sus hombres. A muchos de ellos, el propio Ethan los atormentó con bromas obscenas en su noche de bodas. No podía esperar que no lo arrastraran al lecho de su esposa cuando estuvieron seguros de que él no se decidiría.

Debería azotar a Ross por arengar a sus hombres, aunque ninguna broma nupcial le había hecho a su amigo, pues Archibald jamás se había casado. Tenía el corazón demasiado roto y hecho jirones como para que su amigo confiara en las mujeres.

Al ver que Isolda permanecía tranquila y en silencio, se aventuró a quitarse la camisa.

Había esperado temor, resistencia, incluso llanto. Nada de todo eso se expresaba en ese rostro hermoso y delicado, con forma de corazón. Sí había fragilidad, pero también fuerza y seguridad, hasta el punto de parecer una contradicción. Y la dignidad que no otorga la nobleza, sino el carácter.

La acarició con los ojos.

Esa mujer era un sueño.

Un haz de luz de luna atravesaba el vidrio del ventanal y fluía por la estancia hasta lamer sus cabellos. En ellos, también bailaba la luz suave de las velas. La vio con los pies descalzos sobre el frío suelo y tan solo vestida con una túnica bordada, de un blanco marfil. El fino tejido, seguramente traído de tierras lejanas, dejaba entrever su silueta, pequeña pero esbelta, ciñéndose con ligereza a sus suaves curvas.

Oh, sus cuerpos se rozaban, no podía seguir ignorando el calor que desprendía el de ella. Y seguramente su esposa también era muy consciente de su torso desnudo a un aliento de distancia del suyo.

La larga melena dorada formaba amplios bucles tras su espalda y dos mechones caían sobre los hombros, cubriendo la zona de sus senos. Los acarició tomándolos en sus manos. Siguió con los dedos el recorrido de la hebra, hasta llegar a su fin, sobre el voluptuoso pecho. Lo rozó con los nudillos fingiendo descuido y el pezón se endureció bajo la tela.

La boca de Ethan se entreabrió al ver lo que había provocado.

Buscó la mirada de su esposa para asegurarse de que había en ellos deseo. No pudo hallarlo, pues ella esquivó su mirada.

Quiso hablarle, y desplegó los labios para hacerlo, aunque ni una sola palabra escapó de ellos. Tampoco sabría qué decirle.

Fue ella quien tomó las riendas de la situación. De una forma que él no habría esperado.

Sus manos se dirigieron hacia el lazo de seda que le sujetaba la túnica en el cuello y sus dedos largos y elegantes lo fueron desatando poco a poco hasta abrir el escote.

Se le secó la boca cuando la suave tela abierta en el pecho se deslizó por sus hombros hasta caer al suelo en un suave murmullo.

Quedó desnuda frente a él.

Ethan abrió la boca, pero al estar seguro de que, en lugar de palabras, saldrían de allí erráticos balbuceos, se lo pensó mejor.

En ese rostro seguía sin poder leer el miedo, aunque sí había rubor. Un rubor encantador.

Entonces, la escuchó hablar, en un tono suave, seguro y lleno de responsabilidad.

—Tomadme, mi señor. Aquí me tenéis, a vuestra merced, para consumar el matrimonio.

Mmmm… Ethan soltó un gruñido.

Demasiado bien dispuesta.

—¿Qué estáis tramando, mi señora?

Los ojos de Isolda se elevaron hasta encontrar los de Ethan.

—¿Creéis que tramo algo? —preguntó, con un tono que no dejaba dudas de que la había ofendido—. Solo intento hacer lo que se espera de mí.

—¿Y eso es?

Lo miró, todavía más furiosa.

—Entregarme a vos sin rechistar —resopló furiosa—. ¿Acaso queréis que me resista? Oh, ¿sois de esos?

—¡Isolda! —Ahora el que se ofendió fue él.

Maldición, con lo bien que había empezado ese juego.

Ethan sintió un fuerte tirón en la ingle, al volver a contemplarla desnuda.

Respiró con fuerza y su aroma le inundó las fosas nasales.

Dios, iba a ser un verdadero tormento comportarse como todo un caballero.

Ninguno de los dos se movió hasta que Isolda se cubrió los pechos con los brazos. Empezó a tiritar.

—¿Y bien? ¿Vais a tomarme o no?

—Maldición, muchacha.

Ella gritó cuando sintió cómo su cuerpo se elevaba, ingrávido.

Era pequeña, pesaba menos que una pluma, a cada paso que daba su larga melena dorada flotaba, siguiéndolos, y sus ojos de musgo lo miraban muy abiertos, como los de un cervatillo que no sabe si siente curiosidad o está aterrado.

Isolda no quería apartar la mirada de la suya, a pesar de que sabía que sus mejillas estaban sonrosadas, y sus labios hinchados y rojos, como las fresas maduras.

La soltó sobre la cama y al hacerlo no pudo contener un pequeño gritito y al abrir los ojos, lo vio junto a la cama. Sin miramientos, la tapó con una manta.

Isolda se incorporó sobre los codos.

—¿Entonces ya está? —preguntó, confusa.

Ethan rio sin humor.

Solo la había cubierto al pensar que tenía frío.

—No. —Se inclinó sobre ella. Su cabeza estaba sobre la suya, tan cerca que podía ver las motas oscuras en sus ojos azules—. Ni siquiera he empezado.

Isolda tragó saliva y lo observó por un largo instante.

Su piel era dorada y sobre ella bailaban las llamas de la chimenea.

Hombros anchos, brazos musculosos, capaces de manejar armas pesadas y alzarla en volandas con extrema delicadeza. Su pecho era imponente y el vello rubio lo cubría, dibujando una línea que nacía en el esternón y cruzaba en vertical el centro de las perfectas crestas de sus abdominales y…

Y más abajo…

Gimió, al atreverse a mirar, e imaginarse su enhiesto miembro, orgulloso y palpitante.

Ethan, lejos de colocarse sobre ella para cubrirla, como le pedía su instinto más primario, se separó unos pasos de la cama y la observó, intentando ocultar su devoción.

Al mismo tiempo, empezó a desnudarse ante la inocente mirada de su esposa, atento a todas y cada una de las reacciones de su cara y de su cuerpo.

Las percibió enseguida. Sus mejillas se tornaron aún más rojas cuando se desató los pantalones. La vio morderse el labio inferior y apretar los puños sobre las mantas a medida que él se iba descalzando. Finalmente, le arrancó un suspiro cuando se deshizo de los pantalones.

Isolda contuvo la respiración al ver el cuerpo de Ethan, completamente desnudo.

Ni siquiera Gwyneth le había explicado que, al verlo, hinchado y erguido, se sentiría… presa de una gran excitación y, al mismo tiempo, infinitamente deseada.

Lo vio acercarse, colocar las rodillas sobre la cama y gatear hacia ella hasta cubrirla por completo.

La miró con fijeza y así se quedó mientras una mano agarró la manta y tiró de ella, poco a poco, hasta revelar el cuerpo desnudo de Isolda, dejando que ella sintiera el calor de la piel ardiente de su pecho sobre sus pezones inhiestos.

La vio apretar los labios y respirar superficialmente.

Ethan descendió por su cuerpo con los ojos y la acarició con la mirada. Su piel era blanca como la luna, sus pechos eran pequeños y estaban coronados por aureolas rosadas. Los pezones estaban erectos, no podía saber si se trataba de excitación, o frío. Le

acarició el costado con una mano abierta y no pudo resistirse a tomar uno de sus pechos y sentir la protuberancia bajo su palma.

Gimieron al unísono, y se miraron a los ojos. Al instante, ambos apartaron la mirada, como si la vergüenza hubiera hecho acto de presencia.

Pero Ethan no se detuvo.

Siguió bajando por la estrecha cintura, descubriendo el encantador ombligo hasta llegar a su monte de Venus, adornado con rizos del mismo tono que su melena.

Siguió sin decir nada. Ella gimió y Ethan, sin dar crédito, sintió cómo se abría para él.

No dejó pasar la oportunidad de acomodarse entre sus piernas, aunque todavía llevara los pantalones puestos.

Isolda tragó saliva, nerviosa por su silencio. ¿Y si no le gustaba lo que estaba viendo? ¿Y si para él tomarla era un sacrificio, tal y como lo era para ella?

Bueno… un sacrificio… No, no era un sacrificio. ¡Maldita fuera ella! Y maldito él, con esos labios y esas manos que sabían dónde tocar para que su mente dejara de pensar.

Isolda alzó la barbilla, un signo inequívoco de orgullo con el que intentó tapar sus temores e inseguridades.

La expresión de su esposo era… extraña. No mostraba ninguna emoción. No sabía si estaba disgustado, enfadado… o si realmente le desagradaba lo que estaba viendo.

Cuando al fin se movió, fue para inclinarse un poco más sobre ella. Para encajar sus caderas entre las suyas y besarle el cuello antes de dejar un reguero por este, hasta alcanzar la barbilla y finalmente su boca.

La besó con ternura y ella gimió contra sus labios.

Entonces, el beso se tornó urgente y sus manos encallecidas por las innumerables batallas, acariciaron sus piernas desnudas, instándola a rodear su cintura con ellas.

Isolda gimió contra su boca, por el deseo y la loca pulsión que sentía entre sus piernas.

Cerró los ojos y olvidó todos y cada uno de los motivos por los que estaba en aquella alcoba, desnuda, bajo ese hombre. Y se concentró en sentir, lo que fuera, lo que pudiera. Todo.

—Ethan…

Él gimió enardecido, pujando con sus caderas, restregándose contra ella y maldiciendo la tela que quedaba todavía entre sus cuerpos.

Ethan no era capaz de dominar los latidos de su corazón.

Era tan perfecta y delicada, que daba miedo hasta tocarla.

Solo lo hizo cuando ella correspondió al beso, saliendo a su encuentro con la lengua, gimiendo contra su boca. Alzó los brazos para rodearle el cuello y atraerlo hacia sí, obligándolo a suspirar contra sus labios. Las manos de Ethan cobraron vida y le acariciaron los pechos con ternura al principio y con lujuria después.

Movió una vez más sus caderas, haciendo que ella sintiera la envergadura de su miembro. Estaba dispuesto, estaba a punto de perder el control. En ese momento, supo que, si no le ponía remedio, se derramaría en ese mismo instante.

Con toda la fuerza de voluntad que logró reunir, separó la boca de la suya.

Debía detenerse, ser más considerado con… esa mujer.

En la cama, bajo su cuerpo, piel con piel, dejaba de ser Isolda, la hija de su enemigo y volvía a ser Claire, la dulce muchacha de las cocinas, intrépida e inocente, la que temía a las ranas y se bañaba desnuda en el riachuelo. La que recogía hierbas medicinales y recorría, sin temor, el oscuro y solitario bosque. La que nada tenía que ver con disputas, asedios y asesinatos.

Solo era Claire, su Claire. Un ser mágico, su pequeña hada.

La rodeó con los brazos, con las manos acarició sus cabellos, su rostro y el delicado cuello de cisne. Recorrió con los dedos la línea de su clavícula hasta llegar al delicado seno, pequeño y coronado por un duro pezón. Al pellizcarlo, la oyó gemir contra su boca y él bebió de ese sonido maravilloso como un sediento. Después, fue bajando con los labios el camino recorrido anteriormente por sus manos. En un primer momento Isolda protestó, pero poco después empezó a recorrer su fuerte espalda hasta cerrar los puños en su melena, tirando ligeramente de ella, volviéndolo loco de deseo.

En ese momento, sintió algo tan delicioso que la obligó a ronronear como una gata. Porque la lengua de su esposo acariciaba su pezón derecho y con la otra mano le pellizcaba el izquierdo. Después, sus labios succionaron el otro seno con delicadeza, para después lamerlo, en una dulce tortura.

Isolda no pudo evitar gemir con fuerza.

No comprendía qué le estaba pasando a su cuerpo, solo sabía que no quería que Ethan se detuviese. Notaba el propio pulso bombear entre sus muslos, creándole una necesidad que, aunque sintió ligeramente en el primer beso, en esos momentos era tan urgente que no sabía de qué manera aliviar.

El desconcierto fue aún mayor cuando la boca masculina abandonó sus senos para navegar por su vientre, mientras con las manos recorría sus costados, se colocaban en sus caderas y, sin que entendiese por qué, le abrían las piernas.

—Déjame ver si estás preparada —le dijo, con voz ronca.

—¿Qué? —preguntó, sin saber a qué se refería.

Sin dejar de mirarla a los ojos, la mano de Ethan descendió hasta la unión de sus muslos y gimió al comprobar su humedad.

Entonces, llegó la confusión. Aunque esta quedó absolutamente eclipsada en el momento en que él, con dedos hábiles, se abrió camino hacia su sexo, separando los labios inferiores para acariciar el lugar exacto, donde la necesidad y el placer luchaban por romperse.

Se detuvo unos instantes para observar el rostro femenino y lo que vio lo excitó aún más.

Era el ser más divino que había tenido el honor de observar jamás. Sus cabellos estaban deliciosamente revueltos, con algunos mechones frente a un rostro que expresaba desconcierto y placer. La inocencia y el rubor dominaban todas sus expresiones. Tenía los labios entreabiertos, los pómulos encendidos y su respiración era entrecortada, haciendo que sus divinos pechos temblaran. Su

deleitoso cuerpo vibraba también, como la cuerda de un laúd que hace resonar una apasionada y excitante melodía.

Siguió acariciándola, obsesionado con darle el mayor goce posible y ella abrió mucho los ojos cuando se inclinó sobre su sexo y lo lamió, lentamente.

Isolda echó la cabeza hacia atrás y empezó a moverse al ritmo de la lengua de Ethan. Se preguntaba qué era y por qué le estaba haciendo eso, al mismo tiempo que no quería que parara.

Pero algo sucedió, que la obligó a gritar.

Una fuerte oleada de placer exquisito recorrió su cuerpo, como una marea que cubre la arena de la playa en plenilunio, o un fuego que no quema. Algo que cuando finalmente estalló, fue como una caída al abismo donde, en lugar de despeñarse, la posó en el fondo, con suavidad.

En el momento que Ethan alzó la mirada, Isolda pudo ver la victoria en sus ojos. Sin poder moverse, vio cómo él regresaba, reptando por su piel, hasta colocarse de nuevo sobre ella. Colocó las manos a cada lado de su rostro y siguió mirándola a los ojos.

—Veo que te ha gustado —dijo, muy pagado de sí mismo.

Isolda tragó saliva antes de responder.

—*Lady* Gwyneth no me explicó que… —tuvo que callar, porque no sabía exactamente qué era lo que le acababa de suceder a su cuerpo. Solo sabía una cosa, que lo había provocado él.

—¿El qué? —le preguntó, sonriendo como un rufián.

Isolda abrió la boca para decir algo, pero él no se lo permitió y la acalló con un beso largo y sensual.

Mientras su lengua exploraba la dulce boca de su esposa, su cuerpo se fue abriendo camino entre sus muslos y guio a su miembro hasta la húmeda apertura.

Ella notó el peso y la fricción de esa… de su virilidad.

—Espera… —suplicó.

Ethan seguía mirándola a los ojos cuando ella puso ambas manos sobre sus hombros para empujarle. Guio su miembro hasta la hendidura y presionó.

—Espera. —Isolda soltó otro jadeo cuando sintió la presión, cuando comprendió la importancia de su tamaño. Ahora entendía por qué iba a doler—. Oh, Señor… Ah.

Ethan empujó un poco más, sin dejar de mirarla a los ojos. De pronto se apartó ligeramente para volver a intentarlo. Isolda gritó y lo abrazó con brazos y piernas.

Con los dientes apretados, Ethan hundió la cabeza en su cuello y empujó una vez más. La notó tensarse hasta que por fin se apoderó de su boca.

Ethan la devoró mientras se restregaba contra ella, sin entrar, pero haciendo que sintiera cuan largo era. Tocó su punto sensible, varias veces con la punta de su miembro y ella se retorció más y más.

—Ethan. —Siguió besándolo después de pronunciar su nombre y él la miró apartándose para tomar aliento.

—Respira hondo. Todo irá bien. Ábrete para mí. —Movió las caderas y notó cómo ella se abría—. Un poco más.

Ella colocó las pequeñas manos sobre sus nalgas y abrió las piernas todo lo que pudo. Apretó y lo empujó hacia sí.

Ethan abrió mucho los ojos.

—¿Qué haces, mujer?

Isolda sintió tanta sangre acumulada en sus mejillas, que temió desmayarse de la vergüenza.

—No me llames mujer, soy tu esposa —le recriminó, tras reponerse—. Hago lo que se espera de mí, que es animarte a… —Hizo una breve pausa durante la cual su rostro expresó una extraña mueca, pues no sabía cómo explicarse.

Gwyneth le había explicado que si animaba a su esposo, a veces el suplicio se terminaba enseguida, de ahí que se hubiera desnudado con rapidez. Esa idea se quedó en su mente, pero ahora, después de probar lo que él tenía para ella…

—No lo sé —dijo Isolda, febril.

—¿Qué no sabes? —Él sintió una profunda ternura al ver sus ojos abiertos e inocentes.

—No sé si animarte para que termines pronto. Creo que esto me gusta.

Se le calentó aún más la cara, al ver el desconcierto en los ojos de su esposo.

Pensó que se reiría de ella porque lo más seguro es que hubiese dicho una estupidez. Él no solo no se mofó, sino que acercó los labios a los suyos y la besó con una pasión desmedida.

Era tan inocente, tan cándida. Tan dulce…

Sus cuerpos se agitaron, sus caderas se movieron buscando algo que él sabía y que ella aún desconocía.

—Oh, Isolda.

Ella gimió hondamente al notar la presión sobre su zona más sensible y él acarició sus mejillas con los pulgares, para relajarla.

—Te dolerá un poco, y créeme que lo lamento.

Isolda no entendía nada. ¿Cómo podría ser doloroso el acto, después del placer que acababa de experimentar? De hecho, la urgencia había regresado y lo único que deseaba era seguir danzando con él el baile más antiguo del mundo.

—Voy a abrirme paso dentro de ti, ¿de acuerdo?

—Hazlo. —Ella asintió, confiada.

Pero la presión se fue tornando dolorosa a medida que él iba abriéndose camino entre su carne. La sintió temblar y pudo ver cómo sus ojos se abrían, por la sorpresa.

—No te muevas, o te dolerá más —susurró, intentando controlar su propia pasión.

Isolda asintió con la cabeza y él la penetró levemente.

Volvió a empujar, deseo y ternura se entremezclaron. Un empuje más y…

—¡Ethan!

Cuando estuvo totalmente dentro de ella, la escuchó gemir profundamente y la vibración de su voz llegó a las cálidas paredes de su sexo, provocándole un indescriptible placer.

Entró en ella por completo, de forma brusca después de abrirse paso poco a poco. Isolda lo agarró por las caderas y boquiabierta, y con la mirada llena de asombro, le pidió que parara.

Él le sonrió y la ignoró.

Isolda pensó que lo hacía para castigarla hasta que se dio cuenta de que después del dolor las sensaciones no eran desagradables. Ethan no paraba, simplemente porque no quería parar, y que Dios la perdonara, pero ella tampoco quería que lo hiciera.

—Ábrete más a mí —dijo, agarrándola por detrás de la rodilla y subiendo su pierna para que fuera más accesible.

—De… de acuerdo —jadeó contra la boca de él—. No pares… Ah, no pares.

—Nunca.

Se zambulló en ella.

Retrocedió, y volvió a entrar.

Isolda sentía dolor, pero el placer que era tener a Ethan moviéndose dentro de ella, parecía hacerlo desaparecer por momentos, aunque de súbito regresaba, y la obligaba a tensarse como la cuerda de un arco.

—Oh, Señor… —Isolda se retorció. No era solo dolor. No, no. Era placer.

Le besaba los labios, la nariz y las mejillas. La miraba a los ojos y sus iris guardaban un brillo que jamás había visto antes en

ellos. ¿Era ternura, placer, o había algo más?

—Yo… Quiero que…

Isolda no sabía cómo explicarse. Necesitaba decirle que quería volver a sentir lo de antes, pero no sabía ni de qué estaba hablando.

Sin embargó, él sí comprendió qué quería decirle y empezó a moverse un poco más rápido, mientras repartía besos y caricias por su rostro.

—Oh, sí —gimió ella, retorciéndose al sentir que el nudo en su vientre volvía a crecer—. Sí, eso… yo… lo quiero.

Poco a poco, el dolor fue menguando hasta acabar siendo dominado por la urgencia.

Los envites de Ethan se volvieron más vigorosos. Su esposa era maravillosa, movía las caderas y buscaba su propio goce, haciendo que él se excitara aún más con solo mirarla.

—Aaaah… —gimió—. Por… por favor.

—Dime —jadeó él, contra su oído—, dime qué deseas… y te lo daré.

—¡M… más rápido, aaaah!

—No quiero hacerte daño.

—¡Por favor! ¡Más rápido!

Hizo lo que ella le pidió. Bombeó con rapidez, mientras su esposa se contorsionaba debajo de su cuerpo, como una sensual bailarina que se esfuerza en acompasarse con su pareja.

Hasta que lo sintió, nuevamente.

Isolda abrió mucho los ojos, y de sus labios escapó un hondo gemido que desembocó en un grito. En ese instante, las paredes de su sexo se contrajeron y lo envolvieron con una presión demasiado poderosa como para ser ignorada.

Isolda bajó las manos hasta sus nalgas y le clavó las uñas, apretándolo más hacia sí, abriéndose más para él. Recogiendo su esencia, haciéndolo suyo y de nadie más.

Absolutamente rendido, Ethan se vació en su interior, con un grito ronco que ella acompañó con uno agudo.

Se meció con más fuerza, marcándola, haciéndola suya, compartiendo ese instante, al tiempo que se miraban a los ojos.

En ese instante mágico, no hubo mentiras. Ni odio. Ni dolor. Ni vergüenza. Solo una palabra: verdad.

Los cuerpos, cálidos y sudorosos, temblaron. Ambos estaban confusos, intentando entender sus propias emociones.

Ethan se dio la vuelta sobre sí mismo. Quedó tumbado boca arriba, con el corazón latiendo cual tambor. Era como si lo que

acababa de suceder entre ambos lo borrase absolutamente todo. Era como si los dos hubiesen dejado atrás todo lo malo que había en derredor, para dar paso a una existencia donde únicamente ellos importaban.

Y, al voltear el rostro y mirarla a los ojos, lo supo.

Supo que daría lo que fuera para que no existieran fantasmas entre los dos. Para volver a entregarse con aquella pasión, una y mil veces.

Capítulo 17

Se despertó con un rayo de sol lamiendo su rostro.

Parpadeó poco a poco, tras las pestañas podía ver una claridad rojiza, pero al desplegar los párpados la luz la cegó por unos instantes. Cuando se le acostumbró la vista, se desperezó, estirando brazos y piernas y bostezó de forma poco elegante.

Por unos momentos se sintió en paz, las sábanas la abrazaban. No pensó en nada, su mente permanecía en blanco, hasta que notó que, de pronto, se le aceleró el corazón.

Ahí estaba de regreso esa verdad irrefutable. Era la primera vez que despertaba siendo la esposa de Ethan Stewart.

Todo su mundo había cambiado, era como si se hubiese precipitado hacia un abismo del cual no sabía con qué se encontraría al llegar abajo, pero que mientras lo surcara, la incertidumbre no cesaría.

Sintió el roce de las mantas que tan suavemente la arropaban y se dio cuenta de que estaba desnuda. Se ruborizó.

Ladeó la cabeza hacia su izquierda y vio que, al lado de la cama donde había yacido su esposo, estaba su camisola, perfectamente doblada.

Y sobre ella… una hermosa rosa roja.

—Pero... ¿qué? —jadeó, incorporándose de súbito.

Cogió la rosa y la miró como si fuera un objeto extraño, exótico. Entrecerró los ojos y se la llevó a la nariz para aspirar su aroma.

Suspiró.

¿Ethan la había dejado para ella? ¿Por qué?

Eran enemigos y se odiaban… Por muchas rosas que le regalase, no cambiaría los hechos sucedidos entre ambos.

Tragó saliva al sentir un nudo en la garganta. Lo ocurrido entre ambos la noche anterior asaltaba su cabeza con imágenes y sensaciones que aún podía sentir en su cuerpo. Apretó los muslos y gimió de nuevo, hasta finalmente reprenderse.

—Sal de la cama, Isolda —murmuró—, y deja de regodearte en el pecado.

Saco las largas piernas de debajo de las mantas y apoyó finalmente los pies en el suelo.

Se vistió con rapidez, sin esperar a Emma y caminó hasta la ventana, desde donde se escuchaban el entrechocar de las espadas. Por un momento, pensó en lo peor, pero finalmente fue consciente de que su esposo había empezado los entrenamientos de la mañana con sus hombres, tal como hasta ahora había hecho *sir* Talbot.

Abajo, en el patio de armas, estaban los soldados practicando la lucha. Pudo ver a su marido combatir, mientras su hombre de confianza, Ross Archibald, alto y moreno, con una horrenda cicatriz en la cara y expresión de pocos amigos, observaba la lucha y, a veces, le daba indicaciones al que peleaba con su señor.

Isolda se fijó en el contrincante. Era muy fuerte, corpulento pero pesado, y recibía con precisión los embates de Ethan, aunque tenía que reconocer que el nuevo señor de Dunmore se movía con la agilidad de un gato y la fiereza de un león.

Suspiró, mientras se ajustaba un sencillo chal de lana sobre los hombros.

Ethan era muy apuesto, y ahora ya sabía qué se escondía bajo esas ropas de guerrero. Un cuerpo cálido, que olía a sándalo y a lavanda y que era capaz de proporcionarle un placer exquisito, un goce que jamás pensó que sentiría.

Basta, se dijo a sí misma.

El combate terminó y vio cómo le entregaba la espada a Ross Archibald, el hombre de la horrenda cicatriz. Parpadeó al observar de nuevo a su esposo. Anchos hombros, muslos gruesos… Se quedó de piedra cuando Ethan alzó la cabeza hacia arriba y sus ojos azules se toparon con los suyos.

La saludó, cortés, al tiempo que sonreía con un movimiento de cabeza y ella, inmediatamente refunfuñó y se apartó de la ventana.

En ese preciso instante se abrió la puerta y entró Gwyneth.

—Isolda —exclamó, y casi se le cayó la bandeja con el desayuno—, ¿qué hacéis descalza y con este frío?

—No exageres, no hace frío. —La miró entrar y vio cómo colocaba la bandeja sobre una mesa.

—¿Tienes calor? ¿Estás enferma? —se preocupó—. Pareces ruborizada.

Isolda se llevó las manos a las mejillas y las notó calientes.

No, no estaba enferma, era su maldito marido que la había sofocado con esa mirada…

—Estoy bien. ¿Quién ha abierto así las contraventanas? —le preguntó y Gwyneth se encogió de hombros—. ¿Y por qué realizas el trabajo de Emma?

—Puedo servirte. Solo tengo gratitud para tu familia. Vuestro padre me acogió cuando… —Su rostro se ensombreció.

No quiso decirle que, tras la muerte de su esposo, su familia la repudió. Era demasiado doloroso y todavía sentía cómo se le estrechaba el corazón al pensar en todo lo que tuvo que pasar en su juventud. Si no hubiese sido por los Beaumont… a saber qué habría sido de ella.

—Gwyneth, no eres mi doncella, pero agradezco mucho tu compañía.

Hizo una mueca, restándole importancia.

—Sé que es casi mediodía —se excusó ella—, pero no quería molestaros después de vuestra noche de bodas. Pensé que seguramente estaríais cansada. Y hambrienta —añadió, al ver cómo Isolda se acercaba a la bandeja para tomar un trozo de pan recién horneado.

—Tengo tanta hambre que me comería un jabalí —dijo, con la boca llena.

Gwyneth sonrió, complacida.

—Ya lo imaginaba —dijo—. Por eso, además del pan, he traído unos pastelillos de carne y un vaso de leche.

—No tendrías que haberte molestado. Estaba a punto de bajar a las cocinas y asaltar la despensa, pero te lo agradezco. No me apetece encontrarme con...

Con nadie que tenga que ver con Ethan Stewart.

—Hablando de estúpidos escoceses maleducados... —empezó a decir Gwyneth. Algo que sorprendió a Isolda, pues era siempre tan comedida… La dama miró a un lado y a otro, para asegurarse de que nadie las fuera a escuchar—. Son como animales.

—¿Lo dices por alguien en particular?

Gwyneth miraba por la ventana e Isolda se sumó a ella. Vio que prestaba especial interés por el hombre de la cicatriz en la cara.

—¿Ross Archibald? —Isolda alzó la ceja izquierda.

Gwyneth gruñó ante el pasmo de Isolda.

¿Desde cuándo la mujer más elegante que conocía, mostraba sus emociones? Gwyneth siempre las ocultaba y más si eran negativas.

Observó que permanecía con la mirada fija en Ross.

—Ese hombre parece que siempre está con vuestro esposo. Lo sigue a todas partes, como si fuera su sombra. Es insufrible…

Isolda no pudo controlar una mueca. Retrocedió un paso y parpadeó confusa.

—Oh, no… no estás bien, Gwyneth.

La mujer la miró con fijeza.

—Por… ¿por qué lo decís?

—No me hables como si fuera una desconocida, deja la formalidad. ¿Qué sucede con Archibald, te ha hecho algo?

—No, nada. —Se puso tensa, para después negar con la cabeza—. Es que me molesta tener que verlo por todas partes, eso es todo.

—Es el hombre de confianza de mi esposo.

Y apenas llevaba dos días allí.

Gwyneth miró hacia el techo y se mordió el labio inferior, como si lo que fuera a decir a continuación le costara.

—Pues, al parecer… está herido.

—¡Oh! —Se llevó el dedo índice a los labios—. Es por eso por lo que no estaba practicando con la espada.

—No podrá hacerlo por algún tiempo, Isolda. Tiene una herida terrible en el hombro.

—¿Cómo lo sabes?

—Esta mañana ha irrumpido en las cocinas, exigiendo miel para cicatrizar el corte. No ha permitido que nadie le atendiese y no ha hecho otra cosa más que desordenarlo todo. Ha tirado los

cacharros al suelo, le ha gritado a la cocinera... y..., bueno, finalmente Lora lo ha puesto en su sitio.

Isolda frunció el ceño.

—¿Lora?

Isolda sonrió. Lora siempre era amable y delicada, no obstante, al parecer tenía su carácter. Debía agradecerle que se hubiera quedado a velarla la noche en que su padre murió.

—Por extraño que parezca, esa mujer parece despertar el respeto de los escoceses.

Isolda asintió.

—De todo el mundo, si he de ser sincera.

—Con lo amable y tímida que es, quién diría que puede poner en su sitio al guerrero más fiero.

Isolda quedó pensativa.

—No es tan raro, cierto que es afable y cordial, pero como todos nosotros estará nerviosa por… el nuevo desorden en Dunmore —se enfurruñó de nuevo.

Isolda se apoyó contra el marco de la ventana y de puntillas echó otro vistazo a su marido. Por suerte, esta vez no se dio cuenta de que lo estaba espiando.

—De eso quería hablarte —dijo Gwyneth.

—¿De qué? —Isolda la miró desconcertada.

—Del nuevo desorden —suspiró la dama—. Es imperativo que alguien ponga algo de orden aquí. Los salvajes no hacen otra cosa más que comportarse como animales.

—Hablaré con Ethan al respecto.

—Todos os lo agradeceremos sinceramente —dijo Gwyneth, con alivio.

—Y haré algo más —añadió—. ¿Cuántos heridos hay?

—Lo cierto es que muchos menos de lo que hubiera imaginado. Nos salvasteis al…

—¿Rendirme?

—Al sacrificaros por nosotros —le dijo Gwyneth, con afecto.

Isolda se ruborizó levemente. No quería pensar que el sacrificio había sido menor de lo esperado.

—Dile a Emma que mande preparar en las cocinas varias ollas con agua hirviendo y que prepare todos los remedios del herbolario.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó, confusa.

Isolda sonrió.

—Usar mis mejores armas para poner a esos terribles y sanguinarios escoceses de nuestra parte.

***

Isolda se alzó las faldas del vestido y salió al exterior. Cuando pasó por el patio de armas, buscó a su esposo con la mirada.

Al fin dio con él, estaba mirando a dos de sus hombres, uno de ellos luchaba contra el hijo del herrero, un muchacho poco diestro, cuyo padre llevaba años sirviendo a lord Beaumont y que, en esos momentos, soportaba como buenamente podía las mofas de los escoceses.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Acaso quería que sus hombres se enemistaran todavía más?

Indignada, se alzó de nuevo las faldas y sorteó los pequeños charcos que perduraban de la llovizna de anoche. Estaba lista para irrumpir en mitad del entrenamiento.

Cuando los soldados vieron que atravesaba el patio, directa hacia su esposo, todos se detuvieron. Ethan se tensó y centró toda la atención en su esposa.

—¿Quiénes de vosotros tenéis alguna herida que deba ser tratada? —preguntó, y todos giraron sus cabezas hacia Ethan, quien enarcó una ceja como si esperara que alguien contestara sin tener que intervenir.

No querían faltarle el respeto, riéndose de su esposa, pero en sus caras bailaban las sonrisas.

Ethan gruñó, ¿qué pasaba por la cabecita de Isolda?

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó, fingiéndose severo al acercarse a ella.

—Ocuparme de mi gente.

Él la miró entre desconcertado y enfadado.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—¿Qué crees que quiero decir? —preguntó, poniendo los brazos en jarras.

—No son tu ge... —Ante la ceja alzada de Isolda, Ethan calló y se corrigió—. Mis guerreros no son asunto tuyo, y no puedes irrumpir aquí durante los entrenamientos.

—Ah, ¿no puedo? —se fingió inocente. Al ver que su esposo alzaba una ceja, ella se puso muy seria—. Sigo siendo la señora de Dunmore y puedo y haré lo que crea conveniente —le aclaró, en voz alta, para que todos la escucharan bien—. Y hoy voy a ocuparme de mi gente.

Los miró a todos y cada uno de ellos, buscando una réplica que nadie se atrevió a mencionar.

Ethan alzó las cejas y les hizo una señal disimulada para que todos obedecieran a su esposa.

—Sí, señora —dijeron varios guerreros.

—Bien. —Isolda se sorprendió más de lo que quería admitir por aquella repentina buena predisposición—. Hasta que yo lo decida, se acabaron los entrenamientos. Primero deberán ser todos revisados y curados si es preciso.

Los hombres refunfuñaron y miraron a su señor, esperando que intercediera.

—¡Isolda! —siseó.

—¿Sí, esposo?

Deseaba complacerla, y más cuando lo llamaba así, pero no podía permitir que anulara sus órdenes frente a los hombres.

—No necesitan... —No continuó, pues la voz de Ross lo interrumpió.

—Ese de ahí —señaló a Ross—, tiene una herida en el brazo. El pelirrojo grandullón, otra aún más fea en la pierna.

—No es neces…

—Y ese de ahí —señaló a un joven con un golpe en la cabeza —, mañana tendrá fiebre si no se cauteriza esa herida de la frente.

—¡Isolda!

—¿Vas a esperar a que vayan cayendo como moscas por la falta de cuidados? ¿Cuántas noches pasarás sin dormir para atenderlos, cuando eso suceda?

Ethan no respondió, pero la miró con rabia contenida.

Se inclinó sobre ella e Isolda pudo notar el cálido aliento en su cuello.

—¿Me estás sermoneando?

Ella titubeó.

—Bueno…

—¿Frente a mis hombres?

Negó con la cabeza.

—No hago eso.

—Bien, por un momento…

—Te equivocas, solo quiero ayudar. —Le sonrió. No supo muy bien cuál fue el motivo, ni por qué a él pareció afectarle tanto, pero cuando se incorporó dio la orden de que todos los hombres fueran atendidos.

Isolda agachó la cabeza para que no se le viera su expresión de triunfo.

—Id de inmediato a la capilla y esperad de forma civilizada a ser atendidos. —Vio cómo su esposa asentía complacida ante sus

palabras.

Cuando Ross soltó una carcajada burlándose de Ethan, Isolda lo fulminó con la mirada.

—Y tú —dijo Isolda, mirando a Ross—, no vuelvas a gritarle a la señora Woods. Es más, prohíbo a cualquiera de vosotros que molestéis a ninguna de las doncellas y por supuesto, no podéis entrar en las cocinas. ¿Ha quedado claro?

Todos se miraron unos a otros, y después las miradas se centraron en Ethan, que solo pudo gruñir.

Isolda repitió, esta vez mirando a su esposo.

—¿Ha quedado claro, mi señor?

—Cristalino —dijo, en voz baja.

—Bien. Y ahora, dejad lo que estáis haciendo y seguidme.

Cuando la señora se marchó, Ross miró a Ethan con una sonrisa bailando en los labios.

—No digas ni una palabra —le advirtió.

Capítulo 18

Isolda llevaba horas en la capilla que el padre Marcus había convertido en un asilo momentáneo para aquellos que sufrían. Y más concretamente para los heridos en la batalla. Por suerte, las bajas fueron pocas, pero hubiera sido mejor que estas fuesen ninguna. Pero para sorpresa de Isolda, muchos eran los que habían aceptado sin rechistar el nuevo mando de Ethan Stewart. Aquello la llevaba a entender que era relativamente fácil cambiar de señor, o quizás a comprender que los Stewart habían sido mucho más queridos que su propio padre.

Isolda terminó de anudar el vendaje.

—Mantenedlo limpio —le dijo al hombre que inclinó la cabeza a modo de agradecimiento.

—Sí, mi señora.

Fue una larga mañana. Los soldados hacían cola mientras Isolda limpiaba, curaba y colocaba vendas y emplastos.

Gwyneth la ayudaba en silencio mientras las mujeres de las cocinas apartaban el agua hirviendo que se llevaría a la capilla, de aquella que serviría para hacer la comida. Isolda estuvo complacida de que todas las muchachas colaboraran para poder vaciar la capilla cuanto antes, para así el padre Marcus poder recuperar su lugar sagrado cuanto antes. Le traían todo lo que ella les pedía según fuera necesitándolo, así como hierbas medicinales que guardaban en las despensas, miel y alcohol para que los hombres aguantaran el dolor sin protestar cuando intentaba limpiarle las heridas.

Los hombres se comportaron, incluso aquellos que habían defendido la fortaleza durante el asedio y los escoceses que se habían quedado con Ethan en Dunmore, parecían haber aceptado el nuevo orden de las cosas. Hasta a ella parecían mirarla con respeto. Y es que ahora era *lady* Stewart y esta había mostrado su carácter y la admiraban por ello.

Ethan observaba a su esposa, con el hombro apoyado en una de las columnas de la iglesia, la más alejada, en una postura relajada, aunque por dentro no se sentía igual. Su corazón estaba agitado y un calor que era incapaz de describir con palabras, se apoderaba de él.

Debía reconocer que era una maravilla verla trabajar, limpiando heridas y aplicando pomadas y regañando a sus hombres. Sonrió cuando el herrero refunfuñó cabizbajo, aceptando finalmente la reprimenda de Isolda por no haberse tratado una severa quemadura.

Sí, sentía admiración por aquella mujer y también… celos. Sí, los celos lo consumían. Su rostro concentrado en la tarea era aún más hermoso que de costumbre, la forma en que sacaba la lengua y fruncía el ceño, mientras pensaba cómo proceder, lo hacían sonreír sin apenas darse cuenta.

Los largos cabellos de Isolda resplandecían bajo la luz del sol que se colaba por las estrechas ventanas, y la blanca piel de su rostro, parecía el manto de la luna. Solo pensaba en la noche que había pasado entre sus brazos. Se tragó un suspiro, dispuesto a alejar sus pensamientos más pecaminosos estando en un lugar sagrado. No obstante, no pudo dejar de mirarla.

Le sorprendió y agradó al mismo tiempo el respeto con que trataba a sus hombres, siendo severa cuando se requería, y la amabilidad con que ordenaba a las sirvientas, que la atendían en todo lo que precisaba, con absoluta diligencia. Jamás pensó que Isolda fuera tan eficaz a la hora de gobernar una plaza, ni tan

inteligente y versada en medicina. Sin lugar a duda, era una gran dama, su único defecto era…

Ethan frunció el ceño, sorprendido consigo mismo.

Esta vez sí que suspiró, amonestándose a sí mismo por pensar algo que había decidido pasar por alto.

No tenía defectos, Isolda era perfecta. Ni ser la hija del asesino de sus padres, podía convertirla en su enemiga. Lo había decidido esa misma noche. Con lord Beaumont muerto y siendo el señor del castillo, solo debía concentrarse en disfrutar de lo que Dios le había dado. No se olvidaba de Charles Beaumont, su venganza no estaba completa, pero eso ya nada tenía que ver con Isolda.

Como si la hubiera llamado, ella alzó los ojos y ambas miradas se quedaron prendadas, la una a la otra. Él asintió, no para darle permiso para seguir con sus quehaceres, sino para demostrarle de alguna manera que estaba complacido con ella.

Por un momento, Isolda no supo qué hacer, ni qué decir. Pero Ethan estaba demasiado lejos y antes de poder decirle algo, volvió a sumergirse en sus tareas.

—Jamás pensé que vería a mi señora Isolda humillándose así —la voz de Emma sonó suave, como si lo que acabara de decir no fuera un regaño.

Sir Talbot miró a la doncella con extrañeza. Únicamente veía grandeza en lo que estaba haciendo Isolda.

—¿Por qué lo dices?

—¿No lo veis? —jadeó, tapándose la boca con la mano para que Stewart no leyera sus labios, pues estaba justo frente a ellos y en esos momentos los miraba con fijeza—. Curando a esos hombres... después de todo el mal que nos han hecho.

—Esos hombres, ahora también son los nuestros. El señor de esta plaza es un Stewart…

—Qué rápido olvida la gente —dijo Emma.

—Te equivocas. Puede que seas muy joven y llegaras tarde a este lugar, pero aquí jamás se ha olvidado la bondad del antiguo señor, el padre de Ethan. Igual que nadie ha olvidado a su madre.

Emma frunció el ceño.

—Si tan buenos eran, los sirvientes que vivieron aquí en aquella época no deberían haber apoyado tanto a lord Beaumont.

—No les quedaba otra. Al igual que a ti tampoco te queda otra que obedecer a lord Stewart.

Emma alzó el mentón.

—Yo solo obedezco a mi señora.

Sir Talbot rio, viendo cómo la obstinación de aquella chiquilla le traería problemas.

Se encogió finalmente de hombros y le dijo:

—En contra de lo que aseguras, *lady* Isolda está demostrando su valía frente a su esposo y, por lo que veo, a él parece agradarle.

Emma hizo una mueca, y miró a Ethan para comprobar que, ahora que había regresado la mirada a su esposa, sus ojos estaban llenos de admiración y… algo más.

—Está cuidando de los que antes fueron sus enemigos —continuó Talbot—, es cierto, pero ahora son sus hombres, aquellos que le han jurado lealtad.

—Solo por ser la mujer de ese salvaje.

—Por lo que sea —la reprendió Talbot—. Y yo me guardaría de expresar tan alegremente mis opiniones.

Emma bufó en total desacuerdo.

—Jamás serán de los nuestros —se quejó Emma, con los ojos empañados de rabia y desdén—. ¡Son invasores!

—Isolda les ofrece sus cuidados y simpatía a pesar de lo que le ha sido arrebatado y, a cambio, sabe que así obtendrá su lealtad y

con ello, la libertad.

—¿Y os parece bien, *sir*? —preguntó confusa—. Ese… ese cruel de Stewart, asesinó a lord Beaumont. —Se santiguó antes de añadir—: Que el Señor lo tenga en su santa gloria.

Sir Talbot no estaba seguro de ello, pero tampoco sería él quien asegurara que el nuevo señor, que había jurado vengarse, estuviera libre de pecado.

—Tampoco es plato de buen gusto para mí verla atender a quienes han asesinado a los nuestros. Pero así es la guerra, los soldados no escogen contra quién luchar, ni las mujeres a quiénes deben cuidar. Y, por poco que te guste, ya no es una Beaumont, sino una Stewart, los escoceses están en su casa, y su deber como señora de Dunmore es cuidar de los suyos, y ahora, ellos son también los suyos.

Emma no pudo soportar por más tiempo las palabras de *sir* Talbot y se marchó, ofendida.

Cuando la doncella abandonó la capilla, Isolda terminaba de vendar el brazo herido a un muchacho. No tendría más de trece años y sus cabellos eran tan rubios que intuyó que podría ser danés.

Aunque era ya todo un hombre, el brillo de la infancia era aún visible en sus ojos grises y a pesar de que se esforzaba en hacerse el duro, su mirada era triste. Seguro que echaría mucho de menos a su familia y a su hogar.

—Si no te mueves mucho durante estos días, la herida cicatrizará pronto —le dijo, cuando terminó de hacerle el último nudo.

—Gracias, señora.

—No tienes por qué dármelas. —El muchacho asintió, y le devolvió la sonrisa que ella le acababa de dedicar—. ¿Dónde están tus padres? —le preguntó.

—Murieron, mi señora. —Y antes de que *lady* Isolda pudiera compadecerse de él, añadió—: Pero Ethan Stewart me acogió, después de que mi aldea fuera arrasada por un clan enemigo.

—Lo lamento mucho —dijo, sinceramente—. ¿Cómo te llamas?

—Soren.

—Espero que sanes pronto, Soren. Ve mañana a las cocinas a que te cambien los vendajes y si necesitas cualquier otra cosa, pídesela a mis doncellas, o a mí.

—Muchas gracias, señora.

Cuando Soren se hubo apartado, quien apareció ante sus ojos la obligó a parpadear.

Era Ethan, seguía ahí. Pero esta vez ya no estaba apoyado en la columna, sino que avanzaba con pesados pasos hacia ella.

—¿Qué haces aquí? —Parpadeó, todavía sentada en el banco y mirándolo como si fuera un gigante.

Se paró frente a ella y una sutil sonrisa le iluminó el rostro.

—También yo necesito de tus cuidados.

Isolda bufó, y con el gesto, un mechón rubio revoloteó por su rostro.

—Y yo necesito que no me hagas perder el tiempo.

Él se carcajeó y tomó asiento frente a ella, en el lugar donde había estado sentado el muchacho rubio.

—Estoy herido —dijo, sin más.

Isolda frunció el ceño.

—No. No lo estás. —Sabía muy bien que no lo estaba, pues la pasada noche, lo vio desnudo y…

Carraspeó, incómoda al acordarse de cada palmo de su piel bronceada.

Él, sabiendo por qué se sonrojaba, alzó una ceja y una sonrisa burlona bailó en su cara.

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Márchate, Ethan! —Chasqueó la lengua con cierta impaciencia.

Pero él, haciendo oídos sordos, se quitó la sobreveste, después la camisa y, acto seguido, quedó con el torso al descubierto. Isolda tragó saliva al ver el pecho musculoso y bronceado.

Apartó la mirada. Sentía la boca seca y una fuerte presión en el pecho.

—Cúrame, esposa —exigió él, agarrándola por la barbilla, obligándola a mirarlo.

Suspiró molesta, pero no por sus formas, sino porque en verdad estaba herido y ella no se lo había creído.

Así que se puso manos a la obra y lo hizo.

Lo miró, de arriba abajo, y descubrió un rasguño en el hombro izquierdo. Puede que hubiese sangrado, pero en esos momentos la herida estaba bien cerrada.

—Te lo has hecho esta mañana —aseguró, convencida de que la pasada noche esa herida no estaba.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, con una sonrisa de adolescente endiablado.

—Eso no importa —replicó, nerviosa—. No corres ningún peligro, así que cede tu lugar a quienes más lo necesitan. Tras de ti, hay hombres con heridas más graves y estás entorpeciendo mis tareas.

—No, no los hay.

Isolda miró tras de sí, y la larga fila de guerreros que se había formado esa mañana se había dispersado. Sus mejillas se sonrojaron sin saber muy bien por qué. Entreabrió los labios para expulsar un hondo suspiro.

Ethan sonrió y sintió cómo el deseo lo inundaba. Era hermosa, muy hermosa.

—Está bien, te atenderé.

—No esperaba menos de vos, mi dulce esposa.

Sorprendida, Isolda alzó la cabeza y lo miró a los ojos. No estaba enfadada, sino desconcertada. ¿La había llamado dulce esposa?

Arrebolada, tragó saliva y desvió la mirada.

La entrepierna de Ethan se tensó, al recordar cómo esos labios maravillosos habían soltado gemidos de otra índole cuando...

—¿No te han dicho que eres insufrible?

—Insufrible o no, soy tu esposo y exijo que cuides de mí —el tono burlón con que le hablaba, le dejó claro que no estaba enfadado.

—Eres un egoísta. Algún hombre podría necesitar…

—Este castillo está lleno de mujeres que pueden atender a los hombres que lo necesiten. No es necesario que lo hagas tú.

—Pero yo soy la señora…

—Sí, y mi esposa. —Se inclinó más sobre ella hasta atrapar su barbilla—. Y me atenderás a mí primero, siempre.

Isolda guardó silencio, pero solo un instante. No pudo resistirse a replicar.

—Sois un tirano, esposo.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Sí, recordadlo.

—¿Que sois un tirano? —se mofó ella—. No os preocupéis, no lo voy a olvidar.

—No —respondió, poniendo una mano alrededor de su nuca —, lo que no debéis olvidar es que soy vuestro esposo.

No tuvo tiempo de reaccionar, y de haberlo tenido era muy probable que no hubiera querido esquivar aquellos labios que la poseyeron sin esperar permiso y la sometieron sin darle tregua.

Se olvidó de todo. En ese momento, solo pudo saborear la suave y cálida lengua de Ethan, que la acariciaba con estudiada lentitud. Gimió, enardecida, cuando le mordió el labio inferior. Apoyó las palmas de las manos en sus hombros, fuertes, anchos y de piel suave y caliente, porque, a pesar de estar sentada, creyó que caería redonda al suelo.

Cuando él se separó de ella para tomar aire, Isolda recobró la compostura y con las manos aún sobre su piel, lo empujó, para apartarlo.

—Parecéis estar en perfecto estado, así que permitid que continúe con mi labor, y dejad de distraerme.

Ethan, con una sonrisa burlona, le guiñó el ojo. Y no solo no se marchó, sino que la cogió de la mano y se la colocó sobre el pecho.

—Cúrame, esposa.

A Isolda se le descolgó la mandíbula.

Rufián insolente. *¿Por qué tienes que ser tan endiabladamente apuesto?*

Capítulo 19

Los dedos largos y delicados de Isolda acariciaban su piel, mientras curaba su insignificante herida. Ella estaba demasiado cerca y podía sentir su calor y oler el aroma de su pelo, a hierbas silvestres, a corteza de sauce y la misma tierra después de ser mojada por la lluvia. El perfume que usaba la definía a la perfección, era suave, como su piel, y atrevida, como su carácter. Podía notar el aliento cálido, acariciándolo, cuando se inclinó para ponerle un ungüento. Era realmente una tortura tenerla tan cerca y no poder arrancarle el vestido y hacerla suya, allí mismo.

Isolda elevó los ojos y se topó con los de su esposo.

Se había acercado demasiado, por lo que echó el cuerpo hacia atrás, de manera tan inesperada que los dos respiraron hondo por la confusión.

Nuevamente, el deseo que sentía Isolda le agitó el pecho y navegó por su cuerpo hasta asentarse en el bajo vientre.

Maldición…

¿Qué tenía ese diablo perverso, que cada vez que la miraba, lograba que todo su cuerpo se estremeciera como lo haría la tierra bajo sus pies durante un terremoto?

Gruñó y centró de nuevo la atención en la herida.

—¿Estás bien? —preguntó él, con esa voz suave y rasgada, que tanto la removía por dentro.

Isolda alzó la mirada de nuevo y se la sostuvo.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Has gruñido.

Chasqueó la lengua molesta por lo que consideraba un claro intento de su esposo de molestarla.

—No he gruñido.

—Sí, lo has hecho.

La sonrisa de él se ensanchó y ella bufó. Al hacerlo, otro mechón rebelde que había estado acariciándole la frente, se agitó para regresar a su lugar, frente a su nariz perfecta y respingona.

Ethan estiró la mano y se lo apartó, para colocárselo tras la oreja. Demorándose adrede, le acarició el pómulo y se detuvo unos instantes en su cuello.

—Mucho mejor.

Otro gruñido le sacó una suave carcajada.

—Eres maligno —dijo ella.

Ese débil ataque le hizo reír con más ganas.

—No, no lo soy. Pero vos sí que sois… un ángel.

Por un instante, Isolda lo miró con la boca abierta, se apresuró a cerrarla y a apartar la mirada. ¿A qué había venido eso? ¿Por qué era tan amable con ella?

Se había ruborizado de pies a cabeza y tan solo por un… cumplido. Y por el recuerdo del beso.

Carraspeó y volvió a la tarea de aplicarle otra capa de ungüento y dar por finalizada la cura.

—Ya está —carraspeó y sus manos presurosas recogieron algunas pertenencias que estaban a su alcance.

Mientras, Ethan se dio cuenta de que muchos de los hombres y mujeres de la capilla los estaban observando. Frunció el ceño al darse cuenta de que algunos de ellos le resultaban familiares. Habían servido con anterioridad a su padre, por eso reconocía sus caras y hasta algún que otro nombre.

También se dio cuenta de que esas mismas gentes miraban a su esposa con absoluta devoción, no solo la respetaban, también la amaban. Porque mientras ella seguía concentrada en ignorarle,

todos los miraban, como si esperasen o vigilasen que no fuera a hacerle daño alguno.

Allí estaba la señora Woods, desinfectando las vendas en una palangana. La saludó con una sonrisa y la mujer frunció el ceño y meneó la cabeza, disgustada. También el viejo molinero, el señor Baker, había servido a lord Stewart antes que a lord Beaumont, y se esforzaba en todo lo que su señora le pedía. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo vio? Parecía que los años no hubiesen hecho mella en él.

—Hmm… —Regresó la vista a Isolda y la descubrió mordiéndose el labio, concentrada, mientras tapaba el ungüento hecho con miel y romero.

—¿Hmm?

Isolda lo miró con otro pequeño gruñido de disconformidad.

—Lo has vuelto a hacer. —Rio Ethan, después de que ella pusiera los ojos en blanco, pues era evidente que se estaba burlando.

—Ya he terminado —zanjó—. ¿O acaso quieres que te ponga un vendaje?

—¿Querrías?

—No —respondió, tajante—. Es un corte insignificante y me estás haciendo perder el tiempo.

—Isolda —le dijo, tomando su mano y llevándosela a los labios—. Ya no hay nadie más a quien atender.

—Pero…

—Los heridos de más gravedad serán trasladados a sus casas cuando puedan hacerlo, y tú tienes otros deberes que cumplir.

—Otros… deb… —Se atragantó.

—Debes ir con las damas, creo que hay que organizar las despensas, y los hombres saldremos de caza esta semana.

Ella alzó una ceja, aún ruborizada por creer que se trataba de otros deberes en los que se requería su presencia.

—Está bien.

Ethan la miró, poniéndose en pie y vio cómo ella hacía lo mismo. Le sacaba una cabeza y por eso fue fácil besarla en la frente antes de decir.

—Lo lamento.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que lamentas?

—No poder seguir gozando de tus cuidados, mi señora.

—No los necesitas más. —Alzó la barbilla, como una reina ofendida—. Y ahora, si eres tan amable, me retiro. —Cuando alzó una ceja, ella se apresuró a añadir—: Si te molesta la herida, no dudes en decírmelo.

Ethan se miró el rasguño y después volvió a poner sus ojos sobre ella.

—Lo haré.

Ethan la miró con intensidad.

Cuánto pagaría para que no fuese la hija de Beaumont. Daría todo lo que tenía para que siguiese siendo la muchacha dulce del bosque.

—Gracias, mi señora —respondió, sin más.

Luego, tras un leve movimiento de cabeza regresó al patio de armas e Isolda apresuró el paso hasta llegar a las cocinas. Solo entonces, pudo respirar y soltar todo el aire contenido.

Fuera, en el patio de armas, Ethan sintió la presencia de *sir* Talbot a sus espaldas, mucho antes de que este se anunciara con un carraspeo.

—*Sir* Talbot.

—Mi señor…

—¿Sí? —Lo miró por encima del hombro y vio cómo Talbot se erguía, solemne.

—Me gustaría hablaros de algo.

Ethan asintió.

—Por supuesto. —Se dio la vuelta para mirarlo de frente, apoyado en una valla del redil donde su mozo de cuadras ejercitaba a su caballo—. ¿Y bien?

Sir Talbot miró alrededor y cabeceó hacia una gran mesa de roble macizo, bajo uno de los porches.

Ethan asintió y se sentó poco antes de que Talbot lo hiciera frente a él. Le sirvió un vaso de la mejor cerveza y Ethan insistió.

—¿Qué sucede?

El hombre lo miró fijamente durante unos segundos. No estaba reuniendo valor, más bien hacía una pausa para darle más dramatismo a lo que diría a continuación.

—Milord, júreme ante Dios que no mató a lord Beaumont.

Quien hizo otra breve pausa fue Ethan. Achicó los ojos y relajó su postura.

—Tienes muchas agallas, sin duda. Cualquier otro señor te cortaría la lengua y se la echaría a los cerdos.

—Pero vos no lo haréis, ¿verdad?

—Y supongo que me diréis el porqué.

—Porque sabéis que solo lo pregunto para descartar mis dudas.

Ethan lo miró molesto, pero finalmente suspiró.

—No necesito renegar de un acto que no cometí, ni estoy en la obligación de hacerlo, *sir*.

Talbot supo en ese momento, que Stewart no había tenido nada que ver en la muerte del anterior señor.

—Conozco a Isolda desde que nació —empezó a decir.

Ethan enarcó una ceja con interés. Que cambiara rápidamente de tema, quería decir que estaba preocupado de que las desavenencias entre él y su esposa fueran abismales si había cometido el asesinato.

Pero no había sido así.

—Siempre fue audaz —*sir* Talbot continuó hablando de Isolda —, extremadamente inteligente y, aunque su dulzura nos pueda llevar a engaño, también es terriblemente valiente y temeraria.

Ethan suspiró y dijo de forma casi inaudible:

—Eso ya lo sé.

—A pesar de su cuerpo menudo y rostro infantil, es fuerte como una roca, capaz de soportar cualquier cosa. Sí, su padre la consintió, y la malcrió, era su única hija y tras la muerte de su esposa, jamás volvió a centrarse en nada que no fuera ella. La convirtió en el centro de su mundo, educándola para ser una gran dama, pero también una gran señora, independiente y, como habréis podido comprobar, valiente guerrera. —Ethan gruñó, pero no interrumpió los halagos de *sir* Talbot—. Ella sabe muy bien cómo soportar semejante peso. Es consciente del deber que todo eso conlleva y tiene asumido que es su obligación, o más bien el precio a pagar por sus privilegios.

—¿Qué estás queriendo decirme? —preguntó Ethan, intrigado.

—Que jamás se quejará, ni nunca os recriminará, aunque sus hombros sangren por la carga que soporta.

Ethan negó con la cabeza.

No estaba muy de acuerdo con Talbot.

—Creo que si algo molesta a mi esposa, me lo dirá sin ambages.

—Sí, si cree que vuestra ira solo la perjudicará a ella.

Ethan soltó el aliento y esperó a que siguiera hablando.

—Soy consciente, e Isolda también lo es, que lord Beaumont fue un villano para vuestra casa, y que os hizo un daño irreparable.

—Me alegro de que lo seáis, y que entendáis que tenía todo el derecho de matar a ese malnacido.

—Sí, pero no lo hicisteis.

—No lo hice —aseguró Ethan—. Había decidido desterrarlo, la muerte hubiera sido un final demasiado dulce para todas sus maldades.

Sir Talbot guardó silencio por un instante, sin querer defender a su antiguo señor.

—Para ella, fue un padre cariñoso y justo.

—Entiendo que hay monstruos que pueden tener debilidades.

La mirada de Ethan se enfrió durante esa parte del relato, pero siguió escuchando atentamente.

—Isolda no es culpable y no tiene por qué pagar los pecados de su padre.

—Eso ya lo sé —gruñó Ethan, revolviéndose en su asiento—. De no ser así no la habría convertido en mi esposa.

—Creo que ambos sabemos por qué lo ha hecho.

Ethan alzó una ceja.

—Me muero por saber qué pensáis, *sir*.

—Porque su unión legitimaría su posición en este castillo. Hay gente que, a pesar de estar bajo el yugo de Beaumont, seguía siendo fiel a su casa.

Ethan sonrió con malicia.

—Lo sé, o de lo contrario no habrían echado a perder el agua almacenada para que nos fuera más fácil aprovechar sus debilidades.

Sir Talbot se sorprendió de que supiera eso.

—¿Lo ordenasteis vos?

Se encogió de hombros sin responder.

—El agua contaminada se ha echado al foso, y la del pozo sigue pura y cristalina.

Talbot reflexionó.

—Como vos teníais hombres leales dentro de los muros, es posible que algunos leales a Beaumont permanezcan a pesar de su victoria.

Ethan asintió.

—Sí, e Isolda me ayudará a que entiendan que ahora estamos en el mismo bando.

Sir Talbot tragó saliva.

—Entonces, ¿no le haréis daño?

Ethan le echó una mirada capaz de derretir el hielo.

—Pasaré por alto que creáis que soy un asesino de mujeres.

—No me refería a… —calló y agachó la cabeza para encontrar las palabras adecuadas.

Ethan lo observó. Talbot tenía razón. Isolda no era culpable y… se había equivocado al proyectar toda su ira en ella. Al fin y al cabo, había cumplido con su deber en todo momento. Incluso actuó con honor, aceptando casarse con él, para proteger Dunmore, sabiendo que su vida corría un serio peligro.

—No tengo motivos para negaros fidelidad —prosiguió Talbot —, al morir lord Beaumont, mi lealtad se transfiere a Isolda. No obstante, ahora que es vuestra esposa, se extiende a vos.

—No os equivoquéis —dijo Ethan, molesto—. Si no me hubiera casado con Isolda, aquellos que no hubierais hincado la rodilla ante mí, habríais perdido la cabeza.

Fue tajante y sincero.

Talbot podía apreciar eso. Pero él también sería igual de sincero.

—Os juro fidelidad, siempre y cuando la tratéis con el respeto y la dignidad que una dama como ella, merece.

—Igual que no asesino mujeres, tampoco soy dado a golpearlas —dijo con desprecio—, y mucho menos cuando es mi esposa.

—Lo que estoy intentando deciros es, que no es necesario que la améis, pero os pido encarecidamente que intentéis verla como yo la veo, y que la honréis como se merece una buena esposa.

Stewart resopló con fastidio y asintió.

Demasiada devoción lo ponía nervioso, o quizás fueran celos.

—Me alegra que Isolda tenga a su lado a alguien tan fiel, dispuesto a dar su vida por ella. Sin embargo, volved a insinuar que puedo maltratar a una dama y os lanzaré desde las almenas. —Ethan se puso en pie—. Si ya habéis terminado…

Pero *sir* Talbot también lo hizo. Había cierto apremio en sus movimientos.

—Hoy otro asunto.

Ethan esperó a que entendiera que debía darse prisa y no molestarlo más.

—Adelante.

—Creo… —Talbot miró, temeroso por unos instantes, en derredor—. No tengo pruebas, pero creo que sé quién mató a lord Beaumont.

Ethan frunció el ceño y su gesto se volvió feroz.

—Hablad.

Talbot negó con la cabeza.

—No, hasta que pueda demostrarlo. Pero mucho me temo que, si esa persona ha matado a Beaumont, también querrá acabar con vos y, por descontado, con Isolda.

Ethan se tensó. El fantasma del miedo a perderla revoloteó sobre su cabeza, como un buitre.

—No tiene sentido lo que decís.

—Sí, si quien lo mató no es vuestro aliado y quiere esta plaza.

Ethan soltó el aire que había retenido.

—¿Charles Beaumont? —susurró más para sí que para *sir* Talbot.

—Ya le he dicho que no tengo pruebas, pero…

—Halladlas, *sir*. Y no tardéis demasiado —dijo con enfado por no haber contemplado aquella posibilidad.

—Así será. Si me disculpáis, debo atender unos asuntos.

Ethan hizo un gesto con la mano y lo despachó mientras se zambullía en sus temores. Si como sospechaba había sido Charles, eso quería decir que también tenía aliados dentro del castillo. Pero

no tenía sentido, ¿por qué matar al viejo Beaumont, cuando podría haber intentado asesinarlo a él?

Solo lo consolaba que, si era Charles y este quería casarse con Isolda, ella estaba a salvo, pero él, sin duda, sería su próximo objetivo. Apretó los dientes al darse cuenta de que estaba más preocupado por su esposa que por él mismo.

¿Cuándo se había abierto paso hasta su corazón? Tal vez, desde que la vio por primera vez, en el río.

Caminó por el patio hasta el interior de la fortaleza. Había un asesino suelto, y él iba a encontrarlo.

El fantasma de Dunmore había escuchado cada una de las palabras de *sir* Talbot. Alguien había envenenado al viejo señor, y quizás la joven Isolda corriera peligro. Pero… ¿y Ethan? ¿También correría peligro él?

Era útil ser un fantasma a quien nadie prestaba atención. Igual de útil que recorrer la fortaleza por los pasadizos secretos que solo un espectro podía conocer.

Se apretó contra la fría pared de piedra, tras el tapiz, cuando Ethan Stewart pasó por su lado. Empujó la puerta secreta y subió

por las angostas escaleras hasta el cuarto de Isolda.

Debía vigilar y escuchar cada susurro.

Ahora que Ethan había regresado al castillo, ese viejo fantasma de carne y hueso no permitiría que lo apartaran de su lado.

Capítulo 20

Entrada la tarde, a punto de servirse la cena en el gran salón, Ethan se preguntaba dónde había estado Isolda todo el día.

Estaba preocupado por la conversación que mantuvo con *sir* Talbot la pasada semana. Si era cierto que alguien intentaba hacerse con Dunmore, nadie en la fortaleza le había dado motivos de sospecha. Todos parecían haber aceptado de buen grado el nuevo orden reinante en el castillo. Los hombres le habían jurado lealtad sin excepción y una carta del rey David le había legitimado como nuevo señor. Aunque poco podía fiarse de la palabra de un rey, bien lo sabían los Stewart.

Se preguntó cuánto tardaría Charles Beaumont en ir a llorar al monarca y conseguir sus favores. Debía prepararse para la guerra. Y es que a Ethan no se le iba de la cabeza que ya habían intentado matarlo antes. Aquel suceso, en el que dos hombres intentaron acabar con su vida, o con la de Isolda, lo animaba a salir cada

mañana, después de dejarle una rosa a su esposa, y recorrer el bosque en busca de alguna pista.

No hubo éxito, pero al menos si llegaba el fatídico día de que los enemigos llegaran a sus puertas, estarían preparados.

Después de los soldados hubiesen sanado sus heridas, gracias a los cuidados de Isolda y a los del resto de mujeres de Dunmore, los entrenos en el patio de armas regresaron, así como lo hizo una relativa normalidad.

Pero se trataba de una normalidad en la que ella no participaba.

No pasaban demasiado tiempo juntos, aparte del que compartían en la alcoba, al acabar el día. Oh, sí… ambos lo disfrutaban, aunque ella jamás decía una palabra.

Cada noche, cuando Ethan regresaba de recorrer sus tierras, inspeccionar el ganado o reunirse con sus hombres de confianza en el gran salón, ella lo recibía. A veces, hacían el amor en silencio, otras, los gemidos y suspiros rebotaban en las paredes de la alcoba. Se daban placer el uno al otro, pero no existían palabras de cariño por parte de su esposa, ni de él. Su única muestra era la flor roja que ella solía aceptar.

Esa noche, tras una frugal cena a la que ella no asistió, Ethan subió a la alcoba.

Parpadeó confuso al ver que Isolda no estaba allí.

Tragó saliva cuando un mal presentimiento se apoderó de él, enredándose en su estómago. Sin pensarlo demasiado, sus piernas se movieron para descender los peldaños que daban a las cocinas.

La solitaria figura de una mujer se recortó contra el gran fuego de la chimenea. No era su esposa.

La mujer se sobresaltó al escucharle irrumpir en la estancia y, tras ponerse en pie, se tapó medio rostro con el chal.

—Mi señor… —murmuró, con voz temblorosa—, no se os esperaba tan tarde. Si necesi…

Ethan se preguntó por qué se ocultaría así, hasta que se dio cuenta de que parte de su rostro estaba desfigurado por unas antiguas quemaduras.

Notó algo extraño cuando ella lo miró a los ojos, pero fue tan breve… nadie miraba directamente al señor del castillo, y menos si era una sirvienta. Así pues, apartó la vista de él y la clavó en el suelo.

—Estoy buscando a mi mujer —dijo, escudriñando por la cocina.

—¡Oh! —Lora se ajustó aún más el chal, colocándoselo sobre la cabeza—. Es muy posible que esté en el salón del archivo.

—¿El salón…?

Cuando su señor alzó las cejas, ella aclaró:

—Está cerca de la habitación que la señora usa para llevar las cuentas.

Ethan apretó los labios, al comprender que había sido negligente con eso. No había echado un ojo al libro del anterior señor, ni se había preocupado en demasía de otra cosa que no fuera la fortificación.

—Entiendo. —Pero no acababa de entender—. ¿Por qué demonios tenemos un archivo?

La mujer no respondió, pero le señaló la salida diciendo:

—La sala está en la torre del homenaje. Allí es donde se guardan…

—Los libros. Sé qué es un archivo —la cortó de nuevo. Dio media vuelta, dispuesto a marcharse, cuando pareció olvidarse de algo. Volvió a preguntar, mirándola por encima del hombro—. ¿Sabéis si ha comido algo?

La preocupación por su esposa pareció gustarle a la sirvienta, que se apresuró a esconder la sonrisa.

—Creo que no —respondió—. Mi señora, Isolda, suele ayunar después de las cinco.

—¿Ayunar?

—Dice que es bueno para la salud.

Ethan suspiró, frustrado. Luego miró en derredor y divisó la alacena. Entró, cogió un panecillo, queso y un tarro de miel y, enfurruñado, lo puso en un zurrón. También tomó una manzana.

—Ayunar… —refunfuñó, molesto.

Antes de salir, volvió a mirar a esa mujer. Había algo en ella, que le resultaba tremendamente familiar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Lora, mi señor.

—Lora. —La miró, fijamente—. A partir de ahora, quiero que te ocupes de que mi esposa coma adecuadamente. Nada de ayunos.

La mujer lo miró, sorprendida.

—¿Yo? —Se señaló el chal, o más bien las cicatrices que había bajo este.

—Sí —asintió Ethan. Juzgaba bien a las personas y entendía que aquella mujer guardaba mucha bondad en su corazón—. Atendedla como doncella personal, si es preciso, incluso si es después de las cinco.

—Como ordenéis, mi señor.

***

Isolda estaba sobre un sillón, con las piernas cruzadas en una postura casi imposible y un codo apoyado en la enorme mesa maciza de roble, que presidía el archivo de Dunmore. Las dos enormes estanterías no solo guardaban algunos libros de la abadía cercana, sino mapas y manuscritos de valor incalculable. Ayudaba que el antiguo lord Stewart, el padre de Ethan, hubiese tenido una curiosidad pulsante hacia tierras lejanas de donde procedían algunos de los mapas más antiguos. Su padre, lord Beaumont no había sido un erudito menor, ya allí estaba Isolda, en su lugar favorito, su remanso de paz. Y últimamente, la necesitaba.

Después de enterrar a su padre y jurarse llevar lo mejor posible la nueva vida que le había tocado, su corazón empezaba a apaciguarse. Ayudaba que Ethan no hubiera resultado ser un hombre cruel sin necesidad, y que una vez muerto su padre, hubiera dado por zanjada su venganza. O eso creía ella.

Su melena suelta casi rozaba el suelo y con la mano con la que se sostenía la cabeza, se retorcía un mechón que caía por su

frente. Intentaba concentrarse en un nuevo pergamino de pulcra caligrafía que le había traído el padre Marcus, antes de que toda su vida fuera irreconocible. Se decía que era uno de los pergaminos que Adelardo de Bath había traducido del árabe al latín, sin duda, una copia de algún monje inexperto por su indescifrable caligrafía. Pero Isolda no se quejaba. Sentía fascinación por la obra de ese hombre, que comprendía de tratados de filosofía a astrología, matemáticas y ¡hasta alquimia!

Desgraciadamente, esa noche le costaba concentrarse.

Bufó, porque sabía que estaba dejando pasar el tiempo. Esperaba a que Ethan se quedase dormido, para ella poder entrar a hurtadillas en la habitación y meterse en la cama. Había estado ocupado todo el día, y de seguro, a esas horas, habría caído rendido nada más tocar las sábanas.

Suspiró, y apoyó la espalda, mirando sin mirar la perfecta llama de la vela, a su izquierda.

No quería reconocer que a medida que pasaba el tiempo se sentía más y más atraída por su esposo. Era más que eso, deseaba a su esposo. Pero la culpa que sentía era grande. Ahora era su esposo, pero ¿acaso por unas cuantas caricias podía olvidar que era su

enemigo? ¡Oh, Señor! Y lo que era aún peor, es que ya dudaba que lo fuera. Por ese motivo, había decidido evitarlo.

Volvió a suspirar cuando cayó en la cuenta de que casi era más tortuoso ignorar que existía.

No pudo hacerlo por más tiempo.

La alta puerta de la biblioteca se abrió, y bajo su marco apareció la silueta de Ethan Stewart, en todo su esplendor.

Isolda tragó saliva y estiró las piernas para sentarse adecuadamente, mientras él se acercaba con andares de depredador.

—Las Tablas Astronómicas de al-Jwarizmi —dijo, ojeando el libro que ella se apresuró a cerrar—. ¿Bruja y hereje?

Isolda se indignó.

—¿Te han dicho alguna vez que la maldad y la ignorancia suelen ir cogidas de la mano?

—He tenido la oportunidad de comprobarlo. Hoy mismo, sin ir más lejos.

Isolda puso los ojos en blanco, al creer que era un claro reproche hacia su persona.

—Lo lamento —dijo—, pero no es necesario que vengas a alterar mi concentración en el estudio para insultarme, llamándome

bruja.

—Yo lamento si te lo has tomado como un insulto, solo intentaba bromear.

—Tu humor es bastante ácido.

Ethan se sentó frente a ella, en uno de los dos sillones que había frente a la mesa, y que solía usar Isolda para reunirse con el padre Marcus y a veces con *sir* Talbot.

—Me lo dicen mucho, pero tranquila, ni hereje ni bruja es un insulto.

—Ah, ¿no?

—Sé que no es la forma más extendida de pensamiento, pero creo que tuvimos el mismo mentor —se refería a Marcus—, por lo que tenemos la suficiente información como para saber que la ciencia nada tiene que ver con la magia ni las supercherías.

—O sí. —Se encogió de hombros, Isolda.

Esa afirmación le arrancó una sonrisa a Ethan, que le dejó seca la boca y la obligó a tragar saliva. Otra vez.

¿Por qué tenía que ser tan guapo? ¿Y por qué se le dibujaban dos hoyuelos en las mejillas cuando sonreía? ¿Y por qué el sonido de su risa era tan… maravilloso?

De pronto, sintió calor en las mejillas. Un calor que se fue extendiendo por todo su cuerpo, hasta el vientre, que pulsó, excitándola.

Al ver su rostro encendido, Ethan ladeó la cabeza, aún con esa sonrisa de rufián bailando en su cara.

Era perfectamente consciente de qué provocaba en las mujeres y, por los dioses paganos, le halagaba y le calentaba el pecho el saber que también Isolda se sentía afectada por ello. No podía negar que había sido un rufián en su juventud y había roto más de un corazón. Pero con sinceridad diría que pensó amar a todas las mujeres, y ninguna en concreto.

Con Isolda era diferente, ella no solo le enardecía, sino que conseguía acariciarle el alma.

Sin duda, Dios lo ponía a prueba, ¿amar a la hija de su enemigo?

Tragó saliva y tan perturbado como ella se alejó lo justo para que no le aturdiera el calor que emanaba su cuerpo.

Al darse cuenta de qué estaba pensando su esposo, y de que acababa de ser descubierto su deseo, carraspeó.

—¿Puedo seguir con mis estudios? ¿O vas a seguir distrayéndome?

—¿Te distraigo? —preguntó, caminando a su alrededor. Y antes de que ella pudiera contestar, echó el cuerpo hacia delante, para mirarla fijamente a los ojos.

—No —mintió.

Él echó la espalda hacia atrás y sacó la manzana y el panecillo que llevaba en el bolsillo. También colocó el zurrón sobre la mesa, donde estaba el queso y el pequeño tarro de miel.

—Entonces, puedo quedarme hasta que termines de comer —le ofreció la fruta y ella hizo una mueca de disgusto.

—No, no puedes.

—No has cenado, y no voy a consentir que te vayas a dormir sin antes comer algo.

—Pues no dormiré.

Ethan sonrió como un lobo a punto de zamparse un cordero.

—No, seguramente no dormirás.

Consciente de a qué se refería su marido, se cruzó de brazos y refunfuñó.

—No suelo comer antes de ir a acostarme.

—Eso era antes de compartirla con un esposo al que satisfacer —dijo, muy orgulloso de sí mismo.

El rostro de Isolda se encendió aún más y a Ethan le resultó encantador.

—¿Estás diciendo que es mi obligación que te satisfaga cada noche?

—No es una obligación —dijo con una sonrisa en sus labios solo para atormentarla—. ¿Lo es, esposa?

Isolda bufó.

Al ver que se resistía a hablarle, él continuó dejando claro lo que pensaba.

—No es obligación, porque me deseas, Isolda. Tanto como yo te deseo a ti.

Acompañó esas palabras con una mirada tan cálida que habría hecho desaparecer el invierno.

El dedo índice acarició la barbilla de su esposa y sus ojos no se apartaron de él cuando el deseo la hizo tragar saliva.

—Insolente —refunfuñó, porque odiaba reconocer que tenía razón.

—Tal vez sea insolente, pero tengo más razón que un santo. Me deseas.

Isolda se enfurruñó aún más. Y antes de saber qué estaba pasando, él se cernió sobre ella para apoderarse de sus labios.

Capítulo 21

No, no… no podía caer tan rápido.

Isolda se levantó y retrocedió algunos pasos, nerviosa.

Sí, tenía razón, pero no era ningún santo. Y ella, al parecer, tampoco. Había ido al archivo para distraerse. Para no pensar en los pecados que era capaz de hacerle con sus dedos y su lengua. Pero era evidente que no estaba por la labor de dejarla en paz.

Lo observó recelosa y él retrocedió otro paso para que ella volviera tomar asiento. Nerviosa, jugueteó con una pluma, y volvió a tragar saliva cuando sus dedos acariciaron el cuero de uno de los libros, tal y como acariciaba su piel cada noche.

¿Cómo no sentir deseo, si todos sus gestos, por neutros que fueran, le provocaban pensamientos lujuriosos? No dejaba de pensar en él desnudo en su cama, en el placer de la carne recién descubierto y en esa forma que tenía de...

Maldito fuera…

—Deberías irte.

—¿Me echas de mis propios dominios? —dijo, sentándose en la silla que había enfrente, para mirarla como un adolescente endiablado.

¿Dominios? Insolente…

Por culpa de ese demonio solo podía pensar en volver a sentir sus besos, sus caricias y la calidez de cuerpo, cuando estaban unidos piel con piel.

¿Por qué? ¡Seguían siendo enemigos! Y era perfectamente posible que Ethan hubiese matado a su padre.

Por amor de Dios, contrólate, Isolda.

Gimió, sin poder evitarlo y él alzó ambas cejas.

—¿Estás bien?

—Nada.

—Nada, ¿qué?

—Oh, ¡sí, estoy perfectamente bien, gracias!

Pero no, no lo estaba. Estaba confundida, atraída por el placer y dolida por cómo habían sucedido los acontecimientos.

Debía centrarse.

Ethan era un guerrero que había estado planeando su venganza todos estos años. De seguro que había fantaseado con la idea de matar a su padre de la peor forma posible.

Pero una cosa era querer y otra bien distinta ser capaz. No se engañaba, claro que era capaz, y lo habría hecho, de no ser por…

Lo miró a los ojos y ya no vio en ellos esa oscuridad que lucían al principio de conocerse. ¿Qué había cambiado?

No lo conocía lo suficiente, pero lo poco que había visto en él, aparte del dolor que se esforzaba en ocultar, era el honor.

Ethan Stewart era un caballero honorable y lo había demostrado tras el asedio perdonando a todos los que se rindieron. Y se recordó que tenía intuición y esta le gritaba constantemente que Ethan era un hombre bueno.

Cuando se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirándolo fijamente y que él ahora sentía curiosidad por ese hecho, carraspeó y, en un acto reflejo, cogió la manzana.

—Me ha entrado hambre de repente —dijo Isolda, y después le dio un mordisco.

Ethan disfrutó del espectáculo que era ver cómo sus labios rodeaban la piel roja y sus dientes mordían la jugosa carne de la fruta. Después, con un dedo se metió un pequeño trozo que a punto estuvo de escaparse de sus labios y después, se lo chupó.

En ese momento, sintió su entrepierna tensarse.

No podía apartar los ojos de sus jugosos labios, que seguían envolviendo la fruta.

Se revolvió en su asiento y su erección se tornó insoportable, incluso dolorosa.

Ella parecía ignorarlo, o tal vez ignoraba el hecho de que era extremadamente sensual. Cuando terminó de comer, empezó a pasar las hojas del libro, con sus dedos largos y elegantes. Ethan deseó que esas mismas yemas lo acariciasen, viajasen por su torso y sus hombros hasta que las uñas se clavasen en su espalda, para después arañarle y cerrarse en un puño sobre su cuero cabelludo.

Cuando Isolda alzó la mirada hacia él, todo su cuerpo se estremeció.

—Esto… ¿Qué… pasa? —preguntó, pues de súbito, el rostro masculino estaba tenso.

Pero la incertidumbre murió en su mente, al entender que lo que su esposo padecía en esos momentos era de deseo. Ese mismo deseo que ella padecía.

Súbitamente, Isolda gimió.

Apartó la mirada de él, porque sabía cómo reaccionaba su cuerpo ante esos ojos de cielo que la reclamaban.

Era extraño, pero había algo en ese hombre que despertaba en ella una cruel necesidad, tan imperante como lo sería la sed en un desierto.

Ethan Stewart parecía haber sido creado para ella y ni el hecho de haber nacido enemigos ni todas las desgracias sucedidas, parecían poder detener eso.

Isolda no podía saber qué pasaba por la cabeza de su esposo, pero intuía que era exactamente lo mismo que imaginaba la suya.

—Isolda —dijo, al fin—. Voy a tomarte aquí mismo. Ahora —sentenció, con voz grave, mientras se ponía en pie y avanzaba hacia ella—. Y lo haré porque sé que tú también me deseas.

Ella abrió la boca para responder que tenía razón, pero no le dio tiempo, pues de un manotazo, Ethan tiró todos los papeles, libros y códices de la enorme mesa de roble. Ni siquiera eso, que era un sacrilegio para ella, logró enfadarla.

Al contrario, se puso en pie y lo esperó.

Él rodeó la mesa y se fue acercando, mientras la miraba pestañear. Estaba sorprendida y al mismo tiempo excitada, le faltaba el aire.

Sabía, por sus ojos y por la forma en que dilataba las aletas de la nariz, que iba a hacerle el amor allí mismo.

Pensó que lo haría con furia, con rudeza, pero esas manos, capaces de estrangular hasta arrebatar la vida, rodearon su cintura con suavidad.

Se esforzó en respirar, pues su cercanía le hacía perder el aliento.

—Isolda… —dijo, antes de bajar las manos hasta sus caderas y alzarla sobre la mesa.

Quedó sentada sobre la madera y de forma instintiva, ella separó las rodillas, ansiosa por recibirlo.

—Isolda, yo…

Tomó aire, pero no pudo decir más.

Se inclinó sobre ella y sus bocas chocaron en un beso urgente.

Notó cómo sus manos rodeaban su cuello y después cómo las palmas subían por su melena, para hundir los dedos en su cuero cabelludo. Gimió, cuando notó que las cerraba para agarrar su melena y atraerlo más hacia sí.

Gruñó contra su boca, mientras se peleaba con las faldas de su vestido. Las largas piernas lo rodearon, entrelazando los tobillos en el nacimiento de su espalda y él empezó a acariciarle los muslos.

Isolda y estiró el cuello al sentir la dureza de su entrepierna restregarse contra ella.

La garganta de Ethan jadeó al sentirse huérfano de sus labios y hundió el rostro en el lugar en que se unían cuello y hombro. Lamió, chupó y mordisqueó, y notó la vibración de los gemidos en la lengua.

Estaba fuera de sí, cuando lo tenía tan cerca, era incapaz de pensar, el mundo entero daba vueltas a su alrededor, pero su único centro era él. Caricias suaves navegaban por sus muslos, hasta que llegaron al lugar donde se concentraba su deseo. Notó cómo se abría camino por su ropa interior e incluso le facilitó el trabajo, alzando el trasero, hasta que él la liberó.

Pero no abandonó la piel de su cuello, sino que ascendió de nuevo hasta sus labios y buscó su lengua, que lo recibió gustosa, mientras más abajo, los dedos masculinos abrían, poco a poco, su feminidad. Acarició su humedad, se deslizó por sus labios inferiores y logró pellizcar su punto de placer.

La necesidad se volvió tan urgente, que Isolda gritó contra su boca y él bebió de ese sonido maravilloso, al tiempo que introducía un dedo y la acariciaba por dentro.

Ethan se moría por penetrarla, pero quería darle placer, su autocontrol era enorme, y era tan hermoso verla retorcerse bajo su toque…

De sus labios dejaba escapar ligeros gemidos, sus ojos verdes y grandes, como los de un cervatillo curioso, lo miraban, con necesidad. Todo su cuerpo temblaba.

Siguió acariciándola hasta que sintió en los dedos el pulsar de un inminente orgasmo. En ese momento, frotó su clítoris con el pulgar y lo apretó.

Isolda soltó un hondo gemido y lo agarró por los hombros, clavándole las uñas para atraerlo más hacia sí.

Las bocas se unieron de nuevo y ella alcanzó el cielo entre gemidos y suspiros.

Apoyaron las frentes, una contra la otra y cerraron los ojos unos momentos.

Al poco, Ethan la miró absolutamente arrebatado.

—Yo… Isolda, yo…

—¿Sí…?

Siguieron mirándose con intensidad. Ambos deseaban decirse muchas cosas, pero ninguno de los dos se atrevió.

Justo en ese instante, alguien llamó a la puerta.

Capítulo 22

Se quedaron por unos momentos paralizados.

¿Habían llamado a la puerta? Solo eran capaces de oír los propios latidos de sus corazones.

Al escuchar nuevamente los golpes, aporreando la madera con insistencia, Isolda abrió mucho los ojos y empujó a Ethan, alejándolo de ella.

Bajó de la mesa y al poner los pies en el suelo, él cerró los ojos y masculló una maldición.

—¡Adelante! —gritó, mientras su esposa se alisaba la falda del vestido, en un gesto nervioso.

Cuando la puerta se abrió, apareció *lady* Gwyneth.

—Oh —dijo la dama, llevándose una mano a la boca para ocultar su sorpresa. Miró a su alrededor y vio a Isolda despeinada y, en el suelo, varios libros y otros papeles. Era más que evidente que había interrumpido su intimidad—. Pensé que os encontrabais sola, mi señora. Lamento…

—¿Qué quieres? —espetó Ethan, ante la mirada de reproche de Isolda, por hablarle en ese tono a la dama.

—Ruego me disculpéis, milord, pero… —Ante la pausa y el gesto preocupado de Gwyneth, Isolda frunció el ceño.

—¿Qué sucede?

—Es… acaba de llegar una carta para vos.

—Para… ¿para mí? —Isolda quedó sorprendida—. ¿A estas horas?

—Me temo que sí.

Isolda miró a Ethan de reojo y también notó su extrañeza.

—¿Dónde está el mensajero?

—En las cocinas —dijo Gwyneth—, pero la carta es para *lady* Isolda.

Él bufó con desprecio.

—¿Creéis acaso que yo soy solo un mozo de cuadras a quien se pueda ignorar?

Gwyneth palideció.

—No, mi señor.

—¿Sabéis quién soy?

Gwyneth tragó saliva y asintió.

—Sí, lord Stewart, dueño y señor de esta plaza.

—Haréis bien en recordarlo.

Gwyneth dudó, pero finalmente avanzó hacia ellos y tendió la carta a Ethan, pero Isolda no iba a permitir ese atropello.

—Va dirigida a mí. —Le arrebató la carta y se alejó de él a grandes zancadas.

La persiguió un gruñido, pero Ethan no se movió.

Isolda rompió el sello y la leyó con avidez.

Entendió enseguida de qué se trataba, leyó cada palabra y sus ojos se centraron en la firma. Se fue poniendo roja por momentos.

—*Milady*, ¿está todo bien? —preguntó Gwyneth. Parecía sorprendida y asustada a partes iguales.

Isolda tragó saliva y luego cerró los ojos unos instantes. Cuando los abrió, Ethan la miraba expectante, con los brazos cruzados, reclamándole una explicación.

—Es de mi primo, Charles.

La expresión de Ethan se tornó sombría y Gwyneth carraspeó.

De todos era bien sabido que ese hombre fue quien dejó caer el acero sobre el cuello del laird Stewart, bajo orden de su tío, lord Beaumont.

—Entregadme esa carta. —Ethan extendió la mano y su mirada feroz no daba pie a discusión.

No sería Isolda quien le privara de la misiva.

—¿Qué diablos dice? —dijo, sin poder contenerse mientras Isolda le salía al encuentro y se la tendía—. No se atrevió a asomar la nariz durante el asedio, dejándote a mi merced, ¿y ahora quiere algo de ti?

Isolda suspiró y miró nerviosa a Gwyneth. En ese momento, Ethan perdió la paciencia y le arrebató la carta, que empezó a leer en voz alta.

Mi amada Isolda.

Lamento mucho que en estos momentos os encontréis bajo el yugo de ese salvaje y desalmado escocés.

—¿Se refiere a mí? —ironizó Ethan, con cierto deje colérico, haciendo que Isolda volviese a tragar saliva—. No sabía que me considerara un salvaje escocés. Pero está bien que lo tenga claro y que estoy bajo el reinado de David.

Me llegó la triste noticia del asesinato de mi amado tío, lord Beaumont, y créeme que lo lamento. Pero lamento más que no hayas podido evitar casarte con ese malnacido.

Descuida, amada mía, te liberaré pronto. Mataré a tu esposo para liberarte y pronto nos desposaremos. De esta forma, Dunmore regresará a manos de los Beaumont, como siempre debió ser y ya no deberás preocuparte por nada.

Charles.

Cuando Ethan apartó los ojos del papel y miró a Isolda, el cinismo era más evidente que su rabia, y era mucha rabia la que sentía en esos momentos.

—¿Se puede ser más imbécil? —gritó, arrugando el papel y tirándolo al suelo—. Ese estúpido va a saber muy pronto quién soy yo.

Enfurecido, salió de la sala de archivo, mientras Isolda y *lady* Gwyneth lo miraban, espantadas.

—Cómo… ¿cómo ha sido capaz de amenazar así a mi esposo? —Isolda no daba crédito.

Sabía que era tonto, pero hasta esos extremos…

—Charles siempre fue un temerario —dijo Gwyneth.

Isolda podría estar totalmente de acuerdo, pero aun así…

—Algo no me cuadra —se dijo, pinzándose la nariz—. Es evidente que a esa cabeza hueca no se le ocurriría jamás hacer algo así.

—¿El qué? ¿Matar a vuestro esposo o casarse con vos? —preguntó tímidamente, *lady* Gwyneth.

—No… —Isolda empezó a caminar en círculos—. Charles no es tan inteligente como para mostrar así su estupidez. Declarar abiertamente que se librará de él y me hará suya… Ethan no lo pasará por alto.

Gwyneth parpadeó con rapidez, mientras volteaba de nuevo el cuello hacia la puerta por donde se había marchado lord Stewart.

Justo en ese instante, la cabecita rubia de Emma apareció por la puerta.

—Mi señora, ¿va todo bien? —Al ver a las damas desconcertadas, añadió—: He visto a vuestro esposo salir como si se lo llevasen todos los demonios.

—¿Hacia dónde?

—A las cocinas —dijo Emma—, quizás quiera hablar con el mensajero de Charles Beaumont.

***

Cuando Ethan mandó llamar a su despacho a su hombre de confianza, Ross Archibald y a *sir* Talbot, era muy entrada la noche.

Ethan no tardó en ponerlos al corriente.

—¿Así que Charles Beaumont os ha amenazado en…?

—¿Matarme y quedarse con mi esposa? Sí —afirmó, encendido de rabia—, eso ha hecho.

Ross no lo dijo, pero parecía que le dolía más la posibilidad de perder a su esposa que el castillo que tanto le había costado recuperar.

—¿Dónde está Charles ahora? —preguntó a *sir* Talbot.

El caballero se tensó.

—¿Cómo podría yo saberlo?

Ethan se paró frente a él.

—No os estoy acusando de nada, pero bien podríais decirme qué movimiento pensaba hacer antes de que yo llegara aquí.

Talbot suspiró.

—Si le soy sincero, mi señor, antes de que vos asediarais el castillo, *lady* Isolda y yo estábamos convencidos que era Charles quien iba a conquistar la plaza por la fuerza.

Eso pareció sorprender tanto a Ethan, como a Ross.

—¿Insinúas que se hubiera rebelado contra su propio tío?

—Estaba cansado de las evasivas de Isolda a su propuesta de matrimonio.

A Ross no se le escapó cómo su amigo apretaba los puños. Sabía qué significaba y es que Charles sería hombre muerto, y no tan solo por haber matado a su padre, sino por haber codiciado a su esposa.

—El mensajero que ha traído la carta para mi esposa ha sido parco en palabras —dijo Ethan—, dudo que él mismo supiera dónde estaba Charles, pero no debe estar muy lejos de aquí si lanza estas amenazas. Debe estar respaldado por un gran ejército.

—¿Charles estaba con el rey? —preguntó Ross a Talbot.

—No lo sé, pero es posible que se hubiera unido a él en el norte para solicitarle la mano de Isolda al ver que su padre daba señales de senectud.

—¿Crees que sabía que su tío estaba enfermo? —se sorprendió Talbot—. Nos guardamos mucho de que la noticia se esparciera.

Ross asintió, al igual que Ethan. Pero ambos sabían que las noticias volaban y más si eran malas.

—Ahora solo sabemos que no está oculto en el bosque —dijo Ross—, yo mismo he puesto guardias siguiendo tus órdenes —le dijo a Ethan.

—Bien, que sigan ahí.

Charles había anunciado abiertamente sus intenciones. O bien esperaba ponerlo nervioso antes de hablar con el rey para que tomara partido en ello, lo que le sería del todo inútil, pues Isolda era suya. O bien estaba tan convencido de su victoria que no le importaba revelar su inminente ataque.

—¿No visteis nadie en el bosque cuando agrupasteis a vuestros hombres?

La pregunta de *sir* Talbot hizo que Ethan frunciera el ceño.

—Estuve merodeando por el bosque durante semanas, estudiando la manera de entrar aquí. Jamás vi nada, mucho menos a nadie, que me hiciera pensar que Charles estuviese vigilando el castillo.

Se le apagó la voz.

Ethan mentía.

Sí hubo alguien, dos asesinos hicieron acto de presencia mientras estaba con Isolda.

—Dos hombres intentaron matarnos.

Ross se enfureció.

—¿Cuándo?

—No importa —dijo Ethan, pensativo—, pero el bosque no era completamente nuestro.

—¿Intentaron mataros? —preguntó Talbot.

—A mí, no. O eso pensé.

Pero si lo pensaba bien, no tenía ningún sentido que fuera un enviado de Charles, si en verdad lo que quería era hacerse con Dunmore para después casarse con ella, ¿por qué atentaría contra la vida de Isolda?

Tampoco hubiera necesitado ese matrimonio, ella era una mujer, no tenía derechos sobre absolutamente nada. Y no es que fuera un desconocido, llevaba el apellido Beaumont, era lógico que fuera el sucesor. Charles había sido el legítimo heredero de esas tierras, estuviese viva o no, hasta que él ganó la plaza.

De pronto Ethan abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma.

Puede que Charles no hubiera atentado contra Isolda, pero… ¿y contra el viejo? Si eso era así, significaba que el enemigo estaba en el interior de Dunmore. La misma persona que había envenenado a lord Beaumont.

—Quizás Charles tenía un plan mucho más elaborado de lo que había pensado. Quizás el asesinato de su tío fue cosa suya para quitarse un obstáculo de en medio.

Ross alzó una ceja.

—Pero le quedaría otro obstáculo aún mayor —dijo, mirando a Ethan—. Tú.

—Bueno, pero solo sería uno. Porque según veo, ese bastardo de Beaumont no tenía cabeza para ceder la mano de su hija a nadie.

E Isolda no iba a entregarse a su primo sin una buena razón, o amenaza.

—Oh, Señor —suspiró Ethan. De repente, echó en falta la astucia de Ingrid, la famosa bruja danesa y madre de Ayla McDonald; ella, con su experiencia, con total seguridad, habría identificado la causa de la muerte de ese hombre—. No vamos a volver a hablar de esto —zanjó.

—¿Mi señor? —preguntó extrañado *sir* Talbot.

—Confío en vosotros dos, pero no en las paredes, que podrían tener oídos.

—¿Sospecháis que hay alguien dentro que pueda ser aliado de Charles?

Ethan se encogió de hombros y miró a *sir* Talbot cuando este habló.

—Antes de vuestra llegada, vimos claramente, mi señora y yo, a alguien haciendo señales luminosas desde un punto en concreto del bosque —dijo el caballero, captando toda su atención—. Pensamos que erais vos y por eso no se os informó después de la toma de Dunmore.

—¿Cuándo fue eso?

—El día que nos conocimos en el bosque.

Las miradas de los tres hombres se dirigieron a la puerta, donde Isolda acababa de hacer acto de presencia.

Iba a reprenderla por interponerse en asuntos importantes, pero tenía preguntas más urgentes que hacerle.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dijo Ethan.

Ella se encogió de hombros al tiempo que entraba en su despacho.

—Pensé que habías sido tú. A fin de cuentas, estabas vigilándonos. Luego pensé que hacías señales a alguien que estaba dentro de los muros. Sé que había hombres que seguían siendo fieles al recuerdo de tu padre.

Ethan no pudo rebatirle eso.

—No fui yo.

Isolda caminó hasta su esposo.

—Si se trata de Charles Beaumont, dudo que ataque abiertamente —dijo Isolda.

—Tú lo conoces —dijo Ethan—, es tu primo. ¿Qué opinas?

Isolda suspiró, luego se sentó en una silla, frente al escritorio de su esposo que antes había sido el de su padre. No el suyo, pues ella siempre prefirió trabajar en el archivo.

—No es tan listo como para idear una estrategia que le lleve meses de preparación.

—Al menos en esto estamos de acuerdo —dijo Ethan—. No es muy listo. Solo tiene fuerza bruta y una ambición inconmensurable.

—Sí, es tenaz y sobre todo, muy convincente. Sorprendentemente, tiene cierto carisma. —Ethan alzó una ceja, no le gustó nada que su esposa alabara a otro hombre y mucho menos si ese era Charles, pero la dejó proseguir—. Siempre ha sabido hacer buenas alianzas y sus hombres lo seguirán hasta el infierno.

Ambos esposos se miraron.

—¿En qué piensas?

—En que podría tener algún cómplice en Dunmore.

Ethan gruñó, no podía asegurar que fuera mentira. Es más, opinaba exactamente lo mismo.

—¿Lo crees de verdad?

—Aquí nadie le quiere —dijo Isolda sin dudar—. Los siervos le odian y las mujeres le temen, pero hay que tener en cuenta todas las posibilidades.

Ethan hizo una seña a Talbot y a Archibald, con la mano. Ellos entendieron y se dispusieron a abandonar el despacho, dejándolos a solas.

Antes de que saliesen, les ordenó:

—Ni una palabra de esto a nadie, mañana hablaremos.

Cuando la puerta se cerró, ambos se miraron por unos momentos en silencio, que Ethan rompió.

—Isolda —empezó a decir—. Si su plan era casarse contigo para conseguir la plaza, jamás tuvo sentido que mandara un hombre a matarte.

—Es posible —dijo, pensativa—, pero ahora que estoy casada… creo que esas palabras de la carta solo tenían el objetivo de provocarte. Dudo que me desee lo suficiente como para arriesgarse a tomar el castillo. Él no es así. Charles es una serpiente que esperará a lanzar su ponzoña cuando nos vea distraídos.

—Por otro lado —la voz de Ethan se hizo más suave—, creo que quiso librarse de tu padre para ocupar su lugar.

Isolda dio un respingo.

—¿Eso crees?

—¿Por qué no? Tú me crees cuando te digo que no asesiné a tu padre, ¿verdad?

Hubo un silencio demasiado largo e incómodo.

—Dices que… —Isolda se esforzó para que su voz no se quebrara—. ¿Crees que alguien traicionó a mi padre? ¿Alguien de los nuestros?

A Ethan no le gustó la palabra nuestros cuando no lo incluía a Isolda y a él en el mismo grupo.

—Si tienes razón en esto —Isolda no podía pensar lo horrible que era la situación—, significaría que Charles tiene a alguien dentro del castillo y que consiguió acercarse a mi padre sin levantar sospechas. Y si ese alguien intentó matarme fuera de estos muros enviando a dos asesinos, puede volver a intentarlo.

Isolda se apretó ambas manos contra el pecho y Ethan no pudo pasar por alto el temblor de su cuerpo.

—Ven aquí. —La abrazó con fuerza, apoyando la barbilla contra su coronilla—. No permitiré que nadie te haga ningún daño,

tienes mi palabra.

Isolda suspiró.

Sus ojos no mentían.

—Oh, Ethan. —Lo abrazó con más fuerza. Cuando pudo hablar sin temor a que su voz se quebrara, anunció—: Está bien. Me encargaré de que a estas paredes les salgan ojos y oídos. Pediré a Gwyneth y a Emma que vigilen cualquier movimiento entre las doncellas y sirvientas. Si estas paredes tendrán oídos, serán los nuestros.

Isolda miró a su esposo, aún entre sus brazos.

Se apartó un poco y se reprendió a sí misma al desear continuar con lo que habían empezado en la biblioteca. Pero no era el momento.

Cuando, después de hacer un sutil movimiento de cabeza, ella caminó hasta la salida, Ethan abrió la boca para decir algo.

Quédate…

Pero las palabras murieron en sus labios en el momento en que su esposa lo dejó solo.

Capítulo 23

—¿Dónde vais, mi señora? —Emma no daba crédito mientras veía a Isolda ponerse la capa.

—No te preocupes, Emma.

—Pero… ¡No podéis ir al bosque sola!

—Sé lo que me hago.

—Dudo que al señor le guste la idea.

—No le agradará en absoluto —respondió con un suspiro, pero hay cosas que simplemente tenía que hacer.

Cuando el mensajero llegó con la carta, Emma se había encargado de entretenerlo en la cocina. Después de tirarle de la lengua, su doncella le había informado que Charles estaba en el bosque y que quería hablar con ella.

—¿Queréis que le diga algo a vuestro esposo, si no volv…?

—Volveré, Emma, antes de que nadie se entere de que me he ido —la tranquilizó, Isolda—. El señor dormirá hasta tarde.

Ya se había encargado ella de decirle a Ross Archivald que se ocupara del entrenamiento de la mañana porque su esposo estaba cansado.

Quizás debería haber sido una buena esposa y no haberle dado unas hierbas somníferas. Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Isolda. La última vez que había puesto algo en la bebida de su esposo fue para matarlo.

Cerró los ojos y pidió perdón a Dios.

Cómo habían cambiado las cosas en tan solo unas semanas, ahora sería capaz de entregarse ella a la muerte antes de permitir que alguien lastimara a su esposo. Por eso tenía que hablar con Charles. No podía demorarlo más.

—Señora, tened cuidado.

Isolda asintió.

—Si preguntan por mí, decid que me he retirado a rezar a la capilla y que no quiero ser molestada.

—Pero…

—No quiero que se entere de mis salidas al bosque —la interrumpió—, me obligaría a ir con un escolta y lo que más necesito en estos momentos es estar sola.

Después de que Emma terminase de abrocharle la capa, se asomó por la ventana, desde donde se divisaba el patio de armas y los establos.

—Deseadme suerte.

—Suerte, mi señora.

Al abrir la puerta para partir, se encontró a Gwyneth y dio un respingo.

—¿Vais a salir, Isolda? —Se sorprendió al verla con unos ropajes más propios de una campesina que de una dama—. Os quería hablar de un asunto, pero puede ser en otro momento.

—¿Es importante?

—No, solo sobre los platos para la cena. Yo…

—Entonces, disculpadme, *lady* Langford.

Intentó sortearla dejándola boquiabierta. Cuando Gwyneth miró a Emma, esta solo pudo encogerse de hombros.

—Pero señora, esperad un momento —dijo, sospechando que pasaba algo.

A pesar de vestir siempre de negro, Gwyneth iluminaba cada estancia en la que entraba con su belleza, fina y elegante. Su voz, siempre dulce y calma, tenía el don de apaciguar a los demás. A veces, Isolda se relajaba tanto en su presencia, que sentía que se

adormecía, como le pasaría a una mariposa tras quedar atrapada en la seda de la araña, cuando esta les inyectaba su veneno paralizante.

Era lo que siempre decía Emma de ella, pues todos sabían que la dama no era santa de su devoción. En esos momentos, la doncella la miraba con tal inquina que Isolda sintió ganas de reprenderla. No lo hizo.

—¿Dónde vais así vestida?

Por un momento dudó, miró a Emma y finalmente se lo dijo, a pesar de que su doncella no estaba de acuerdo. Alguien de su entera confianza debía saberlo, por si sufría algún contratiempo, y ambas mujeres lo eran.

—Deseo salir a recoger algunos frutos silvestres. —No era del todo mentira. Pensó, además en recolectar algunas hierbas que nacían en esa época del año y que le calmarían el ardor de estómago que tenía últimamente.

—¿Frutos silvestres? —Gwyneth frunció el ceño.

—Sí, antes de que llegue el invierno y acabe con los zarzales. —No quiso decirle que necesitaba recoger algunas plantas medicinales que le aliviasen las náuseas que sentía cada mañana y

que le embotaban la mente el resto del día. Eso se lo guardaría para sí.

Gwyneth la miró con esos ojos tan grandes y grises, que destacaban bajo sus largas y oscuras pestañas y solo pudo en ellos ver cariño y preocupación.

—Oh, mi señora Isolda. —Se inquietó Gwyneth—. ¿No es demasiado… peligroso, ahora que Charles está al acecho? —dijo, juntando ambas manos frente a su rostro, lo que la hizo fijarse en ese hermoso anillo de piedra oscura y brillante que siempre lucía en el dedo corazón de la mano derecha. Incluso en las joyas que portaba, *lady* Langford honraba a su esposo fallecido con su luto.

Parpadeó, para despejarse del aturdimiento que le producía el resplandor de esa piedra hipnótica.

—No voy a permitir que nada altere mis rutinas, mucho menos mi primo. Él no es ningún peligro para mí.

—Pero… ahora no solo sois su prima, sino la esposa de su enemigo.

—Lo sé. —Pero tenía que salir de allí—. Además, puedo recorrer el bosque de Dunmore sin ser detectada.

—Bueno. —Entrelazó las manos y las dejó caer. Obviamente no estaba conforme, pero ¿quién era ella? Solo una dama a la que

su padre tuvo la bondad de acoger y el actual señor, la nobleza de no echar.

Gwyneth gimió.

Era consciente de que ese hombre, a quien Stewart trataba como a su mejor amigo, ya habría envenenado sus oídos contra ella.

—Supongo que nadie conoce ese lugar mejor que vos —dijo la dama—. Pero id con cuidado, ahora tenéis una gran responsabilidad, sois, al fin, la legítima señora de Dunmore. Os necesitamos. Vuestro esposo también os necesita.

—Sí, mi señora —Emma se adelantó un paso, mirando con cara de pocos amigos a Gwyneth, como si estuviera cansada de que siempre quisiera quedar bien con su señora—, tened cuidado.

Isolda frunció ligeramente el ceño.

—Gracias por el consejo.

Iba a salir por la puerta, cuando Gwyneth se interpuso, agarrándola por el brazo.

—¿No habéis desayunado? —preguntó—. Id antes a las cocinas, para que la señora Wood os prepare algo.

—No, gracias —dijo, tocándose el vientre—, no tengo demasiado apetito. Tomaré algunos frutos por el camino.

Gwyneth parpadeó, fijándose en donde su señora había colocado las manos. Emma también se dio cuenta, y cuando ambas mujeres se miraron, ninguna de las dos dijo nada.

Gwyneth la siguió por el corredor e Isolda frunció el ceño, pero sin ralentizar el paso.

—Disculpad mi atrevimiento, pero, la pasada noche me pareció que… —Gwyneth se interrumpió para formular la siguiente cuestión. Le sonrió después de un leve carraspeo— ¿Qué tal os trata lord Stewart?

Isolda se molestó ante la pregunta y casi tropezó con sus propios pies.

—¿Qué queréis decir?

No podía ver en ella más motivo que una sincera preocupación hacia su persona. No es que estuviera insinuando que su esposo fuera cruel con ella. Por otro lado, quizás solo manifestara un curioso interés. Aunque sería extraño en ella. Gwyneth siempre fue muy discreta con todo lo que concernía, no solo a su vida privada, sino a la de los demás. Eso le había gustado siempre.

Le sonrió con tristeza al darse cuenta de algo.

La tomó de la mano y se la apretó.

—Mi esposo me trata bien, descuida —dijo Isolda.

Se había acordado de algunos de los rumores que envolvieron a Gwyneth cuando llegó a aquella casa. Se decía que su esposo fue un demonio que la maltrató cada uno de los días de su matrimonio. Con aquella pregunta sobre Ethan, quizás solo quería asegurarse de que la trataba bien.

—¿De veras? —preguntó Gwyneth, con alivio.

Isolda respiró hondo, cuando volvió a recordar otro rumor. El esposo de Gwyneth murió asesinado, sin duda un golpe del destino que era de agradecer.

—Me voy acostumbrando poco a poco al… matrimonio. —Quizás demasiado. Jamás pensó que se sentiría tan complacida al recibir sus besos y caricias. Era capaz de hacerle sentir tantas cosas… excitantes. Pero decidió ser prudente y guardarse para ella todo lo que sucedía entre ellos dos en la intimidad de la alcoba.

—Sí, con el tiempo quizás podáis acostumbraros —dijo Gwyneth con pesar, sin duda pensando en tiempos pasados que no fueron mejores—. Con el tiempo, es posible que aprendáis a tolerar a vuestro esposo en la intimidad.

Isolda estaba convencida que la sonrisa que le dedicó mostraba más su pena hacia su amiga, que su falsedad al hacerle

creer que «tolerar» era una palabra justa para lo que hacía ella cuando Ethan la tomaba.

—Gracias, Gwyneth.

No pasó por alto que Emma aguardaba varios pasos más allá y que puso los ojos en blanco cuando creía que nadie la veía. Sin duda, su doncella sabía que Isolda no «toleraba» nada, más bien lo disfrutaba, con demasía, casi rozando el pecado.

Capítulo 24

Isolda dejó atrás la fortaleza. Se las arregló para descender por la cara sur, lejos de miradas indiscretas y descendiendo entre rocas y arena hasta llegar al camino que daba a la playa. Dio un buen rodeo hasta que los árboles que llegaban casi acariciando el mar, la engulleron.

Se sintió aliviada al cerciorarse de que nadie la seguía.

Cuando avanzó sola por el bosque, iba pensando en la conversación que había mantenido con Gwyneth. De un tiempo a esta parte, la dama parecía muy interesada en la intimidad de su matrimonio. Seguramente se preocupaba por ella, pero Isolda se sentía violentada por tantas preguntas y, aunque siempre había confiado en ella, la intuición la alertaba a ser prudente.

Gwyneth era amable con ella, y muy maternal a pesar de que apenas había diferencia de edad entre ellas. Llevaba años en la casa, y siempre tenía una sonrisa cariñosa que dedicarle. No creía que fuera una mala mujer, al contrario, a pesar de que jamás mostraba

los dientes al sonreír y, que no recordaba haber escuchado nunca su risa.

Pensó que quizás no tuvo nunca muchos motivos para sonreír.

La casaron siendo apenas una niña. Su padre, lord Langford, murió tras sufrir unas fiebres repentinas mientras ella estaba casada con lord Warren, que también murió asesinado poco después. Al ser un pariente lejano y no tener más familiares vivos, lord Beaumont la acogió tras quedarse sola. Y para que Isolda tuviera alguien con quien compartir esa difícil etapa de su vida, cuando se estaba haciendo cargo del control de la fortaleza.

Gwyneth siempre se había mostrado agradecida y, al caer enfermo el señor, la ayudó a dirigir al servicio. Nadie, jamás, tuvo queja de ella, aunque era de todos bien sabido que Emma no la soportaba. Decía de Gwyneth que era fría y un aura oscura la rodeaba. Isolda siempre había creído que eran celos porque Emma, a pesar de ser una doncella, era como su hermana, se habían criado juntas.

De pronto, algo captó su atención en el sendero, que la obligó a salir de sus pensamientos y centrarse en lo que había a su alrededor.

Se detuvo a escuchar y, habría jurado que alguien la seguía.

—Maldición —murmuró para sí.

Se dio la vuelta y solo vio los altos árboles alzándose hacia el cielo, ocultando parcialmente la luz del sol. Se encontraba en una parte del bosque donde los álamos se propagaban. Al llegar el otoño, las hojas empezaban a caer y el suelo estaba cubierto de ellas. Un olor dulzón la envolvió y la hizo sonreír. Su padre decía que, al pisarlas, estas desprendían ese aroma.

Siguió avanzando, se dirigía a su lugar secreto, donde conoció a Ethan. Allí crecían unas hierbas que calmaban los mareos que últimamente la asaltaban. Cuando al fin llegó, se dispuso a recoger las raíces y algunas flores para hacerse una infusión y secar el resto. Mientras las recogía, volvió a sentir unos pasos tras ella, esta vez más cercanos. Poco después, no tuvo ninguna duda, no estaba sola.

***

Ethan frunció el ceño. Acababa de sentir algo… extraño, un mal presentimiento. Frenó al caballo echando hacia atrás el peso de su cuerpo y el animal se detuvo, obediente.

—¿Has visto algo? —preguntó Ross, que estaba más adelantado.

Su señor observó el suelo. Acababa de detectar un rastro.

—Alguien ha pasado por aquí.

Con un poco de suerte, sería Isolda. La atraparía y podrían volver a casa. ¿Cómo se le había ocurrido a esa arpía drogarlo para que durmiera hasta bien entrada la mañana? Por suerte, su doncella no era tan leal como ella creía, o bien le tenía demasiado miedo. Emma había confesado enseguida. Isolda se había ido al bosque con la excusa de recolectar algunas hierbas, pero Ethan se temía que era para algo mucho peor.

Ross se acercó con su yegua, con cuidado de no pisar donde Ethan miraba.

—¿Crees que se habrá reunido con Charles? —Ethan no contestó, le dolía demasiado pensar en la respuesta—. No veo huellas de cascos.

—Sí van a caballo, pero no tienen herraduras, ¿lo ves?

Su amigo se fijó y asintió.

—Cierto. ¿Dos, o tres, tal vez?

—Tres, sin lugar a duda.

—Entonces no son las huellas de *lady* Isolda, ella no salió a caballo.

Eso lo sabía, pero Ethan se temía que alguien la hubiera interceptado.

—¿Podrían ser antiguas? —Ross lo sacó de sus pensamientos.

—Son frescas, y de después de caer el rocío de esta mañana, porque esta noche ha llovido y las habría borrado.

—Recuérdame que no te discuta sobre seguir un rastro. —Rio Ross.

—Se dirigen al bosque de álamos, donde se vieron las señales luminosas, antes del asedio.

—¿Los seguimos? —preguntó Ross, serio.

Ethan negó con la cabeza.

—Iré solo, tú ve a reunir a nuestros hombres, me temo que necesitaremos ayuda si Charles ha montado un campamento cerca.

Ross asintió y volvió grupas. Cuando el escocés desapareció de su vista, comenzó a seguir las huellas, mientras el mal presentimiento aumentaba, apoderándose de él.

***

Isolda permanecía agachada tras un árbol, mientras un hombre alto y espigado miraba a su alrededor, buscándola. Aguantó

la respiración cuando un segundo hombre apareció tras el primero. Se puso a temblar cuando lo reconoció.

¡Era Charles!

Se llevó una mano al cinto y acarició la daga que portaba. Quería hablar con él, pero no era una idiota.

Su primo no siempre tuvo la más admirable de las intenciones. Era ambicioso, demasiado, para ser tan estúpido.

Permaneció oculta y se tapó la boca para no delatar su posición, pues a cada punto respiraba más fuerte. Habría salido de inmediato, si Charles no hubiera ido tan fuertemente custodiado. El mensajero que le entregó la carta le dijo dónde podría encontrarle, que la esperaría para hablar con ella, y… negociar.

Pero Isolda sabía que había poco que negociar.

Estaba casada con Ethan, y este jamás la dejaría marchar. Por otro lado, Charles jamás soltaría de sus fauces el gran hueso que era Dunmore.

—Isolda —la llamó su primo—. Ratoncillo… Sé que estás aquí, escondida. ¿Por qué no sales a jugar con el gato?

Isolda se tragó un bufido.

Menudo idiota.

Su mente empezó a trabajar.

Cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza.

Siempre fue un muchacho corpulento, tenía una fuerza inhumana, pero era lento y poco inteligente. Si se atrevía a amenazarla, era posible que encontrara la manera de escapar. Si echaba a correr, con su corpulencia, no la alcanzaría. Lamentablemente iba acompañado por tres hombres de apariencia mucho menos amenazante. Pero uno sí tenía que ser rápido, era más delgado y espigado, de ojos oscuros y crueles, como los de Charles.

—Isolda, sé que estás aquí. Recibiste mi mensaje —Charles estaba convencido de que Isolda solo estaba tomando precauciones —, y te hemos seguido —oyó su voz aún más cerca y abrió los ojos.

Resuelta, dio un paso al frente, saliendo de detrás del árbol.

La sonrisa de Charles se iluminó e Isolda apretó los labios, no muy convencida de que hubiera hecho bien en acudir a la cita.

—Mi querida ratoncita, pensé que no vendrías.

Las sonrisas de Charles siempre eran crueles, desde las que dirigía a las doncellas que huían de él aterrorizadas, hasta las que lanzaba a los pobres animalillos que de niño caían en sus garras.

Empezó a sentirse estúpida, pero alzó el mentón y eso le hizo reír.

—Cómo echaba de menos esa mirada llena de fuego.

—¿Qué quieres, Charles?

—Oh, primita. ¿Por qué ese rencor en tu voz? —Se fingió amigable mientras los otros hombres permanecían tras él, guardando su espalda y poniendo sus lascivas miradas sobre ella—. ¿Es porque no te salvé de ese salvaje? Lo lamento —negó con la cabeza, contrariado—. Se me adelantó.

Isolda maldijo por lo bajo.

—¿Se te adelantó?

—Quiero decir… —Charles titubeó por un segundo, pero enseguida volvió a hablarle con docilidad—. Bueno, ya me entiendes, ratoncita…

—Sí, te entiendo. Quieres decir que tenías planeado hacerte con Dumnore antes que los Stewart y…

—Bah. —Charles hizo un gesto con la mano, como si se hubiera cansado de fingir—. Sí, eso es. Me ocultasteis bien que tu padre estaba enfermo. Y mira lo que ha pasado por tu culpa.

—¿Por mi culpa?

—¿Quién te ha defendido? —le espetó Charles—. Ese hombre decrépito que es *sir* Talbot, ni siquiera duró un asalto.

—¿Cómo sabes eso? A no ser que estuvierais cerca y no quisisteis intervenir.

—Oh, pajarito. —Se acercó varios pasos e Isolda se mantuvo firme donde estaba—. No estaba cerca, ¿cómo iba a permitir que ese desgraciado tomara lo que es mío?

Agarró a Isolda por los brazos y en ese instante se dio cuenta de que no estaba hablando de Dunmore.

—Entonces, ¿cómo sabes todo eso?

—Porque no solo Stewart tenía a hombres dentro de la fortaleza.

—¿Qué?

Los ojos de Isolda se agrandaron por la sorpresa, pero si lo pensaba… ¿acaso no era lógico que aquellos que habían servido a su padre, también pretendieran servir a Charles cuando este hubiera muerto?

—Lamento la pérdida de mi tío, pero dicen que no sufrió demasiado. Cuánto debiste sufrir al ver que tu marido mataba a tu padre.

—¡Él no lo mató!

Lo dijo con tanta vehemencia que se dio cuenta del error que había cometido.

Los ojos de Charles se agrandaron por la sorpresa de ver a su prima defendiendo a un Stewart.

—Oh, primita. ¡Mal! ¡Muy mal! —La atrajo hacia su cuerpo e Isolda se estremeció al sentir su aliento agrio contra la cara. Volvió el rostro, pero no pudo huir de él, pues sus manos eran como dos tenazas—. Espero que no te hayas encariñado con ese miserable, porque voy a acabar con él pronto, muy pronto.

A su espalda, sus hombres rieron e Isolda sintió cómo la rabia la inundaba.

—Una vez viuda, te casarás conmigo. Entonces, la casa Dunmore regresará a los Beaumont. Y tú… tú al fin serás mía.

—¿Eso es lo que quieres? —le espetó Isolda.

—¿Acaso tú no?

Tuvo el buen tino de mantenerse callada. Eran cuatro contra una, ¿qué posibilidades tenía de huir? Ninguna.

Por otra parte, sí era capaz de hacerle creer que podía serle útil dentro del castillo, de que volvería con su esposo para abrirles las puertas…

—No eres de mi agrado.

Charles parpadeó, y luego puso cara de disgusto.

—Ah, ¿no?

—Oh, siempre lo has sabido. —Y eso era una gran verdad—. Pero entre tú y ese salvaje, te elegiría mil veces a ti —mintió.

Charles se mostró sorprendido por aquellas palabras, pero también sumamente complacido.

—¿Es eso cierto, ratoncita? —Le acarició la mejilla y ella no se apartó. Aunque por dentro se muriera del asco.

—Por supuesto. Ese maldito mató a mi padre —afirmó, con toda la rabia que fue capaz de redirigir hacia el tema que le interesaba—. Lo encerró en las mazmorras, lo ató con cadenas como a un perro y después lo envenenó. Podría haberle dado una muerte rápida, pero dejó que se retorciera a causa del veneno. No merecía morir así.

—Claro que no —Charles le pellizcó la mejilla—, pero ahora ya estás a salvo.

—Por supuesto que no.

—¿No? —Charles bajó el brazo y la miró con el ceño fruncido.

—Debo regresar.

—¿Con ese salvaje?

—Por supuesto —dijo Isolda, sin atisbo de duda—. ¿Quién crees que te abrirá las puertas del castillo? ¿Quién crees que convencerá a los hombres indecisos para que se unan a tus filas?

Hay soldados de padre que han jurado lealtad a Ethan, pero yo les haré cambiar de opinión. Deben saber que el verdadero señor es un Beaumont.

—¡Ja! —Charles dio una palmada llena de entusiasmo—. Eso es maravilloso. Por fin has comprendido que ningún otro hombre es el adecuado para ti.

Con una sola mano, la agarró apretándole las mejillas.

—Lástima que tuvieras que entregarte a ese hombre para reconocerlo. —Ella no se atrevió a decir nada—. Te amo, desde siempre, querida prima. Sueño con casarme contigo.

—Lo primero es lo primero.

Charles asintió.

—Cierto, debemos deshacernos antes de ese pequeño problema. Tu flamante marido escocés.

Ella asintió.

Lo había hecho bien.

Se oyó una risa siniestra e Isolda tembló. La conocía bien.

Cuando vio cómo los hombres de Charles se daban la vuelta hacia lo frondoso del bosque, una flecha voló, silbando en el aire y atravesando el pecho de uno de ellos que cayó sobre sus rodillas para después desplomarse bocabajo.

—¡Maldición! —gritó Charles.

Tomó a Isolda por la muñeca, pero ella se deshizo de su agarre.

—¿Qué haces?

Ella no le contestó e intentó huir con todas sus fuerzas.

Otra flecha silbó y pasó muy cerca del rostro de Charles, pero no iba dirigida a él. Otro de sus hombres cayó. Esta vez la flecha le atravesó el ojo izquierdo.

El otro hombre que quedaba se dirigió a por los caballos y Charles lo siguió. Fue el momento que eligió Isolda para correr hacia la espesura del bosque.

Escuchó un relincho a su espalda, al volverse pensando encontrarse a Charles, no fue así. Era el otro soldado que quedaba.

—Ven aquí, perra —le dijo, agarrándola por el cuello del vestido—. Tu señor te espera.

Sabía que, sin duda, se refería a Charles.

Isolda se deshizo de él, cayó boca abajo y palpó sobre la tierra rocosa. Tomó una piedra considerable para ser arrojada y al incorporarse la lanzó, apuntando a la cabeza. Le dio de lleno en la frente y cayó de espaldas, fulminado.

—¡Maldición! —gritó Charles, al ver caer a su hombre—. Isolda, ¿qué haces?

En ese momento, ella aprovechó para correr de nuevo hacia los árboles.

No se giró para ver si la seguía.

Corrió y corrió, hasta que la mala suerte hizo que la capa se le enredara con unas ramas y cayera al suelo después de pisar la falda de su vestido. No tuvo tiempo ni de sentir el dolor en las palmas rasguñadas porque, acto seguido, notó un fuerte tirón en el brazo.

Gritó, todo lo fuerte que le permitieron los pulmones, y pataleó al aire. No iba a permitir que su primo se la llevara. Tenía que volver con su marido. Pero cuando logró darse la vuelta y ver quién tiraba de ella, se quedó quieta y volvió a respirar.

—¡Ethan! —jadeó, aliviada.

Oyó un sonido metálico, su esposo había desenvainado la espada. Su brillo la cegó por unos instantes.

—Detrás de mí —ordenó, e Isolda, arrastrándose, obedeció. Luego vio cómo Charles se paraba frente a Ethan, desenvainando también su espada.

Miró alrededor y no vio a su compañero. No sabía que Isolda lo había dejado inerte sobre la hierba.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Ethan.

—Soy lo suficientemente fuerte como para plantarte cara yo solo.

—Había otro hombre, o lo hay —le dijo a su esposo, pero Ethan la ignoró.

Dios mío, estaba molesto. Jamás lo había visto tan furioso. Le lanzó una mirada a Isolda por encima del hombro y cuando sus ojos se entrecerraron, supo que además estaba dolido.

¡Dios mío!

¿Habría escuchado su conversación con Charles? Tragó saliva. Esperaba que no, o de lo contrario, Ethan no tendría motivo alguno para salvarla de su primo.

—Stewart —masculló Charles, alzando su espada, empuñándola con ambas manos y colocándose en guardia—. Luchemos.

—Morirás, malnacido —dijo Ethan, alzando la suya.

Cuando estaban a punto de entrechocar los hierros, el sonido de los cascos de un caballo, acercándose tras Ethan, lo obligó a ladear la cabeza, distrayéndolo de su contrincante.

—¡Atrás! —le gritó a Isolda, protegiéndola con un brazo y ladeándose para ver quién llegaba.

Soltó todo el aire contenido al reconocer a lo lejos el caballo de Ross Archibald.

Todo sucedió tan rápido, que Isolda no supo muy bien qué pasó realmente.

Pero Charles echó a correr, y de repente, cuando Ross estaba a punto de alcanzarlo, el otro soldado se levantó de entre los arbustos y blandió su espada contra él. Por desgracia no lo había matado. No tenía tan buena puntería como pensaba.

Pero quien no pensaba fallar era Ross, quien lo derribó de un solo estacazo. Después, oyeron los cascos de otro caballo rompiendo al galope y supieron que Charles había escapado.

Ross apretó los flancos de su montura e inició la persecución.

—Voy tras él.

—No te arriesgues. No merece la pena.

No obstante, ambos hombres se miraron como si se comprendieran sin palabras y Ross fue tras el primo de Isolda.

Ethan se volvió hacia su esposa.

La furia que había en sus ojos hizo que Isolda se olvidara de respirar.

Cerró los ojos con fuerza, y se agachó, cubriéndose con los brazos, esperando una reprimenda, incluso un golpe que, por supuesto, no se llegó a producir.

—Isolda —dijo, con voz cavernosa.

Cuando abrió los ojos y cosió su mirada a la suya, el brillo de rabia seguía ahí.

—Ethan…

—¿Así que entre tu primo y este salvaje… lo elegirías siempre a él?

Maldición, había escuchado cada una de sus palabras.

—No, Ethan…

Ahora las manos que rodeaban sus codos eran las de un marido furioso. Volvía a estar prisionera, pero mucho se temía que lo que le esperaba era peor que los golpes. Ethan no confiaría jamás en ella, no volvería a mirarla del mismo modo.

—Ethan, deja que te explique.

—¿Explicar? Queda claro que has venido a reunirte con tu primo, para encontrar el modo de recuperar vuestra fortaleza. Pero escúchame, Isolda, eso no pasará. Quizás algún día Dios me arrebate esa plaza, pero juro que jamás nadie te alejará de mi lado.

La confesión provocó que el pequeño cuerpo femenino diera un respingo.

—Regresemos. —Tiró de ella sin miramientos e Isolda solo pudo seguirle, mirando su fuerte espalda, enfundado en un jubón negro sin mangas.

Tragó saliva al percibir su ira.

No sería ella quien hablara, ya habría tiempo para intentar explicarse.

Durante el camino de regreso a Dunmore, no dijeron ni una sola palabra. Ella montó tras él, sobre la grupa, abrazada a su esposo, con la mejilla pegada a su espalda, concentrada en los latidos de su corazón. Ese sonido, la calmó.

Puede que estuviera enfadado, pero estaba vivo.

Su marido estaba vivo. Y ya sabía que su primo tenía hombres dentro de la fortaleza y que no pararía hasta recuperar lo que sería suyo.

Capítulo 25

Isolda esperaba a su esposo más enfadada de lo que lo había estado jamás.

No había atendido a razones. Después de regresar del bosque, la había encerrado en su habitación, le había prohibido salir de la fortaleza, bajo ningún concepto, y hasta había apostado dos guardias en la puerta. De eso hacía una semana.

Se había negado a compartir su lecho y por lo que sabía de Gwyneth y Emma, su esposo se había pasado las horas bebiendo y confabulando con Ross y *sir* Talbot.

¡*Sir* Talbot! Que no había acudido a su llamado porque su esposo se lo había prohibido.

¿Pero qué no había prohibido su esposo?

¡Las fiestas!

Noche tras noche, se había visto obligada a escuchar la música de sus juglares tras la puerta. Había risas, y más risas de

soldados borrachos deambulando por el corredor. Los odiaba a todos, y en especial a su marido…

Se echó a llorar de frustración, porque no, a su esposo no lo odiaba, pero le hubiera gustado hacerlo.

Solo una noche había conseguido escaparse, y ojalá no lo hubiera hecho.

Había dado una copa de vino a sus guardias, animándolos a beber, ya que su señor lo hacía en el salón. Habían aceptado, sin saber que estaba cargada de un potente somnífero.

Sin pensárselo mucho, se había asomado al salón.

No debió hacerlo.

Lo que escuchó le revolvió el estómago.

Ethan y Ross Archibald habían estado hablando de sus conquistas amorosas durante su estancia en el castillo de Lachlam McDonald. El muy rufián había seducido a una doncella llamada Amber y a la mismísima Ayla le había pedido matrimonio en innumerables ocasiones, antes de que ella se casara con el laird McDonald. La lista era larga, y el enfado de Isolda crecía por momentos.

Pero él seguía ignorándola por haber abandonado el castillo e ir al encuentro de Charles. Ni siquiera le permitió explicarle que lo

había hecho para protegerlo.

Días después, no había tenido noticia alguna de su primo, y la desconfianza que sentía su esposo por ella, era más que evidente.

Esa noche se había retirado de la cena sin que Ethan le echara una sola mirada. Pero no le importaba, dijo alzando la barbilla mientras caminaba por la habitación en círculos. Ahora quien estaba enfadada era ella.

Descalza sobre la alfombra, sus pasos iban y venían como una fiera enjaulada.

Era consciente de que había salido al bosque sin calibrar lo suficiente las consecuencias. Sin duda, Charles estaba loco y había tenido mucha suerte de que Ethan la hubiera ido a buscar, pero esa protección no era lo que la enfurecía, sino su desapego súbito por ella.

No habían compartido cama ni una sola vez desde su encuentro en el bosque, e Isolda empezaba sospechar del motivo.

La otra noche, al bajar al salón, se había encontrado que el ambiente era mucho más distendido. Los soldados reían y bebían y eso no era nada nuevo. Sí lo era que su marido tuviera a una mujer prácticamente restregándole sus pechos en la cara.

—¡Ja! —Cuanto más lo pensaba, más furiosa estaba.

No es que él hubiera hecho nada por alentarla, pero tampoco la había apartado. Eso la llevó a hacerse preguntas, ¿había estado con otras mujeres una vez se habían casado? ¿Cuántas habría amado antes que a ella? Con amado, se refería a algo más que compartir el lecho. Ese pensamiento la enfureció todavía más, no por el acto en sí, sino porque la llevó a pensar que quizás por ella no sentía nada. Tan solo el goce de los cuerpos, sin sentimiento alguno hacia su persona.

Se llevó las manos a la cabeza y quiso gritar.

Sabía que había habido otras mujeres, y las odiaba a todas ellas. No era razonable sentir celos. ¡Cielos, no era estúpida! Ni tan inocente como para no saber que los hombres tomaban lo que deseaban, cuándo y dónde querían. Tenían ese derecho y no se les podía reprochar nada. Prefería no pensar en lo injusto que era ese mundo para las mujeres.

Quizás sus miedos la hacían ver fantasmas donde no los había. Pero… odiaba el hecho de sentirse una más de todas esas conquistas.

Porque… ¿Y si no era suficiente para él? ¿Y si se cansaba de ella, y buscaba placer en otros lechos? ¿Y si no la amaba como ella lo amaba a él?

Tras la pregunta que acababa de hacerse, su corazón pareció detenerse.

—¿Qué? ¿Lo amo?

¿Lo amaba? Se preguntó, llevándose una mano al pecho. ¿Estaba enamorada de su esposo? ¿Del hombre que había irrumpido en su vida, sin avisar, para poner todo su mundo patas arriba?

Empezó a temblar, porque la respuesta a esas preguntas… la asustó.

Antes de poder sentarse, intuyendo que sus piernas no iban a sostenerla por mucho más tiempo, oyó sus pasos por el corredor, y se tensó. Tras unos segundos de incertidumbre, reaccionó, y corrió hasta la cama para sentarse sobre el colchón, con las piernas cruzadas.

Cuando él entró en la alcoba, lo miró con la cabeza gacha y arrugó tanto el entrecejo, que pensó que se le quedaría la cara así, para siempre.

—¿Qué sucede? Parece que estés endemoniada —le preguntó, sorprendido, ya que jamás la había visto tan disgustada.

—Suceden muchas cosas —farfulló.

—Ah, ¿sí? —Parpadeó, sin comprender nada.

Su primer impulso fue confesarle su amor. ¡Estoy así porque te amo! Pero se lo pensó mejor. No estaba preparada para que él se riera en su cara.

—¡Sí!

—Vaya… —Volvió a pestañear. Isolda estaba muy rara.

La observó, cuando se sentó como una niña pequeña sobre la cama, con los labios formando un puchero encantador, aunque su rostro evidenciaba que algo muy grave había pasado y que él era el culpable.

—¿Como cuáles? —Alzó una ceja, mientras se sentaba en una silla y se sacaba las botas.

Isolda refunfuñó algo que él no pudo descifrar.

—¿Disculpa?

Lo único que consiguió con su pregunta fue que su esposa se enfadara aún más y resoplara ofendida, como si él debiera saber perfectamente qué rondaba por aquella cabecita.

Cuando volvió a expulsar el aire, un mechón de su frente revoloteó para caer justo sobre su nariz. Se lo apartó de un manotazo, y resopló una tercera vez.

—Amber, Lorraine... ¡Linda!

De pronto, Ethan se puso en pie.

—¡Estás celosa! —exclamó, para después dejar su boca abierta por la sorpresa.

Su encantadora esposa estaba teniendo un ataque de celos. Y… siendo egoísta, eso le gustó.

—¡Es muy posible! —exclamó indignada, poniéndose de rodillas sobre la cama—. Todas ellas me irritan, ¿tan solo estabais que os habéis traído a medio centenar de mujeres a mi castillo?

—*Mi* castillo —la corrigió, sin dejar de reír—. Y son once. Algunos caballeros quieren instalarse conmigo y han traído a sus mujeres. ¿Es un problema?

Ella lo miró con cara de muy pocos amigos.

—Ayla McDonald.

Ethan alzó una ceja.

—¿Qué pasa con Ayla?

—Que ella también está casada, y no con uno de tus hombres. Y de igual modo vendrá.

—Es la esposa de mi antiguo señor. Y no vendrá.

Isolda alargó el brazo y lo señaló con el dedo índice.

—¡La esposa de tu señor! ¡A quien pediste en matrimonio!

Las carcajadas fueron tan sonoras, que Isolda no escuchó nada más, ni siquiera las veces que intentó coger aire sin éxito.

—De todas las mujeres que hay en el mundo, ella debería ser la que menos te preocupe. —No supo cómo interpretar aquello, pero eso no menguó su enfado—. Ama a su marido, y si lo que te molesta es el hecho de que le pidiera matrimonio, lo he hecho centenar de veces…

—No lo estás arreglando —dijo, con los dientes apretados.

—Isolda…

—¿Fue ella quien te persiguió con una pala por toda Escocia?

Ethan se vio tentado a soltar una carcajada, pero se contuvo porque no habría sido prudente hacerlo.

—Era una azada, y esa fue Lorraine.

—Oh, sí, Lorraine, la hija de McCartney. Qué pena que no te llegó a despellejar el buen laird.

—¿Cómo sabes…? —suspiró—. Estabas espiando cuando hablé de mis antiguas amantes con Ross, ¿verdad?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Espiando no es la palabra.

—Elige la que quieras, pero ¿escuchaste toda la conversación? —preguntó, de pronto preocupado, no de que ella supiese el nombre de sus examantes, sino de que hubiese podido oír

la última parte, donde le había confesado a su amigo que amaba a su esposa.

—Lo suficiente como para saber que eres un… un…

—¿Un amante maravilloso?

—Oh, por favor. —Estaba indignada.

—Entonces —la interrumpió, acercándose a la cama— ¿No te quedaste espiando hasta el final?

—¡Oh! —exclamó, indignada—. ¿Para seguir escuchando los nombres de tus antiguas amantes? ¿Acaso hay más mujeres?

Él tardó demasiado en negar.

—Bueno…

—¡Por supuesto que sí las hay! —gimió, espantada consigo misma por mostrarse tan vulnerable ante un hombre que le importaba un comino su matrimonio.

—Isolda...

—Sí, lo sé —lo cortó—, no estábamos casados y eres… —lo miró de arriba abajo, con rabia y deseo— eres un hombre muy guapo. ¿Qué mujer en su sano juicio no caería rendida a tus pies?

La sonrisa fue tan devastadora que Isolda frunció el ceño y lo miró como si hubiera dicho algo más de lo que pretendía.

—¿Soy guapo? —Se señaló el rostro. Su sonrisa de medio lado era encantadora y ella apretó los puños.

Enfurruñada, se obligó a ignorarle. Bajó de la cama solo para volver a sentarse en ella con los brazos cruzados.

—No importa. Eres un hombre, y puedes hacer lo que quieras.

Eso le hizo fruncir el ceño.

—Te equivocas, no puedo hacer lo que quiera.

—Oh, claro que no —escupió, con evidente sarcasmo—, te has visto obligado a casarte con la horrible hija de tu enemigo —sollozó—. Tu heredero portará la sangre de mi padre. De todas las opciones posibles, yo era la peor esposa que podrías haber escogido, a menos que Ayla McLeod te hubiese dado el sí.

—Pe… pero… ¿Qué…?

Ethan se quedó mudo, paralizado, sin saber qué decir.

Miraba el rostro de su esposa, y solo podía ver rabia y sufrimiento. Curiosamente, la misma rabia y el mismo dolor que él había guardado en el corazón durante todos estos años y que, poco a poco, beso tras beso, caricia tras caricia, ella había borrado hasta hacerlos desaparecer.

—¿Piensas que alguien hubiera podido obligarme a desposarte si ese no hubiera sido mi deseo?

Se acercó a ella y puso dos dedos bajo la barbilla de su esposa, para que alzara la cabeza y lo mirara.

—No lo sé.

—La respuesta es no. Nadie podría haberme obligado. Ni el mismísimo rey.

Se miraron a los ojos y guardaron silencio hasta que Ethan se sentó a su lado e hizo que lo escuchara.

—No me importa que mi hijo lleve la sangre de mi enemigo, porque esa sangre también es tuya. Y no puedo ni imaginarme no estar casado contigo.

Las lágrimas de ella surcaron sus mejillas, boquiabierta por lo que le estaba diciendo.

—Cállate —su voz apenas fue un débil susurro.

—¿No quieres escucharlo?

—Hablas como…

—¿Cómo?

Era demasiado pronto, él no la amaba, estaba segura. Y ella… ella no estaba preparada para confesárselo. Como tampoco le había confesado las cosas horribles que había hecho.

—No quería casarme contigo —le dijo.

Ethan asintió.

—Sí, puedo imaginármelo.

Lo miró de reojo y tomó valor para hablar.

—Intenté matarte.

Los ojos de Ethan se abrieron por el asombro y dio un salto de la cama, parándose frente a ella. Por instinto, Isolda quiso huir y también se puso en pie. Caminó rápido hacia la chimenea, con las manos entrelazadas con fuerza.

—¿Qué? —dijo Ethan a su espalda—. ¿Cuándo?

—En el bosque. Yo sí me di cuenta quién eras. —Se dio la vuelta y lo miró a los ojos—. No la primera vez, pero sí que al ir a tu encuentro la segunda… yo… yo ya sabía quién eras.

Él seguía sin comprender.

—¿Cómo intentaste matarme?

—Con veneno.

Retrocedió un paso como si lo hubiera golpeado.

—¿Veneno?

—Sí… en el vino.

Ethan alzó una ceja y recordó cómo ella se había apresurado a tirarlo sobre la hierba. En aquel momento, le había parecido

extraño, pero no había vuelto a pensar en ello.

Isolda cayó de rodillas y lloró amargamente.

—Soy horrible. Pero solo quería salvar a mi gente. Pensé que, si no existieras, no habría más problemas. Nadie intentaría conquistarnos, ni vengarse de nosotros, nadie descubriría la enfermedad de mi padre y todo seguiría igual.

—Isolda…

—No —sollozó—. No te acerques.

Cuánto se arrepentía.

Ignorándola, dio otro paso hacia ella, y luego otro. Y cuando desplegó los labios para hablar, ella no se lo permitió.

—¡Márchate! —gritó—. Hoy dormiré aquí, sola. Tú vete a… a donde quieras. O con quien quieras.

El temblor de su voz la delató. Sufría.

—¡Ah! Intentas envenenarme y me echas de mi propia cama. —Pareció pensárselo—. No sé qué me parece más horrible.

—¡Ethan!

Lo miró con el rostro lleno de lágrimas. Sorprendida, vio cómo los hombros de él se sacudían.

—¿Te estás riendo?

Sí, eso hacía.

—Isolda, te agradezco que no me mataras.

—¿Que me agradeces…? —farfulló—. ¿Acaso no te importa? ¿No ves lo mala esposa que soy? ¡Te quería muerto!

—Mientes —aseguró, su rostro se volvió serio y dobló una rodilla para ponerse a su altura, antes de saber qué pasaba, la había tomado por los hombros y ya volvía a estar en pie.

—No… no miento.

—Sí, lo haces —aseguró—. No querías matarme, ni quieres que me vaya, ni quieres dormir sola, mucho menos quieres que te deje por otra mujer. ¿Y sabes por qué?, porque este es el único momento del día que puedes permitirte ser feliz, en el que puedes ser tú misma, expresar lo que sientes, sin necesidad de palabras.

—¿Qué estás diciendo?

—Me deseas, Isolda. Echas de menos mis besos y mi cuerpo, a cada minuto, a todas horas.

—Pues bien que me lo has negado.

—Estaba enfadado. —Se encogió de hombros.

—Tú no te enfadas nunca.

—Sí, cuando te veo en peligro. Eres mi debilidad, Isolda.

Ella se encogió porque sintió un calor demasiado agradable en el corazón.

—Tú…

Él le guiñó un ojo.

—Y yo sé que soy la tuya. —Aunque hizo una mueca, Isolda no lo negó—. Te sientes huérfana cuando me separo de ti cada mañana, y durante el resto del día, no dejas de pensar en mis caricias y en el placer que solo yo puedo darte. ¿Y sabes por qué?

Ella tragó saliva y negó con la cabeza.

La boca de su esposo estaba cada vez más cerca.

—Porque…

Porque me amas.

Capítulo 26

Porque me amas, quiso decirle.

Pero no se atrevió.

Isolda lo miraba fijamente, se le estaban secando los ojos de no parpadear.

Soy yo el que te ama, y… me gustaría tanto que lo que acabo de decir de ti fuera cierto. Ojalá pudieras quererme como yo te quiero a ti.

Eso no pasaría. Estaba seguro. Solo estaba celosa, porque únicamente lo deseaba, pero no había amor.

—¿Por qué…? —preguntó Isolda, al ver que no decía nada.

—Porque te has acostumbrado a mí, has visto que no soy un mal hombre y… —No iba a decirle que lo amaba, porque por mucho que lo deseara, Ethan sabía que no era cierto. No podía serlo.

Ella misma le acababa de confesar que había intentado matarle.

Soltó todo el aire que retenía en sus pulmones.

Tú no me amas, lo sé.

Pero eso era exactamente lo que sentía él.

Exactamente eso.

—Yo… —Sus ojos se humedecieron—. Yo me he acostumbrado a ti —asintió Isolda, solo le faltaba un poco de valor para decirle lo mucho que lo amaba—. No eres un mal hombre…

Dile que lo amas, se dijo Isolda, pero ella tampoco se atrevió.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—No es nada. Solo soy una tonta celosa.

Ethan le enmarcó la cara y le besó los labios con dulzura, luego la abrazó.

Puede que uno pensara que el otro no lo amaba, pero… al menos tenían esto.

Se quedaron largo rato en silencio.

Finalmente, Ethan le dio un beso rápido en la frente y empezó a desvestirse para por fin acostarse.

—Mañana partiré a la caza de Charles —dijo, en tono neutro —. Antes de que amanezca.

Isolda se quedó mirando la espalda de su marido como si no hubiera escuchado bien. Pero sí lo había hecho, ¿no?

Abrió mucho los ojos, y el pánico la paralizó.

—¿Qué? —jadeó, sintiendo cómo le faltaba el aire.

Ethan se desnudaba mientras ella lo rodeaba y se sentaba en la cama con las piernas cruzadas, mirándolo sin saber cómo debía sentirse, ni qué decirle.

¡No quiero que te vayas! ¡No busques a Charles! ¡Te matará!

Te matará y no podré soportarlo.

Todo eso pensaba mientras su perfecta silueta, alta y musculosa, se recortaba frente a las brasas de la chimenea.

Era terriblemente hermoso y no quería que le pasara nada. Él tenía razón, era un buen hombre y la trataba bien. Hasta tenía en cuenta sus opiniones, jamás le había restado autoridad frente a sus sirvientes, ni reprendido ante sus hombres. En definitiva, nunca le había faltado al respeto después de casados, algo que ella tenía muy presente.

Ethan era un buen esposo, cariñoso en la intimidad y yacer con él era lo más bonito y excitante que le había pasado en la vida. Pero…

¿Era eso el amor? ¿Tener el corazón acelerado en su presencia, añorarlo cuando despertaba sola cada mañana y sentir un miedo atroz a que no regresara con vida de una contienda? La sola

idea de perderlo… le resultaba más insoportable que todas las amantes que hubiera podido tener.

No estaba segura de que eso fuera amor, pues no lo había sentido para poder comparar, pero sí sabía que acababa de cruzar el punto de no retorno y ya no se imaginaba el futuro sin Ethan Stewart, el Cuervo Errante.

Tenía que estarlo, pues su corazón latía desbocado en su presencia y también en su ausencia, pero de un modo distinto.

Lo acarició con la mirada y soportó estoicamente las lágrimas, que amenazaban con escapar.

—¿Por qué tienes que marcharte? —preguntó, al fin, cuando supo que podía controlar su voz y no se iba a echar a llorar… o suplicar.

—Isolda… Ya hemos hablado de ello. Como señor de Dunmore, no puedo tolerar una afrenta contra tu persona…

—¡Charles ha marchado y no regresará!

Lo escuchó suspirar. Pero eso no impidió que siguiera diciendo estupideces, pues sabía, tan bien como Ethan, que su primo no pararía hasta lograr su objetivo.

—No podemos estar seguros de ello.

—Charles es un cobarde, no tiene apoyos suficientes como para retarte siquiera. Solo te está provocando y seguramente espera a que caigas en la trampa que te está tendiendo.

—¿De qué trampa hablas, Isolda? —Se dio la vuelta y la miró a los ojos, intensamente—. Jugaste con fuego y casi te rapta.

—Solo quería saber…

—¿Qué estaba tramando? Pues ya lo sabemos. Quiere Dunmore, y a ti —añadió con los dientes apretados—. No los tendrá.

—Ethan…

—¡Isolda! A saber qué habría podido hacerte de no haber llegado a tiempo.

—Solo busca que le persigas, para tenderte una emboscada.

Ethan le dio la espalda y siguió quitándose la ropa, ajeno a que Isolda se iba encendiendo por momentos, aunque su calor empezaba a deberse a dos cosas, la expectativa de ver su hermoso cuerpo desnudo y la rabia por no ser capaz de convencerlo de que no partiera a la mañana siguiente.

Se había vuelto de nuevo y estaba de espaldas. Al terminar de desnudarse, se metió en la cama, bajo las mantas. La miró, esperando que ella acudiera a él, pero supuso que seguía demasiado enfadada.

Por amor de Dios, era preciosa.

Seguía sentada, ahora abrazándose las rodillas. Los largos y rubios cabellos la rodeaban, como si fueran los pétalos de una flor resguardando a un hada del bosque, frágil y temerosa por la llegada de la tormenta. En su rostro, a pesar de que se esforzaba en ocultarlo, podía verse el miedo y la preocupación. Eso le calentó el pecho y cerró los ojos para templarse.

—¿No vienes? —le preguntó, con una sonrisa bailando en sus labios.

Ella permanecía seria y temblaba. Las comisuras de sus gruesos labios, apretadas y en sus ojos verdes un brillo único, eran las lágrimas que pugnaban por ser liberadas.

Pero no lloraría de nuevo, Isolda era demasiado orgullosa como para mostrarle semejante debilidad. Otra vez.

Cuando él sonrió, ella frunció aún más el ceño y se revolvió.

—No pienses que vas a distraerme con una de tus encantadoras sonrisas —refunfuñó.

—Ah, ¿son encantadoras?

—¡No! —exclamó, enfadada, golpeando con los puños el colchón.

Él movió la cabeza, en señal de negación.

—Lamento que este sea un tema que nos separe —le dijo con pesar a su esposa—, pero Charles es una amenaza que debe ser eliminada.

Ella bufó. No quería darle la razón, aunque algo sí que tenía.

—Mi primo es un inútil. —Se enfurruñó, cruzándose de brazos.

—Lo estás subestimando.

—¿No crees que sea un inútil? —Lo miró, ceñuda.

—Sí, lo es. Pero… los inútiles a veces tienen buenos contactos y amigos inteligentes.

Abrió la boca como si pensara en una opción concreta.

—¿Crees que el rey David finalmente se pondrá de su lado?

Ethan sonrió más abiertamente.

—Puede que yo también sea un inútil, pero tengo amigos muuuuy listos. David no se atreverá a enfadar a las hordas del norte, ni a las brujas vikingas.

Isolda parpadeó, confusa.

Su marido guardaba muchos secretos y misterios que ella se moría por descubrir.

—No quiero que te vayas, Ethan.

—Regresaré.

—¿Y quién protegerá Dunmore en tu ausencia?

Hubo un pequeño silencio, hasta que él lo cortó.

—¿Tú? —Iba en serio. Sabía que su esposa era perfectamente capaz de defender Dunmore. Pero ya estaba cansado de ese asunto y añadió—: ¿Podemos dejar de hablar de tu maldito primo?

Ella se acercó a él, pero lo hizo con cara de muy pocos amigos.

—¿Prefieres hablar de lo desprotegidos que estaremos si te marchas?

—Te recuerdo, mi dulce y bella esposa, que tú sola derrumbaste con una simple piedra a un guerrero experimentado. Pero antes, te enfrentaste a todo un ejército para defender tu plaza y tu honor. Soportaste su asedio durante una semana. Después, con tus encantos y habilidades, sedujiste a tu enemigo… y…

—¡Eres imposible! —Gateando, se acercó a él y lo golpeó con suavidad en el brazo.

Ethan la atrapó entre sus brazos antes de que pensara en huir.

—Y… lo rendiste a tus pies —confesó, arrodillándose sobre la cama. Tomó sus manos para besárselas con absoluta devoción, para después ponérselas sobre su pecho—. Y aquí tienes a este corazón

atrapado en mi pecho, que solo es capaz de latir con pasión en tu presencia.

Se le secó la boca ante la confesión de Ethan, pero de inmediato meneó la cabeza para despejar esa emoción.

—No pienses que con palabras de miel vas a convencerme. Sigo enfadada. Por todas tus amantes y por dejarme sola.

Eran los celos y el miedo quienes hablaban, no el amor. Se entristeció, pero no quiso demostrarlo.

—Con palabras no lo sé, pero… ¿con besos y caricias? —Sonrió.

—Estúpido engreído… —gimoteó, cuando él lamió el interior de su muñeca.

Maldito fuera, ese hombre siempre lograría de ella lo que se propusiera, incluso esquivar esa horrible conversación. Lo miró como un lobo hermoso y poderoso que sabe que nada puede alterar su avance.

Isolda solo quería llorar.

No era propio de ella comportarse de forma tan emocional, tan poco racional. Siempre había sido una mujer práctica, incluso fría en algunos aspectos. Ahora, ante cualquier cosa, por pequeña que fuera, se alteraba y… la obligaba a comportarse como una estúpida.

Pero que Ethan marchara a dar caza a Charles, no era una pequeña cosa, aunque sí el deber de todo caballero.

Isolda llevaba siendo educada para asumir eso toda la vida, los hombres iban a la guerra y las mujeres se quedaban en casa rezando para que regresaran sanos y salvos. ¿Por qué le era tan difícil soportarlo?

—Isolda. —La distrajo de sus pensamientos, acariciando sus manos para después besarlas—. Deja de pensar. No estás siendo razonable. He luchado en muchas batallas y esto… esto solo es…

Pánico. Es pánico ante la idea de que no regreses vivo.

—Tú solo quieres vengarte.

—Charles será eliminado, primero porque es el único Beaumont que puede reclamar este castillo. Segundo, porque no solo quiere apoderarse Dunmore, te quiere a ti. Y tercero, nadie codicia a la esposa de Ethan Stewart y vive para contarlo.

Tomó sus manos y las besó de nuevo, lamió el dorso y fue subiendo por el antebrazo.

—Y tú, mi valiente esposa —susurró, entre beso y beso—, eres perfectamente capaz, y lo sabes, de defender sola nuestro hogar. Además —otro beso, esta vez en el interior del codo, una zona sensible que arrancó de labios de Isolda un suspiro—, aquí se

quedará *sir* Talbot para apoyarte, si se llegan a torcer las cosas. ¿De acuerdo? —La miró a los ojos y vio sus mejillas encendidas por el deseo.

Se sostuvieron la mirada durante unos momentos, hasta que ella cedió.

—De acuerdo.

Continuó repartiendo besos hasta llegar a su rostro, donde bebió sus lágrimas hasta llegar a su boca.

Su pecho se calentó al sentir sobre la piel de los labios los jadeos de su esposa.

Ella posó las manos en sus antebrazos y empezó a subir hasta llegar a los hombros. Cuando él la abrazó, se dejó caer sobre la cama. Isolda lo agarró del pelo al tiempo que lo recibía, arqueando la espalda.

El beso se volvió urgente cuando abrió las piernas y permitió que se acomodase sobre ella, acompasándose al movimiento de sus caderas.

Aún llevaba puesto el camisón, y él estaba completamente desnudo. Ansiosa por sentir su piel contra la suya, ella misma agarró la prenda y se la sacó por la cabeza, ayudada por su esposo que,

mientras tanto, repartía besos apasionados por todas las partes a las que tenía acceso.

Regresó a su boca y apretó sus senos, llenos y turgentes.

—Oh, mi amor —dijo, bajando por su cuello, lamiendo su clavícula.

Ella jadeó, y se arqueó, echando la cabeza hacia atrás, cuando él capturó un pezón con los labios y le pellizcaba el otro con el índice y el pulgar.

—¿Te gusta? —preguntó, antes de darle la atención merecida al otro seno.

—Oh, sí… ¡Ahh!

Sentía la entrepierna tirante, necesitaba hundirse en su esposa, pero antes pensaba volverla loca de placer.

Descendió, con tortuosa suavidad, hasta llegar a su monte de Venus. Abrió las piernas para recibir su lengua, que no tardó en abrirse paso hacia su vulva, caliente y mojada.

Bajó las manos y capturó su rubia melena, tiró de ella al tiempo que bailaba bajo su toque, la danza del placer.

Pronto, un orgasmo sublime la poseyó, obligándola a gritar.

Ethan notó el estallido en lengua y labios y, satisfecho, desanduvo el camino recorrido, de nuevo hacia su boca.

Isolda seguía retorciéndose, gimiendo y suspirando, presa de un completo goce.

Él se detuvo unos instantes, mientras se adentraba en su estrecha cavidad, para mirarla a los ojos.

No podía haber mujer más hermosa en el mundo.

Los labios entreabiertos expulsaban pequeños suspiros y sus pechos temblaban con cada respiración. Los ojos, verdes como el prado, resplandecían, como si guardaran a millones de estrellas. Cuando la empaló en un movimiento rápido y preciso, la oyó gritar y él acalló el hermoso sonido con un beso apasionado y húmedo.

Comenzó a moverse, lentamente, sin perder detalle de todos sus gestos.

—Eres preciosa.

Lo agarró del pelo y tiró de él para alcanzar su boca. Las lenguas bailaron mientras los cuerpos les seguían el compás y los suspiros y jadeos entonaban la melodía del éxtasis.

—Ahh… más… —gritó, a punto de acoger una segunda oleada —. Más rápido.

Él aumentó el ritmo, sin apartar los ojos de los suyos.

Notó el pulso de Isolda en su propia carne. Sus labios, calientes, casi ardiendo como las llamas de una hoguera, lo

estrangulaban y succionaban, hasta que no pudo soportarlo más y se dejó ir.

La abrazó con fuerza, hundiendo la cara en el hueco que había entre cuello y hombro, y gimió mientras se derramaba en su interior.

Entre temblores, besos, caricias y suspiros, llegaron juntos al cielo.

Pasado un tiempo en el que permanecieron abrazados, Ethan se incorporó ligeramente, apoyándose en un codo, para acariciarla con la mirada.

Isolda iba cerrando los párpados por momentos, su respiración era pausada y con la mano derecha alzada, acariciaba en círculos la suave piel de su hombro.

Le apartó un mechón de su frente y se lo colocó sobre la almohada, hizo lo mismo con el resto de su melena, revuelta como hilos de oro, y después besó sus párpados, la nariz, los pómulos y los labios.

Ella abrió un momento los ojos y cosió la mirada a la suya. Abrió la boca para decir algo, pero no produjo ningún sonido.

Te amo, Ethan Stewart. Como jamás pensé que podría llegar a amarte.

Fue su mente la que pronunció esas palabras, mientras él se tendía a su lado y la atraía hacia sí, para abrazarla hasta que también el sueño le sobrevino.

Capítulo 27

A la mañana siguiente, Isolda despertó desnuda y enredada entre las sábanas.

Sonrió, aún con los ojos cerrados y suspiró, mientras se daba la vuelta y buscaba el calor de su esposo. Palpó las mantas y con los dedos halló un tacto suave y fresco. Era una rosa, como las que cada mañana él le dejaba sobre la almohada.

Al comprender lo que sucedía, la ansiedad la golpeó en el pecho.

Se incorporó de súbito y miró a su alrededor.

Ethan no estaba en la cama.

Saltó presurosa y se mareó al poner los pies en el suelo. Las náuseas la sobrevinieron y se enfadó consigo misma por su debilidad. Algo en ella no andaba bien, se sentía débil y mareada. Las mañanas eran terribles y hasta empezó a sospechar que algún alimento no se le asentaba en el estómago.

Tras reponerse, aún desnuda, corrió hacia la ventana y se le detuvo el corazón unos instantes.

Los guerreros ya estaban en formación y Ethan pasaba lista frente a ellos, mientras su escudero se acercaba, portando en las manos las riendas de su caballo, completamente equipado para la guerra.

—Oh, no… —gimió, notando cómo le flojeaban las piernas.

Quizás quien subestimaba a Charles fuera Ethan. Su cabeza bullía con un sinfín de posibilidades. Los amigos de los Beaumont no eran pocos, bien lo sabía ella. ¿Y si la bendición del rey David para su matrimonio no había sido suficiente como para que Charles renunciara a ella y a la fortaleza? ¿Y si Charles había pedido ayuda a sus aliados?

Sería horrible que la búsqueda de su primo se convirtiera en una batalla sangrienta.

Y por la cantidad de hombres que se llevaba su esposo, era probable que él también se lo planteara.

Se llevó las manos a la cabeza y apretó los dientes a causa del dolor.

No tenía tiempo para vestirse adecuadamente si quería despedirse de él. Así que rápidamente se puso el camisón, una bata

encima y la capa ligera.

Antes de salir de la alcoba, abrió un cajón de su mesita y sacó un pañuelo. Se lo llevó al pecho y cerró los ojos. Después, empezó a correr descalza hacia el patio de armas.

Se cruzó en las escaleras con Emma, que se sorprendió al verla tan nerviosa y vestida de semejante forma.

—*Lady* Isolda, iba a vestiros p… —no acabó la frase pues su señora ya había llegado al final de las escaleras.

Sorteó también a una doncella de las cocinas a la que casi hizo tropezar en la entrada del gran salón.

Cuando al fin llegó al patio de armas, Ethan ya estaba montado en su corcel negro.

—¡Laird Stewart! —gritó, acercándose a él a paso rápido y barbilla en alto, mientras sus hombres se apartaban a su paso.

No podía estar más enfadada, ni más triste, ni sentirse más impotente.

Ethan la observó avanzar hacia él, como un ángel recién caído del cielo, con la larga y rubia melena flotando tras ella.

—¿Acaso pretendías marchar sin la bendición de tu esposa? —su voz sonó temblorosa por el dolor, pero el tono fue firme, como el de una reina ofendida cargada de autoridad.

Ethan la miró con sorpresa y... amor.

—¿Me daríais vuestra bendición? —preguntó, con un tono tan seductor que bien podría haberle preguntado dónde deseaba ser besada.

A pesar de dedicarle la sonrisa más pícara que podía regalarle, Isolda estaba enfadada y sus ojos verdes, copados por el brillo de las lágrimas. Frunció el ceño ante su profundo sufrimiento.

¿Sería posible que… lo amase?

—Isolda…

Llegó hasta él y una lágrima traidora resbaló por su mejilla, para despeñarse por la fina y elegante barbilla.

Se inclinó un poco hacia ella antes de hablar.

—No quise… despertarte —musitó, lo suficientemente bajo como para que la conversación fuera privada, pues el patio de armas estaba repleto de guerreros y algunos siervos, que se habían asomado desde la puerta del salón y algunas ventanas.

—No vuelvas a hacerlo, Ethan Stewart o… o… —Tuvo que callar cuando él bajó de su montura, en un ágil salto.

La tuvo a un suspiro de su boca.

—¿O me negarás un beso de despedida? —bromeó, poniendo los dedos en su barbilla para acercarla a él.

—Ni se te ocurra despedirte de mí, Ethan Stewart. Ni se te ocurra.

—Entonces, solo será un beso más, al que seguirán muchos otros.

No se resistió lo más mínimo cuando el poderoso brazo de Ethan rodeó su cintura y tiró de ella hasta poseer su boca.

La besó con pasión y ella le correspondió de igual forma. Isolda gimió de placer y su corazón se aceleró de tal modo que ensordecía las exclamaciones ahogadas de las damas y los vítores de los hombres.

Al poner fin al beso, ambos se negaron a separarse. Unieron las frentes y cerraron los ojos, para beber el uno del otro sus respiraciones.

—Isolda —dijo, cuando la miró a los ojos y secó sus lágrimas con el dorso de la mano—. No puedo marchar sin antes decirte que…

—No —lo cortó ella—. Lo que tengas que decirme, hazlo en tu regreso.

—Pero…

Entonces, ella se sacó del bolsillo un pañuelo. Él lo cogió y lo abrió. Era una rosa prensada, una de las que, cada mañana, le había

dejado tras marcharse.

La miró, emocionado, y la besó de nuevo.

—No es un regalo, es un motivo para que regreses a mí —dijo Isolda, cuando el beso llegó a su fin.

Ethan asintió.

—Regresaré a ti, esposa. Lo juro ante la Rosa de Dunmore.

—Bien —asintió ella, tragándose más lágrimas—. Pero hazlo con tu corazón latiendo.

***

La luna con forma de cuerno y su séquito de estrellas se ocultaban tras unas nubes invisibles, que navegaban en la oscuridad de la noche. Aprovechando las sombras, dos guerreros se arrastraban entre la maleza. Su intención era sorprender a los hombres de Charles, que acampaban en una elevación del terreno, acogidos por un pequeño bosque, a una milla de Dunmore.

Isolda erró al sospechar que Charles hubiera podido llamar a sus antiguas alianzas. A pesar de que el rey David se había pronunciado a favor de que Ethan recuperara su castillo por los beneficios que había obtenido guerreando para él en el norte, otros

no lo vieron con buenos ojos. Al ser el rey, David no pensó que fuera necesario enviar emisarios a los aliados de Charles para advertirles que no toleraría rebelión alguna. Al fin y al cabo, Ethan había obrado bien, según el rey, desposando a la hija de Beaumont. De esa manera, al morir el viejo señor sin más herederos que ella, Ethan había legitimado su liderazgo mediante matrimonio y todos los aliados de los Beaumont debían verlo así.

Ethan observó el campamento, apenas veinte hombres, cuarenta a lo sumo, si estaban escondidos en sus tiendas. Muy inferior a los que traían consigo los Stewart.

Desde su posición, él y Ross divisaron cuatro soldados haciendo guardia, uno a cada lado del campamento.

—No parecen estar muy preocupados por la posibilidad de ser atacados —dijo su amigo.

Ethan, agachado a su lado, gruñó.

—Es muy probable que su intención fuera intentar atraer a Isolda. Atacar el castillo con tan pocos hombres sería un suicidio.

Los dos hombres seguían escudriñando el campamento mientras los centinelas no se movían. Enfundados en sus capas oscuras y en pie como estatuas, parecían tranquilos, mientras el

resto descansaba junto a las brasas de unas hogueras que estaban a punto de apagarse.

Ethan se dio cuenta inmediatamente de que algo andaba mal.

De repente, unos pasos pausados pero ruidosos, los alertaron.

Uno de los centinelas se acercaba a donde estaban escondidos, no para atacarles, quizás quisiera aliviar sus necesidades. Sea como fuere, agazapados en el sotobosque, era probable que los viera si se acercaba más.

—Viene uno —dijo Ross, quien hizo un movimiento con la mano para que diez de sus soldados que estaban observando con ellos, no se movieran.

Ethan entrecerró los ojos para ver al enemigo, pero no podía hacerlo con claridad, pues avanzaba, mimetizándose con el entorno.

Por fortuna, alguien lo llamó, dio media vuelta y regresó sobre sus pasos hacia el campamento.

—¿No te parece muy extraño que el campamento esté tan tranquilo? —susurró Ethan, agazapado junto a Ross.

—Sí. —Ahí no se escuchaba ni el más leve ronquido.

Nada.

—Deberíamos retirarnos, esto me da muy mala espina —masculló Ross, al tiempo que Ethan cerraba los ojos por un momento, recordando las advertencias de Isolda.

Tendría que haberle hecho caso, claramente, se acababan de meter de lleno en una emboscada.

—Ya es demasiado tarde.

Gritos ensordecedores brotaron de detrás de los árboles. Ethan se puso en pie de inmediato, al igual que sus hombres, pero los aliados de Charles eran mucho más numerosos de lo que él había creído.

—¡Vamos!

Hizo una seña, y sus guerreros avanzaron.

Minutos después, todo se volvió un caos.

Capítulo 28

La noche era cerrada, apenas había visibilidad. Solo se escuchaba el entrechocar de espadas y los gritos de los combatientes, que hicieron callar a las criaturas que allí moraban.

Más de un centenar de hombres sorprendieron a la avanzadilla donde estaba Ethan y Ross, pero vinieron más. Era muy probable que Charles hubiera enviado mensajeros para reclutar hombres a su favor, y muchos habían respondido. Al fin y al cabo, aunque Ethan tuviera el beneplácito del rey, este podía cambiar de opinión fácilmente mediante sobornos. ¿Era eso lo que había pasado? Era posible, o tal vez Charles quisiera pedir perdón en lugar de permiso.

Ethan hizo un gran arco con su espada. Derribó a dos hombres y Ross gritó a su lado. No porque le hubieran herido, sino porque era el propio Ethan a quien veía en peligro.

—¡Ethan! ¡A tu espalda!

Algunas antorchas iban cayendo a su alrededor.

Los soldados de Charles guiaban a más tropas hacia ellos, muy probablemente para aniquilarlos.

Ethan esquivó un golpe, luego otro, pero pronto se vio rodeado por cinco hombres, todos sabían quién era él. Y no esperaban que se rindiera, esperaban matarlo.

—¡Corre, Ethan! ¡Son demasiados!

No era Ross a quien le gustara huir de una buena batalla, pero en esas circunstancias, era lo más sensato.

Ethan lo miró y asintió mientras se enfrentaba a aquellos guerreros junto a Ross, que se situó a su espalda. Se cubrieron mutuamente.

—He visto damiselas menos asustadas que tú, Ross. ¿Tanto me quieres?

Su amigo bufó, nunca se acostumbraría al sentido del humor de ese salvaje.

—Quien te ama es tu mujer —le dijo, preparándose para el ataque—, no hagas que tenga que llevarle tu cadáver.

Esas palabras calaron hondo en el guerrero.

—No, no tendrás que hacerlo.

Flexionó las rodillas y sujetó su espada con fuerza mirando con fiereza al enemigo.

No iba a consentir que Isolda se convirtiera en viuda tan pronto, cuando apenas habían empezado a vivir su matrimonio.

La batalla fue cruenta, y con más inteligencia que temor, los hombres de Ethan consiguieron replegarse poco a poco hacia la linde del bosque. No tardaron en tomar sus caballos y huir. Es lo único que se podía hacer contra un ejército bien organizado, cuando eran tan pocos.

Ross montaba a su lado, los dos intentando que sus monturas volaran por el páramo. Lo hicieron y pronto divisaron el castillo de Dunmore.

—Nos replegaremos.

—¿Asediarán el castillo?

—Son demasiado pocos —dijo Ethan—. Reuniré a todos los hombres que sean necesarios y les daré caza. No perderé mi fortaleza, ni voy a quedarme detrás de sus muros para que incendien mis campos.

Ethan gruñó.

—¿Estás herido? —le preguntó Ross, al ver que se sostenía el antebrazo.

—Solo un rasguño. Hemos tenido suerte. —Miró sobre su hombro, al menos una docena de hombres les iba a la zaga.

Sin duda asesinos bien entrenados, mercenarios a sueldo, pues no llevaban ni blasón ni estandarte.

Retrocederían cuando estuvieran a tiro de sus arqueros que ya veía que se estaban apostando en las almenas.

Desgraciadamente, se dio cuenta demasiado tarde que no eran los únicos preparados con arcos y flechas. Se escuchó un silbido en el aire. Una flecha guiada por el diablo le atravesó el hombro.

El enorme cuerpo se inclinó hacia delante y al ver que no se elevaba de nuevo, Ross supo que era grave.

—¡Ethan! —gritó Archivald.

Atravesaron el puente, y la gran puerta se cerró tras ello. No hacía falta darse la vuelta para comprobar que los asesinos contratados por Charles habían virado para esconderse de nuevo en el bosque.

—Maldición —gimió Ethan.

La visión se le puso borrosa. Intentó alzar la cabeza y fue cuando vio los ojos de Isolda, inquietos y llenos de miedo.

Cuando su cuerpo besó el suelo del patio de armas, Ethan perdió el conocimiento y la negrura lo envolvió.

***

Isolda estaba en su alcoba, cepillándose el cabello. Hacía más de una semana que Ethan había partido y desde entonces, no había recibido noticias. Se decía a sí misma que debía mantener la calma, que estaría bien y a salvo, pues era uno de los guerreros más valientes y poderosos que se conocía por esas tierras. Y Charles no era rival para él.

Aun así, la ansiedad no le daba tregua y desde hacía unas horas, se había incrementado hasta el punto de impedirle respirar con normalidad. No podía asegurarlo, pero sentía, percibía que algo malo le había pasado.

¿Y si no regresaba? ¿Qué sería de ella?

Ethan había llegado para remover su alma y alterar su corazón hasta tal punto de que jamás volvería a latir pausado, ni cuando lo tenía cerca y mucho menos cuando no sabía de él.

Depositó el cepillo sobre el tocador y se colocó la melena sobre el hombro izquierdo, la partió en tres partes y empezó a trenzarse el cabello.

Pero, antes de que pudiera acabar el peinado para meterse en la cama, alguien llamó a la puerta insistentemente.

—Adelante —dijo, girando la cabeza en esa dirección.

Cuando el rostro de Emma, blanco como la cal, apareció bajo el marco de la puerta, Isolda se olvidó de respirar.

—¿Qué sucede? —jadeó.

—Han llegado, mi señora.

Tras oír sus palabras, escuchó un alboroto en el patio de armas y, con el corazón en vilo, se levantó de la silla y corrió descalza hasta el ventanal.

Lo que vio desde allí, la dejó helada.

Dio media vuelta y salió corriendo de la alcoba, seguida por la fiel Emma, que no dijo ni una palabra más.

Corrió como jamás lo había hecho, casi se tropezó con el camisón mientras bajaba las escaleras. Se cruzó con Gwyneth, que después de preguntar qué pasaba y no obtener respuesta, también la siguió.

En el patio de armas su marido estaba inclinado sobre el cuello de su caballo. Respiraba con dificultad.

Alguien gritó con fuerza e Isolda no se dio cuenta que era ella misma hasta que llegó junto a su marido. Apenas consiguió tocarlo y cayó a plomo sobre el suelo.

—¡Ross! ¡Ayúdame! —gritó, desesperada.

Para cuando tres hombres lo alzaron del suelo y lo llevaron al salón, Isolda ya se había calmado lo suficiente para poder respirar. Habían colocado a Ethan sobre la gran mesa de roble que lo presidía, mientras algunos heridos más ocupaban la estancia entre gemidos de dolor.

—¡Ethan! —hipó, casi sin voz, para después echar a correr en su dirección.

Él, a oírla, volteó la cabeza desde la mesa hacia ella. La miró con ojos vidriosos y, a pesar de tener el rostro demudado de dolor, sonrió con relativo éxito.

—Isolda —dijo, estirando el brazo ensangrentado fuera de la mesa.

Ella lo tomó de la mano y se la apretó, sin importarle lo más mínimo que empapara la suya.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

Como él no respondía, miró en derredor y Ross Archibald se acercó y se apresuró a informarla, también a *sir* Talbot, que acababa de entrar en el salón y ya se encontraba junto a ambos.

—Charles y varios de sus hombres han escapado, pero hemos mermado mucho sus fuerzas. No creo que se atrevan a asediarnos.

La intención de Ethan era volver para acabar con ellos, pero un mercenario de Charles le ha alcanzado.

Isolda podía ver la flecha sobresaliendo de su hombro.

—Cielo santo…

—Ha sido una emboscada, tal y como asegurasteis, mi señora.

—¿Cuántos hombres se han perdido? —preguntó Talbot.

—Hemos tenido suerte, pocos por el número de los que nos sorprendieron. —Ross exhaló disgustado—. Creo que ha convencido a varios de sus antiguos aliados de luchar con él. Los Harris.

—Dios mío, cualquiera que sea el número de bajas, ya son demasiados, Ross. —Se lamentó Isolda para mirar a Talbot—. ¿Dónde está el padre Marcus?

—Aquí, mi señora —dijo el cura, que estaba ayudando a uno de los heridos a escasos pasos de distancia.

—Mañana oficiaréis una misa en honor a esos valientes hombres que han perdido la vida para proteger Dunmore. Que sus almas y sus familias puedan hallar consuelo.

—Así será, mi señora.

—Mientras, Archivald, habrá que preparar las defensas.

Ross asintió, pero no estaba seguro de que fueran atacados de nuevo.

—No creo que Charles se atreva a atacarnos. Ellos han sufrido más bajas que nosotros.

Isolda miró a su esposo semiinconsciente y le apretó la mano. Habló, al centrarse en Ross.

—Si sabe que ha herido a Ethan, querrá saber si ha conseguido matarle.

Cuando regresó la mirada a Ethan, él lucía una expresión orgullosa. Su valiente esposa, preocupada por sus guerreros, por su gente.

—No me equivoqué casándome contigo, Isolda —dijo, en un hilo de voz—. Quiero que lo sepas, por si… por si no paso de esta noche.

—¡Ethan! —lo reprendió, cuando él sonrió como un rufián hasta que una mueca de dolor le ensombreció el rostro.

—Era una broma, ya sabes, mala hierba nunca muere.

—Cállate.

Él le sonrió de nuevo.

—Tendría que haberte hecho caso, fue una emboscada y… —logró decirle, pues la pérdida de sangre empezaba a embotarle la

cabeza.

—Eso ya no importa. Te pondrás bien. —Intentó sonreír, pero le salió un gesto extraño.

—Mi señora, necesito espacio —intervino el sanador.

Ella hizo ademán de apartarse, pero Ethan se negó y le agarró la mano con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Mi esposa se queda —dijo, y el hombre asintió, obedeciendo a su señor.

Isolda sintió que se derrumbaría, pues Ethan empezaba a ponerse blanco como la cal.

—No te abandonaré —prometió—. Estoy aquí, Ethan.

Emma se acercó y la agarró por los hombros, obligándola a mirarla.

—No veáis esto, será muy desagradable.

—Me quedaré y ayudaré al sanador. ¿Qué necesitas? —le preguntó al hombre, que parecía estar muy preocupado inspeccionando el hombro de Ethan, al otro lado de la mesa.

—Paños y vendas limpias. Y agua caliente, mucha, y alcohol. El paciente lo agradecerá.

—Ya lo habéis oído —gritó a las mujeres, que corrieron hacia las cocinas.

Una mujer observaba entre las sombras el pañuelo que llevaba anudado a la cabeza le cubría medio rostro, pero aun así se podían ver las cicatrices. Lora avanzó un paso y a nadie que la hubiera visto, le habría pasado por alto la profunda preocupación que reflejaba su rostro.

Discretamente, y sin que nadie se percatara de su presencia insignificante, se colocó tras Isolda, mientras miraba a Ethan con preocupación.

—Ten fe, Isolda —le dijo, con voz suave, que la acarició y la tranquilizó—. Superará esto. Es un luchador y no se rendirá, no está en su naturaleza. Le ganará esta batalla a la muerte, ya lo verás.

—Así será —respondió Isolda. Y mientras lo decía, tuvo la sensación de que las palabras de Lora iban más dirigidas a autoconvencerse y no a tranquilizar a su señora—. Tengamos fe —añadió, finalmente.

Lo incorporaron, porque la punta de metal le sobresalía por la espalda. Isolda le colocó una madera envuelta en trapos que él mordió, justo antes de que el médico diera un golpe seco y extrajera la madera limpiamente, desde el otro lado.

Se escuchó su grito e Isolda sintió el fuerte apretón en su mano.

Con sumo cuidado el sanador deslizó el pequeño canuto fuera de su cuerpo y taponó la herida con fuerza.

Ethan no gritó. Solo puso los ojos en blanco y acto seguido perdió el conocimiento, cayendo sobre la mesa con un fuerte golpe.

Capítulo 29

Hacía una semana que su esposo se debatía entre la vida y la muerte. Los primeros días sufrió unas fiebres muy altas, durante las cuales gritó y gimió palabras inconexas. Isolda solo llegó a entender su nombre.

Isolda. Isolda. Isolda.

Después, se sumió en un letargo que duró varios días más.

Con la ayuda de Lora, logró que durante ese tiempo tomara algo de caldo y así lo mantuvieron hidratado. Le colocaron paños fríos en el cuerpo para bajarle la temperatura y cada doce horas lavaban su herida y lo envolvían con vendas limpias.

Isolda agradeció que Lora no se separara de su lado, y la convenció en varias ocasiones para dejarlo a su cargo, y que ella pudiera descansar.

La mañana del séptimo día, Ethan al fin abrió los ojos.

Isolda dormitaba en un sillón, junto a la cama. La luz del sol acariciaba su rostro y sus cabellos desordenados, que resplandecían

como hilos de oro.

Al notar una suave caricia en su mano, gimió y se revolvió, pero no abrió los ojos.

—Isolda.

Cabeceó y cuando volvió a oír su nombre, despertó.

Se encontró con los hermosos ojos azules de Ethan, y una sonrisa socarrona que no logró iluminar su rostro, pues aún seguía demacrado y con expresión de dolor.

—Vaya, cualquiera diría que te importo —oyó que decía—. Aunque sea un poquito.

Isolda se precipitó hacia la cama. No podía creer que finalmente hubiera despertado.

—Ethan. —Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y a él se le borró la sonrisa.

—Isolda…

Intentó incorporarse, pero ella posó la mano que tenía libre sobre su pecho, y él no pudo luchar contra la leve presión que ejerció para impedirle moverse.

—Shhh —chistó, para después acariciarle el rostro y apartarle el cabello mojado por el sudor—. No hagas esfuerzos. Debes descansar.

—Pues no llores. Me pone de mal humor.

—¿Llorar? ¿Quién está llorando? —Alzó la barbilla cual reina ofendida y se secó la cara de un suave manotazo—. Solo se me ha metido una mota en el ojo.

—Esa mota debía de ser enorme.

No pudo evitar reír, estaba feliz de que su esposo estuviera lo suficientemente bien como para hacerle bromas, pero de inmediato, esa risa se transformó en un llanto que no supo ocultar.

—No vuelvas a hacerme esto —se quejó, entre sollozos.

—¿El qué?

—Amenazar con abandonarme.

—Yo no… —Ethan sonrió, entendiendo qué quería decir.

—No puedes irte —interrumpió, enfadada y dolida—. Dunmore te necesita, tu gente te necesita, y yo…

La sonrisa de Ethan se hizo más ancha.

—¿Sí? ¿Tú, qué?

La barbilla de Isolda temblaba y cuando lo miró a los ojos no pudo soportar su buen humor.

—¡No es gracioso! —le espetó su esposa.

Yo te necesito. Es lo que quería gritarle, no obstante dijo:

—Si te atreves a morir, te mataré.

Quién rio esta vez fue él, hasta que la carcajada se transformó en un gemido de dolor, acompañado con un gesto de su rostro.

—Eso es imposible.

—No hay nada imposible para la Rosa de Dunmore.

—No sé por qué, debo darte la razón. Bajarías al averno solo para recriminármelo.

—Más te vale, Ethan Stewart, que te recuperes pronto. Porque… —Tragó saliva y vaciló. Con un gesto inconsciente se llevó la mano al vientre, pero de momento guardó su secreto.

Si él se dio cuenta de lo que estaba pasando, no lo expresó.

Se miraron unos momentos y él tragó saliva, apenado. Los párpados de su esposa estaban rojos, de tanto llorar. Y tenía unas ojeras de color violeta que no lograban afearle el rostro, demacrado por la falta de sueño. Su cabello suelto y revuelto seguía siendo precioso y la perfecta y respingona nariz, moqueaba. Se sentía mal por ser la causa de su preocupación, y al mismo tiempo, la felicidad lo embargó. ¿Sería posible que ella lo amara? Ojalá…

—¿Estoy soñando? —musitó, emocionado.

—No, estás despierto.

—Eres tan hermosa, que pareces un sueño.

—Definitivamente, deliras. —Rio ahora, entre lágrimas—. Aunque he de decir que mi aspecto no es más espantoso que el tuyo. Es como si una manada de caballos te hubiese pasado por encima, pateándote con sus cascos.

Él negó con la cabeza, mientras le apretaba las manos.

—Créeme, eres tan bonita, que si me dijeran que estoy muerto y se me acaba de aparecer un ángel, lo creería.

—No digas tonterías, estoy horrible por tu culpa. Cansada y mareada. Muerta de preocupación. Recupérate lo antes posible, o te las verás conmigo.

Estaba siendo dura, pero no quería que supiese lo mal que lo había pasado en su ausencia y que casi se había muerto de preocupación la última semana.

—Isolda… —La miró fijamente, de pronto serio—. He… he de confesarte algo.

Elevó una ceja y esperó a que continuase.

—He visto al fantasma del que todos hablan.

—¿Qué? —jadeó, incrédula.

Se echó un poco hacia atrás para observar mejor el rostro de su esposo. Parecía haber perdido el sentido del humor. Sus ojos

miraron al techo y se quedó en silencio un instante, hasta que Isolda parpadeó de nuevo.

—Al fantasma de Dunmore. Lo he visto.

Ella tragó saliva, preocupada porque la fiebre no hubiera hecho un daño irreparable a su mente.

—Definitivamente, Ethan, debes descansar. —Hizo ademán de retirarse, pero él le apretó la mano, impidiendo que se alejara de él.

—Dicen que es mi madre, la antigua señora Stewart, que vaga atormentada por el castillo. Pero a mí solo me… yo… yo no la reconozco… iba… llevaba… una cap…

—Ethan… ¿estás bien? —Isolda entró en pánico, al ver cómo sus párpados se iban cerrando por momentos—. ¡Ethan!

—Yo… solo necesito… que no te…

No te vayas, Isolda. Quédate conmigo.

Cerró los ojos y no dijo más.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió y apareció Lora con una palangana y unas toallas limpias.

—Mi señora, traigo más paños fríos.

—Gra… cias, Lora —dijo dubitativa.

—¿Va todo bien? —preguntó, al ver su cara bañada por las lágrimas.

—Me temo que Ethan vuelve a tener fiebre, pero al menos ha despertado. —Se inclinó hacia su esposo y le tocó la frente. Al menos no estaba tan caliente como el día anterior—. Estaba de buen humor, me ha gastado alguna que otra broma.

La cara de la mujer se iluminó, mientras dejaba la palangana sobre la mesa.

—¿De veras? —preguntó, acercándose a su señor.

Las lágrimas rodaron nuevamente por el rostro de Isolda y Lora le ofreció sus brazos y su calor para que pudiera descargar toda la tensión acumulada.

—Oh, Lora… pensé que se moriría sin saber…

—¿Sin saber qué, mi querida niña?

Cuando se separó de su abrazo y la miró a los ojos, sus mejillas se encendieron.

—Creo… creo que estoy encinta.

—¡Oh! —La sonrisa de Lora embelleció su rostro afeado por el fuego—. Es maravilloso, mi señora. El laird y todo Dunmore se alegrarán de la buena nueva.

Pero eso no era cierto. No todos se alegrarían de la buena nueva. Pero eso era algo que Isolda y Lora no sabían.

Alguien, con cara de ángel y corazón oscuro, se ocultaba en las sombras, escuchando la conversación de ambas mujeres. Desde la puerta entreabierta que daba al corredor, una mujer escuchaba con atención.

No se alegraba, en absoluto.

Acabaría con Isolda, el embarazo no haría más que precipitar su muerte. No iba a tolerar que naciera un heredero para que le robara todo lo que un día debió haber sido suyo.

Había llegado su momento, este era su turno, y no iba a consentir que un mocoso amenazara con arrebatarle lo que siempre había deseado tener: Dunmore.

Capítulo 30

Ethan volteó el rostro y, junto a él, dándole la espalda, vio a su esposa tendida en el lecho.

La manta no cubría su cuerpo. Permanecía recogida en sí misma, acurrucada, únicamente envuelta en un camisón y una fina bata. Las curvas de su silueta eran armoniosas. Bajo la penumbra, podían verse sus hombros, delicadamente trazados, que descendían con suavidad por su costado, hasta quedar olvidados en el valle de su cintura, y ascender nuevamente hacia la redondez de sus caderas. Adornando toda esa hermosura, las ondas de sus cabellos rodeándola, como las olas de un océano dorado.

Era tan perfecta, en todos los sentidos, que se estremeció.

Necesitaba, imperantemente, sentirla cerca, más cerca.

Intentó incorporarse, pero un fuerte pinchazo en el hombro lo obligó a cambiar de estrategia.

De espaldas sobre el colchón, pegó el brazo herido contra su pecho y tras un breve impulso, logró apoyarse en el lado del cuerpo

que tenía sano.

Con sumo cuidado, se colocó tras ella y la abrazó, hundiendo la nariz en su melena trenzada.

Al fin, después de tantos días, podía respirar su aroma, acariciar su piel, tenerla entre sus brazos.

Hundió la cara en su melena y se dejó reconfortar por su calor. El suave pulsar de su corazón lo calmó, y su pausada respiración lo embriagó.

Pronto se quedó dormido con una suave sonrisa en los labios.

Isolda despertó al amanecer.

Sentía un bienestar que hacía semanas que no disfrutaba. Era el sueño reparador, el que tanto había necesitado. Por primera vez en mucho tiempo, había dormido toda una noche, sin pausa.

Junto a Ethan.

El alivio de saberlo a salvo y a su lado, fue el bálsamo que necesitaba.

Él estaba tras ella, la abrazaba, notó su calor en la espalda y…

Se ruborizó al percibir también su virilidad, dura, contra sus nalgas y su mano, sobre su seno derecho. Pronto, la excitación la

envolvió, y soltó un hondo suspiro de placer y deseo.

Ese ruido y el leve movimiento que hizo al acurrucarse más contra él, al parecer lo despertó.

—Buenos días —le oyó decir, con voz somnolienta y ronca. Después, sintió su aliento contra el cuello y cómo sus labios besaban la piel sensible de su nuca.

Intentó darse la vuelta, para mirarle a los ojos, embriagarse de su imagen, pero al parecer fue demasiado ruda al realizar el movimiento y él profirió un gemido de dolor.

—¡Lo siento! —exclamó, cerrando los ojos y mordiéndose el labio inferior, culpable.

Después, notó el frío cuando él abandonó su cuerpo para quedar echado boca arriba.

Se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

—¿Te he hecho daño? —jadeó, preocupada.

Él sonrió.

—Al contrario. Me encuentro muy bien.

Descendió con la mirada hacia su torso desnudo y vendado y comprobó que no había manchas de sangre en las telas. Luego echó un vistazo más abajo y se puso del color de la grana. Estaba… Ethan estaba…

—Cielo santo.

Él soltó una carcajada que la avergonzó.

—Necesito cambiarte las vendas —dijo, dispuesta a bajarse de la cama, pero él le agarró la muñeca y la retuvo.

—Bésame, y sanaré —dijo—, te lo ruego. —Puso cara de pueril endiablado y ella parpadeó.

—Estás… herido.

—Necesito que me cures. ¿Me besas, por favor?

—Pero…

—Por favor —rogó nuevamente.

Isolda sonrió como una tonta, su esposo la hacía reír. Entendía bien por qué incautas mujeres con un corazón más blando que el suyo habían caído rendidas a los pies de ese canalla.

Ella asintió a su solicitud. Se agachó y lo besó en los labios.

La mano de Ethan la retuvo por la nuca, impidiendo que se apartara. Las lenguas se acariciaron y al delicioso y húmedo baile lo acompañó una melodía de gemidos, suspiros y jadeos.

—Acaríciame, y cúbreme de besos —pidió él.

Ella rio contra su boca al tiempo que notó el deseo en su centro, mientras con las manos acariciaba la piel de su esposo y tras el camino que dejaban sus manos, iba repartiendo besos.

Su cuerpo, lleno de antiguas cicatrices, era magnífico. Los hombros anchos, el potente pecho, la suave línea que atravesaba sus abdominales hasta llegar al lugar donde la manta cubría el bulto prominente de su entrepierna. Descendió por sus costados y le bajó la manta.

Estaba desnudo, y su virilidad erecta, como un candil encendido por la noche, reclamando atención.

Vio cómo cerraba los ojos y gemía, en el momento en que ella inició un suave masaje con las delicadas manos. Después, acercó los labios y lo tomó con la boca.

Ethan abrió los ojos y jadeó, mientras su pecho subía y bajaba, a causa de la agitada respiración.

Isolda lamía, succionaba, se introducía su miembro en la boca para después repetir la operación. Estiró el brazo sano y hundió la mano en su cuero cabelludo y cerró el puño en su melena.

—Isolda… —jadeó—. Ahh.

Ella seguía haciéndole el amor con la boca, y al mismo tiempo que gemía, él podía sentir la vibración de sus cuerdas vocales, rodeándolo.

Hasta que a punto estuvo de sobrevenirle el orgasmo.

—Para…

Ella obedeció y lo miró, ladeando la cabeza, como un pajarillo curioso.

Cielos, esa mujer era una visión, con los cabellos alborotados, cayendo a cada lado de sus hombros, las mejillas encendidas y los gruesos labios hinchados y húmedos.

—¿No te gusta? —preguntó con temor, viendo cómo, inocentemente, se limpiaba el labio inferior con el dedo, para después metérselo en la boca.

—Oh, sí… demasiado —jadeó, más excitado de lo que jamás había estado.

Se había quitado la bata, pero aún llevaba el camisón. Permanecía arrodillada, a su lado, vio cómo apretaba los muslos.

En ese momento, Ethan supo que lo deseaba tanto como él a ella.

—Ven aquí —le dijo—, colócate sobre mí.

—¡Oh, no! —Negó con la cabeza, sorprendida por lo que acababa de pedirle—. No quiero hacerte daño.

—No lo harás, confía en mí.

Le tendió la mano, y ella la tomó, dejándose guiar, hasta quedar sentada sobre él, a horcajadas.

—Ahora, desnúdate para mí —pidió, con ojos suplicantes.

Ella obedeció. Sentada sobre sus muslos, se fue alzando el camisón con lentitud, hasta sacárselo por la cabeza y dejarlo a un lado.

Se le secó la boca al ver semejante belleza. Sus cabellos rodeaban el pequeño cuerpo de piel de nieve, parecía un ser etéreo y mágico.

No podía incorporarse sin sentir dolor, así que le tendió las manos y ella se las tomó, inclinándose hacia él, y con ella, los mechones dorados acariciaron su pecho.

—Eres una diosa, eres tan hermosa, Isolda… Siéntate sobre… mí —jadeó.

Ella, entendiendo lo que él pedía, se empaló sobre su enhiesto miembro. En ese momento, su rostro demudó de gozo y su garganta emitió un sonido gutural, antediluviano.

—Muévete —suplicó, a punto de morir de éxtasis.

Comenzó a balancear las caderas con suavidad, mientras emitía ruidos maravillosos. Sus pechos, llenos y turgentes, con los pezones rosados y erectos, se movían al ritmo que marcaba el placer. Isolda no era consciente de su sensualidad, ni del poder que ejercía sobre Ethan mientras bailaba sobre él la danza más antigua del mundo.

Pronto empezó a notar su orgasmo, las suaves y húmedas paredes se contraían, mientras sus caderas se movían cada vez más y más rápido.

Cuando alcanzó el punto máximo, echó la cabeza hacia atrás y gritó.

Él se dejó ir con ella, vaciándose en su interior, preso de un orgasmo que lo dejó exhausto.

Cuando todo acabó, se acurrucó junto a él, apoyando la mejilla sobre el hombro sano, mientras sus respiraciones recuperaban el ritmo normal.

Estuvieron un rato más, piel con piel, sintiéndose el uno al otro.

Hasta que Ethan rompió el silencio.

—Isolda.

—¿Hmm? —respondió, cuando los párpados empezaban a pesarle.

Él acarició su melena y tomó aire.

—Te amo.

Ella creyó responder que también lo amaba, pero en verdad no lo hizo, porque volvió a quedarse dormida.

El corazón de su esposo se rompió un pedacito más al creer que su amor no era correspondido.

Capítulo 31

Las semanas transcurrieron con calma y con la llegada del invierno, Ethan sanó por completo.

La felicidad de Isolda era tan grande, que no sabía cómo asimilarla, era como una vasta pradera que continúa más allá del horizonte, incapaz de ver su fin. Jamás imaginó que su esposo pudiera darle tantas cosas hermosas. Amor sin condiciones, una complicidad que no necesitaba de palabras, un respeto profundo y una confianza que crecía con cada acto compartido.

Las semanas de un otoño que ya había terminado, en los que él necesitó recuperarse, las pasaron juntos. La buena convivencia entre los dos surgió con naturalidad, sin necesidad de forzar nada.

Charles seguía siendo una preocupación para Ethan, pero había llegado una misiva del rey David, asegurándole que había enviado emisarios para pacificar la zona y que Charles no volvería a ser un problema. Lo enviaba al norte, había nuevos burgos que

fundar y si Charles Beaumont se portaba bien, quizás recibiría algo más que alabanzas de su rey, tal y como había hecho Ethan.

Con esa buena nueva, la pareja ya pudo relajarse.

Se reían con facilidad, comprendiéndose sin ningún esfuerzo, cabalgaban hasta el atardecer cuando sus obligaciones para con Dunmore se lo permitían, incluso en ocasiones, visitaron ese lugar secreto, el pequeño lago donde tuvieron su primer encuentro. En aquel lugar mágico, no hicieron otra cosa más que amarse sin mesura, sobre un lecho de hojas secas, y después mirar el cielo, hablar de cosas frugales, o contar las ranas del estanque.

Pero había algo que Isolda no se atrevía a decirle aún. Un secreto que era incapaz de compartir con él, tal vez por miedo a que, al revelarlo, se esfumara con su felicidad.

En verdad, se trataba de dos secretos. El primero, el tesoro que crecía en su vientre. El segundo, que lo amaba como jamás había amado a nadie antes, con una intensidad tan profunda, que temía que, si lo verbalizaba, se diluiría, como la tinta en el agua.

De tiempos malos, como los días del asedio, ya solo quedaba un vago recuerdo.

Amaba a su marido y ahora confiaba en él. No dudaba de su palabra al asegurar que no había matado a su padre, lo que la

dejaba un cierto amargor en la boca, porque al ser así, significaba que quizás alguien más deseara su muerte.

¿Algún hombre de Charles?

Isolda a veces pensaba que a pesar de que ahora se sentía en paz, era probable que el fantasma de su primo merodeara por el castillo para siempre, como un misterio sin resolver, una deuda pendiente.

Por otro lado, Ethan parecía feliz con la vida que llevaban, había enterrado su venganza bajo una enorme losa de amor y perdón.

Había olvidado, y ella también.

Aquella mañana, había salido de caza con su hombre de confianza y *sir* Talbot. Lo que en otro tiempo Isolda creyó imposible, se había transformado en una realidad. Ethan se había ganado la confianza del viejo caballero, que ahora lo respetaba y lo tenía en alta estima.

En aquellas tierras y siguiendo el consejo de su amigo Lachlam, Ethan había instaurado nuevas costumbres, como la de dejarse asesorar por sus hombres de confianza y caballeros. Así pues, había abierto las puertas del consejo de los Stewart, a varios

miembros, entre ellos *sir* Talbot. Isolda se alegraba mucho por ello y su corazón rebosaba de orgullo y esperanza.

Se encontraba asomada a la ventana de su dormitorio, esperando que su marido regresara, cuando una voz se escuchó a su espalda.

—Mi señora.

Asustada se llevó una mano al corazón.

—Qué sigilosa eres, Lora.

La mujer rio, depositando sábanas limpias sobre el arcón a los pies de la cama.

—Lo lamento. —Pero por su risita, no lo lamentaba en absoluto.

—Últimamente te veo más contenta —observó Isolda.

—¿De veras? —La mujer que un día debió ser una auténtica belleza, le sonrió de nuevo—. Son buenos tiempos, *milady*. Todos estamos contentos en el castillo. —La miró juntando las manos ante sí y se atrevió a preguntar—. ¿Cómo es que aún no le habéis dicho a vuestro esposo la buena noticia?

Isolda fue a abrir la boca, pero enseguida la cerró al ver que Emma entraba en la alcoba.

Pero su doncella la había escuchado.

—¿Qué noticia? —Quiso saber, Emma.

Lora agachó la cabeza y se centró en sus tareas.

—No es nada.

Emma hizo un mohín y miró a Lora con desdén. No le gustaba que una simple criada le quitara tiempo con su señora.

Isolda sonrió a ambas y ayudó a Lora en sus quehaceres. No habló mientras ordenaban los baúles, sacando las ropas y mantas de invierno para guardar después las más ligeras. No era una tarea que una dama tuviera la obligación de realizar, pero le gustaba pasar tiempo con Lora, que era como una madre para ella y mantenerse ocupada cuando Ethan estaba ausente. Aún se estremecía al pensar que casi lo había perdido.

Isolda suspiró al terminar y se mordió el labio inferior.

Emma seguía allí, ocupándose de sus ropas y la miró de reojo.

Isolda suspiró. Sabía que Emma se había sentido desplazada por el secreto que compartía con Lora.

—Emma, cierra la puerta, por favor —la llamó y extendió el brazo en un gesto de cariño para que se acercara—. Ven —habló bajito, temerosa de que alguien más pudiera escucharlas.

La muchacha colocó la ropa limpia y plegada sobre la cama y miró a su señora, con la curiosidad bailando en el rostro. Emma era la reina del chisme, y todo el castillo lo sabría, si no le ponía remedio.

—¿Sí, mi señora? —preguntó, curiosa.

—Necesito que me guardes el secreto, al menos hasta que haya hablado con mi esposo. Que será muy pronto.

Emma agrandó los ojos y una sonrisa empezó a iluminarle la cara.

Lora sonrió complacida al escucharlo, de hecho, se preguntaba cómo era posible que el señor no se hubiera dado cuenta si tenía ojos en la cara. Con sus bellos vestidos, Isolda podía disimular sus curvas cada vez más voluminosas, pero desnuda… Lora se encogió de hombros. Supuso que el amor era ciego.

—Hay un heredero en camino —confesó Isolda.

—¿¡Estáis embarazada!? —exclamó en voz alta y dando saltitos, como una niña.

—¡Shhh! ¡Alguien podría escucharte! —chistó Lora, reprendiéndola también con la mirada—. Sería muy feo que el laird Stewart se enterase por otra boca que no fuera la de su mujer. Debe decírselo nuestra señora Isolda, ¿entiendes, Emma?

La joven asintió, pero a Isolda no le pasó por alto la cara de pocos amigos que puso mirando de reojo a Lora. Pero al segundo la ignoró y se puso frente a Isolda.

—Os ruego que me permitáis daros un fuerte abrazo.

—Por supuesto. —Rio Isolda.

Cuando Emma se separó de ella, juntó ambas manos bajo la barbilla y empezó a parlotear, cosa que hacía muy a menudo cuando los nervios se la comían.

—Ya sabía yo que habíais ganado algo de peso, aunque apenas se os nota. ¿Puedo tocaros la barriga? ¡Por favor! —suplicó.

Isolda volvió a reír, luego cogió la mano de Emma y se la colocó en el vientre.

—Puedo sentir sus pataditas —dijo, riendo.

—Eso es imposible —debatió Lora—, apenas está de dos meses, si llega.

—Pues yo las noto. —Se encogió de hombros la muchacha, haciendo un puchero—. ¿Será niña o niño?

—Eso lo sabremos cuando nazca.

—¿Qué preferís vos?

—En realidad, no me importa. Con que nazca sano y fuerte, me daré por satisfecha.

Emma empezó a contar con los dedos, hasta que puso cara de decepción.

—Oh, no… ¡aún quedan siete largos meses para eso!

—¿Para qué quedan siete largos meses?

La voz de Gwyneth se dejó oír desde la puerta y ambas se giraron en su dirección.

—Oh… nada. —Se encogió de hombros Emma. Si la mirada de Emma hacia Lora era fría a causa de los celos, la mirada que le echó a Gwyneth fue glacial.

Esa arpía había entrado sin llamar, se dijo Emma, porque juraría que había dejado la puerta cerrada al entrar.

—Emma, ayúdame con esto, ¿quieres? —pidió Lora, y la doncella asintió. Se apresuró a plegar con ella unas sábanas para meterlas en el baúl, al otro lado de la estancia.

Gwyneth se acercó a Isolda, que se puso roja como una ciruela madura. Se inclinó hacia su amiga y le contó la buena nueva. Gwyneth alzó una ceja y parpadeó, incrédula.

—¿De veras?

Isolda asintió y ambas se echaron a reír.

Se retiraron hacia la ventana y se sentaron en los bancos de piedra donde podían sentarse y disfrutar del sol.

—Querida Isolda… —La tomó por las manos—. Es maravilloso que estéis embarazada.

De repente, la sonrisa de la mujer surgió en su rostro, sin llegar a iluminar sus grandes ojos grises.

—Yo también lo creo.

—Ahora ya podéis esperar tranquila. —Se inclinó hacia Isolda y esta pudo ver cómo la miraba con cierta… ¿lástima?—. Vuestro esposo no os reclamará los horribles deberes conyugales.

Isolda parpadeó, incrédula.

¿Gwyneth pensaba que sus placeres conyugales eran un tormento? Pobrecita.

—Sí, ya… bien. —Isolda carraspeó sin saber qué decir.

—¿Y cómo os encontráis?

—Bien, o eso creo. Al menos, los fuertes mareos matutinos empiezan a darme algo de tregua, pero ahora se me están hinchando…

—¿Los senos? —acabó diciendo Gwyneth, ante el rubor de su señora—. Es normal, no os angustiéis.

Isolda parpadeó confusa, por lo que ella sabía, Gwyneth no había tenido ningún embarazo, pero parecía saber mucho del tema.

—Sí, eso creo. No entiendo cómo él no se ha dado cuenta.

Gwyneth le sonrió.

—¿Ya se lo habéis comunicado al señor? De seguro, le haréis muy feliz, siempre y cuando nazca varón.

Emma miró a Gwyneth con inquina ante el comentario tan desconsiderado, y Lora le dio un codazo para que no se inmiscuyera. Al fin y al cabo, Gwyneth era una dama.

—Supongo que todos los hombres esperan que su primer hijo sea un varón.

—Lo esperan —dijo Gwyneth, tajante.

Isolda intentó sonreír, pero la actitud de Gwyneth la preocupó en cierta medida, aunque después pensó que Ethan sería igualmente feliz si nacía niña. Lo cierto era que no se atrevía a contárselo aún, porque temía al parto. Su propia madre, Claire, había fallecido al dar a luz a su hermano pequeño, tras varios intentos fallidos, en los que dos de sus hermanos mayores nacieron sin vida. No sería ella quien pusiera más preocupaciones en la mente de su esposo. Ahora que la felicidad había llegado y parecía que era para quedarse, temía que en cualquier momento desapareciera, como si jamás hubiese existido.

—Por favor, Gwyneth, guárdame el secreto, al menos unos días más. Aún no he hablado con Ethan y querría que se enterase

por mí y no por otras personas.

—Guardad cuidado. —La abrazó, con cariño, pero Isolda no se sintió reconfortada, más bien todo lo contrario—. Y no os preocupéis, todo irá bien —le dijo, separándose para mirarla a los ojos—. Vuestro secreto está a salvo conmigo.

—Seguro que sí —masculló Emma para sí, para después recibir una mirada reprobadora de Lora.

Lora pensó que a Emma nunca le había gustado esa mujer, y eso sí que no era un secreto.

—¿Podríais decirme, si no es indiscreción, por qué le ocultáis a vuestro esposo una noticia tan maravillosa?

—¿Y si resulta que pasa algo y yo…? Podría crearle ilusiones, aún es demasiado pronto. Si en el peor de los casos, el embarazo no llegara a buen puerto, sería una tristeza que solo yo sabría y el dolor sería solo mío. Le evitaría el sufrimiento.

Una sombra oscura pareció cruzar el rostro de Gwyneth. ¿Acaso no comprendía esos temores? Tragó saliva y movió la cabeza para despejar un pensamiento oscuro.

—Oh, querida señora, qué generosa sois. Tenéis razón, una noticia tan terrible, podría dañar la buena relación que ahora tenéis

con él —asintió y susurró finalmente—: Incluso podría llegar a odiaros.

Angustiada, Isolda buscó el origen de aquellas palabras.

—¿De verdad pensáis eso? —preguntó.

—Así son los hombres, Isolda.

—Será bruja —murmuró Emma, y Lora la mandó callar con la mirada—. ¿Cómo puede decir algo así? Es cruel. Y además, mentira.

Lora asintió. Ethan había demostrado que era una buena persona, y que amaba a su esposa. Nunca la odiaría por algo que no era culpa suya.

—Bueno, lo importante es que os cuidéis, *milady* —siguió diciendo Gwyneth, poniéndose en pie—. Yo misma os prepararé una infusión revigorizante que protegerá al niño. —Se llevó el dedo índice a la boca, como si acabara de recordar algo y miró a la doncella—. Emma, ¿sería posible que quedaran hojas de brezo en la despensa?

—Pues… —Emma no tenía la más remota idea.

Era Isolda quien se encargaba de recolectar plantas, pues esa era su pasión. Cierto que a veces la había acompañado, pero nunca se interesó por ello.

—Todavía quedan, *lady* Langford —intervino Lora, que entre otras muchas tareas, también ayudaba a la cocinera a ordenar la alacena.

—El brezo florece en verano y recogimos una gran cantidad y las pusimos a secar —dijo Isolda, mientras Gwyneth iba dibujando poco a poco una sonrisa que no dejaba mostrar los dientes—. Pero sí que hay otras plantas que sí quisiera recoger. La semana pasada, vi una planta interesante en las antiguas ruinas, donde crecen los zarzales.

—¿Creéis que seguirán allí? —dijo Gwyneth—. Si me decís exactamente dónde se hallan, iré a buscarlas.

—Oh, no será necesario —dijo Isolda—, hace tiempo que no salgo a recolectar y así me mantendré entretenida mientras mi esposo está ausente.

—Pero… es peligroso que vayáis sola.

—En absoluto —dijo Isolda—. He ido otras veces…

—Al menos llevaos un salvaguardia. —Gwyneth pareció ponerse nerviosa ante la idea.

—Claro —respondió Isolda, para no discutir.

—Yo la acompañaré —dijo Emma, dando un paso al frente y sonriendo a su señora.

—Emma me acompañará.

Aunque ambas sabían que era mentira. Saldría sola, como siempre había hecho.

Gwyneth volvió a sonreír, esta vez mostrando los dientes blancos y brillantes, como perlas.

—No sabéis cuánto me alivia oír eso. Sería terrible para todos que os sucediera algo malo.

Emma soltó la respiración, ofendida por el comentario. Menudo pájaro de mal agüero.

Capítulo 32

Ethan llegó al castillo esa misma tarde.

La cacería fue mejor de lo esperado, y pudieron haber capturado más piezas, pero el señor de Dunmore consideraba que solo se debía dar caza a lo estrictamente necesario. Por lo que traían consigo dos venados y un puñado de faisanes que la señora Wood se adelantó a recoger y preparar para esa misma noche.

Después de hablar rápidamente con Talbot y Archibald, se apresuró a reunirse con su esposa. Solo habían estado separados un día, pero le parecieron una eternidad.

Entró en la alcoba y al no encontrarla, se le borró la sonrisa de la cara.

—¿Dónde se habrá metido?

Se dirigió al archivo y allí se encontró con el padre Marcus, hundido en unos libros de cuentas.

—Tío —lo saludó, informal, desde la puerta, después de barrer el lugar con la mirada y no encontrarla tampoco allí—.

¿Sabrías decirme dónde está mi esposa?

El hombre alzó los ojos hacia él, y lo miró con sorpresa.

—Ethan, qué alegría verte. No. Y debería haber regresado ya —dijo, mirando las sombras que proyectaba el sol de la tarde sobre el tintero, indicándole la hora que era.

—¿Regresar, de dónde?

Un fuerte golpe de su corazón lo obligó a llevarse la mano al pecho.

—Esta mañana ha salido a recolectar hierbas, como es su costumbre.

—¿Sola?

—Pues… con sinceridad, no lo sé.

—¡Maldición! —gritó, abandonando el lugar, más preocupado que enfurecido.

No era un hombre controlador, ni posesivo, pero no le gustaba que Isolda saliera sola.

¿Acaso no había aprendido la lección? Por mucho que dijera el rey David, Charles no era de fiar, y sus amigos del norte no habían confirmado que se encontrara en las Highlands.

—¿Por qué no escucha? —dijo en voz alta, pero no había nadie quien le escuchara, quizás solo una sombra que se apresuró a

ocultarse tras un tapiz.

Ethan gruñó. Habían tenido esta conversación muchas veces, de hecho, era en lo único que discutían por no estar de acuerdo. Ella se empeñaba en ir sola porque eso la relajaba, era su momento del día en el que podía estar consigo misma y eso la hacía feliz. Pero Ethan opinaba que hasta que Charles no hubiese sido eliminado del tablero de juego, era una temeridad. ¿Por qué no era capaz de entenderlo, y por qué era tan testaruda? ¿Acaso no era capaz de ver el peligro?

También yo he de sufrir cuando tú partes a la guerra o de caza. También tú te arriesgas y me muero de preocupación. Maldijo entre dientes cuando la voz de Isolda se escuchó en su cabeza.

Pero era inevitable que un señor feudal partiese a guerrear. Sin embargo, su fogosa esposa, no lo veía igual.

Cuando estaba bajando las escaleras para ir a las caballerizas, se topó con *lady* Gwyneth.

—Milord —lo saludó la dama, con una reverencia.

—Si me disculpas, Gwyneth, tengo prisa —respondió él. Esa mujer lo inquietaba. No era solo que Ross Archivald no se fiara de ella, sino que había algo más… tenía una mirada demasiado tenebrosa, era un pozo profundo de tristeza bien disimulado.

—Por favor, solo será un momento —insistió—. He de hablaros sobre algo importante. Acabo de reunirme con *sir*…

—No tengo tiempo. —La rebasó, sin miramientos.

—Pero se trata de las reses. Algunas han desaparecido.

Ethan resopló.

—No pretendo ser descortés, *milady*, pero las vacas son la menor de mis preocupaciones en estos momentos.

—Oh, comprendo —respondió la dama—. De igual forma, *sir* Talbot se halla en los establos, a punto de salir para cerciorarse de que no les haya pasado nada malo. Tal vez, si os dirigís allí, podáis hablar con él.

Ethan no respondió, pero como se dirigía también a los establos, pensó en hablar rápidamente con el caballero y después iría a por su esposa.

Se despidió de Gwyneth.

—Gracias por la información —gruñó, alejándose sin mirar atrás.

***

Seis horas antes, esa misma mañana

Hacía frío, e Isolda se ajustó la capucha, agarrándosela por el cuello, para impedir que los soplos de brisa helada le enfriaran el cuello.

Los primeros copos del año empezaron a caer, debía darse prisa antes de que el manto blanco del invierno lo cubriera todo. No podría encontrar lo que andaba buscando.

Llegó al lugar indicado, las ruinas de los antiguos. Las columnas se alzaban hasta casi rozar las copas de los árboles. Las enredaderas de bayas que las abrazaban, intentarían sobrevivir al invierno, desnudas, para florecer a la primavera siguiente.

Era un lugar hermoso, la escasa luz del sol, atravesando las nubes, se colaba entre las hojas de los árboles, dibujando en el suelo destellos y sombras.

Encontró lo que buscaba, se agachó, colocó la cesta a su izquierda y empezó a desenterrar la pequeña raíz.

Cuando de repente, se dio cuenta de que no estaba sola.

El miedo la atenazó al darse la vuelta y no ver a quien estaba esperando.

Había pensado que Emma la habría seguido después de decírselo a Gwyneth, pero no fue así, su doncella le dijo que esa

dama se preocupaba demasiado y que parecía querer verla en una cárcel. No compartía su visión de las cosas, estaba segura de que Gwyneth solo quería lo mejor para ella, al igual que su marido. Eso hacía que los dos fueran un poco… asfixiantes.

Pero allí, en las ruinas, sola, con la luz del sol flaqueando sobre su cabeza, sintió cómo un miedo súbito la recorría de la cabeza a los pies.

Se llevó una mano al vientre para proteger a su hijo, como si supiera que el mal estaba cerca.

Y de hecho, lo estaba.

—Hola, ratoncito.

Se volvió de súbito al escuchar la voz de Charles, pero no consiguió verlo con claridad, pues sintió una fuerte presión en la cara.

Alguien tapó su boca y pensó por un momento que querían asfixiarla.

Boqueó, intentando respirar, pataleó y gimió, pero no pudo gritar, ni emitir sonido alguno.

Todo iba volviéndose oscuro por momentos, la presión en las sienes se tornó dolorosa.

Hasta que sus párpados se cerraron y la negrura más absoluta la abrazó.

Entonces, escuchó la familiar voz de una mujer.

—¿Ya la tienes?

Isolda perdió el conocimiento mientras saboreaba el amargor de la traición.

Capítulo 33

Isolda abrió los ojos, pero no pudo ver nada.

Estaba oscuro. Hacía frío y mucha humedad. Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en una pared empapada. Tenía las manos atadas sobre su cabeza, unas cuerdas gruesas y tirantes la mantenían atada a una argolla de hierro en la pared de piedra. Movió la cabeza y gimió por el terrible dolor en sus sienes.

Un terror indescriptible la golpeó, la recorrió de arriba abajo, cuando intentó ponerse en pie, arrebatándole las fuerzas por completo, inutilizando sus rodillas y todos los músculos de su cuerpo.

Empezó a respirar con rapidez, toda ella temblaba, no a causa del frío, sino del pánico. Sí, era un ataque de pánico. El corazón parecía querer salir del pecho y podía escuchar sus propios latidos en las sienes, martilleándolas, sin permitirle oír nada más que su propio terror.

—Está bien, todo está bien —se dijo, muy bajito, intentando respirar más despacio—. Cálmate y piensa. Tienes que salir de aquí. Respira. ¡Piensa!

Inspiró, hondamente, y echó el aire espaciosamente. Repitió la operación muchas veces, durante un tiempo indeterminado, hasta que su mente, poco a poco, logró tomar el control.

Fue consciente de los sonidos que la rodeaban. Afuera se oía el canto de una rapaz nocturna. Un búho. Eso le reveló que era de noche y que llevaba allí, al menos un día entero, aunque no podía estar segura. Había una rata en aquel lugar, o algún otro roedor, porque escuchaba cómo revolvía el suelo, lleno de hojas, no muy lejos de su posición. También el sonido rítmico de unas gotas cayendo al suelo a su izquierda, era lo que empapaba el lugar.

Cuando los ojos se acostumbraron completamente a la penumbra, alcanzó a distinguir unas paredes, formando una cúpula natural en el techo y, frente a ella, un haz de luz plateada, colándose entre la hojarasca del bosque. Esa era la única salida.

Estaba en una cueva. Supo de inmediato dónde se encontraba, porque una vez, de pequeña, la visitó con su padre y *sir* Talbot. Eran las Cuevas de Ivar, el deshuesado. Un temible vikingo danés que asoló aquellas tierras, más de doscientos años atrás.

Leyenda o no, en aquel lugar se decía que las brujas danesas realizaron pócimas y conjuros para ungir al rey y asegurar sus victorias.

Echó el cuello hacia atrás, miró hacia arriba y vio sus manos atadas sobre su cabeza. Tiró de la cuerda y el dolor la obligó a gemir. Era gruesa y tosca, y su piel estaba irritada. Intentó ponerse en pie. Lo logró esta vez.

Pero cuando lo hizo, oyó unos pasos, fuertes y lentos, entrando en la cueva.

Se quedó paralizada y el pánico amenazó con regresar.

—Hola, ratoncito.

—¡Charles! —logró pronunciar su nombre, aunque nunca antes lo hizo con tanta rabia—. ¿Qué crees que estás haciendo?

La enorme silueta del guerrero se dejó ver frente la claridad de la entrada, haciendo que su cuerpo permaneciera en penumbra. Pero Isolda podía adivinar su expresión, en aquellos rasgos tan duros, en esos ojos tan crueles.

—¿No es evidente, amor mío?

Isolda se revolvió, furiosa, tirando de la cuerda, rasgándose aún más las muñecas.

—Me has secuestrado, ¿por qué?

—Oh, no me gustaba la idea de compartirte con ese hombre.

—Ese hombre es mi marido. —Isolda se mordió la lengua, una mujer inteligente se habría puesto de parte de Charles para conseguir su confianza e intentar escapar.

Charles chasqueó la lengua, movió la cabeza de un lado a otro y se acercó hasta tal punto, que Isolda pudo ver su sonrisa, siniestra y malvada.

—Sí, tu marido y el padre del engendro que crece en tu vientre. —Charles alargó la mano e intentó tocarle el vientre. Isolda se revolvió inquieta, luchando para que no lo hiciera.

La risa malvada de Charles le decía que se estaba divirtiendo.

Con la respiración agitada, Isolda se dio cuenta de que en verdad Charles tenía alguien trabajando para él en el castillo. Alguien muy cercano a ella.

¿Cómo si no se explicaría el hecho de que supiera que estaba embarazada?

Negó con la cabeza con lágrimas en los ojos.

Solo había tres mujeres que guardaban su secreto. Gwyneth, Emma y Lora. ¿Quién la habría traicionado? ¿Cómo era posible que alguna de ellas tres fuera capaz de hablarle con tanta amabilidad y

preocuparse por ella, cuando en realidad lo que querían era entregarla a Charles?

—Mi esposo vendrá en mi busca y cuando te encuentre, te matará, que no te quepa duda. —Ahora habló con rabia, no tenía nada que perder.

Charles hizo un mohín con la boca.

—Ya lo intentó dos veces, pajarillo, y ambas fracasó.

—Esta vez, créeme, lo logrará.

—Oh, no lo creo. La última vez, casi pierde la vida. Estoy impaciente porque vuelva a intentarlo.

—No te saldrás con la tuya, maldito traidor.

—¿Yo? ¿Traidor? —Se rio sin humor—. ¿Qué pensaría tu padre de lo que eres tú? Una mujer sin honor ni lealtad, abriéndose de piernas para el enemigo. Pronto has entregado lo que a tu padre le costó tanto tiempo ganar.

Esas palabras le dolieron como el ácido.

—No conseguirás lo que te propones —le espetó, pero había duda en su voz.

—Oh, inocente criatura —dijo, en un tono que la enfureció—. ¿Acaso no sabes que yo siempre consigo lo que quiero? —lo dijo, mostrando toda la maldad que contenía su alma—. He trabajado

muchos años para que llegara este día. Desde casi el día en que naciste y yo pude sostener una espada.

—¿Qué quieres decir?

—Verás, pajarillo, fui yo quien convenció a tu padre para acabar con los Stewart.

—¿Qué? —La sorpresa se reflejó en el rostro de Isolda.

—Así es. Solo necesitaba un pequeño empujoncito para atreverse a traicionar a su amigo. Yo sabía que el rey David no se opondría, no en vano los Stewart se habían equivocado de bando.

—¿Así que envenenaste a mi padre en contra de su amigo?

—¡No te hagas la inocente! Y no seas tan tonta como para pensar que tu padre no era ambicioso, lo suficiente para cortarle la cabeza a un amigo. Tú lo viste, estabas ahí.

Sí, Isolda estuvo allí, vio la cabeza de lord Stewart rodar por el cadalso, como también vio el horror en los ojos de Ethan.

—Cómo olvidarlo —dijo con la mirada perdida, como si estuviera recordando.

—Funcionó —dijo Charles—. Lo de aprovechar la ambición de tu padre. Se volvió contra los Stewart y nuestra familia consiguió un próspero castillo. Aunque para ello tuve que ensuciarme las manos, decapité a Stewart e intenté encontrar a su madre. Mujer astuta.

Finalmente, no hizo falta desvivirla, ella solita provocó un incendio y se consumió en las llamas.

—El fantasma de Dunmore —susurró Isolda.

—Sí, me temo que esa mujer atormentó a tu padre cada día de su vida. —Sonrió malévolamente—. Me pregunto si fueron esas visitas del fantasma el motivo por el cual tu padre perdió la cabeza.

Ella apretó los dientes, para después apartar la mirada.

No podía creer que su padre fuera un hombre tan cruel como Charles lo describía, pero todo parecía indicar que sí. La leyenda de que él mismo prendió fuego a la madre de Ethan era mentira. Al menos ese peso no lo llevaría en el corazón.

Al ver que Isolda no lo miraba, Charles la agarró por la barbilla, en ese momento pudo ver el brillo del diablo en sus ojos oscuros, como pozos.

—Podría haber dejado vivir a tu padre —dijo, mientras los ojos de Isolda se abrían por el horror—, pero el estúpido me traicionó, impidiendo que nos casáramos.

—¿Fuiste tú?

Se acercó más, aplastándola contra la pared.

Isolda temblaba, y eso lo hizo sonreír de pura satisfacción.

—No del todo y desde luego no con mis propias manos, de eso se encargó… —Sonrió con malicia. No iba a desvelar tan pronto el nombre de su persona de confianza—. No importa, Isolda. Cuando acabe con el último Stewart, al fin serás mía. Estoy deseando oír tus gritos, cada una de las noches que tome tu cuerpo, hasta el fin de tus días. Pero primero nos desharemos de ese bastardo —dijo Charles agarrando su vientre que ya se sentía duro bajo el vestido.

—¡No! —Isolda gritó de puro horror.

La inmovilizó con el peso de su cuerpo y con sus enormes manos, la agarró por la cabeza. Isolda gimió cuando la lengua de Charles lamió su cuello. Tenía ganas de vomitar, pero cuando alcanzó su boca, mordió su labio, al tiempo que le daba un rodillazo. Se oyó un sonido metálico, cayendo al suelo. Isolda miró y vio el brillo de un cuchillo.

Retrocedió un paso, lejos de ella, y luego otro, distraído por el dolor, y se llevó la mano a la boca, para comprobar que estaba sangrando.

—¡Maldita seas! —gritó, para después darle un bofetón que la hizo caer al suelo.

El cuerpo de Isolda quedó tendido sobre su costado. Fue incapaz de cubrirse el vientre con las manos, pues sus brazos

seguían anclados a la pared.

—Eres un monstruo —gritó ella, desde el suelo, mientras las lágrimas de desesperación e impotencia resbalaban por su mejilla dolorida.

—Sí —respondió, con maldad—, soy un monstruo. Y después de matar a tu marido, haré de tu vida un infierno. Tanto, que desearás reunirte con él en el más allá.

Lo miró con total desprecio y de forma inesperada, la risa femenina rebotó en las paredes de la cueva de Ivar, sorprendiéndolo.

—No saldrás vivo de esta, Charles —masculló, con absoluto convencimiento—. Mi marido te encontrará y te matará, te abrirá la garganta de un solo tajo y te desangrarás, retorciéndote como un cerdo, hasta que toda vida escape de tu cuerpo.

Esta vez fue la carcajada de Charles la que se dejó oír, como el canto del diablo.

—Eso ya lo veremos.

Capítulo 34

Después de abandonar la cueva de Ivar, Charles se dirigió a su campamento, a solo un par de millas de allí. Había dejado a dos centinelas que darían la voz de alarma con flechas incendiarias si a Stewart se le ocurría asomar la cabeza por ahí. El lugar era demasiado escarpado y la pendiente bastante pronunciada para que un buen número de hombres pudiera acampar allí y pasar desapercibido.

Nada más bajar de su montura, en las improvisadas cuadras donde él y sus hombres tenían sus caballos, se escuchó a su espalda la dulce voz de su cómplice.

—¿Ya la has matado? —le preguntó.

La hermosa dama iba envuelta en sombras.

Una gruesa capa con capucha ocultaba parcialmente su rostro.

—¿Tan mala opinión tienes de mí, querida? —se mofó, haciéndola enfurecer—. No asesino a mujeres.

—Quizás deberíamos preguntarle a la antigua *lady* Stewart, ¿estaría ella de acuerdo con eso?

—Rumores, solo cuentos de vieja. No toqué a esa mujer, aunque… es cierto que lo intenté. Era muy hermosa, pero demasiado escurridiza.

Hubo un pequeño gruñido de desaprobación, pero eso no impidió que la figura femenina se acercara a Charles para hablarle más de cerca, fuera del alcance del oído de sus hombres.

—Eres un estúpido, un bueno para nada —le recriminó, entre susurros.

—Cállate o… —la acuso él. Apretó los labios en una fina línea, como si quisiera amenazarla, pero se lo pensó mejor. Se dio la vuelta para dejar de mirarla.

—¿O qué, Charles? —lo interrumpió, al tiempo que avanzaba hacia él.

Lo vio desaparecer dentro de su tienda, pero no tardó en seguirlo.

Dentro brillaba la cálida luz de un candil. Era suficiente para iluminarlos a ambos.

La dama no se quitó la capucha, permitiendo que la penumbra escapara de un rostro que podía lucir bondadoso y

angelical, aunque en esos momentos mostrase la crueldad y el desacuerdo.

—¿Esperarás a que el Cuervo te arranque los ojos? —se burló —. ¡Deberías haberla matado y acabar con todo esto!

—He cambiado de idea. Me casaré con Isolda y seré el señor de Dunmore.

Los ojos de la mujer se agrandaron como nunca. Charles hubiera podido ver el desprecio en ellos, pero seguían ocultos.

—No, no, no… —La mujer apenas podía respirar—. Eso no es lo que acordamos.

—No me hables de lo que acordamos. Los planes y las circunstancias han cambiado.

—¡Espera el hijo de otro hombre!

—No por mucho tiempo —se quejó él. Se sirvió un vaso de licor y se lo bebió de un trago mientras se quitaba la bata como si se estuviera asfixiando—. Isolda será mía, como lo será el castillo de Dunmore.

La dama seguía sin reaccionar a aquellas palabras, al menos en apariencia.

Apretó los puños bajo la capa y pensó en mostrarse sumisa, pero no. Ya había esperado demasiado tiempo para su venganza.

La mujer se masajeó las sienes para después mirarle fijamente.

—¿No te das cuenta, estúpido? Ethan la ama con locura y no descansará hasta encontrarla. —Lo señaló con el dedo—. Y cuando lo haga, todos nuestros esfuerzos habrán sido en vano.

—Matar al viejo Beaumont e incriminar al Cuervo fue muy fácil, pequeña.

—Ni por un instante Isolda se creyó que Ethan asesinó a su padre.

—Entonces es que no hiciste bien tu trabajo —dijo con rabia.

La encaró por primera vez y la amenazó con el puño en alto, pero ella no retrocedió ni un ápice.

Después respiró hondo y Charles consiguió calmarse.

—Lo siento. —Intentó acariciar su rostro, pero ella se apartó. Al ver el ligero mohín de desprecio en el rostro de la mujer, su humor cambió sintiéndose ofendido—. No me libraré de Isolda, ella tiene amigos en la corte y el rey la tiene en alta estima. Además, es mi prima, y me gusta, siempre me ha gustado.

—Si tanto la queréis, tú y el rey, celebradle un bonito funeral y casémonos —dijo ella, dando un paso hacia delante.

Charles le dio la espalda. No quería mirarla.

—No puedo.

—Haz lo que me prometiste. ¡Merezco más que nadie ser la señora de Dunmore! Incriminaremos al Cuervo de su muerte y toda Inglaterra nos creerá. Pensarán que la mató por venganza, al igual que hizo con lord Beaumont.

—Pero fuiste tú quien lo hizo, querida.

—También puedo matar a Stewart —aseguró.

Charles vaciló. Pero solo un instante, hasta que dijo:

—Quiero casarme con ella —zanjó Charles—. Siempre la deseé y nunca pude someterla. Ahora que la tengo a mi merced, no la dejaré marchar, mucho menos la mataré. La mantendré viva para satisfacer todos mis deseos. Es lo que me merezco, después de tantos años sirviendo a lord Beaumont.

—Jamás te aceptará —aseguró la mujer.

—No le quedará otro remedio.

Hubo un largo silencio, pero cuando se volvió hacia ella, con la copa ya vacía de nuevo en la mano, sus ojos brillaban de pura determinación.

Charles no daba su brazo a torcer, y empezaba a estar desesperada, se sentía traicionada, humillada. Si no lograba

convencerlo, todos sus planes, que había urdido meticulosamente desde que empezó a tener uso de razón, se irían al traste.

—No, preciosa. Está decidido, quiero a Isolda para mí.

Ella retrocedió, un paso tras otro, hasta que la furia que sentía creció deformando aún más su rostro.

—Yo soy quien merece ser la señora de Dunmore, y no Isolda. Eres un traidor, Charles, y un mentiroso. Esto no es lo que planeamos.

—Las cosas cambian, querida. Ella será mi esposa, pero… no tiene por qué cambiar nada entre nosotros.

Ella rio sin humor, comprendiendo que le lanzaba ese insulto como si fuera un cumplido.

—Yo te amo.

—Por favor, Charles, pues yo no —le escupió—. Eres solo un medio para mi fin.

Eso lo ofendió, y se sirvió otra copa.

—Eres una zorra, una mala mujer.

Desechó esos comentarios como si no valieran nada. No le afectaban en lo más mínimo. Se dio la vuelta y al creer que se marchaba, Charles la alcanzó.

—No, espera. A quien realmente amo es a ti, desde siempre. —Se acercó a ella y la tomó del delicado mentón—. Ya lo sabes, amor mío.

—Apártate. —Lo empujó, haciéndole retroceder un paso—. Me amas, pero no puedes apartar los ojos de Isolda, por Dios, eres patético.

Salió de la tienda y empezó a caminar hacia el bosque, dando por terminada su conversación. Pero Charles no lo consideraba así, no podía dejar que se marchara sin más.

Se acercó de nuevo a ella y la agarró por la barbilla, esta vez con más fuerza.

—¡Está bien, amor mío! —dijo—. Solo la tomaré como mi esposa a ojos de Inglaterra, únicamente para asegurarme un buen futuro como amo y señor de estas tierras. Pero la auténtica señora de Dunmore, la única mujer que ha existido siempre en mi corazón, eres tú y únicamente tú.

La mujer miró a ese hombre de arriba abajo. Acababa de firmar su sentencia de muerte.

No en vano, había pasado años de su vida en la sombra, tras el aura impecable de Isolda, cumpliendo todos sus caprichos, deslomándose para que ese castillo fuera un auténtico hogar. Y no

estaba dispuesta a perderlo todo solo porque Charles se hubiera encaprichado.

Isolsa, Isolda, Isolda. Bella, inteligente, bondadosa. ¡Isolda, Isolda! ¡Siempre Isolda!

Era ella quien merecía los halagos de la gente de ese lugar. Era una dama, ella y únicamente ella tenía que ser la señora de esa plaza.

El momento de *lady* Stewart había pasado. Este era su momento y no lo desaprovecharía por los deseos caprichosos de ese bueno para nada.

La mujer respiró hondo.

—Bien. —Pareció apaciguarse.

Alzó la mano y acarició el rostro de Charles, como claudicando a sus deseos.

—¿De veras?

—No seré yo quien te separe de lo que deseas —dijo con un tono tan dulce como la miel.

Su expresión varió del feo enfado a la hermosa inocencia de un ángel. Hizo un puchero encantador y con el dedo índice acarició el pecho de Charles.

—Tienes razón, amor mío. —Lo miró con ojos inocentes, al tiempo que mentía, con voz melosa—. Lo que pasa es que yo quería ser la única mujer en tu vida. Porque te amo, Charles. No soy capaz de concebir mi existencia si no es junto a ti.

Él ladeó la cabeza, extrañado por su buen carácter, cuando antes se había mostrado inflexible. ¿Podía ser cierto que solo lo amaba a él?

—Yo también te necesito, querida. Eres la única mujer a la que he amado.

—¿Lo soy? —replicó, sonriendo y acercándose más a su cuerpo para restregarse contra él.

—Oh, sí —jadeó Charles, con voz gutural, mientras la sobaba con las manos.

Una sonrisa victoriosa iluminó el rostro femenino cuando alargó la mano y apretó su entrepierna, para descubrirla dura y palpitante.

—Oh, querido mío. ¿Cómo negarme a tus deseos? —dijo—, con lo grande, ancho y fuerte que eres… y el inmenso placer que solo tú me sabes dar…

Él la empujó bajo el cobijo de los árboles, la apoyó contra una protuberancia rocosa y siguió manoseándola, intentando perderse

bajo sus faldas con un ansia arrolladora.

Ella abrió las piernas, subió una rodilla y restregó el interior del muslo contra su cadera, esperando que le diera la estocada que tanto necesitaba su cuerpo.

Sí, puede que Charles fuera un idiota, pero sabía hacer que se relajara, la distraía de su mente de actividad vertiginosa.

—Date prisa —le ordenó.

La voz ronca lo enervó aún más. La agarró del cabello, tirando de él con fuerza.

La besó de tal forma que la herida que le había provocado Isolda volvió a abrirse. Al darse cuenta, se apartó de ella y le dio la vuelta hasta empujarla sin miramientos contra la superficie de la roca inclinada. De pie tras ella, volvió a tirar de su cabello, para obligarla a que echara la cabeza hacia atrás.

La asió con fuerza y aplastándola con su peso, su mano buscó y agarró finalmente la tela para subirle la falda del vestido, mientras con sus manos fuertes, de dedos anchos y poderosos, se abrían camino entre sus muslos sin demasiada delicadeza.

La mujer gimió, excitada, cuando le acarició el sexo, al mismo tiempo que le mordía el hombro que había desnudado con un tirón de su vestido.

—Poséeme, Charles —exigió, húmeda—. Quiero sentirte dentro de mí, tan grande, tan duro, tan poderoso.

La penetró sin miramientos, de un solo golpe, vigoroso y preciso.

En ese justo instante, ella soltó un hondo gemido, como si estuviera absorbiendo toda su fuerza.

—Oh, sí… ¡ah, ah!

Charles la penetraba con una fuerza y un ímpetu desmedido. Ella siempre estaba dispuesta y aquella noche, más que nunca. La conocía tan bien, estaban hechos el uno para el otro. Al igual que le sucedía a él, la violencia la excitaba. Gruñó contra su oreja y empezó a notar cómo las paredes mojadas de esa mujer lo estrangulaban.

Le tiró del pelo y mordió su cuello, haciéndole sangre.

—Ah… Oh, sí... más fuerte, más rápido —exigía ella, mientras hundía los dedos en su negra melena y le arañaba el cuero cabelludo.

Le pellizcó los pezones con violencia y ella soltó un grito de puro éxtasis. Alcanzó el orgasmo dejando escapar otro grito, esta vez ahogado por la mano de Charles que seguía pujando con dureza dentro de ella.

Los temblores que la invadieron de nuevo provocaron la liberación de su cruel amante. Charles se vació en su interior, preso del fuerte orgasmo. La mujer rio y se dio la vuelta, librándose del peso de su cuerpo. Charles quedó apoyado sobre la roca, descansando, mientras miraba las estrellas a través de las copas de los árboles.

Gimió al sentir los labios de su amante, descender por el pecho, el abdomen y más abajo. Su miembro dio otro brinco cuando ella lo mordió en el muslo. Escuchó la risa tintineante y él también sonrió al sentir que subía otra vez sobre él para besar su boca.

—Ha sido un placer, Charles, pero desgraciadamente para ti, yo no comparto mis juguetes.

El placer dio paso a la sorpresa. Y esta, al terror.

La mujer había sacado un cuchillo de la bota y en un rápido movimiento, se lo clavó en el cuello.

—¿Cóm… cómo has… pod…?

El rostro de ella cambió nuevamente, transformándola en un bello diablo, con una sonrisa que congelaría el mismísimo infierno.

—No, querido, no te esfuerces —le susurró, mientras los últimos latidos de vida abandonaban el corazón de un hombre que otrora fue cruel y poderoso y pronto se convertiría en carne

putrefacta y corrupta—. ¿Sabes, amor mío? Deberías haberme hecho caso —dijo, con voz dulce—. Pero no te preocupes, yo me convertiré en alguien muy querido para Ethan Stewart. Y referente a ti y a Isolda… pronto podréis encontraros en el infierno.

La sangre se fue desliando por la piel de su cuello, hasta manchar su camisa. Ella capturó un chorro con el dedo y se lo llevó a la boca. Cerró los ojos y, deleitándose de puro placer, degustó la sangre caliente y dulce, y con ella, su último halito de vida.

Justo después se apartó de él con desdén, y el cuerpo inerte de Charles se deslizó por la roca, golpeando el suelo como un fardo al caer.

—Ha sido un placer, querido.

***

Isolda tiraba de la cuerda, intentando desatarse las muñecas, hasta el punto de desgarrarse la piel. Charles se había marchado, pero regresaría, de eso estaba absolutamente convencida. Y puede que no se conformara esta vez con darle un bofetón.

Lo intentó durante un tiempo que se le antojó eterno, hasta que, exhausta, empezó a mirar en derredor, buscando una solución

que por el momento se le escapaba.

Cuando estaba a punto de darse por vencida, sus ojos se encontraron con el cuchillo que a Charles se le había caído después de golpearla. Eso serviría. Pero estaba fuera de su alcance.

Se estiró todo lo que pudo y, tras varios intentos, con la punta del zapato consiguió acercarlo. Se agachó y tras unos minutos, logró rasgar la cuerda.

Una vez libre de ataduras, se quitó la capa mojada, dejándola en el suelo y echó a correr, atravesando la entrada de la cueva para adentrarse en la maleza.

Capítulo 35

Había empezado a nevar. Sus pies se hundían en la nieve hasta las rodillas y las ramas de las zarzas le arañaban la piel del rostro y rasgaban su vestido. Perdió los zapatos, pero no le importó. Siguió corriendo, descalza, sin importarle nada más que lo que veía frente a ella. Maleza, oscuridad, copos de nieve fundiéndose en su cara.

Una hora después, tuvo que detener la carrera y caminar. Estaba agotada, el aire gélido se le metía en la garganta y en los pulmones cada vez que respiraba. Y su vestido, que ya estaba mojado por la humedad de la cueva, parecía clavarse en su piel, como mil cuchillos. Podía sentir el frío en los huesos. Estaba mareada, y siempre presumió de saberse el camino hacia Dunmore como la palma de su mano, pero en esos momentos las nubes tapaban la luna, y la negrura era casi absoluta. No veía más allá de dos pasos de distancia y no sabía hacia dónde ir.

Sin embargo, no se detendría.

No podía parar.

Tenía que regresar a Dunmore. Volver con Ethan.

Charles estaba cerca.

La capturaría. Era cruel. Y fuerte. Puede que, si volviera a dar con ella, acabase con su vida.

Se escuchó el aullido de un lobo solitario y se le puso el vello de punta. Se quedó quieta unos segundos, para escuchar a su alrededor. No oyó nada más, pero sintió en la nuca la sensación de que alguien la observaba.

La estaban siguiendo.

Se puso en marcha de nuevo, emprendiendo una incómoda carrera, hasta que sus piernas no dieron más de sí y cayó de bruces sobre la nieve.

Arrastrándose unos metros, se sentó en el suelo, apoyando la espalda en el árbol más cercano. Mientras tanto, se concentró en respirar y fijó la mirada en el vaho blanco que salía de su boca con cada exhalación.

De repente, escuchó unos suaves pasos. Giró la cabeza en esa dirección y, entre los árboles, distinguió una silueta, enfundada en una capa negra, como la que llevaría la muerte si viniese a buscarla.

Se trataba de una mujer, por la forma y la estatura que presentaba.

No debía confiarse, todo en aquel lugar era aterrador y siniestro. Aun así, se armó de valor y habló, intentando que su voz no sonara temblorosa.

—¿Quién eres? —espetó—. ¡Muéstrate!

La mujer obedeció, se quitó la capucha.

El alivio la inundó, por primera vez en horas.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó.

Era Gwyneth.

—¡Isolda! —La dama caminó hasta ella, con una expresión de bondad que casi la adormeció—. ¿Has logrado escapar?

La pregunta le extrañó. ¿Cómo podía saberlo? Luego vio que miraba las heridas de sus muñecas y asintió, comprendiendo.

—Ha sido Charles —dijo—. Debemos regresar a casa cuanto antes, puede que nos esté siguiendo.

—No lo creo. —Gwyneth parecía convencida de ello.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó, extrañada—, ¿estamos cerca de Dunmore?

Gwyneth se acercó. Con esos ojos grises y a veces inquietantes la miró, ladeó la cabeza y se agachó frente a ella. Vio

cómo se mordía el labio inferior y miraba a un lado y a otro. Era evidente que su salida al bosque era un secreto que no deseaba revelar.

—Gracias a Dios que estáis bien, mi señora —dijo, con tono dulce—. Todos os están buscando. Escuché unos ruidos y me separé de ellos. Regresemos.

La cogió de la mano y tiró de ella, pero Isolda no se movió. No podía andar. Seguía descalza, con los pies congelados de correr por la nieve. Solo tenía ganas de dormir, le dolía terriblemente la cabeza y apenas podía respirar.

—No —gimió—. Me quedaré aquí.

Gwym miró a un lado y a otro.

—Está bien, no tardarán en llegar.

—Adelántate, y diles dónde estoy.

—No os dejaré sola, *milady*.

Isolda movió la cabeza en negación.

—Vete, no podemos hacer el menor ruido... Charles me persigue, llevo horas sintiendo sus pasos detrás de mí.

—Oh, sí… Charles —dijo, como si su cabeza estuviese en otro lugar—. ¿Él os ha hecho esto?

—Me secuestró, y planea matar a Ethan para casarse conmigo. ¡Debo avisarle!

Esta vez fue Gwyneth quien meneó la cabeza.

—No os dejaré sola.

—Te lo agradezco, amiga mía... pero necesito que vayas a buscar ayuda… Yo... yo...

Empezaba a notar cómo el frío la adormecía, abrazándola, sumiéndola en un agradable sueño.

Gwyneth ladeó la cabeza.

—¿Tenéis sueño? —preguntó, preocupada—. No os durmáis, debéis manteneros despierta.

Isolda asintió y le pareció ver sonreír a Gwyneth, sus ojos grises iluminándose, como si hubiesen atrapado la luz de la luna llena.

Estaba delirando, el frío le hacía perder el juicio.

La nieve seguía cayendo, esta vez con más fuerza. De seguro, moriría congelada en aquel lugar. Sola, en paz. Hasta era posible que Gwyneth no estuviese allí y su presencia solo fuera el producto de su imaginación. Su silueta, de nuevo encapuchada, parecía la de un ser mágico.

Cerró los ojos, y en el rostro del ángel de capa oscura, pálido como la muerte, se dibujó una sonrisa amable y acogedora, para después desaparecer de su campo de visión, como si no hubiese estado allí jamás.

Lo último que alcanzó a oír, antes de caer de lado sobre la nieve, fue la voz de Ethan, a lo lejos, llamándola en un tono desesperado.

—¡¡Isolda!!! ¡¡¡Isolda!!!

Seguramente fuera un dulce delirio.

Capítulo 36

La silueta esbelta, cubierta con una capa oscura, sostenía algo entre las manos. Isolda no alcanzaba a verlo bien, pero parecía una hoja de metal que emitía destellos plateados y rojizos, como un puñal ensangrentado. Esos ojos claros, asomándose entre la penumbra que la capucha daba a su rostro, parecían perlas grises sobre un manto de terciopelo negro y su sonrisa era tan hermosa como inquietante.

Isolda estaba paralizada.

No podía moverse, casi ni respirar.

Sentía el frío en la espalda y un gran peso sobre su pecho, como si alguien estuviera presionando sobre su corazón. El hielo se le metía en la piel, calándola hasta los huesos.

Ese ser se desdibujó, fundiéndose en la penumbra, como una sombra que empezó a deslizarse por la tela de su vestido empapado.

Isolda se agitó, gimió, y algo la retuvo, inmovilizándola.

No podía moverse. No podía respirar.

¡Isolda! ¡Isolda!

Abrió los ojos y gritó con todas sus fuerzas.

—Isolda, estoy aquí. Isolda.

La voz de Ethan la calmó. Sintió sus manos, acariciándola, sus brazos, dándole calor. Aun respirando con rapidez, pudo ver el rostro amado y soltó un hondo gemido que pareció dejar escapar a todos sus miedos.

—Ethan —logró decir—. Estás aquí.

Él acarició su rostro con ternura.

—Estoy aquí.

—Pensé que…

—Ha sido una pesadilla. Ya estás a salvo.

—Charles. Él me capturó. Planea matarte y después casarse conmigo.

—No te preocupes más por él. Está muerto.

—¿Muerto?

Miró a su esposo con los ojos muy abiertos, sin poder creer lo que acababa de decirle.

—Lo encontró Archibald esta mañana. Tenía un puñal clavado en el cuello. Ya no puede hacerte daño.

Ella cerró los ojos y se dejó abrazar por su marido. Su calor la aplacó, pero aún sentía el peligro cerca. No entendía el motivo, pero algo acechaba, algo diabólico. ¿Sería posible que el fantasma de Dunmore existiera?

No, era una estupidez. Solo estaba cansada, y su mente le estaba jugando una mala pasada.

—Gwyneth —sonrió—, ella me encontró. Cuidó de mí, hasta que tú llegaste.

Él la miró, confuso, ladeando la cabeza y frunciendo el ceño.

—Cuando te encontré, estabas sola, Isolda. A punto de morir, medio hundida en la nieve.

—Es posible que lo soñara, me duele tanto la cabeza…

—Seguramente —dijo él, besándola en la frente—. ¿Mejor así?

Frunció aún más el entrecejo, mientras su esposa volvía a quedarse dormida con una sonrisa dibujada en sus labios, que seguían azules. Puede que no fuera a Gwyneth a quien vio, pero cuando la encontró, lo hizo gracias a unas huellas, que la llevaron hasta ella y luego se perdieron en la nieve. ¿Habría sido el fantasma?

No podía saberlo, pero sí sabía que algo estaba pasando en Dunmore. Algo que no lograba explicar. No quería pensar que se trataba del fantasma, no creía en esas cosas absurdas. Pero si no le ponía remedio, algo le decía que la muerte de Charles no sería la única.

Al menos, Isolda seguía viva. No permitiría que nada malo le volviese a suceder.

Con esa idea, siguió abrazado a su esposa hasta que se dejó llevar también por el sueño.

—Estás a salvo —musitó, con el rostro hundido en sus cabellos y su cuerpo dándole calor—. No permitiré que nadie, nunca más, vuelva a hacerte daño.

***

Isolda despertó, envuelta en el calor de su cama. Había pasado casi una semana, pero había estado muy débil, y con el temor de que se interrumpiera el embarazo. Por ello, Lora no la dejó salir de la cama. Para ser una simple sierva, esa mujer podía ser muy insistente y dominante.

Pero no era Lora quien ahora velaba su sueño, Gwyneth dormitaba a su lado, mientras en las manos sostenía un escapulario. Isolda se fijó en sus manos desnudas, bañadas por el chorro de luz que se colaba por el ventanal. Jamás la había visto sin su anillo de piedra oscura.

—Oh, cielos... —dijo la dama, después de abrir los ojos por un momento y ver que su señora la miraba fijamente—. Al fin habéis despertado.

Isolda abrió la boca para decir algo, pero estaba tan cansada que no pudo pronunciar palabra.

—No os esforcéis —dijo, acariciando su mano con ternura—. Lleváis... varios días durmiendo. Y vuestro esposo...

La cara de Gwyneth la inquietó al referirse a Ethan.

—¿Dónde está? —logró preguntar, con un hilo de voz.

Gwyneth abrió la boca para responder, pero en ese momento, Emma entró con una infusión sobre una bandeja de plata.

—¡Mi señora! —exclamó, sonriendo, mientras Gwyneth la reprendía con la mirada por alzar la voz—. Habéis despertado.

—Eso… eso creo —respondió Isolda.

Emma miró a Gwyneth, y frunció el ceño.

—¡Oh! —exclamó—, ¿habéis perdido vuestro anillo?

La dama tragó saliva y se acarició el dedo donde siempre lo había portado, después de la muerte de su esposo. Isolda sonrió con tristeza, Gwyneth debía tener en alta estima esa joya. Si hasta Emma se había dado cuenta de que le faltaba quería decir que llamaba la atención que no lo llevara puesto.

—No te preocupes —dijo Isolda—, todo el mundo sabe que es tuyo. —Le sonrió con amabilidad—. Lo encontraremos y pronto volverá a tu dedo.

Gwyneth asintió con cierto nerviosismo.

—Eso espero, Isolda —suspiró—. No sé cómo ha podido suceder.

Emma sonrió con cierta malicia, mientras colocaba la bandeja sobre una mesilla.

—Pero no os preocupéis por mí, ahora solo importa vuestra recuperación. No sé qué hubiera pasado si lord Stewart no os llega a encontrar.

La cara de desconcierto de Isolda fue más que evidente.

—Pero me encontrasteis vos, ¿no es así?

—Él acudió enseguida —respondió Gwyneth, nerviosa, como si la hubiesen pillado haciendo algo malo—. Yo no habría podido llevaros en brazos hasta el castillo.

Isolda le sonrió.

—De todas formas, me alegro de que vinieras en mi ayuda. —De pronto, Isolda frunció el ceño—. Por cierto, ¿qué hacíais a esas horas de la noche fuera del castillo?

Gwyneth tragó saliva. De nuevo esa expresión culpable.

Intentó forzar una sonrisa, pero solo consiguió que le temblara el labio. La risita de Emma no ayudó. Esa muchacha era odiosa, seguro que si descubría su secreto, todos en el castillo lo sabrían en un parpadeo.

Mientras Isolda miraba a su amiga, Emma le sirvió una infusión, mientras esperaba atentamente una explicación de *lady* Gwyneth, que no llegó.

—Lleváis varios días delirando, con fiebres muy altas y débil, como una bella rosa en mitad de la nieve —dijo—. Por eso, os traigo esta infusión reparadora. Os vendrá bien y os revigorizará.

Con la ayuda de Gwyneth, Isolda se incorporó. Después de que su doncella le acomodara el almohadón, tomó el tazón entre las manos y acercó los labios para tomar un sorbo.

—¿Y bien? —dijo Isolda a Gwyneth, antes de beber—, ¿qué hacíais allí fuera, de noche?

Pero en el preciso momento que iba a inventarse cualquier explicación, Lora entró por la puerta.

—¡Lora! —dijo, feliz de verla.

Dejó el tazón sobre la mesita, cuando la mujer se acercó a saludarla.

—Mi señora —murmuró, con cierto nerviosismo.

Isolda frunció el ceño, algo no iba bien. ¿Qué estaba pasando?

—Ha ocurrido algo, ¿verdad?

Intentó incorporarse de la cama, pero las manos de Gwyneth la sujetaron para que no se excediera. Enseguida, Emma estaba a su lado, fulminando con la mirada a la dama.

—Yo la ayudo, señora —dijo la doncella, solícita.

Pero Isolda solo tenía ojos para Lora y sus malas noticias.

—Ha pasado una desgracia.

—¿Mi marido? —musitó, aterrada.

—No, no, él está bien. —Lora se acercó un poco más y puso la mano derecha cuidadosamente sobre la de su señora—. Me temo que es *sir* Talbot. Alguien lo ha asesinado en las caballerizas.

Capítulo 37

Para cuando Isolda bajó a los establos, Ethan ya estaba junto al cuerpo de *sir* Talbot.

—¡No! —Isolda lloró en silencio mientras se acercaba a su marido.

—Isolda, no deberías estar aquí.

—Por favor —le rogó ella.

Emma, quien junto a Gwyneth había ayudado a su señora a bajar las escaleras, se apartó, para que ahora fuera Ethan quien se ocupara de sostenerla.

Gwyneth se retiró varios pasos, conmocionada por la muerte y Emma la miró de reojo sin simpatía alguna.

Ross Archivald estaba junto a *sir* Talbot. Isolda miró, espantada, la profunda puñalada en el cuello que lo había matado.

—No… Talbot. —Se agachó, reverente, arrodillándose junto al cuerpo inerte del caballero.

Sus ojos azules, otrora llenos de vida, sabiduría y bondad, habían perdido su brillo y lucían opacos, mientras parecían mirar al techo, abiertos y sorprendidos ante el cruel desenlace de su vida.

Isolda se quedó sin habla, mientras la pena y el dolor la estrangulaban.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —preguntó, desolada.

Ross se puso en pie y miró alrededor.

—Su caballo está ensillado, aún atado a la argolla de su cuadra. Es muy probable que todo se produjera al amanecer, cuando era frecuente que fuera a hacer sus rondas.

A pesar de que Charles ya no era una amenaza, el que mejor conocía esos bosques era *sir* Talbot. Sin que nadie se lo pidiera, se había tomado como un serio trabajo el recorrer las lindes para cerciorarse de que ningún hombre de Beaumont rondaba el castillo.

De repente, tras él se escuchó un grito ahogado.

Todos miraron a Emma, quien se acercó al cadáver. Ross miraba sus ojos, llenos de terror y sorpresa.

—¿Qué es eso? —preguntó Emma, con voz estrangulada. Miraba entre la paja mientras con las manos se cubría la boca—. ¡Ahí! —Señaló el lugar para que Ross lo descubriera.

Con el pulgar y el índice, Archibald sacó de entre la paja lo que Emma estaba señalando.

A Gwyneth se le agrandaron los ojos por el estupor.

—Es… un anillo —dijo Ross, mientras se le iba apagando la voz.

Sí, era un anillo. Un ópalo grande y negro, que en más de una ocasión había estado en sus manos.

Miró a Gwyneth, acusador.

Todos parpadearon confusos al saber que era el anillo de la dama.

—¿Qué es? —preguntó Emma, aunque por supuesto, sabía la respuesta.

—Es el anillo de *lady* Gwyneth.

Mientras Emma abrazaba a Isolda, Ethan exigía respuestas.

—¿Y bien? —La miró, de forma acusadora.

Gwyneth se mantenía firme.

—No sé qué quiere que diga. —Desvió la mirada hacia Ross, que estaba junto a su señor, pero debería saber que de él no

recibiría ayuda, ni misericordia—. Perdí mi anillo, pero de eso hace días.

Ethan miró a Isolda, pero ella no pudo negar ni afirmar.

—He estado convaleciente, yo…

Gwyneth la miró, suplicante.

—No lo maté, Isolda. Dios mío, tienes que creerme.

—Yo… —su amiga dudó un momento—, te creo.

Ethan frunció el ceño, pues él no estaba tan convencido.

—No es la primera vez que hace cosas extrañas —se escuchó la voz de Emma—. La otra noche estaba fuera del castillo a altas horas de la noche, sabe Dios haciendo qué.

Gwyneth abrió la boca como si no pudiera creerse esa acusación, pero sí se la creía.

Sí de Emma.

—Yo… —Sus ojos llorosos se pusieron sobre los de Ross.

—La vi salir del castillo, solo estaba paseando —aseguró—. No la perdí de vista en ningún momento.

Ethan alzó una ceja y miró a su amigo.

Pondría una mano en el fuego por él, pero también sabía que, desde el principio, Ross le había dicho que esa mujer no era de fiar.

—¿Entonces? —le preguntó Ethan.

—Yo la creo.

Gwyneth soltó el aire que había estado reteniendo, aliviada, pero enseguida tembló de nuevo al ver la expresión severa de Ethan.

—Si él responde por ti, tendré que creerlo.

***

La luz oblicua y anaranjada de la tarde entraba por la boca de la sencilla bóveda de cañón que formaba la capilla. El haz de luz se posaba sobre el cuerpo inerte de *sir* Talbot, como si Dios hubiese trazado un camino para que su bondadosa alma llegara pronto al cielo.

El pequeño templo de Dunmore estaba a rebosar de velas y un fuerte aroma a incienso lo impregnaba todo.

Algunos nobles y caballeros amigos se habían reunido aquella tarde para rendir homenaje a *sir* Arthur Talbot, un hombre leal, honorable y de gran corazón. Su cuerpo yacía en el interior de un sencillo ataúd de pino, y cubierto con el estandarte de su familia. Sobre la tosca tela, descansaba su espada, símbolo de su nobleza y bravura.

El padre Marcus comenzó a oficiar la misa de difuntos con voz solemne, y los presentes se santiguaron mientras decía hermosas palabras, alabando al hombre que otrora fue su amigo, y que sirvió y protegió a *lady* Isolda y guardó Dunmore con inteligencia y bravura, y que después supo ganarse el corazón del nuevo señor, Stewart. O tal vez fue al revés, pues Ethan fue recibido por *sir* Talbot con respeto, después con afecto sincero.

—Aunque Arthur Talbot haya marchado con nuestro Señor —empezó diciendo el padre Marcus—, su legado vivirá por siempre en nuestra memoria, y será un ejemplo para las nuevas generaciones de lo que verdaderamente significa ser un caballero. Su nombre, será sinónimo de honor y valentía.

Isolda permanecía junto a su esposo, con el corazón partido en pedazos, mientras escuchaba al sacerdote. Él la sostenía con su brazo, pues aún estaba demasiado débil para haber salido de la cama. No quiso regañarla, ya tenía suficiente con lo vivido los últimos días.

Ladeó la cabeza hacia ella e Isolda soportó, estoica, la mirada fija sobre el féretro de *sir* Talbot. Después, cuando la misa finalizó, se acercó al ataúd y depositó una rosa blanca junto a su espada.

—Descansa en paz, mi querido Arthur —dijo, con voz temblorosa y sus lágrimas honraron al fiel amigo, que había sido como un padre para ella.

Seis caballeros, incluidos Ethan y Ross, se adelantaron y alzaron el féretro, mientras Isolda era incapaz de contener las lágrimas.

Cuando el cortejo fúnebre, al que siguieron todos los siervos del castillo, llegó al lugar sagrado, tras la capilla, el padre Marcus dijo las últimas palabras.

Cuando empezaron a echar tierra sobre él, Isolda sintió que le fallaban las fuerzas.

Ethan la sostuvo nuevamente.

—No deberías haber venido, cariño. Estás débil.

—No me lo hubiese perdonado jamás —sollozó enfadada, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Es tan injusto, ¿por qué tengo que perder a tantos hombres que me importan?

Ethan pensó que era cierto. No hacía tanto que su padre había muerto, y ahora *sir* Talbot. El caballero que había sido como un padre para ella.

—Prométeme que no me dejarás —dijo Isolda, abrazándolo con fuerza—, prométemelo.

—Te lo prometo, mi amor.

Ella se dejó acariciar por aquella palabra y consolar por el fuerte abrazo que la anclaba a él.

Momentos después, la presencia del señor fue requerida y este no permitió que Isolda lo siguiera.

—Gwyneth, mi esposa tiene que descansar —le dijo, sin esperar objeción por su parte—. Lleváosla a su alcoba.

Isolda lo miró con lágrimas en los ojos, pero asintió. Estaba exhausta.

Mientras Gwyneth la ayudaba a subir los peldaños, miró a su señora y amiga, con preocupación.

Su rostro seguía pálido y sus ojeras eran más que evidentes. Tendría que haberse quedado en la cama, pero también sabía que nadie la hubiese convencido de lo contrario.

—¿Estáis bien, Isolda? —dijo, depositándola en la cama.

—Sí, solo necesito descansar.

Miró a Gwyneth, la conocía bien y sabía que la dama tenía algo que decirle, algo que se estaba guardando hacía mucho.

—Deberías hablar antes de que tus propios pensamientos te consuman —dijo Isolda.

Gwyneth levantó la cabeza mientras le quitaba los zapatos para que estuviera más cómoda.

—Yo…

—Te conozco —le sonrió Isolda con tristeza—, ¿qué ocurre?

—Yo… no es nada. —No se atrevía a hablar más de la cuenta.

—¿Desde cuándo te callas tus preocupaciones?

Desde siempre, quiso responderle, pero sabía a lo que Isolda se refería. Siempre que se tratara de los asuntos de los demás, Gwyneth era bastante sincera a la hora de dar un veredicto o su opinión.

—¿Y bien?

—Solo estoy… muy triste por todo lo que está pasando. *Sir* Talbot era… un buen hombre. No merecía una muerte tan poco honorable.

Isolda se incorporó, tomó sus manos y logró que las miradas chocasen nuevamente.

—Dime qué te pasa, por favor. Cuéntame qué te preocupa. No es solo tristeza, ¿verdad? Siento que hay algo más que no quieres decirme.

—Oh, mi señora… —Gwyneth dudó un momento, mientras su rostro se demudaba del dolor a una sincera rabia—. Yo… no sé cómo

deciros esto sin parecer una traidora.

Isolda parpadeó confusa, pero siguió animándola a hablar.

—Puedes confiar en mí, Gwyneth.

Tras tomar aire y expulsarlo con lentitud, la dama habló.

—Yo… creo que *sir* Talbot descubrió quién era el asesino de vuestro padre y este lo mató.

—¿Qué? —La sorpresa se reflejó en su rostro.

—Le escuché decírselo a Ethan, que necesitaba pruebas porque era alguien querido y cercano.

La mente de Isolda se puso a funcionar, por supuesto que había un traidor. Ella lo sabía, ¿acaso Charles no le había confesado que una persona de confianza había matado a su padre?

—¿Y de quién sospechas, Gwyneth?

La muchacha la miró, pero no tuvo valor para hacerlo mucho más tiempo.

Pronunció el nombre e Isolda se levantó de la cama como un resorte.

—¿Qué… qué estás diciendo? —Luego negó con la cabeza, incrédula, desconcertada—. No es posible.

Capítulo 38

Gwyneth salió de la alcoba de Isolda y justo después de cerrar la puerta y darse la vuelta para dirigirse a su habitación, una corpulenta silueta salió de entre las sombras, iluminando su rostro gradualmente, bajo la luz de la tea.

—¡Ross! —jadeó, llevándose una mano al corazón—. Me has dado un susto de muerte.

—Es la muerte la que se asustará, cuando al venir a buscarte vea que tu corazón es más negro que su propio manto —dijo, acercándose a ella, peligrosamente.

Gwyneth retrocedió.

Como siempre que se cruzaban, intentó endurecer su corazón. Mirarlo con el odio y el desprecio que había sentido por él un día. Pero… no pudo. Ya no podía odiarlo, no desde que se habían vuelto a reencontrar.

Sin ningún miramiento, el duro escocés la agarró del brazo y tiró de ella. La arrastró hasta el final del corredor.

—¿Dónde me llevas? —Intentó resistirse.

—¡Camina!

¿Por qué habría pensado Gwyneth que había algo de piedad en su oscuro corazón?

Se paró frente la puerta de su alcoba. La abrió y sin miramientos la empujó dentro. Cuando Gwyneth escuchó el portazo tras ella, estaba segura de que no estaba sola en su dormitorio.

—¿Qué pretendes? —preguntó, incrédula—, ¿destruir mi reputación?

—Por favor —le espetó—, no te tocaría aunque fueras la última ramera de la tierra.

Desconcertada y dolida, lo miró a los ojos mientras se frotaba el antebrazo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —jadeó, con los ojos muy abiertos a causa del terror.

Se le cortó la respiración al ver esa cruel cicatriz, atravesando su apuesto semblante, desde la ceja izquierda, el puente de la nariz y la mejilla derecha. Había sido una suerte que no perdiera el ojo. Y solo había una culpable, ella.

—Sal de aquí —le exigió.

—No tan rápido. Y si es tu reputación la que te preocupa, puedo abrir la puerta y que todos se enteren de la clase de zorra que eres en realidad.

—Eres… —Levantó la mano para abofetearle, pero él la tomó de la muñeca. Se la retorció sin piedad hasta que ella retrocedió varios pasos—. Eres un miserable. Siempre lo fuiste, Maldito salvaje. ¡Escocés!

—Menudo insulto —se burló él sin humor—. Salvaje escocés. Ahora recuerdo que siempre me odiaste por ser escocés.

—Ten la decencia de callarte.

—¿Tienes el atrevimiento de hablarme de decencia? Sí, una damisela inglesa encontraría pocas cosas más nauseabundas que un escocés. ¿Pero tú? Si no recuerdo mal, fingíais muy bien entre mis brazos. Tanto que yo… —Ross apretó los labios y calló a tiempo.

—Sí, cállate, Ross —su tono empezaba a ser envenenado—. Encierra la lengua entre tus dientes, si lo que vas a decir no es amable.

—Tú, hablando de amabilidad. —Rio, sarcástico—. Si *lady* Isolda te conociera lo que te conozco yo… se horrorizaría.

Gwyneth lo miró, alzando el mentón aún más. Sus ojos se llenaron de odio, rencor y rabia.

—No tienes la menor idea de lo que es el horror.

—Y bien que lo sé. Y tú también, Gwyneth.

—¡Cállate! —espetó, con los dientes apretados—. ¿Qué sabrás tú de sentimientos? Bastardo arrogante.

Él soltó una carcajada.

—Vaya, vaya. Esa sí que es la Gwyneth que recordaba, puro fuego —su mirada se volvió maligna—, pura mentira, y pura traición.

—¡Basta!

Gwyneth se llevó las manos a la cabeza, para taparse los oídos, no quería escuchar nada de ese hombre horrible que le había arruinado la vida.

—Fuera de mi habitación, no sabes cuánto te aborrezco.

—Ese bonito sentimiento es mutuo, mi pérfida dama. Pero hay algo que vamos a aclarar. ¿Qué le has dicho a Isolda?

Sus ojos azules rezumaban rabia, odio y dolor, a partes iguales.

Y para todas esas emociones, también había una sola culpable, ella.

Gwyneth empezó a caminar hacia atrás, al ver esa mirada de odio que conocía tan bien. El rudo pelirrojo avanzaba hacia ella.

Hasta que la fría pared de la estancia la detuvo y le hizo saber que no tenía escapatoria.

Él la miraba furioso.

—No sé a qué te refieres.

—Oh, sí lo sabes. —Sonrió sin humor—. Le habrás envenenado el oído con tus sospechas sobre quién mató a *sir* Talbot, y sospecho que tu ponzoña esta vez va dirigida a mi amigo Ethan, tu señor —dijo, con los dientes apretados, para que no tuviera dudas de quién le daba de comer.

—No es de él de quien sospecho.

Ross retrocedió un paso, incrédulo.

Se señaló el pecho.

—¿Entonces, de mí?

Gwyneth alzó el mentón y entrecerró los ojos.

—¿Por qué no? ¿Crees que no te veo capaz de matar y traicionar? A mí, bien que me traicionaste.

Se borró toda diversión de la mirada de Archivald cuando agarró a Gwyneth por el cabello y la aprisionó contra la pared.

—No me habléis de traición, señora, porque os juro que me olvido de que soy un caballero y no respondo.

Ella intentó liberarse, pero fue incapaz.

Gwyneth apartó el rostro y tragó saliva al notar el cálido aliento de ese hombre.

—Me haces daño, Ross.

Él soltó su abundante cabellera negra, colocó ambas manos a cada lado de su cabeza y los labios de ambos quedaron a escasa distancia. La agarró de la barbilla, y la obligó a mirarle a los ojos.

—A ti nada te asusta, eres la personificación de la traición —escupió.

Gwyneth le dio un rodillazo tan fuerte e inesperado que Ross se dobló en dos y ella pudo huir, interponiendo la cama entre ambos.

—Te arrepentirás de esto —le dijo sin aliento—. Y como sigas envenenando el oído de Isolda te aseguro que seré yo mismo quien te saque a rastras del castillo para que no vuelvas nunca más.

—Le diré lo que pienso, y eso es que eres un miserable.

Él la miró, reconociendo en ella la maldad que creía que albergaba ese cuerpo tan hermoso.

—¿Has acusado a Ethan de la muerte de Talbot? —insistió—. ¡Responde!

—No he hecho tal cosa —le repitió furiosa—, solo le he dicho lo que vi.

—Nada de esto es asunto tuyo.

—Sí, lo es —se envalentonó—. Cualquiera corre peligro.

—¿Y piensas que es culpa nuestra?

Ahora quien soltó una amarga carcajada fue ella.

—Todas las desgracias están pasando desde que llegasteis vosotros, los salvajes escoceses. ¡No tenéis honor, ni dignidad!

Ross rodeó la cama y ella intentó escapar, pero él la agarró por la cintura y la obligó a darse la vuelta.

—¡Suéltame! —Empezó a patalear, pero él la empujó y la echó sobre la cama.

El terror se dejó ver en el rostro de Gwyneth y Ross sintió cómo su corazón se rompía, pedazo a pedazo.

Gwyneth aprovechó esa debilidad para escapar de nuevo. Corrió hacia la puerta, pero él la interceptó a tiempo. La aplastó esta vez contra la pared y ella se tapó la cara con las manos.

Él gruñó, haciendo una profunda respiración.

Poco a poco ambos se fueron calmando, pero él no se apartó.

Le tomó la mano con rudeza y le puso el anillo de ópalo negro en el dedo.

—Te devuelvo el anillo que te regalé —dijo, mirándola a los ojos.

Entonces sí que empezó a llorar. Las lágrimas cayeron por el rostro de Gwyneth, sin ningún control.

—¿Por qué te importa tanto ese estúpido anillo? —gimió, entre sollozos.

La mirada de rabia de Archibald no admitía dudas.

—Te dije que no te lo quitaras jamás, para así recordar que tu corazón es tan negro como esa piedra —masculló, con odio—. Ni eso fuiste capaz de hacer por mí.

Las lágrimas seguían manando de sus hermosos ojos grises, pero hacía mucho tiempo que su llanto ya no conmovía a Ross Archibald.

—Suéltame —suplicó—, me haces daño.

Pero ella no se refería a un dolor físico, sino al del corazón. El corazón que ese mismo hombre había destrozado años atrás.

—Déjame, te lo ruego —volvió a suplicar.

—No, Gwyneth. Esta vez no te dejaré escapar.

Acercó la boca a la suya y la besó, con violencia.

Gwyneth gimió contra sus labios, le devolvió el beso con ardor, hasta que él notó un dolor agudo en el labio inferior.

Ross se apartó de ella como si quemara, se limpió la boca ensangrentada y escupió en el suelo.

Esta vez, una sombra cruel cruzó el rostro de la dama.

Una última lágrima, que parecía contener todo el odio que había en el mundo desde su creación, se deslizó por su pálida mejilla hasta despeñarse por el delicado acantilado de su barbilla.

—Nunca, jamás entenderás que, después de tu traición, dejé de respirar.

—Pues será mejor que aprendas a vivir sin aire, Ross, ¡porque no te haces a la idea de cuánto te odio!

—¿Qué está ocurriendo aquí?

Ross se apartó de Gwyneth como si quemara, pero ya era demasiado tarde. Isolda había irrumpido en la alcoba de su amiga y sus sorprendidos ojos buscaban una explicación.

—¡Archivald!

Él maldijo entre dientes y le habló, intentando calmarse.

—No es lo que parece.

Isolda alzó una ceja y lo miró desconfiando, después su mirada recayó en Gwyneth quien apartó el rostro y se alejó de ella, avergonzada.

—Se os escuchaba gritar desde mis aposentos. —Miró a su amiga y se acercó un paso hacia ella—. ¿Gwyneth? ¿Por qué odias a Archivald?

Él resopló e intentó marcharse de la habitación.

—Alto —dijo, hablándole con altivez a Ross, por primera vez en su vida—. ¿Qué significa todo esto?

—Yo… —titubeó Ross mirando de reojo a Gwyneth—, solo quería averiguar a quién había acusado esta mujer del asesinato de *sir* Talbot.

—¿Por qué creíais que iba a acusar a nadie?

—Porque… —habló furioso, pero se calló para recuperarse hasta estar más calmado—. Porque es una mujer muy perspicaz, es…

—Es una dama, *sir* Archivald.

—Una dama de tal bajeza que emponzoña sus oídos contra su marido.

La expresión de Isolda cambió y lo miró con cierta lástima.

—¿Creéis que Gwyneth ha acusado a mi esposo? ¿Por eso vuestra lealtad os empuja a tratarla así?

Era a Gwyneth a quien miraban los ojos de Ross.

—¿No ha sido así? —dijo, sin acabar de creérselo—. ¿Me ha acusado a mí?

—Claro que no. —Eso lo sorprendió aún más—. No es de ninguno de vosotros de quien sospecha Gwyneth.

Ahora el sorprendido era él. ¿Cómo se había equivocado tanto? Ella odiaba a los escoceses y después de tomar el castillo, odiaba a Ethan, seguro. Había tanto rencor en su corazón… Estaba convencido que se había divertido enfrentado a sus señores.

—Creí…

—Creísteis mal —lo interrumpió Isolda, y Gwyneth la miró con agradecimiento.

Un segundo después, Ross volvió a fruncir el ceño.

—Entonces, ¿sobre quién recaen las sospechas?

Isolda negó con la cabeza, como si tampoco fuera a creerse que la culpable de todo fuera la persona que la había estado acompañando desde que era una niña.

—Sobre Emma.

Capítulo 39

Isolda esperaba a Ethan, echada en la cama, sin poder dormir.

¿Qué historia habrían compartido esos dos? Suspiró al recordar la fiereza del rostro de Ross mirando a Gwyneth. Y la joven viuda… ciertamente, la había escuchado gritar lo mucho que lo odiaba. Gwyneth, siempre tan comedida, tan… dulce y pausada.

Miró al techo de su dormitorio, cavilando.

Una dama solo puede expresar esos sentimientos cuando lo que ha sentido es tan fuerte y grande que no hay forma de guardárselo para una. Pero, aunque Isolda se consideraba su amiga, era cierto que siempre había sido reservada y no sería ella quien fuera a preguntar sobre su pasado.

Dio vueltas en la cama, palpó el lado de su marido, vacío y frío.

¿Cómo había podido Ross pensar que Gwyneth había acusado a Ethan de la muerte de Talbot? La sola idea era ridícula.

Se puso hecha un ovillo y esperó a que Ethan apareciera para calentar su cama. Se quedó abrazada a la almohada intentando no pensar en nada. Hasta que oyó la puerta abrirse, con un suave sonido de bisagras.

Escuchó sus pasos entrando en la habitación.

Los reconocería siempre. Sonrió.

Un andar seguro, despreocupado, como si nada le afectase; los pasos de un hombre fuerte, valiente y puede que hasta temerario. Unos pasos que la hacían sentirse segura, que la tranquilizaban.

—¿Isolda? —le oyó susurrar, pero ella no se movió. Cerró los ojos y se hizo la dormida con una sonrisa en los labios.

Notó cómo su lado de la cama se hundía y después cómo se metía en ella, tapándose bajo las mantas y la colcha. Se acercó, y la abrazó, acomodándola a su cuerpo, rodeándola con los brazos, firmes, fuertes, seguros y acogedores.

—Sé que estás despierta —oyó su voz, cavernosa, tras la nuca—. Si no, te habría dejado dormir.

Entonces, ella se rio sin poder evitarlo.

—Tienes los pies helados.

—Pensé que me los calentarías —dijo Ethan besándole el cuello.

—Yo pensé lo mismo, esposo, pero aquí estamos —suspiró y acto seguido se giró entre sus brazos para besarle.

Isolda tembló al sentir su calor, la tibia piel desnuda, acariciando la suya en las partes que no llevaba el camisón. Y su dureza, creciendo por momentos.

Suspiró, rendida ante el deseo.

Ethan tenía ese don. Lograba que su mente olvidase todo, que su corazón se acelerara y que su cuerpo se encendiera.

Besó su cuello, después de apartarle con delicadeza la trenza y colocársela sobre el hombro.

—¿Te encuentras mejor?

Como ella no respondió, él frunció el ceño y la besó de nuevo, esta vez borrando la sonrisa de su cara.

—Lamento muchísimo la muerte de *sir* Talbot. Fue un gran hombre.

A Isolda se le estrechó el corazón. No pudo evitar gemir y le miró a la cara.

La chimenea estaba encendida y, aunque la habitación estaba en penumbra, pudo distinguir sus rasgos. Hermosos, maravillosos.

Colmados de amor hacia ella.

—Fue un gran hombre.

—Un hombre de honor —dijo Ethan, y ella notó la verdad en su voz—. Un día fuimos enemigos, pero pronto pude considerarlo amigo. Y en lo que se refiere a ti, me consta que te amaba como a una hija.

Una lágrima rodó por la mejilla de Isolda.

—Sí, yo también lo quería. Su marcha ha sido demasiado precipitada, lo que me hace pensar que la vida es muy efímera.

Él no dijo nada, pero lo que Ethan pensaba era que la vida se veía amenazada por un traidor que todavía vivía con ellos. Quizás debería decirle sus sospechas a su esposa, pero sabía que amaba demasiado a Gwyneth. No obstante, estaba convencido de que esa mujer escondía algo.

—No quiero que Gwyneth sea tu dama de confianza.

Ella frunció el ceño y lo miró sorprendida.

—¿Crees que mató a *sir* Talbot y que se le cayó el anillo? —Negó con la cabeza—. No ha sido ella.

—No puedes saberlo. Además, Ross no se fía de ella.

Isolda suspiró.

—Ni ella de él —dijo, enigmática—. Créeme, si Gwyneth es capaz de matar a alguien es a tu amigo Ross Archivald, pero no a *sir* Talbot, ni a mi padre. Gwyneth es… extraña, reservada, pero no es una asesina.

Ethan rugió, quería hacerle el amor a su mujer, no adivinar quién sería la próxima víctima del lugar. Pero ella seguía triste y preocupada.

—Mi amor, pensé que con la muerte de Charles, esto ya estaba más que superado.

—No —gimió—. No lo está.

Pero su preocupación no se debía a nada de lo que Ethan pensara.

Ella esperaba un hijo, y además del miedo que tenía de perderlo, le seguía aterrando la idea de que su esposo viera en ese niño el rostro de su padre.

—Oh, ven aquí. —La acunó en silencio, mientras ella soltaba todo el dolor que guardaba en el corazón.

Claro que no lo había superado. Era demasiado pronto. Estaba cansada, y dolorida. Por Dios, había sido secuestrada por Charles y a saber qué le habría hecho ese malnacido. Y después, al despertar, se encontró con la noticia de que su mentor, el hombre al

que consideró como un padre, acababa de morir asesinado. ¿Cómo iba a sentirse?

Debía ser más comprensivo y dejarla dormir.

—Isolda —dijo con un suspiro—. Lo superaremos. Yo… te quiero.

Isolda desplegó los labios y notó cómo su pulso se aceleraba.

—Te quiero —volvió a decir—. Creo que desde que te vi palidecer en el agua, cuando se te subió esa adorable rana en la cabeza.

Isolda hizo una mueca y soltó una risa mezclada con un sollozo. Justo después, le dio un pequeño golpe en el hombro.

—¡Auch!

—Te lo mereces —bromeó, y después sorbió por la nariz.

—No. —Se corrigió él, mientras en su rostro se cruzaba una pequeña sombra de dolor—. Te amo desde el día en que mis padres murieron. Tú y solo tú, me reconfortaste con tus preciosos ojos verdes, llenos de bondad, de respeto y de compasión. —Isolda tragó saliva, tenía tantas cosas que decirle, pero antes debía escucharle—. Ese, fue el peor día de mi vida, pero fue el día que te conocí. Jamás te olvidé, Isolda. Y lamento el martirio al que te he estado sometiendo todos estos meses, en verdad que lo siento. Ojalá, las

cosas hubiesen sido distintas, ojalá fueras solo Claire y yo un simple caballero errante, perdido en mitad de un bosque. Sin sombras, ni maquinaciones, ni fantasmas que nos martiricen.

—Ethan…

—Pero no puedo lamentarlo, porque todas esas vivencias me han llevado hasta ti. Soy feliz, a tu lado.

—Yo…

—Por favor, déjame acabar.

Ella asintió.

—El día que albergues una vida en este divino vientre, la amaré tanto como te amo a ti.

Los ojos de Isolda se volvieron a llenar de lágrimas y él las besó, una a una.

—Te quiero —dijo, besando su nariz, sus párpados, sus mejillas.

Ella estiró el cuello hacia atrás y los labios de su esposo descendieron por él, hasta llegar al nacimiento de los senos. Los tomó con las palmas de las manos y gruñó.

—Eres preciosa.

Le sacó la camisola por encima de la cabeza y al verla desnuda, sentada en la cama, con la larga trenza descansando en su

hombro izquierdo, se emocionó.

Sin poder hablar, la besó y la empujó con delicadeza, hasta que quedó tendida sobre el lecho. La acarició con la mirada, y las manos siguieron el camino que habían trazado sus ojos.

Isolda disfrutó de sus caricias, sus besos rápidos y cortos donde antes habían estado las manos. Notó su lengua en el cuello, en la clavícula, en cada uno de sus pechos. Jadeó, en el momento en que los labios capturaron un pezón, y luego el otro, al mismo tiempo que las manos se adelantaban para descender por la suave curva de su cintura y ascender en los montículos de sus caderas. Abrió las piernas cuando la boca deseada estaba sobre la pelvis.

—¡Ah!

Jadeó, tembló y suspiró, cuando la lengua húmeda abría sus labios inferiores, y trazaba círculos muy lentos alrededor de su clítoris, para después succionarlo, una y otra vez.

Isolda se retorcía, bailaba la danza del placer mientras él, orgulloso, le arrancaba pequeños gritos que iban en aumento, como la dureza de su centro.

La escuchó gritar, notó cómo sus delicadas manos se hundían en su melena para arañarle el cuero cabelludo y luego tirarle del pelo.

Alzó los ojos y se encontró con los suyos, abiertos, brillantes. Sus labios llenos, las mejillas sonrosadas, sus senos temblando con cada entrecortada respiración. No podía haber nada más hermoso.

Reptó por su piel de luna y se clavó en su carne con una rápida y certera estocada.

Notó su grito en la sensible piel de su miembro y su pulso, acelerándose nuevamente, en un nuevo orgasmo o puede que la larga continuación del anterior.

—Te amo, Isolda —dijo, al retirarse con suavidad, para volver a adentrarse en aquella cueva húmeda y calurosa—, te amo como jamás he amado a nadie.

Ella lo miró a los ojos, al tiempo que abandonaba con las manos sus cabellos para acariciar su rostro.

—Yo también te amo, Ethan. Como nunca pensé que podría llegar a amar.

Hundió el rostro en el hueco que había entre el cuello y el hombro, y la abrazó.

Le hizo el amor con suavidad, también con dureza y pasión. Y cuando alcanzó el orgasmo, lágrimas de felicidad abandonaron sus párpados.

Se amaron hasta que la luna empezó a ocultarse para invitar a la aurora.

Ethan estaba dormido. Su honda respiración y el suave latido de su corazón la calmaba. Descansaba con la mejilla derecha sobre su pecho, mientras se enroscaba en el dedo índice los rubios cabellos de Ethan, que se alborotaban sobre el almohadón y llevaban a rozarle el hombro.

Dioses, era tan hermoso, que a veces, cuando lo miraba, no parecía real, sino un héroe antiguo, como los que aparecían en algunos libros olvidados y prohibidos que muy poca gente conocía.

Suspiró.

Aún… aún no le había contado que estaba embarazada.

Lo haría. En cuanto despertara, le daría la buena noticia.

Cerró los ojos y se acurrucó contra el cuerpo de su esposo. Cuando estaba a punto de quedarse dormida, algo la inquietó.

Abrió los ojos y se concentró en escuchar más allá del suave crepitar de las brasas, o del viento que soplaba afuera.

Escuchó algo.

Un silbido provocado por el aire que se colaba por debajo de la rendija de la puerta que daba al corredor.

Se le cortó la respiración al oír claramente cómo algo se deslizaba por el suelo y, después, unos pasos acelerados, alejándose.

Estuvo varios segundos quieta, y al ver que todo volvía a estar en calma, salió de la cama, con sumo cuidado de no despertar a Ethan. Se puso la camisola y una bata sobre los hombros y caminó descalza hasta la puerta. Pero esta estaba cerrada.

No, no era esa puerta la que se había abierto.

Alguien había entrado para desvelar su sueño. ¿El fantasma de Dunmore?

Isolda empezó a palpar las paredes de la habitación, y tras uno de los tapices, junto a la chimenea, encontró una pequeña ranura, intentó meter los dedos entre las piedras y cuando empujó, se abrió con un leve silbido.

El aire pasaba a través de la ranura e Isolda vio que era una puerta forrada de piedra. Abrió los ojos, incrédula.

Los pasadizos de Dunmore existían.

No había fantasmas en su habitación, pero… sí alguien muy vivo que Isolda no sabía si quería verla viva o muerta.

Capítulo 40

Cuando emprendió la marcha por el pasadizo oculto, Ethan seguía profundamente dormido. Si le hubiera dicho que el mismísimo fantasma de Dunmore la había visitado en su alcoba, no la habría dejado recorrer sola aquellos húmedos corredores.

Ciertamente, habría tenido razón, era una temeridad, pero al menos le quedaba un poco de juicio como para coger su daga, que llevaba guardada en la manga de su bata.

El castillo estaba aún sumido en un sueño profundo, mientras descendía por las escaleras húmedas, que solo Dios sabía dónde iban a parar.

Dios y el fantasma.

Isolda seguía escuchando sus pasos ante ella, por el angosto túnel por el que recorrió una larga distancia una vez bajado el primer nivel. Parpadeó confusa al darse cuenta de que en una de las paredes, una pequeña rendija dejaba pasar algo de luz. Entonces, escuchó llorar a una dama. ¿El fantasma?

Isolda tragó saliva al darse cuenta de lo conocida que era esa voz.

No era un fantasma, Gwyneth rezaba y lloraba mientras sus palabras le llegaban ininteligibles. La pregunta ¿por qué? Se repetía sin cesar, y la pena era tan profunda que a Isolda se le hizo un nudo en la garganta. Pero no podía detenerse, el fantasma seguía descendiendo a las entrañas del castillo.

Escuchó un gruñido, alguien forcejeando e Isolda se detuvo, consciente de que el fantasma habría llegado al final del túnel. Cuando pasó un minuto y no escuchó ruido alguno frente a sí, bajó veloz hasta encontrarse de nuevo una leve señal de que estaba frente a una puerta secreta.

No oyó nada, y con todas las fuerzas que fue capaz, movió la losa de piedra, que se deslizó con un mecanismo que no llegaba a comprender. Parpadeó confusa, al hallarse en la despensa de la cocina, donde, frente a ella, había una puerta de madera entornada. Había sido un esfuerzo considerable deslizar la losa, e Isolda no tuvo fuerza suficiente como para dejarla como estaba. Pero no importaba, al despertar el día, avisaría a Ethan, él tenía que saber lo que había descubierto.

Salió de la despensa y se dio cuenta de que no estaba sola.

Ross Archibald, dormitaba sobre una silla, con la cabeza apoyada sobre la enorme mesa de trabajo de la señora Wood, y con una jarra de *whisky* todavía en la mano. Era más que evidente que estaba pasando una mala noche. Al igual que Gwyneth, pensó.

Avanzó despacio para no hacerse notar y después de atravesar la enorme estancia, entró por una puerta lateral hasta salir a la fría noche.

Había guardias en las almenas, y antorchas iluminando parcialmente el patio, por eso, a lo lejos pudo ver escabullirse una figura encapuchada, la misma que era más que probable que la hubiera ido a buscar.

Isolda se levantó los faldones del camisón y la bata y corrió, apresurándose a llegar a los establos antes de que el fantasma desapareciera.

Cuando entró, algunos caballos la saludaron con sus suaves resoplidos, delatando su presencia. Miró a su alrededor, pero fue incapaz de localizar a la figura encapuchada. Apretó el puño de la daga y avanzó con sigilo, casi pegada a la pared, para no ser detectada por quien quiera que estuviese allí.

De repente, oyó cómo alguien entraba a su espalda. Se guardó un grito al ver una silueta iluminada por la claridad del

pequeño farol que sujetaba. Proyectaba un tímido haz de luz, pero lo suficiente para reconocer a su perseguidora.

—¡Gwyneth!

Al oír la voz de Isolda, la dama la miró con los ojos abiertos como platos.

La reconoció de inmediato al ver los largos y lacios cabellos oscuros y sueltos tras su espalda.

Todavía con sus ojos grises llenos de pánico, se llevó una mano al corazón y soltó todo el aire contenido.

—Isolda, me has asustado.

—¿Yo? —se quejó esta—. Casi me das un susto de muerte.

Estaba alterada, pero hablaba entre susurros al ser muy consciente de que el fantasma aún podría estar allí.

—¿Qué haces aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo —dijo Isolda.

—Escuché un quejido en la habitación, y me di cuenta de que era en los corredores secretos.

Isolda parpadeó, incrédula.

—¿Sabías lo de los corredores secretos?

Gwyneth asintió.

—Sí, vuestro padre me lo dijo un día, pensé que deliraba, pero resultó ser cierto. Solo eran para utilizarse como vía de escape. No podía decírselo a nadie, cuantas menos personas lo supieran, más seguros serían para huir. —Isolda no podía creerse lo que estaba escuchando—. Durante el asedio quise decíroslo, pero todo pasó demasiado rápido, y pensé que ya no era necesario…

—¿Para huir de mi esposo?

Gwyneth se encogió de hombros.

—Lo siento, debí decíroslo.

Isolda miró a su amiga, sin saber muy bien qué sentir.

—Entonces, ¿los has utilizado algunas veces?

—No, no —negó con la cabeza—. Pero el fantasma los utiliza. Yo atranqué la entrada secreta de mi habitación para que no me visitara, pero oigo muchas noches sus respiraciones y pasos arrastrándose.

Isolda agrandó los ojos como si el miedo hubiera entrado en ella. Se santiguó y tomó a Gwyneth de la mano. Apagó el farol con un soplido al agacharse, y quedaron únicamente iluminadas por la leve luz de la luna que entraba por las ventanas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Gwyneth al darse cuenta del nerviosismo de su amiga.

—El fantasma de Dunmore ha venido a mi alcoba.

Ambas mujeres se miraron agarrándose de los brazos.

—Creo que quería matarme.

—¿Por qué crees eso? —preguntó Gwyneth, cada vez más asustada.

—Solo es una sensación.

Gwyneth estaba más pálida que de costumbre y tenía los párpados enrojecidos de haber llorado durante mucho tiempo. Temblaba, como una hoja azotada por el viento. Jamás la había visto en ese estado, pues era una experta en mantener la compostura.

—Sabes que los fantasmas no existen, ¿verdad? —le dijo, como para calmarse a sí misma.

Isolda asintió.

—Lo que me lleva a pensar que no era el fantasma, sino el asesino de mi padre y de *sir* Talbot.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Gwyneth de la cabeza a los pies, como si en verdad un fantasma la hubiera atravesado.

—¿Y lo has perseguido? —preguntó, incrédula—, ¿está aquí?, ¿podría matarnos?

—Tú me has perseguido a mí —dijo Isolda, como si no quisiera escuchar su reproche cuando ella había hecho lo mismo.

—Sí, pero… es que escuché unos jadeos y gruñidos y… después de todo lo que está pasando…

—Creíste que era Ross.

Gwyneth gimió.

—Puede.

—¿Pensaste que venía a matarte o a… otras cosas?

Gwyneth sintió ganas de golpear a Isolda con una fusta en el trasero por pensar en esas perversiones.

—Calla, no es gracioso.

—No, no lo es. Como tampoco lo es que mi amiga sufra sin atreverse a decirme qué le pasa.

—No pasa nada entre Ross y yo.

—Es posible que no ahora, pero pasó.

Gwyneth apartó la mirada y se negó a decir nada más.

De pronto ambas se giraron, espantadas, y al escuchar una voz a su espalda.

—Tantos secretos —dijo una voz melodiosa—. ¿No os da vergüenza tener secretos entre amigas? —Una risa fantasmal precedió las palabras, y ambas mujeres se pegaron la una a la otra.

Era una voz femenina, amortiguada por una gruesa capa, la que se escuchaba de entre las sombras. A Isolda se le puso la carne

de gallina y Gwyneth gimió, con los ojos desorbitados.

—Pero ¿quién soy yo para juzgaros?, al fin y al cabo, estamos en Dunmore. —Cuando Isolda al fin descubrió a su izquierda, en mitad del corredor, a la figura encapuchada, frunció el ceño.

Su voz le era tremendamente familiar, pero no podía reconocerla bajo esa capucha.

—No se puede contar con las manos los secretos que guardan estas paredes —siguió diciendo la figura.

—Dios mío… —Ambas mujeres reconocieron, al fin, la voz.

—¡Emma!

Cuando la figura caminó unos pasos más hacia ellas, pudieron ver su larga y rubia trenza descansando sobre el hombro izquierdo.

Emma soltó una fantasmagórica risotada y Gwyneth se pegó a la pared. Isolda se puso frente a ella como escudo.

—Esto no tiene ninguna gracia, Emma —la regañó Isolda.

—Por supuesto que no —respondió la joven, con una voz que a su señora le resultó sobrenatural y con un brillo en la mirada que no había visto con anterioridad.

Estaba… distinta.

Su rostro, otrora siempre dulce, ahora lucía severo, puede que las facciones parecieran más duras a causa de la escasa

iluminación de la luna, pensó. Pero su sonrisa… no se extendía a sus ojos. A decir verdad, parecía otra persona. Estremecía…

—Emma, ¿qué sucede? ¿Qué significa todo esto?

—Esto significa que, una vez más, me has ganado esta batalla —dijo, con un odio que se reflejaba en su voz—, pero como siempre, voy a regresar a por lo que es mío. Seré yo quien gane la guerra, estúpida.

El rostro de Isolda se había transformado en una mueca incrédula.

—¿Por qué? ¿Qué significa todo esto? —gritó Gwyneth, con espanto.

—Tú, y únicamente tú, eres la responsable de todas tus desgracias —le dijo Emma hasta la que hasta ahora había sido su señora.

Isolda negó con la cabeza. No entendía qué estaba pasando.

—¿Qué quieres decir?

—No importa, ya no importa nada. Tú me has arrebatado lo que yo siempre he querido y yo al menos he conseguido arrebatarte a tus seres queridos.

Su blanca sonrisa le erizó el vello de la nuca.

A Isolda se le llenaron los ojos de lágrimas al entender qué le estaba diciendo.

—¡Tú mataste a *sir* Talbot! —la acusó, como si por fin comprendiera.

—¿Es eso cierto? —Gwyneth miraba a Emma como si no la conociera. Sus ojos azules, siempre bondadosos, ahora parecían hierros candentes, forjados en el infierno.

—Sí, pero Dios sabe que quise que te acusaran a ti de esa muerte —le dijo a Gwyneth.

—¿Por qué?

—Porque eres la única amiga que tiene Isolda, y a mí me gusta eliminar a las cosas que ama.

La mirada malvada se posó en Isolda, quien empezó a temblar al comprender que había sido solo una marioneta.

—Dios mío. ¿Fuiste tú quien mató a mi padre?

—Sí, pero no es eso lo que pensarán cuando os encuentren muerta. —Emma avanzó con un cuchillo en la mano, e Isolda se hizo a un lado—. Le echaremos la culpa a la hermosa *lady* Gwyneth.

—Nadie te creerá.

—Por supuesto que sí —dijo Emma, muy convencida—. Bajo esa belleza fina y elegante, se esconde un alma negra, como la que

os describió vuestro padre en su lecho de muerte. ¿Qué fue lo que dijo antes de morir? —Se llevó un dedo a la barbilla, pensativa—. Ah, sí: Que sus ojos eran como dos zafiros… El fantasma de Dunmore. Se ha hecho pasar por el fantasma, para cometer sus fechorías.

—¡No! —gritó la dama.

—Pero fuiste tú, quien le administró aquella tisana la misma noche en que murió.

—Sí, pero… —Parecía al borde del colapso—. Era una infusión de menta con miel, para que pudiese descansar.

—Y finalmente, descansó en paz. ¿Lo veis, mi señora? Todo encajará. La buena de Isolda descubrió que su amiga mató a su padre, ambas lucharon y murieron. Una gran tragedia.

—No tengo intención de morir —dijo Isolda, sujetando con los nudillos blancos la daga que aún estaba con ella.

—He de reconocer que al principio pensé que culparíais a vuestro marido, es la verdad —dijo como si fuera lo más lógico—, pero después, cuando fue Gwyneth quien le llevó el té que yo misma preparé con tanto amor, pensé que me libraría por fin de ella.

—¿Por qué me odias? —le preguntó la dama.

—Es que… —Emma miró a Gwyneth, sin tener una explicación clara—. Eres tan… falsa. Una pieza de ajedrez que no sé para qué sirve, cuyos pensamientos no puedo descifrar. No sé si podríais ser mi aliada o mi enemiga.

—¡Tu enemiga, por supuesto!

—¿Segura? —se burló Emma—, hay una maldad que se pudre en vuestro interior. Aquella que solo tienen los asesinos. —Le echó una mirada fría—. ¿Habéis matado a alguien, *lady* Gwyneth?

Gwyneth tragó saliva y retrocedió. No espantada ante la idea, sino ante la verdad que había sido revelada.

—Sí —se rio Emma—, una asesina. Lo que yo decía.

—No, Isolda, no he matado a vuestro padre, ni a *sir* Talbot…

—No —se rio más fuerte Emma—, todo eso lo hice yo mientras jugaba con vosotras al gato y al ratón, pero que tienes sangre en las manos, la tienes. Me pregunto si es por eso por lo que Ross Archivald os odia tanto.

—¡Basta!

Gwyneth había recuperado las fuerzas y se lanzó sobre Emma para hacerla callar.

—¡Gwyneth! —Isolda fue tras ella, pero retrocedió de inmediato cuando ambas mujeres dejaron de forcejear.

Cuando el bulto que era Gwyneth cayó al suelo, los ojos de Isolda solo pudieron centrarse en la hoja ensangrentada que Emma sostenía.

—¡Nooo!

Capítulo 41

—¡No! No, ¿cómo has podido?

Isolda se arrodilló junto a Gwyneth, que gemía de dolor. El arma la había alcanzado en el abdomen, y la risa de Emma se iba perdiendo mientras se alejaba de ellas.

—¡Emma!

—No tendrás tiempo de echarme de menos, pienso volver a por ti —le dijo a Isolda—, pagarás por todo lo que me has hecho y por lo que me has arrebatado.

Isolda negó con la cabeza.

Emma se había vuelto loca, era la única explicación para semejante comportamiento.

—Aguanta, Gwyneth —le dijo a su amiga, mientras apretaba la herida de su vientre—. ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

Emma corrió en busca de un caballo que había tenido tiempo de ensillar antes de que ambas mujeres entraran en los establos.

Cuanto tiró de las riendas para sacarlo del establo, su huida fue impedida por la aparición de dos hombres.

Ethan y Archibald no tardaron en irrumpir en los establos, ni tampoco pasaron demasiados segundos hasta que comprendieron lo que estaba sucediendo.

—¡Gwyneth! —Archivald corrió hacia ella y se dejó caer de rodillas. Con manos decididas, apretó la herida—. Aguanta.

Gwyneth gimió de dolor. No podía hablar, pero sus ojos llenos de lágrimas lo miraron como a un ángel redentor.

—¿Qué está pasando aquí? —bramó Ethan.

Emma retrocedió, asustada por primera vez en la noche.

—No dejes que se vaya —le dijo Isolda.

Ethan desenvainó la espada y Emma retrocedió, soltando las riendas del animal que regresó a su cubículo, nervioso.

Ethan se acercó a su esposa y la tomó por los hombros, pero cuidándose de cortarle la retirada a Emma.

—Isolda, ¿qué está pasando? —La miró a los ojos, y ella le transmitió todo su dolor.

—Es que, Emma… —empezó a decir, pero la dama alzó los ojos hacia ambos y la interrumpió, entre sollozos.

—Es… una asesina —logró decir Gwyneth, que luchaba por mantenerse despierta.

Hubo unos segundos de silencio mientras Emma se desesperaba por encontrar la manera de escapar, Gwyneth por seguir respirando, Ross para luchar contra sus sentimientos, y Ethan e Isolda para comprender cómo había sido posible todo esto.

No obstante, todos esos pensamientos se interrumpieron al escuchar la voz de otra mujer.

—Aquí no hay más asesina que tú, Emma.

Todos se volvieron hacia el fondo del establo.

Una figura con una antorcha en la mano iba avanzando lentamente, vestida con una larga capa con capucha.

Isolda parpadeó y se dio cuenta de quién era esa mujer al escucharla hablar de nuevo.

—Emma es la asesina —continuó diciendo el fantasma recién llegado, con una voz dulce, y a pesar de todo, cargada de comprensión.

Emma la miró con rabia, pero aun así apretó los dientes y dejó que siguiera hablando.

—Llevaba mucho tiempo comunicándose con Charles Beaumont por medio de señales luminosas desde el castillo. Su plan

era matar a lord Beaumont y hacer que Charles heredara la plaza. Pero la llegada de mi… la llegada de lord Stewart truncó sus planes.

Casi se le quiebra la voz al revelar aquello.

—Charles y Emma eran amantes.

—¡Cállate! —dijo Emma y se le quebró la voz con un sollozo —. Eres una traidora —le dijo, entre lágrimas.

—Es la verdad, Emma. —Se acercó un pasó más mirando a la joven doncella con lástima.

El fantasma se quitó la capucha, y el rostro medio quemado de Lora apareció ante todos.

—Porque yo lo sé todo, hijo.

Ethan se quedó paralizado, Isolda soltó una exclamación y hasta Emma pareció completamente confusa.

Con la cara al descubierto, los miró a todos con una dignidad que desde hacía años había sabido ocultar muy bien.

Detuvo sus ojos azules en Ethan y por un momento su expresión se apaciguó, reconociéndolo y haciendo que la mirara por primera vez, sin ocultar su rostro.

Él sintió un fuerte golpe en el pecho al reconocerla.

Los puños de Ethan se apretaron, no quería llorar, aunque le escocían los ojos por unas lágrimas muchos años atrás derramadas.

No se movió, ni habló.

Calló. Nadie se dio cuenta de ese hecho, porque estaban absortos en la llegada de Lora. El lado derecho de su rostro estaba completamente quemado, pero el otro era el de una mujer muy hermosa. De pronto, no parecía una criada, más bien su porte y mirada estaban cargados de nobleza.

—Ya no hace falta que viertas tus mentiras sobre *lady* Isolda o Gwyneth —dijo, mirando esta vez a Emma—. Es hora de que salga la verdad a la luz, de una vez por todas.

Ahora sus ojos piadosos miraron a Isolda. Era una mirada que conocía muy bien.

—Lora…

—Emma es la única culpable de tantas muertes —sentenció, ignorando las miradas de los demás. Clavó de nuevo la vista en Emma y el brillo de la justicia se hizo latente en sus ojos azules.

El rostro de la doncella se puso rojo como la grana cuando todas las miradas se centraron en ella después de la revelación de Lora. Todos y cada uno querían saber el motivo de tanto horror.

—No huyas más de tu castigo. Es justo que recibas lo que has sembrado.

—¿Cómo puedes decir eso? —se defendió Emma—. ¿Cómo hablas de justicia después de lo que nos hicieron? —Los sollozos de la muchacha se hicieron más audibles—. Merecemos justicia. Beumont debía morir por lo que nos hizo.

—Pero no Isolda.

—Ella también —dijo Emma, desesperada.

—¿Qué culpa tenía ella?

—Con culpa o sin ella, lo tenía todo. ¡Yo también soy la hija de lord Beaumont! —gritó, pateando el suelo, rabiosa—. ¡Merezco consideración y respeto! ¡Merezco todo lo que Isolda me arrebató! —Giró la cabeza hacia ella y la miró con un odio tal, que si hubiese tenido el poder de matarla con los ojos, habría caído fulminada.

Por su parte, Isolda no podía creer lo que estaba viendo, mucho menos lo que acababa de escuchar. Nunca, jamás había visto a la dulce Emma estallando de semejante forma. Ella, siempre dulce, cariñosa, amable, ahora parecía una arpía recién huida del averno.

—Emma… —gimió, dolida—. ¿Pero… por qué? No entiendo nada.

La doncella se acercó unos pasos, situándose entre Isolda y Lora. Mirando a la una y a la otra.

—Cuéntaselo, mamá —dijo, mirando a Lora—, cuéntale que yo también soy hija de lord Beaumont.

Lora se retorció las manos, llena de dolor.

—Hija…

—Cuéntale que después de que asesinara a tu esposo, te mantuvo encerrada en las mazmorras, convirtiéndote en su amante. Cuéntales cómo la pena te consumió hasta volverte loca y después de nacer yo, la vergüenza hizo que intentaras quitarte la vida.

Lora se llevó las manos al rostro.

Recordaba esa noche cruel cuando, medio loca, después de que la separaran de Emma, había intentado incendiar el castillo desde las cocinas. Lo había logrado a medias, y sufrió en su cuerpo y parte del rostro, el amargo castigo de haber osado consumar ese pecado.

Odió a lord Beaumont, mucho. Pero después de sobrevivir, el padre Marcus le hizo ver la luz. Se consagró al perdón, y rezó para que Dios sanara su alma. Se convirtió en un fantasma, recorriendo las habitaciones buscando a su hija que, con el paso de los años y después de que ella se recuperara, Beaumont la convirtió en la criada de su propia hermana.

Lora le hizo jurar al padre Marcus que jamás revelaría a su hijo que ella seguía viva. No quería que pasara por la vergüenza de que su madre hubiera estado bajo el dominio del hombre que mató a su padre. No quiso darle un motivo para regresar, porque sabía que con ello solo provocaría su muerte.

—Lo siento, hijo.

—Madre… —Ethan se acercó un paso hacia Lora y de pronto miró a Emma—. Hermana.

—Sí, tu hermana —dijo, hipando—. Me di cuenta de que contigo aquí, no necesitaba a Beaumont para recuperar lo que me pertenecía. Tú tienes que entenderme, ¿acaso no somos hermanos?, ¿no es la venganza lo que nos mueve? ¡Maté a Charles! —confesó, para estupor de todos—. Lo hice porque pensé que, si volvía y te confesaba la verdad, solo te necesitaría a ti y a madre para ser feliz y tomar la posición que nos correspondía. Solo sobraba algo —dijo, con odio—. Ella.

Señaló a Isolda y esta retrocedió un paso al ver el odio en sus ojos.

—Pero si es verdad lo que dices —dijo Isolda, perpleja—, tú y yo también somos hermanas.

—Sí, y debimos ser iguales, pero no lo fuimos, ¿verdad? Siempre tuve que ser tu criada.

Isolda palideció, y Ethan tuvo que sostenerla para que no cayese desmayada de la impresión.

El odio seguía en los ojos de la doncella, pero también apareció en ellos el dolor y la pena.

—Mi pobre madre. —Emma señaló a Lora. El odio la consumió, nuevamente—. Ella es buena, no se merecía lo que le pasó.

Ethan sostenía a Isolda mientras sus ojos miraban a su madre, a la que quería abrazar y decirle que todo iría bien.

Emma empezó a sollozar. Las lágrimas asomaron por sus ojos azules, pero el odio seguía también allí, latente.

—Nuestro padre la mantuvo encerrada por casi un año, esperando que ella considerara su propuesta de matrimonio. Siempre estuvo obsesionado con ella.

Lora se acercó otro paso a su hija, pero su mirada llena de fuego la dejó clavada en el sitio.

—No te atrevas a decir que no fue así. —Miró a Ethan y a Isolda, que permanecían abrazados—. Cuando vio que mamá no se doblegaría, la violó y nací yo. Era su hija y me apartó lejos de mi

madre. Mis primeros años transcurrieron en un convento mientras mi madre enloquecía de la vergüenza y la pena. Cuando por fin me trajeron aquí, mi padre lo hizo solo para convertirme en tu criada.

Isolda estaba tan impresionada que se llevó una mano al corazón.

—Emma… Eres mi hermana. Si lo hubiese sabido, créeme que te habría dado el lugar que merecías.

—Isolda no tiene la culpa de nada.

—No, ¿verdad, mamá? —dijo Emma, llena de rencor. Miró a Isolda y confesó—. Intenté quererte, ser buena contigo. De verdad que lo intenté, quería ser tan buena como madre decía que debía ser. Pero siempre que te miraba, no dejaba de pensar en todo lo que tenías, en que todos tus lujos, tus riquezas, también me pertenecían. —Miró esta vez a Lora—. Mi madre había pagado un alto precio por mí y yo me merecía algo mejor que ser tu criada.

—Hija. —Lora se acercó un paso más.

—Pero, oh, Isolda, eras tan condescendiente. Tan buena. Todos te querían tanto. Y a mí me daba tanta rabia… —Su mirada cambió nuevamente tras secarse las lágrimas de un manotazo—. Yo te odiaba. Y te sigo odiando con toda mi alma. Por ser perfecta. Por

ser compasiva. Porque jamás seré como tú. Pero sobre todo, porque hasta mi madre te quería más que a mí.

—Eso no es cierto, hija.

Los ojos de Emma se clavaron en los de su madre.

—Nunca supe por qué no la odiabas. Es más, empezaste a tratar a Isolda como si fuera tu hija. Puede que la quisieras más que a mí.

—¡Eso no es cierto!

—Para ella eran las caricias y las palabras reconfortantes, para mí la censura y las palabras duras.

—Estabas llena de odio, hija. No puedes seguir así.

—No, esto no seguirá así —dijo Emma—, ya no hay nada que hacer.

—Pero sí hay mucho que hacer —dijo Isolda, avanzando un paso hacia su hermana—. Somos familia, ahora puedes estar en el lugar que te corresponde, las dos. —Acabó mirando a Lora, que con ojos llenos de amor miró a Isolda para después desviar su mirada a su hijo.

Ethan le tendió la mano para que su madre fuera a su encuentro. Ambos se encontraron abrazados y respirando entrecortadamente mientras Emma se acercaba a la pared.

—Qué estampa más bonita —dijo Emma. Una risa sarcástica invadió las caballerizas, helando incluso la sangre de los caballos—. Ocupar el lugar que me corresponde —susurró—. Oh, hermanita. Vuelves a hacerlo. Otra vez tu estúpida bondad. —Se acercó a ella, para añadir—: No te imaginas cuánto te detesto.

Todo sucedió muy rápido.

Emma tomó la antorcha que Lora había dejado en el soporte y que iluminaba los establos. Al blandirla sobre el montón de heno y después tirarla dentro del cubículo, hizo que el lugar se tiñera de tonos rojos y anaranjados.

El caballo se encabritó y salió corriendo del lugar, arrolló a Ethan y a Lora tirándolos contra la pared.

El fuego se esparcía por el lugar. Ross abrazó a Gwyneth, alzándola en brazos para buscar una salida.

—Tenemos que huir.

Isolda escuchó la voz de Ross y buscó con la mirada a su esposo. Estaban separados por altas lenguas de fuego.

—Tranquila, hermanita —dijo Emma—, no será el fuego lo que te mate.

Se sacó un cuchillo de la manga de su capa, y se abalanzó sobre Isolda.

—¡Esta vez te mataré! ¡Maldita!

No tuvo tiempo de reaccionar cuando el arma silbó cerca de su cuello. Cerró los ojos, alzó los brazos a modo de defensa y sintió un fuerte golpe en su pecho. Después, unos brazos poderosos y protectores la rodearon y la hicieron girar, para sostenerla en el aire.

Oyó un fuerte golpe y se estremeció.

Cuando abrió los ojos, estaba entre los brazos de su esposo, pero estiró el cuello y, tras su espalda, vio algo que la dejó muda.

Emma yacía en el suelo, boca abajo, con un fuerte golpe en la cabeza. Lora tendió la capa sobre el fuego y saltó para abrazar a su hija.

—No, no, hija… —Lloró Lora amargamente.

—Mamá… —su voz salió débil.

El caballo le había dado una coz en la cabeza, desesperado por salir por la puerta principal.

Pronto llegaron los hombres y mujeres del castillo. Gritos y alaridos, cubos de agua mojaban las paredes intentando salvar el establo y esperando que los caballos salieran de su interior.

Ross salió a grandes zancadas después de que desatrancara una de las puertas laterales, apoyó a Gwyneth sobre la paja limpia que se acumulaba bajo la techumbre del exterior. Con los ojos

abiertos, mientras una flor escarlata expandía sus pétalos sobre la tela gris de su vestido.

—¡No! —Ross gritó—. Gwyneth, amor, no… quédate. No puedes marcharte… Gwyneth.

La daga había hecho una herida profunda. Ella yacía inerte, con sus hermosos ojos grises abiertos y los párpados temblando, como si intentasen retener la vida que aún contenía su cuerpo.

—¡Gwyneth, no! —Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Ross Archibald, surcando el camino de su cicatriz—. Gwyneth… ¡Te prohíbo que te marches!

Ella le sonrió antes de perder el conocimiento.

Con la mirada buscó ayuda que no tardó en llegar. El padre Marcus estaba allí, arrodillado junto a ellos.

—Sigue viva —le dijo Marcus, tocando su hombro—. Pero no aguantará demasiado. Si no detenemos la hemorragia pronto, morirá. Debemos actuar rápido.

Su expresión fue de puro alivio al ver salir a Isolda y a Ethan del establo, tosiendo y buscando aire. En sus brazos, Ethan llevaba a su madre.

Lora era la mejor opción para salvar a Gwyneth, nadie sabía más que ella de medicina. Era la mujer que gritaba el nombre de

Emma.

—¡Por favor! ¡Ayúdala!

Pero hubo poco que hacer cuando el techo del establo colapsó a la vista de todos.

El grito de Lora fue desgarrador. Había perdido tanto en aquella vida...

—Lo siento, madre —le dijo Ethan, besando su mejilla—. Lo siento mucho.

Isolda se arrodilló a su lado y apoyó la cabeza en el hombro de su esposo, que le lanzó una mirada llena de amor.

Estaba viva, su esposa estaba viva.

Abrazó a su madre a quien pensó que el destino le había arrebatado y se refugió en el amor de ambas, mientras los tres se consolaban mutuamente.

Capítulo 42

El día fue duro y pasó demasiado deprisa intentando arreglar todo aquello que parecía estar mal.

Ya por la noche, en el gran salón, mientras algunos hombres y mujeres dormían sobre jergones, Lora estaba sentada frente a la chimenea. A su lado estaban Ethan e Isolda, los miraba a ambos con cierto estupor. Los ojos de su hijo estaban clavados en su madre, reconociéndola, diciéndole cuánto la quería, cuánto la había echado de menos. Ambos estaban estremecidos y emocionados por el reencuentro, pero sin poder moverse del sitio.

Isolda pudo ver el parecido entre madre e hijo, sus iris eran idénticos. En el lado del rostro de la mujer, que permanecía intacto, pudo ver el de su hijo. Su misma expresión, la misma fuerza y dignidad. Contuvo la respiración, consciente de que ese era un momento clave para todos.

Giró la cabeza y miró por encima de su hombro. Ross estaba deshecho, Lora había cuidado todo el día de Gwyneth, una manera

de mantener su mente ocupada cuando el dolor de haber perdido a su hija la consumía. Mientras, Ethan había mandado a retirar lo que quedaba del cuerpo de Emma.

—Ethan. —Lo había llamado Lora, con ojos suplicantes—. Que tenga un buen entierro. A pesar de todo el daño que nos ha causado… era tu hermana.

—Así será, madre.

Isolda parpadeó y volvió a pensar en Ross, parecía rezar para que Gwyneth se recuperara. Quién iba a decirlo.

Estaba sorprendida por sus reacciones, era evidente que él y Gwyneth mantenían una relación, pero eso no era lo importante ahora. Ya habría tiempo de saber esa historia.

Recordó el momento en que Ross la alzó en volandas y la sacó de los establos.

—Llévala a su alcoba —le pidió Isolda al highlander, pero él ya estaba recorriendo aquella distancia a grandes zancadas.

Ahora Gwyneth estaba fuera de peligro y el guerrero parecía haberse quedado sin fuerzas, como tantos otros.

Miró a sus hombres y mujeres que habían extinguido el fuego del castillo. Estaban exhaustos. Las lágrimas amenazaron con desbordarse de nuevo y recorrer sus mejillas, pero las contuvo.

—Isolda —la voz dulce de su esposo la llamó—. Debes descansar.

Asintió. Se asió al brazo de su esposo.

Estaba tan cansada que necesitaba de su apoyo para caminar, al menos unos pasos.

—Lora… —Quiso decirle que todo iría bien, que era querida y que tendría un lugar como lo que era. La madre de Ethan.

—Ya habrá tiempo para hablar.

Isolda asintió y se quedó dormida al instante en que su esposo la tomó en brazos para llevarla a su habitación.

***

Pasados los días, el castillo volvía a tomar su rutina habitual. *Lady* Gwyneth había despertado después de varios días con fiebre, y las conversaciones pendientes se vislumbraban cercanas.

Isolda bajó las escaleras hacia el salón, donde se encontró a Lora sentada frente al fuego. Parecía intranquila, estando ociosa, pero cuando la vio le dedicó una radiante sonrisa.

—*Lady* Isolda…

La señora se acercó a su suegra y la tomó de la mano, instándola a levantarse.

—¿Me acompañas?

Lora no pudo negarse.

Avanzaron por el corredor y tardó en darse cuenta de que se dirigían a los archivos.

Reinó el silencio entre las dos. No era uno incómodo, pero sí uno que se debía romper. Lo hizo Isolda.

—Así que el misterio del fantasma de Dunmore ya está resuelto. —La miró de reojo, con sumo respeto, y ella le dedicó una sonrisa, restándole peso al asunto.

—Ah, ¿sí? ¿Es que había un fantasma?

Ambas se rieron.

—Siempre supe que había gato encerrado, los fantasmas no existen, aunque mi padre lo creyese firmemente —suspiró.

Por el rostro de Lora cruzó una sombra.

—Al ver el dolor que me causó, tu padre me dejó en paz. Él siempre supo que merodeaba por el castillo, pero no volvió a buscarme. Creo que se sentía culpable, y esa culpa… le quitó la salud.

—Podría ser —dijo Isolda. Aún le costaba asimilar los actos crueles de su padre, y pensó que de alguna manera tenía que compensar a esa mujer, haciendo que fuera feliz al lado de su hijo—. Él siempre hablaba del fantasma de Dunmore como si lo conociera. En algún momento su mente mezcló realidad con fantasía.

Lora miró a Isolda con todo el amor que pudieron expresar sus ojos. Después, la besó en la frente y le acarició el rostro.

—Y ahora vayamos a ver a tu hijo —dijo, con cariño—. Hay mucho por hablar.

—Sí, cariño. Queda una conversación, y he de tenerla con mi hijo, pero deseo que estés presente.

—No creo que…

—Insisto. Eres una Stewart.

No estaba en los archivos, pero sí lo encontraron en su despacho, revisando unos documentos que había intentado leer sin ver nada.

Alzó los ojos hacia ellas y se puso en pie, nada más verlas entrar por el alto arco de la entrada.

Pronto, las lágrimas amenazaron con inundar sus ojos, pero las contuvo. Tomó aire y se quedó quieto, aguantando la respiración.

Vio cómo ambas se detenían en seco bajo el umbral de la puerta. Isolda se apartó a un lado y su madre, con el rostro quemado, ya sin cubrirse más que con un hermoso velo blanco que Isolda le había regalado, empezó a caminar hacia él, haciendo que el corazón de Ethan se detuviera.

La piel marcada a fuego ya no podía ocultar la mirada que él conocía tan bien y que tanto se asemejaba a la suya.

—Madre. —Tragó saliva, emocionado.

—Creo que tus mujeres han decidido que debemos tener una conversación.

Ethan asintió.

Empezó a acercarse a ella, con pasos lentos y pesados, como si estuviera avanzando hacia un precipicio. La había creído muerta todos estos años, asesinada de la forma más vil, pero… Allí estaba, frente a él, la mujer que lo había criado, protegido y amado con todo su corazón.

—¿Cómo…? —empezó a decir, cuando la tuvo enfrente, pero su voz se quebró.

La abrazó con fuerza, sintiendo el peso de la culpa, una que no merecía pero que, aun así, existía y que llevaba soportando tantos años, que ya no sabía cómo arrancársela.

La rodeó con los brazos tan fuerte, que en un momento dado creyó que la aplastaría.

Cuando la soltó, la mujer acarició su rostro y sonrió.

—Qué guapo estás y cuánto has crecido, Ethan —dijo, orgullosa, apartando un rubio mechón de su frente—. Eres la viva imagen de tu padre.

—Madre, ¿qué pasó? —Sus ojos se llenaron de alegría, pero también de dudas—. ¿Cómo sobreviviste? ¿Nadie te reconoció? ¿Por qué no me dijiste que estabas viva?

Lora sonrió, giró la cabeza hacia Isolda, y estiró el brazo con la mano extendida, invitándola a acercarse.

Ella obedeció, no sin antes mirar a Ethan y que él asintiera.

—Son muchas las respuestas. Sentémonos, pues estamos cansados por todo lo acontecido.

Cuando Lora comenzó su relato, ambos quedaron fascinados.

—Cuando ejecutaron a mi esposo, quise ir a buscarte, pero no pude, pues quedé prisionera de lord Beaumont. Su plan siempre fue matar a tu padre y hacer que me casara con él. No solo para

legitimar su nueva posición como señor, sino porque siempre había sentido celos de que eligiera a tu padre en lugar de a él cuando me pidió matrimonio.

Isolda tragó saliva, pero Ethan la cogió de la mano y se la apretó, haciéndole ver que todo estaba bien.

—Me encerró y lo que pasó ya lo sabes por Emma.

—Emma —gimió Ethan.

—Sufrió mucho, y después… Debéis perdonarla. No estaba bien. Su mente enfermó de rabia.

Ethan e Isolda se miraron. Lo comprendían y, aunque el corazón de Isolda siempre se inclinaba a perdonar, el de Ethan era más difícil de conquistar.

—Después del incendio, pasé mucho tiempo convaleciente. Creo que Beaumont se sintió culpable e hizo que me cuidaran, así sobreviví. Pero cuando pude andar me escondí, vagué como un fantasma. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Rezaba por ti y buscaba a mi hija. Es mucho lo que alguien puede soportar, pero yo ya tenía suficiente.

Miró a Isolda y le dijo:

—Tu padre se apiadó de mí y me devolvió a Emma, pero con la condición de que no le dijera quién era yo en realidad. Tardó

muchos años en descubrirlo. Nos quitó muchos momentos juntas, pero al menos, pude verla crecer.

—¿Por qué no me buscaste? —dijo Ethan, con la voz rota de dolor—. Si hubiese sabido que estabas viva…

—Tu tío me encontró y me protegió. Con la ayuda de los siervos que se quedaron con el nuevo señor, logré sanar y después pasar desapercibida. Estuve a punto de morir, y durante meses quise hacerlo, las quemaduras me producían un dolor terrible, pero Dios no quiso llevarme con él. Durante años, permanecí en las sombras, aprendí que el perdón cura los corazones. Hay que perdonar y seguir adelante, eso hice y viví en paz muchos años. Era feliz con lo poco que tenía.

Isolda lamentó a la desdicha mujer. Fue feliz con solo uno de sus hijos, pero ahora era Emma quien ya no estaba. Solo rezaba para que fuera feliz con Ethan, y con ella, en Dunmore.

—¿Todos los siervos sabían que vos…?

—No todos, querida, pero sí la mayoría. Ellos me protegieron y guardaron el secreto.

Isolda asintió, afligida.

Siempre supo que Lora era una mujer especial, culta, educada, pero siempre se escondía tras un pañuelo. Pensó que sería

para ocultar su rostro quemado, no para que no la reconocieran.

—Cuidasteis de mí —le dijo—. Recuerdo con cariño que, cuando tenía fiebre, erais vos quien os quedabais velando mis sueños. Nunca me tratasteis mal, ni me odiasteis por ser la hija del asesino de vuestro esposo.

—Cariño, no me hables como si de pronto fuese otra persona. Sigo siendo Lora. Y sí, siempre he cuidado de ti porque jamás fuiste culpable de nada. Me hizo muy feliz cuidarte y también que Ethan entrara en razón y aceptara la sugerencia de mi hermano, Marcus, de convertirte en su esposa. Yo misma se lo sugerí.

Una lágrima cayó por el rostro de Ethan. Apretó la mano de su esposa y se la besó, con ternura.

—Gracias, madre.

—Gracias a vosotros, no sabes lo feliz que me hacía cuidar de Isolda y de Emma, ver cómo crecían confiando la una en la otra. O eso pensé. Pensé que Emma quería a Isolda. Para cuando descubrí la verdad, estaba más atenta a que no intentara ninguna locura contra ella. —Lora sollozó—. No vi venir la muerte de Beaumont, pues siempre pensé que Emma quería su aprobación. Y antes de esto, cuando Emma se convirtió en la amante de Charles, pensé, ingenua de mí, que quizás la amaba de veras y se casaría con ella.

Así Emma podría tener un hogar propio. Jamás pensé que su corazón se había echado a perder de la forma en que lo hizo. —Pensó también en el pobre *sir* Talbot y se echó a llorar.

—Madre…

—Es hora de perdonar, hijo, sé que sabrás hacerlo, y tú también —le dijo a Isolda—. Ethan, tu corazón es noble como el de un león, digno de un Stewart. Estoy tan orgullosa de los dos…. Y más feliz seré, cuando la familia se amplíe.

Isolda se puso colorada cuando Lora le guiñó el ojo sano. Aún no le había confesado a Ethan que estaba encinta.

—Será maravilloso cuando eso suceda, ¿verdad amor mío? —dijo él, antes de que ella pudiera hablar.

Sus ojos, llenos de amor, la tranquilizaron y la llenaron de alegría.

—Lo será. —Le sonrió Isolda, llena de felicidad—. Porque…

Ethan miró a su mujer, mientras la alegría lo recorría de arriba abajo.

—¿Estás…?

—No tendrás que esperar mucho para ampliar la familia.

La abrazó con fuerza, mientras ella no podía dejar de reír.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo, amor mío.

La besó con ímpetu, mientras Lora, discreta, los dejaba a solas, para que el amor reinara nuevamente en Dunmore.

***

Gwyneth yacía en la cama, pálida como una mortaja, con los labios azules y unas ojeras preocupantes. Horas antes, Lora e Isolda le retiraron los vendajes y limpiaron de nuevo su herida. Sanaba bien.

A pesar de su aspecto mortecino, la dama había tenido mucha suerte. La hoja no le había hecho ningún daño irreparable.

Tras varios días, el peligro parecía haber pasado, y solo quedaba rezar para que su cuerpo respondiera bien a las tisanas y ungüentos que le iban proporcionando.

Durante esa noche, Ross Archibald cabeceaba en una silla junto al lecho de *lady* Langford, como había hecho las anteriores. Tenía la mano entrelazada con la de la dama, y la apretaba como si no quisiera soltarla, como si fuera a escapar.

El corazón de Ross sangraba. ¿Cómo se podía amar y odiar tanto a la misma mujer?

Cuando la dama gimió, y se revolvió, inquieta, él despertó de su corto sueño y se incorporó.

—Gwyneth… —su voz sonó desgarrada y suave, casi inaudible, pero ella lo escuchó y desplegó los largos y negros párpados para descubrir unos ojos grises e increíblemente hermosos.

—¿Qué haces aquí? —logró decir, muy bajito. Retiró la mano que Ross todavía le sostenía—. Pensé que me odiabas.

Una sola lágrima resbaló por la mejilla de ese hombre, que ocultó su rostro para que ella no la viera. Negó con la cabeza.

¿Cómo era posible que el destino los hubiera llevado hasta allí? ¿Cómo era posible que el amor sobreviviera a tanta traición? Un amor que hacía años que no se atrevía a expresar, ni a reconocer. Pero que había guardado en lo más profundo del alma, y le había arañado el corazón siempre que la evocaba.

—Cállate, Gwyneth —ordenó, sin demasiada convicción—. No deberías hablar, ni hacer esfuerzos.

Ella suspiró.

—Y tú, deberías dormir. —Intentó esbozar una sonrisa, pero le salió una extraña mueca.

Él volvió a menear la cabeza de un lado a otro y apretó los dientes, furioso.

—No pienso dejarte hasta verte fuera de peligro. —La miró y su expresión se tornó muy dura al recordar—. Me lo debes, Gwyneth.

Volvió a suspirar y cerró los ojos, agotada.

—No me quedan fuerzas para discutir. Así que haz lo que te pido, Ross. Vete y descansa. Tengo muchas cosas que decirte y ahora no me veo capaz.

—Escúchame bien, Gwyneth —dijo, con voz ronca, y cargada de sentimiento—. No me apartaré de tu lado hasta que estés a salvo. Y cuando eso suceda, volveré a odiarte, con toda mi alma, con toda mi rabia. Pero no ahora. ¿De acuerdo? Ahora deja que vele por ti, mientras mi corazón se desangra al recordar todo el daño que me causaste.

Ella cerró los ojos, y cuando vio que varias lágrimas se descolgaban de la comisura de sus párpados, Ross se dio cuenta que se había quedado dormida.

Esa noche, Ross cumplió su promesa y no se apartó de ella.

Pero volvería a odiarla, tan seguro como que el sol volvería a salir.

EPÍLOGO

Primavera

Envuelta en un estallido de colores, aromas y sonidos, *lady* Isolda caminaba por el sendero, mientras el sol se colaba a través de las hojas de los álamos, dibujando luces y sombras sobre sus cabellos, que caían sueltos tras su espalda como una dorada cascada.

Siempre que sus obligaciones como señora de Dunmore se lo permitieran, saldría en busca de hierbas medicinales para llenar la despensa, casi vacía por el crudo invierno, o por el simple placer de sentirse en libertad.

No es que no lo fuera, además, era feliz. El amor había irrumpido en su casa, sin previo aviso, arrasándolo todo, derribando murallas y encendiendo fuegos. Sabía que no se marcharía, pero no era una mujer que aceptara verse atrapada entre los muros de una fortaleza.

Había sido un año duro, lleno de peligros y dificultades, con cambios definitivos que, gracias a Dios, habían sido para bien.

Por el momento, no tenía enemigos, Emma, su pobre hermana, estaba muerta, Charles también había pasado a mejor vida y Dunmore, al fin, parecía libre de pretendientes.

La vida sonreía a los Stewart. Habían recuperado la amistad del rey y el lugar era próspero, muy próspero. Ethan se había reencontrado con su madre y Gwyneth sobrevivió. La dama parecía ver el mundo de una forma menos dura, aunque Isolda no tenía claro que esa nueva perspectiva hiciera que dejara de odiar a Ross Archivald.

Isolda avanzó colina arriba. Su esposo entraría en cólera cuando supiera que, una vez más, había salido sola a recorrer el bosque, sobre todo ahora que el bebé estaba a punto de nacer.

Se acarició el abultado vientre y sonrió, contenta.

Sí, era tremendamente feliz y nada ni nadie podría arrebatarle eso. Nunca más.

Pensó en Ethan, y en lo mucho que lo amaba. Tanto, que cuando pensaba en él, se olvidaba de respirar.

Si alguna vez pensó que la llegada de ese hombre pondría todo su mundo patas arriba, no se había equivocado. Desde que se

enamoró de su enemigo, su corazón jamás volvió a latir del mismo modo. El amor que sentían el uno por el otro, no dejaría de existir, la pasión no desaparecería, pero tampoco las discusiones. Porque si ese hombre testarudo pensaba que la rosa de Dunmore dejaría de recorrer sus tierras en completa libertad, lo sacaría de su error siempre que pudiera.

Suspiró molesta, al darse cuenta de que ya le costaba agacharse para recoger una simple raíz. Tras ponerse en pie de nuevo, cerró los ojos y se llevó la mano al vientre. A pesar de la incomodidad que era su abultada barriga, sentir las pataditas del bebé la llenaba de satisfacción y el profundo amor que solo una madre es capaz de sentir, se expandía por todos los poros de su piel.

—Inglesa terca, e intransigente. ¡No tienes remedio!

Escuchó la atronadora voz de Ethan a su espalda, pero lejos de asustarse, cerró los ojos para sentir sus brazos, fuertes y protectores, rodearla en un cálido abrazo.

Siempre la regañaba, pero después la colmaba de besos y caricias.

—Y así seguiré, hasta que me quede un hálito de vida, mi testarudo e insufrible escocés.

Suspiró y gimió, al notar sus labios rozar la piel de su nuca. Pronto, las manos masculinas acariciaron su cuello y tuvo que soltar la cesta, que cayó al suelo, para alzar los brazos y rodear su cabeza desde atrás.

—Todo cambió el día que te conocí, incluso yo lo hice —le susurró al oído, antes de rozar sus labios—. En este mismo lugar, me encontré con la mujer más increíble, valiente y terca de esta condenada isla. Y doy gracias a los hados.

—Es un sitio mágico, ¿verdad?

—Tú eres la misma magia. Una magia poderosa, que me consume, me rodea, y de la que no me quiero desprender.

—¿Me estás acusando de hechicera? —Rio, dándose la vuelta para colocar los brazos en su cuello y tirar de él, hasta acercar su rostro al suyo.

—Sin lugar a duda. —Sonrió, muy cerca de su boca—. Y si no, ¿por qué te escapas siempre sola al bosque, para recoger hierbajos?

—Para que tú vengas a buscarme.

—Y siempre lo haré, mientras viva.

—Lo sé, pero te equivocas, no es magia, es conocimiento. Un antiguo saber que las mujeres nos hemos ido transmitiendo unas a otras, desde tiempos inmemoriales.

—No pienso discutir contigo, nunca más. Y si nuestro bebé es una niña, pido a Dios que sea igual que tú —dijo, acariciando con ternura su vientre redondeado—. Quiero que tenga tus ojos y que sea valiente y compasiva. Seguro que también será divertida y puede que hasta le den miedo las ranas.

Isolda cerró los ojos y sonrió, aliviada de que él amase a su bebé tanto como la amaba a ella.

—Si es varón, quiero que sea como tú —respondió ella—. Noble, generoso y decente. Y guapo también lo será, porque tendrá tu sonrisa de rufián y le saldrán dos hoyuelos aquí y aquí. —Puso el dedo índice sobre cada mejilla y rio. Pero después, se puso muy seria—. Tuve mucho miedo de decírtelo, Ethan. ¿Me perdonas?

Él la estrechó y la apretó contra su cuerpo. Con la nariz, apartó un mechón rebelde de su frente. Después, besó sus labios con ternura, luego los párpados y, por último, la punta de la nariz.

—No hay nada que perdonar. —La besó de nuevo, esta vez deteniéndose un poco más en lamer su boca, y jugar con su lengua —. Te quiero, Isolda. Eres mi razón de ser, tú y nuestro bebé. No hay nada que me haga más feliz que ser tu esposo y amarte sabiendo que soy correspondido.

—Me sucede lo mismo. Soy tan tan feliz, que a veces no distingo si es un sueño, o es la realidad.

Él puso cara de pensativo.

—Si es un sueño, no quiero despertar. Pero es real, Isolda. Tan real como el sol saldrá mañana.

De pronto, ella frunció el ceño. Él acarició la arruga que le salió entre las cejas, y ladeó la cabeza, expectante.

—Pienso en Gwyneth —confesó—. Y en Ross. ¿Crees que se aman?

—Sin duda. Pero también se odian.

—Y ambos sufren, puedo verlo. En verdad, tú y yo tuvimos nuestras desavenencias, pero veo un dolor constante en los ojos de mi amiga y no es bueno para ella. Ni para Ross…

Ethan cerró los ojos.

—Ross ha partido al norte, esta misma mañana.

Isolda abrió mucho los ojos.

—¿Cómo…? ¿Por qué?

—Imagino que no desea tenerla cerca.

—No sé qué pasó para que se odien tanto, solo sé que ya se conocían.

—Eso es evidente.

—Cuando su esposo, lord Langford murió, Gwyneth fue acogida por mi padre, pues él y el suyo habían sido buenos amigos —recordó Isolda—. A pesar de su amabilidad, siempre evitó hablarme de su vida personal. Es muy reservada, pero también creo que sufrió mucho y no quiere recordar malos tiempos.

—En cualquier caso, Dunmore siempre será un hogar para ella, si así lo desea.

Isolda miró a su esposo con amor.

—¿Sabes? —Le pellizcó la nariz—. No eres tan terrible como crees aparentar, Cuervo Errante.

—¡Ah!, ¿no?

—No. Eres un buen hombre, Ethan Stewart, y soy muy afortunada de tenerte a mi lado.

Él la miró con una ceja alzada.

—Ven, acércate más. —La estrechó entre sus brazos, y le mordió el cuello—. Ahora vas a comprobar lo terrible que puedo llegar a ser…

—¡Basta! ¡Ethan! ¡No!

—¿No? —Rio él, contra su boca, sintiendo su risa en los labios.

—¡Ni se te ocurra! ¡Esto está lleno de ranas!

El suave murmullo de las aguas del riachuelo, y una ráfaga de brisa que hizo vibrar las hojas de los árboles, acompañaron las risas de ambos.

Una vez más, Ethan e Isolda se amaron en aquel lugar lleno de magia y sus nombres fueron recordados por siempre jamás.

La primavera había llegado y con ella, la alegría de una nueva vida.

FIN

Recomendaciones

Si os gustan los romances históricos de highlanders y vikingos, no os podéis perder esta preciosa y romántica saga.

MI SEÑOR DE LAS HIGHLANDS



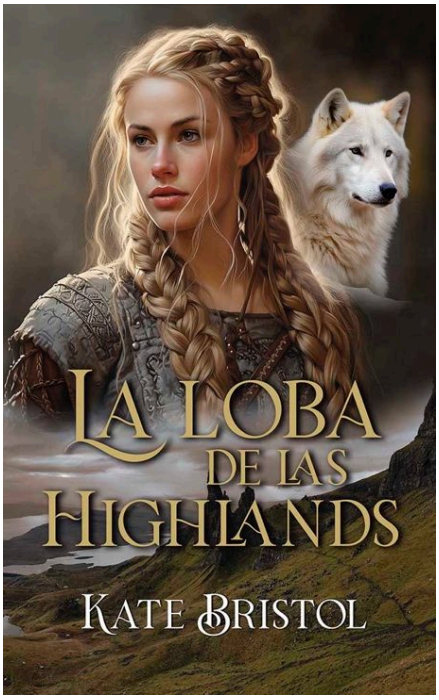
Cuando el rey obligó a Duncan McLeod a desposar a la hija de su enemigo, se juró a sí mismo que se vengaría de tal ofensa. Antes de partir a la guerra para pacificar las tierras del norte, McLeod tuvo

que casarse con Megan Harris, una muchacha consentida y vanidosa que detestaba a los McLeod, tanto como su padre. O… eso es lo que él creía.

A diferencia de sus hermanas, Megan, no es una de las hijas consentidas de su padre, como todo el mundo fuera de la fortaleza parece creer. Sin duda ha sufrido demasiadas humillaciones a manos de su familia, que ha convertido su vida en un infierno. Así que cuando su padre le exige casarse con el salvaje Duncan McLeod, no ve en ello más que otra forma de torturarla y, esta vez, de deshacerse de ella para siempre. Pues… ¿cómo podría ella sobrevivir, tan siquiera un solo invierno en manos de ese salvaje?

Poco sabrán aquellos que fuerzan el matrimonio entre estos dos corazones, que el odio y el miedo, pueden aplacarse con ternura. Y que del amor al odio solo hay un paso, quizás la distancia que separa las tierras de frontera, del clan de las islas.

LA LOBA DE LAS HIGHLANDS



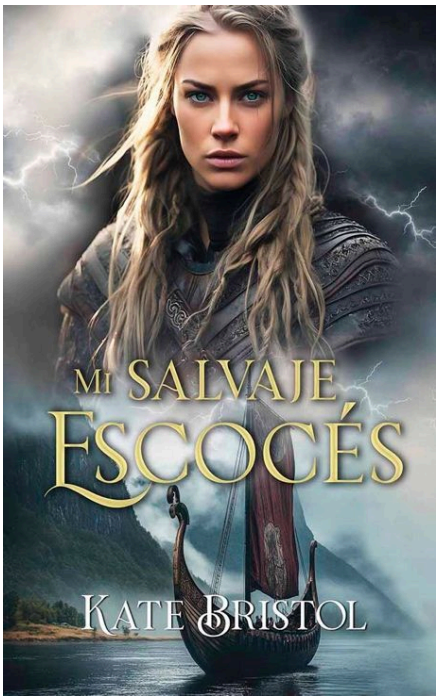
Ayla McLeod lleva toda la vida enamorada de Lachlam McDonald. Está convencida de que su corazón le pertenece y que pronto será su mujer. Pero una noche infame, descubre que no solo no será su esposa, sino que va a casarse con otra. Rota de dolor, regresa a las tierras de su hermano junto con su fiel amigo Lobo, y se jura no perdonarlo jamás, sin importar cuántos años transcurran.

Lachlam McDonald ha conseguido llevar la paz a su clan. Una paz frágil que piensa mantener a toda costa. Por eso, cuando el rey David le exige casarse con Ishbel Ross, no puede negarse. Su corazón pertenece a la intrépida Ayla McLeod, pero no puede ganarse al rey como enemigo. Sin opciones, se casa con Ishbel, sin sospechar que cinco años después, el destino volverá a unirlo a la mujer que jamás pudo olvidar, postrándose de rodillas ante ella, suplicando su ayuda.

¿Qué hará la impetuosa Ayla? ¿Será capaz de perdonar al hombre que le rompió el corazón y brindarle su ayuda? Sin duda hay bondad en el corazón de la curandera,

pero también rencor, que sigue ardiendo con una llama tan viva como el primer día.

MI SALVAJE ESCOCÉS



Cuando el salvaje y fiero Alastair McDonald se la llevó a la fuerza en su barco, rumbo a la isla de Skye con la amenaza de hacerla su esposa, Freya Váladirson se prometió a sí misma que ese gigante jamás se saldría con la suya. Al fin y al cabo, no era la primera vez que escapaba de un matrimonio forzado.

Llegar a Duntulm y comprobar que ese soberbio y arrogante guerrero tiene un harén de siete mujeres, la hace odiarlo aún más. Cosa que a él… le resulta divertido…

Alastair jamás deseó el título de laird. El viento en la cara y el sabor de la sal en el rostro mientras navega surcando el mar del norte, es todo lo que un hombre como él siempre ha deseado. Pero

tras la repentina muerte de su hermano, ahora tiene una gran responsabilidad para con su clan y, junto a él, necesita una mujer fuerte y con carácter.

La fiera mirada de Freya y su exacerbado orgullo serán todo un reto para Alastair y pronto nacerá una gran pasión para la que ninguno de los dos está preparado.

Freya siempre creyó que nadie trazaría su camino, a menos que su propio destino y el de Alastair McDonald esté escrito en las runas.

No te pierdas esta nueva novela de Kate Bristol, llena de pasión y venganza.

LA ESPOSA CAUTIVA DEL VIKINGO



Cuando el rey obligó a Morgana a casarse con un vikingo, ella creyó que todo su mundo se derrumbaba. De pronto, había pasado

de ser la señora de una noble casa, para convertirse en la esposa cautiva de un demonio de rubios cabellos y ojos de hielo, un salvaje vikingo como los que, años atrás, asesinaron a su familia y arrasaron su hogar.

Einar siempre deseó un lugar próspero para establecerse. Por eso, cuando el rey Dúnchad de Irlanda le ofrece aquellas tierras soñadas a cambio de proteger su reino, él acepta. Para legitimar su puesto como nuevo señor, deberá casarse con Morgana, una bella mujer de carácter indomable que ha jurado odiarlo para siempre.

Morgana no está dispuesta a ser la esposa cautiva de un salvaje vikingo, y no le pondrá las cosas fáciles. Pero mientras intenta decidir si huir o adaptarse a la nueva situación, nuevos sentimientos nacen en ella.

¿Sucumbirá finalmente a la pasión?

¿Logrará Einar que deje de verlo como un pagano invasor?

Sumérgete en este nuevo romance histórico de Kate Bristol, que te transportará a Irlanda, en un tiempo donde los vikingos azotaban sus costas.

No olvidéis seguir mi perfil en **Amazon** y, sobre todo, pasaros por el grupo de Facebook de "**Las chicas brilli brilli de la Juani**" donde estaréis al tanto de todas mis novedades.